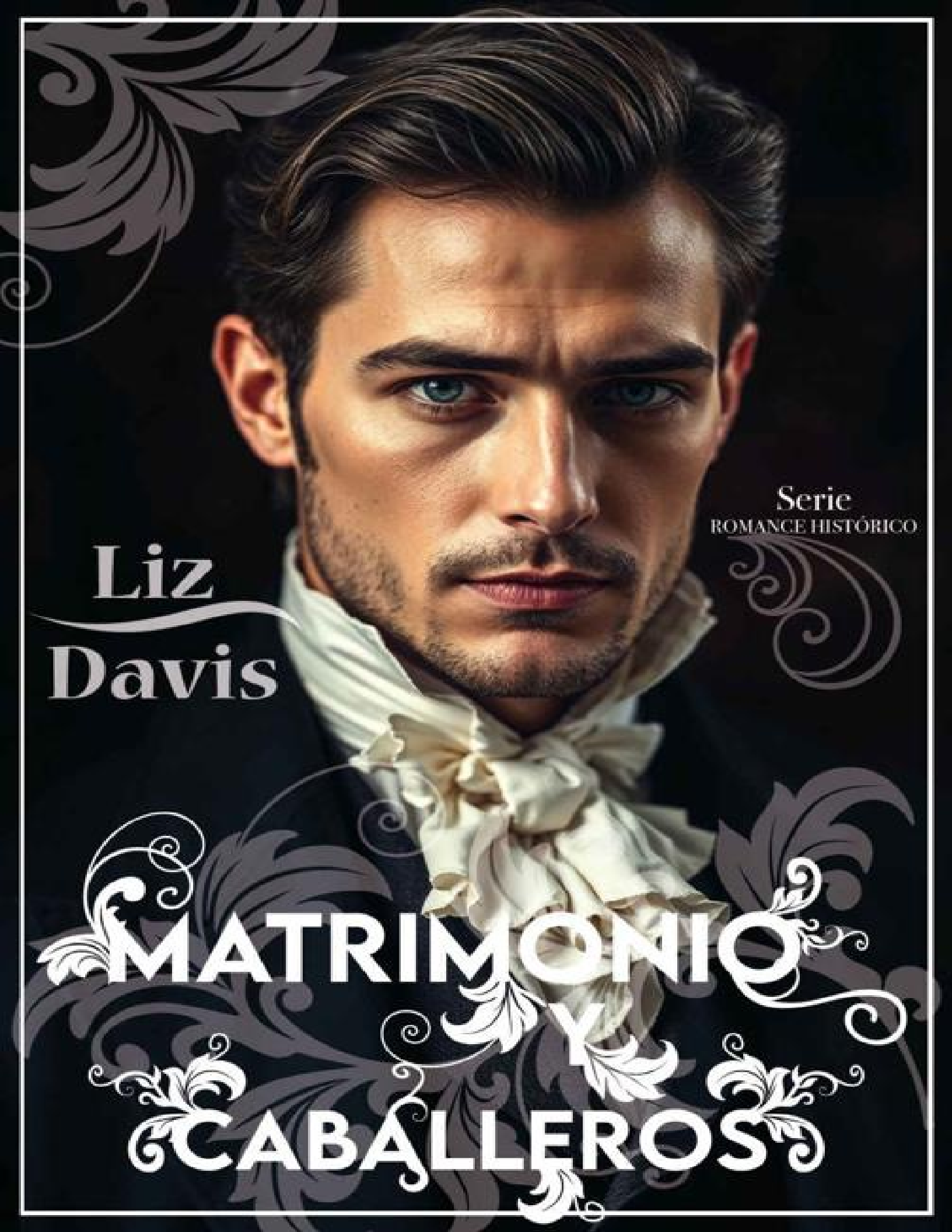

Serie
ROMANCE HISTÓRICO
Liz
Davis
MATRIMONIO
Y
CABALLEROS

© LIZ DAVIS
Caballeros y Matrimonio
Sello: Independently published

Primera edición, enero de 2025.
Impreso en España.
Reservados todos los derechos.
Inscrito en Safe Creative.

Matrimonio y caballeros

Liz Davis

Solteros que huyen del matrimonio
hasta que encuentran el amor.
Damas que deben casarse
y buscan el amor.
Esta serie está dedicada a esas parejas que supieron ser pacientes y lograron alcanzar la felicidad.

Índice

El valor del amor

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Epílogo

El poder del deseo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Epílogo

El delirio del anhelo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Epílogo

Nota sobre la serie

Aclaración sobre comportamientos

Sobre la autora

Prólogo

En el Londres de 1833 con respecto al de 1815, el llamado Período de Regencia, considerado uno de los períodos más restrictivos para las mujeres, —sobre todo para las damas que pertenecían a la nobleza—, pocas cosas habían cambiado, ninguna, en realidad, para ellas.

Continuaban, a pesar de ser consideradas poco menos que adornos o posesiones, cumpliendo con lo que se esperaba de ellas, y eso era, en el mejor de los casos, un matrimonio conveniente para su familia, y en el peor, salvarlas de la ruina. Y se enfrentaban a la situación con una gran fuerza interior, esa que los caballeros —tanto fuesen de su familia como si no— ni imaginaban que pudiesen poseer.

La razón de que las historias de esas heroínas anónimas nos atrapen, quizá sea porque casi todas, cada una dentro de sus posibilidades, afrontaban con dignidad y valentía matrimonios, trabajos que nunca imaginaron tener que desempeñar y a los que tuvieron que recurrir cuando los hombres que debían protegerlas las abandonaban a su suerte.

Liz Davis nos presenta un pedacito de existencia de tres féminas con una trilogía ligera y directa. Tres hermanas descendientes de un conde, que a causa del egoísmo de su padre, tuvieron que tomar decisiones que poco o nada tenían que ver con sus deseos.

Narraciones en las que algunas nos pondremos en el lugar de lady Daisy Alcott —la primera protagonista—, que es una joven que habiendo decidido dar la espalda a las convenciones sociales por amor, solamente halló en el objeto de sus deseos, los prejuicios y el

esnobismo a los que ella había decidido no dar importancia.

Cuando ese amor regrese, Daisy tendrá que decidir entre dejarse llevar o acatar las normas de la sociedad a la que pertenece.

Daisy nos servirá de introducción para, a través de sus ojos, y de los de sus hermanas, entender las decisiones, completamente diferentes, por otro lado, que cada mujer Alcott ha de tomar ante una situación desesperada.

Si las vivencias de caballeros libertinos, melancólicos, arrogantes o desfigurados emocionan, no menos atrayentes resultan las vidas de esas mujeres que, adaptándose a las circunstancias, consiguen quizá no redimirlos, pero sí enamorarlos.

Liz Davis, con las hijas del conde de Dum, tan distintas entre ellas, consigamos vivir y apreciar esa época en primera persona.

R. Lowell, escritora de histórica romántica.

El valor del amor

Historia de Daisy Alcott

«Soy constante, como la estrella en el norte.»

Julio César.

Capítulo 1

Londres, Inglaterra, 1833.

Lady Daisy Alcott acababa de cumplir los veintitrés años. Era definitivo. Se había quedado en la estantería mientras cogía polvo y por eso había actuado como lo había hecho. La vida no era nada justa. Soltera. Toda una gran solterona que se había convertido en el hazmerreír de la sociedad londinense. De acuerdo. No era como si la reputación de la familia Alcott estuviese en su mejor momento, pero tanto Daisy como sus hermanas, Jane, la actual vizcondesa de Raid, y Lilyan, la menor, habían conseguido capear el temporal de la mejor manera posible. Y los infortunios a los que sobrevivieron no fueron poca cosa.

Ser hija de un conde no fue precisamente una bendición. No cuando su madre murió al dar a luz a Lily y, lord Dum, su progenitor, dilapidó su fortuna en el juego y las abandonó a su suerte. ¿Cómo las dejó sin su protección? Volcándose en la mala vida. Y Dum no actuó así por amor, sino por enfado hacia su esposa, que había partido hacia el otro mundo sin darle un heredero.

Arruinado, disgustado con sus hijas y fallecido en un duelo. Eso sería lo que debería poner la lápida del malogrado conde de Dum, y por descontado no se colocó nada semejante a fin de guardar las formas.

Tres mujeres a la deriva, que cumplieron con el mes de riguroso luto que la sociedad veía con buenos ojos que se ofreciese por un padre, y se zambulleron en el mercado matrimonial, listas para casarse cuanto antes. Si la menor de las Alcott, Lily, consiguiera escribir un libro, tal y como había dicho en innumerables ocasiones que pretendía hacer, bien podría comenzar a contar la historia de las hijas de un noble que no tenían un futuro sólido hasta que Jane renunció a todo para casarse bien y de inmediato.

La vida de Jane, su hermana mayor, era, como poco, peculiar. Estaba llena de momentos muy agridulces. La pobre se había visto obligada a dejar a un lado las pretensiones para convertirse en una mujer casada y aceptó la propuesta del vizconde Raid. Si eso había salido bien o no… De acuerdo. No tenía buena pinta. El matrimonio de su hermana era difícil y Daisy no sabía cómo aliviar el corazón de Jane.

Las hijas de un conde no se casan por debajo de sus posibilidades. Esa frase la tenía grabada a fuego en su mente. Su padre se la había dicho tanto a ella, y a sus hermanas, que era difícil olvidar su obligación. Pero si pudiese regresar atrás las cosas serían muy diferentes. Dum fue un padre del todo negligente con sus hijas y su propio legado no era el mejor ejemplo a seguir.

Si tan solo Daisy hubiera sido menos obstinada y hubiera podido salvar a su hermana mayor de su destino… No tenía caso pensar en el pasado. Lo mejor para todas las Alcott era pensar en el presente, y más allá de eso, en el futuro más próximo. Una vez más, el escándalo debía ser evitado y esta vez Daisy haría lo correcto por el bien de Lily. Jane se encontraba atrapada en un matrimonio del que no podía escapar, pero el destino de la hermana pequeña estaba en las manos de Daisy y tenía que cumplir con lo que se esperaba de ella.

Poco provecho había podido sacar de su hermosura Daisy. En el pasado poco le sirvió ser bonita. Estaba considerada como una rosa inglesa. No perfecta, pero sí bastante cercana a la exquisitez. El color de sus ojos no era el más adecuado, porque los tenía de un color violeta que los hacía únicos. No servía. La moda dictaba que su cabello dorado como el sol debía haber sido acompañado por un iris del azul más profundo, o claro, pero azul de todos modos. Era delgada, delicada, su tono de piel, similar al alabastro y su busto era pequeño. Cuando debutó, a los dieciocho años, fue catalogada como una incomparable, pese a que sus ojos no tenían el color que se estilaba. Tuvo propuestas matrimoniales excelentes. Sí, por supuesto. Excelentes de

hecho, y habría aceptado alguna si su hermana Lilyan no hubiese ocultado lo precaria que era su situación, pues con un padre muerto arruinado y sin descendencia masculina viva, todo se había ido de regreso a la Corona. ¿Qué necesidad tenía el rey de más títulos y propiedades? Si al menos fuese salud, Daisy podría entenderlo, porque el monarca estaba bastante delicado y todas las vistas estaban puestas en su joven sobrina Victoria.

Las damas habían venido al mundo a sufrir. Sí. Así era. ¿Por qué todas las desdichas de una mujer tenían nombre masculino?

Lucian Jefferson. Ese era el hombre por el que la hija mediana del conde de Dum suspiraba desde que apenas era una mocosa insolente. Así la solía llamar. Insolente y mocosa. Eran los dos apelativos que le había puesto el hermano de su mejor amiga Emma.

Había conocido al señor Lucian Jefferson desde que era una niña, porque el padre de él llevaba los asuntos legales del conde, al menos hasta que hubo muy poco que gestionar. Emma y ella eran de la misma edad, huérfanas de madre también, y fueron presentadas en sociedad al mismo tiempo, por supuesto, con diferente destino, dado que Em, como solía llamarla Daisy cariñosamente, se casó en aquella primera temporada con un respetable y muy rico abogado, colega de su padre. El progenitor de Emma también falleció al igual que lo hizo lord Dum, pero la diferencia de las circunstancias entre ambas fue abismal, dado que el esposo de Em hizo al difunto señor Jefferson rico como Creso antes de marcharse al otro mundo, mientras que el padre de Daisy se arruinó y no dejó nada más que deudas y más deudas. El demonio del esposo de Jane se había hecho cargo de todo, y Jane había pagado el precio de su ayuda entregando su libertad, su cuerpo y su alma. Nunca Lucifer había salido tan victorioso como en esa ocasión.

Así fue como Lucian se marchó de la vida de la hija mediana del conde de Dum, porque tras morir el padre de los dos hermanos Jefferson, él llegó a América, concretamente a Boston, para hacer su propio camino. Aunque eso no era así del todo. Pero Daisy no quería rememorar su triste pasado porque era humillante hacerlo. Mejor olvidar algunos detalles que estarían bien enterrados bajo tierra. Una mujer debería aprender a no hacer el ridículo cuando se declaraba a un hombre. Mejor todavía, una dama jamás debía proponerse a alguien aunque ese hombre fuese el sueño de toda su vida. No cometería dos veces el mismo error. No. Tenía que ser fuerte y recordar bien el entuerto en el que se había metido sin ser consciente de lo que se

estaba cociendo en la buena sociedad de Londres. La partida de la vida de Daisy se había disputado y ella había elegido su camino. No importaba lo que estaba por venir.

Daisy suspiró en ese momento con fuerza. Miraba por la ventana de la casa de su amiga Emma mientras ella le servía un té. Londres había amanecido lúgubre y bastante oscuro. Lo cual no era ninguna novedad. Sin embargo, si Daisy manejase los estados de ánimo de la ciudad a través del clima, el sol habría hecho acto de presencia con una fuerza cegadora, dado que ese día era para celebrar y no para estar sombrío, pues entre sombras y espesura, siempre había un poco de lugar para la esperanza, aunque no sirviese de nada albergar ese tonto sentimiento en su interior.

—¿Qué te aflige, amiga mía? —preguntó la señora Emma Roberts tras haber escuchado el suspiro en alto de Daisy.

—Oh, nada. Solo es que… ¿no te gustaría a veces poder escapar de la realidad? ¿Marcharte lejos unos días, para recuperar fuerzas y regresar resplandeciente?

Emma se rio con ligereza, para después responderle:

—Con dos hijos que más parecen un par de diablillos, querida amiga, eso es justo lo que siento que debería hacer dos veces a la semana como mínimo. Damon trabaja sin descanso y a veces se olvida de que administrar nuestra casa, sociabilizar con sus clientes y estar pendiente de los niños supone también un gran esfuerzo para mí… ¡Hombres! —exclamó la señora Roberts, al tiempo que agitaba las manos hacia el techo en señal de exasperación.

Daisy se alejó de la ventana y regresó al sillón de terciopelo rojo mientras su estimada compañera le sostenía un té, que ella cogió con sus manos. La hija del conde removió el humeante contenido de su taza de porcelana con grandes rosas dibujadas a modo de decoración y lo dejó sobre la mesa de mármol que ambas tenían delante sin dar un solo trago.

—Lo haces sonar como si fuese una especie de condena y te conozco demasiado bien, Em, para saber que eres del todo feliz con tu adorado esposo Damon y tus pequeños.

—Lo soy, plenamente además —le confirmó Emma, desde su posición en el sofá, después de beber un largo trago de té con un poco de azúcar—. Pero ello no implica que a veces te envidie —le confesó en voz baja.

—¿Me envidias?—Daisy frunció el ceño ante esa pequeña confesión.

—Eso he dicho. A veces lo hago, Daisy.

—¿Tú… a mí? ¿Estás segura de que hablas de mí, Em? —La que solía estar terriblemente celosa de Emma era Daisy y no a la inversa, puesto que su mejor amiga había logrado un excelente matrimonio, ventajoso, pero más allá de lograr la estabilidad económica y cierta posición en la escala de la cadena alimenticia que suponía la alta sociedad, la señora Roberts construyó un enlace basado en el amor. Así que muchas veces esta hermana Alcott le había confesado a su mejor amiga que su situación le despertaba ciertos celos debido a su gran suerte en la vida.

Los ojos de color avellana de Emma se estrecharon al sonreírle con sinceridad. Daisy suspiró una vez más debido a ese pequeño gesto que tantas veces había visto en su querida amiga. Era la misma expresión que solía componer Lucian cuando iba a sonreírle a alguien. Los dos hermanos Jefferson compartían el mismo tono de iris y eso a veces incomodaba a Daisy, porque era como estar viendo una parte de Lucian constantemente.

Desde que ella se había trasladado a vivir a casa de Em por una invitación que esta le hizo y que Daisy no quiso rehuir, había estado fantaseando con su vida siendo la esposa de Lucian. ¡Qué desfachatez! Lucian no se había interesado por ella ni aquella vez en la que… Además, era demasiado tarde para ambos. Las decisiones se habían tomado y no había marcha atrás.

—¿Me estás escuchando, querida? —la pregunta de su mejor amiga devolvió a lady Daisy al presente.

—Desde luego que sí…

—Ya. —No la creyó.

Daisy suspiró nuevamente.

—Lo siento, me había quedado en el pasado y mi presente es tan complejo que…

—¡Oh! —soltó Em, intuyendo lo que su amiga pensaba—. Lo recuerdas todavía, ¿verdad?

—Constantemente —susurró, al tiempo que cerraba los ojos y evocaba la imagen de un Lucian, seguro de sí mismo, alto, fornido, de pelo oscuro, muy negro, y mirada penetrante.

—Supongo que es imposible olvidar al hombre con el que todos esperaban que te casases —adujo su amiga con comprensión. —¿Llegaste a amarlo profundamente, amiga mía?

—¿Qué? —Esa apreciación y la consiguiente pregunta habían despistado por completo a Daisy.

—Ya sabes… Adeston. No me había atrevido a preguntártelo abiertamente, pero a veces considero que tu melancolía se debe en gran medida a que te arrepientes de tu decisión.

—¿El vizconde? —Em asintió tímidamente—. ¿Qué tiene que ver Adeston con nuestra conversación?

—¿No estabas pensando en él cuando yo te he recordado el pasado? —Le tocó el turno de fruncir el ceño a Em, dado que para ser tan íntimas amigas, parecía que acababa de descubrir un gran secreto de Daisy.

La hija mediada de Dum miró el reloj que figuraba colocado en la repisa de la chimenea. Las doce. Decidió cambiar el rumbo de la conversación.

—¿No dijiste que tu hermano llegaba esta mañana? —Desde que semanas atrás Emma le había dicho que recibió noticias sobre la inminente llegada de Lucian a Londres, ella

había estado muy, pero que muy ansiosa. Él no podía llegar en peor situación. ¿Había sido malvada en otra vida y estaba pagando sus errores en esta?, se preguntó Daisy interiormente.

La señora Roberts desvió la mirada hacia el reloj y se dio cuenta de que probablemente su hermano ya debería estar en su casa, puesto que Lucian prometió ir a visitarla en cuando dejase sus maletas en la que fue la residencia familiar de los Jefferson, que todavía él conservaba en la ciudad. Le juró que desembarcaría en puerto tras la larga travesía de Boston y ella tendría su primera visita.

No hubo tiempo para conversar más. La campana de la puerta principal sonó y las dos mujeres se dieron cuenta de que muy probablemente se tratase de la llegada del señor Lucian Jefferson.

Ambas se levantaron al mismo tiempo, pero con actitudes muy diferentes. Emma no necesitaba vigilar su ansiedad, mientras que Daisy debía esforzarse por controlar lo que suponía volver a ver al hombre del que se enamoró sin ser consciente de ellos. Tal vez debería sentirse culpable por no haberle confesado a Emma los sentimientos que le inspiró Lucian desde el principio. No se atrevió. Entre otras cuestiones porque él nunca le dio la más mínima esperanza de ser aceptada.

Lucian y Daisy fueron amigos durante el tiempo en el que estuvieron juntos. Amigos. Una palabra de lo más ridícula para calificar la amplitud de lo que esta hermana Alcott sentía por él. Amor. Eso era lo que le gustaría expresar en alto. Daisy amaba a Lucian sobre todas las cosas. ¿Alguna vez dejaría de hacerlo? ¿Cómo podía estar segura de sentirse completa y totalmente enamorada del señor Jefferson? Pues porque desechó sin pestañear al vizconde Adeston en su primera temporada y él era el mejor partido de toda la temporada, dado que era apuesto, tenía dinero y contaba con una excelente reputación y posición. Además, en su segundo año como debutante se negó a ser cortejada por un conde y por el segundo hijo de un duque. Y eso que la familia Alcott comenzaba a tener problemas de solvencia, porque el conde de Dum inició su coqueteo con la bebida.

Daisy se miró el vestido de muselina gris perla que llevaba puesto e hizo una mueca. Debió haberse puesto el verde claro, pero ese era demasiado vistoso y ella pretendía seguir con su aparente indiferencia hacia Lucian porque era lo mejor dadas las circunstancias.

La puerta se abrió, ningún sirviente de la casa de los Roberts anunció la visita. El mismísimo señor Jefferson se presentó ante ambas.

Una figura femenina salió a la carrera para echarse a los brazos de él. Esa fue Emma. Daisy estaría faltando a la verdad si no admitiese que sus pies dieron un par de pasos con la única misión de imitar a su mejor amiga. ¿Cómo sería estar entre los brazos del ser amando?, se preguntó con ilusión ella, mientras veía a Lucian darle un par de vueltas a Em por la estancia. Los hermanos parecían tan contentos, que Daisy se sentía como si estuviese echando a perder un momento único y muy íntimo.

Los escuchaba hablar, pero ella no estaba prestando atención a la conversación, pues él se había quedado de espaldas hacia donde ella figuraba y sus anchos hombros le hicieron morderse el labio de modo provocador. Su estrecha cintura era perfecta y para colmo, se veían unas posaderas fuertes y firmes. ¡Dios del cielo! Ella no debería tener esa clase de pensamientos. Las cuestiones de índole tan indecorosa eran más propias de su hermana pequeña, Lilyan, quien había ocultado un pequeño alijo de libros del todo censurables que su padre difunto había escondido en su escritorio y que Lily no estaba dispuesta a dejar de lado.

Siguió examinándolo a placer mientras los hermanos se ponían brevemente al día. Llevaba un traje de color gris oscuro. Daisy pensó que hacía un juego estupendo con su propio vestido. ¡Oh, sí pudiera darle un beso! Un simple beso y ella ya podría morir feliz. No debía. No podía ser desleal. No cuando había tanto en juego.

Un nuevo suspiro salió de ella al pensar en que le gustaría tanto que Lucian le hubiese dado una bienvenida como la ofertada a Emma… incluso más efusiva. Sí. Él podría haber entrado en la salita privada de la señora Roberts, verla, cargarla en brazos y subir a su habitación para que ambos se encerrasen hasta el fin de los días. Gimió por lo bajo. Definitivamente no debió haberle echado una ojeada a uno de los libros que Lilyan escondía bajo su cama. Bueno, solo fue una breve fantasía más con Lucian que jamás debería salir a flote.

Ese pequeño quejido involuntario de Daisy hizo que los dos hermanos se percatasen de su presencia. Ahí estaba él. Ahí estaba ella. Lucian y Daisy. Uno frente al otro, tal y como una vez estuvieron en el pasado, mirándose atentamente. Solo ellos.

—¡Oh, Dios mío! —La exclamación salió sin que ella pudiese evitarla. Por descontado sus pies se movieron sin que se percatase tampoco de ello.

Así fue como llegó hasta él y levantó sus dedos para tocar su rostro. Su perfecta e inmaculada cara estaba seriamente dañada. Una quemadura atravesaba desde el cuello hasta la ceja izquierda.

—Lucian —musitó Daisy.

Enseguida se dio cuenta de que él se irguió ante su atrevimiento. El distendido señor Jefferson que había entrado por la puerta salió por la ventana en cuanto ella se dejó llevar por sus emociones. Las cosas no cambiarían jamás. Era obvio que Daisy seguía disgustándolo al igual que lo hizo tiempo atrás.

¡Qué catástrofe! Sabía que había hecho un completo desastre de sí misma y de toda la situación en cuanto la mirada de él recayó en la suya, y lo observó mirarla con suma cautela y extrañeza. Con total desaprobación. La misma que ya había visto años atrás. La vista de Daisy se desvió hacia la de Em y ahí ya tuvo la confirmación de que había hecho y dicho más de lo que debió. ¡Irresponsable!, se regañó a sí misma.

Retrocedió rápidamente y cuadró sus hombros, adoptando la misma posición que él tenía frente a ella. Daisy Alcott sentía sus mejillas hirviendo y solo quedaba una solución medianamente digna que ejecutar.

—Bienvenido a casa —le dijo a él con suavidad—. Disculpadme. —No miró atrás mientras sus piernas pusieron un rumbo rápido hacia la puerta de la salida de la estancia.

Estaba mortificada. ¿Siempre que él andaba cerca Daisy tenía que acabar humillándose? Así que en cuanto llegó hasta el recibidor de la gran casa de los Roberts, se agarró la falda con la mano derecha y comenzó a correr como si el mismísimo demonio estuviese a su espalda. Entró en su habitación y cerró la puerta suavemente, se tumbó en la cama y se tapó la cabeza con la almohada, deseando que existiese la posibilidad de volver al pasado y cambiar su desastrosa actuación. Aunque si en verdad pusiese regresar atrás las agujas del reloj no sería esa la primera cosa que cambiaría respecto a él, dado que había otra situación mucho más

comprometida que le gustaría deshacer.

Mientras Daisy había emprendido la salida a toda carrera, Emma sintió que le habían ocultado algo muy, muy, pero que muy grande. Los ojos de la señora Roberts habían dejado de contemplar la estela de su mejor amiga para centrarse en su hermano. Emma frunció el ceño todavía más. Lucian seguía mirando la puerta con una mirada de lo más sospechosa. ¿Qué diantres acababa de ocurrir ahí?

—¿Lucian? —preguntó con suavidad Em.

Él miró a su hermana de inmediato.

—¿Sí?

—¿Me puedes explicar qué ocurre entre tú y Daisy?

Oh, si él pudiera dar un significado sencillo a lo que había entre ellos optaría por decir que se trataba de una sana amistad que él se encargó de romper con todo su gran esfuerzo. Maldito fuese por ello.

—Creo que no le dijiste lo de la explosión del barco y ella no esperaba verme así. —Lucian se pasó la mano por encima de las quemaduras. Todavía podía sentir la tibia caricia de lady Daisy pasando por las cicatrices.

Odiaba haber perdido todo su atractivo. En sus cartas, Emma le había informado de que la hija del conde de Dum estaba viviendo temporalmente en su casa. Daisy. La mocosa insolente que siempre andaba tras sus pasos para ponerlo en su lugar.

Desde bien joven esa dama había apuntado maneras. Sublime. Sabía que acabaría siendo excepcional. Ella ya lo era cuando se marchó de Londres… ¿Cuánto hacía de eso? Tres años, sí. Tal vez un poco más. Ella se había convertido en una mujer que seguía estando por encima de sus posibilidades. Siempre fue hermosa y él trató de tener siempre los pies sobre la tierra en lo que a mujeres que estaban en otro rango social se refería. La mejor amiga de su

hermana. Ese era el título que le había puesto a lady Daisy Alcott. Las otras hijas de lord Dum eran diferentes. También bonitas a su modo, pero no de una forma tan evidente como Daisy. Ella seguía teniendo esos increíbles ojos tan expresivos que la hacían única.

—¿Hermano? ¿Estás prestándome atención? —Emma no tenía esa mañana el mejor de sus días. No, porque nadie le hacía el menor caso.

—En tus cartas no mencionaste el motivo por el que lady Daisy estaba alojándose contigo y con tu esposo… —dijo con suavidad.

Emma lo tomó de la mano y lo llevó hasta el sillón más próximo para obligarlo a tomar asiento.

—El té todavía está caliente. ¿Quieres una taza? —le ofreció.

—No.

—De acuerdo. —La señora Roberts, que había hecho ademán de tomar la tetera regresó a su posición—. La situación de Daisy, de las tres hermanas de hecho, se complicó bastante más antes de que tú te marchases a Boston. Su hermana mayor… —se interrumpió a sí misma—. Es todo demasiado complejo para explicarlo ahora mismo. Lo importante es que Jane me sugirió sutilmente que invitase a casa a mi querida amiga y acepté sin preguntar el motivo.

—¿Y el esposo de la dama está de acuerdo con que ella se aleje de él? Creo recordar que se daba por supuesto que acabaría casada con un pretendiente con título, algo que sonaba como el apellido de las hermanas… ¿Alston? —preguntó con cautela. No deseaba parecer ansioso por destramar los entresijos de la vida de Daisy Alcott. Se había cuidado bien de no recabar información sobre ella cuando hablaba con su hermana por correspondencia, pues no tenía derecho a hacerlo. No era momento de echarlo por la borda, pero ella lo había tocado de un modo que… ¿Cómo calificar su caricia? Dulce. Sí. Eso era. Y el modo en el que lo había mirado, también venía a denotar algo que él no se atrevía a calificar. No era ese el recibimiento que había esperado de ella después de lo que sucedió entre ambos tiempo atrás.

Ella se quedó pensativa.

—Creo que te refieres a Adeston, pero de eso fue hace casi cinco años. —Su hermano no manejaba bien los tiempos.

—¿Cinco años han pasado ya desde que las dos fuisteis presentadas en sociedad? —preguntó, no dando crédito al hecho de que el paso del tiempo fuese tan fugaz. Sí, seguramente serían cinco, porque él había estado fuera tres y desde que debutó se mantuvo muy alejado de Daisy, no sin un gran esfuerzo.

—En efecto. Y, por favor, deja ya de usar la formalidad con respecto a Daisy porque los tres hemos trepado a los árboles y nos bañamos en el río, siendo ya un poco mayores para haberlo hecho.

Lucian carraspeó incómodo. Mantener las distancias con ella había sido una buena baza para no perder la cabeza. Daisy Alcott, o lady Daisy Alcott, tal y como a él le gustaba referirse a ella en cuanto percibió que sus senos crecieron, siempre había sido espléndida en apariencia, pero mucho más allá de eso, él veía a una mujer de fuerte carácter, segura de sí misma y eso había sido casi peor que toda la belleza que ella exudaba por los cuatro costados.

—Estábamos hablando del esposo de Daisy.

—No. Eso es imposible, Lucian, porque ella no está casada.

—¿Disculpa? —preguntó, abrumado por el descubrimiento. Tampoco tenía derecho a alegrarse porque ella fuese una mujer libre.

—Si hubiera sabido que ella podía haber sido de tu interés, habría incluido cierta información en nuestro intercambio de correspondencia, hermano —se atrevió a decir Emma audazmente.

—Nada parecido —negó de inmediato—. Solo me sorprende muchísimo que ella, precisamente ella, siga soltera. ¿Qué hay del resto de las Alcott?

—Jane se casó. Lilyan y nuestra querida Daisy siguen siendo libres cómo un pájaro. De hecho, tengo la certeza de que la hermana menor de ellas, Lily, es la causa por la que Jane me pidió un poco de sosiego, puesto que según me desveló la ahora vizcondesa de Raid…

—¿Jane se casó con un título por debajo del suyo? —Él interrumpió la explicación de su hermana.

—Te he avisado de que la situación de las Alcott era, como poco, complicada. El padre las dejó desamparadas y Jane tomó la resolución de casarse para evitar la ruina.

—Raid… Me suena mucho ese título. —El aspecto de la ruina no le sorprendió demasiado, Dum era un maldito incompetente. Las Alcott estaban mejor sin su padre.

—Un demonio, te lo aseguro —dijo ella en tono censurador.

—¿Así que se cumplieron los augurios de nuestro padre y lord Dum terminó socavando todo su patrimonio? —Fue una pregunta retórica. Él ya suponía el desenlace. Antes de marcharse ya circulaban rumores sobre los acreedores del conde de Dum de lo más inquietantes.

—Daisy se lamenta cada día por no haber aceptado alguna de las proposiciones que tuvo a su alcance en su juventud. Sabes que odio los cotilleos, pero es innegable y alarmante la situación de Jane Alcott. Pese a ser una vizcondesa, ella… Mal asunto, Lucian.

—¿Un matrimonio conflictivo?

—Hablemos mejor, de cosas más productivas.

—No estoy muy seguro de que quiera saber a qué te refieres, hermana. —La mirada de Emma era desconcertante. A él no le gustaban los misterios.

—Daisy —desveló como si fuese un secreto. Vio a su hermano removerse incómodo en su asiento—. No creas que no he visto cómo te ha mirado y el modo en el que tú

has respondido a su caricia y su marcha.

—¡Dios santo! Apenas diez minutos en tu compañía y que pretendes ejercer de casamentera… —señaló exasperado.

—Lo haces sonar como si fuese culpable de un gran crimen —le recriminó.

—Somos amigos. Ella se ha sorprendido por el aspecto que tengo.

—Yo no lo he hecho. Y dudo mucho de que ella te encuentre repulsivo. No te ha mirado con asco. Más bien… ¿ensoñadora?

—Tonterías. A ti te avisé de lo que ibas a encontrarte y a ella la ha pillado desprevenida porque no le dijiste nada sobre mi maltrecho rostro —le dijo, para restar importancia a las suposiciones de su hermana. Daisy debería estar furiosa con él, no mostrarse ensoñadora.

—Te concederé que por tus letras creí que me encontraría con un hermano al que le faltaría la mitad de la cara. Fuiste exagerado cuando dijiste que eras un esperpento. Nada más lejos de la realidad. A buen seguro aquel accidente te hizo bien, porque creo que eras demasiado vanidoso.

—¿Yo? ¿Me acusas a mí de ser un presumido presuntuoso? —se quejó—. Si ni siquiera he tenido un ayuda de cámara para vestirme y desvestirme desde que he estado en Boston.

—¿Y piensas estar en Londres sin uno? —contraatacó ella, censuradora. Su hermano carecía de título, pero su posición estaba muy por encima de otros menos importante que se daban aires.

—No —reconoció—. No voy a prescindir de los servicios del buen señor Higgins. —Ese hombre había sido el valet de su padre y seguía en la casa que Lucian no quiso vender cuando se marchó a Boston.

—Bien. Ahora que has vuelto, ¿qué planes tienes?

—¿Trabajar? —Su hermana había hecho sonar la pregunta de un modo que a él no le gustó nada en absoluto—. Desde que compré la naviera el negocio se ha extendido. Mi paso por Londres no es definitivo. Mi socio me ha enviado a mí porque conozco los entresijos de Inglaterra y es necesario afianzar las relaciones aquí.

—Trabajo, trabajo y más trabajo.

—Soy un hombre de negocios, Emma. Es lo que padre me enseñó a hacer. Tengo obligaciones que cumplir —trató de defenderse de lo que parecía una acusación por parte de su hermana.

—Lo sé, lo sé.

—Damon es demasiado parecido a ti y a papá en ese aspecto. A veces creo que él está casado con su trabajo y no conmigo. —Ella le sonrió.

—¿Se está portando bien ese esposo tuyo, o debo llamarlo al campo de honor? Tengo una puntería excelente —bromeó Lucian.

—Soy afortunada con mi señor Roberts, hermano. No me puedo quejar, y desearía que tú también encontrases la dicha. Me preocupáis Daisy y tú, los dos sois tan importantes para mí, que solo deseo que seáis felices… —Su reflexión se fue apagando a medida que se daba cuenta de que podría tener una misión en mente.

Desde luego, su hermano pareció leerle la mente.

—¡Estés pensando lo que sea que esté tramando esa cabecita tuya, olvídalo! —le ordenó tiránico.

—¡No he dicho nada! —se defendió de lo que a todas luces era una acusación.

—No hace falta que lo hagas. Te conozco demasiado bien y te pido encarecidamente que olvides lo que sea que estés imaginando.

—¡Si no sabes lo que he pensado! —se excusó.

—Sí lo sé, querida Emma. Y no funcionará.

—¿Por qué no?

—Sencillamente porque ella está fuera de mi alcance. —Lucian no fue consciente de lo que acababa de explicar en alto. La mirada socarrona de su hermana le dio una pista de su propio desliz.

—No seas simple, Lucian. Daisy no ha sido jamás ese tipo de mujer. Es la hija de un conde, malogrado sí, pero una dama hermosa que habría podido escalar posiciones en caso de habérselo propuesto. Tú no eres nada desdeñable.

—Sí me resulta extraño que no se haya casado, lo confieso. Pero no debes planear nada, hermana. No tenía la menor oportunidad cuando todo yo era un hombre normal y sin cicatrices y menos podría… Ella era la hija de un noble y… —se calló de sopetón en el momento en el que vio a su hermana levantar una ceja acusadora. Había hablado de más nuevamente. Si Emma supiera la profundidad de su estupidez, estaba seguro de que lo retaría a duelo. El pasado era algo del todo curioso. Uno creía que hacía lo correcto y luego se daba cuenta de su necedad.

—¿Te gusta?

—Naturalmente que sí. —No tenía caso mentir o huir—. Lady Daisy es una muy estimada amiga.

—Sí, a la que no has dicho ni una simple palabra después de tres años. Te has mostrado arisco, y olvida de una vez el título de ella, te lo ordeno —lo regañó.

Él rodó los ojos. Demasiados años perfeccionando el modo de dirigirse a las

preciosas mujeres a las que no debería ni echar dos miradas seguidas. Su padre lo había educado bien a ese respecto. Aunque solo había necesitado de todo su control con una sola dama en cuestión. Daisy. Su nombre era puro terciopelo.

—No es como si hubiese tenido tiempo a abrir la boca. Ella ha huido de mí —alegó divertido. Le habría gustado que la hija de Dum lo hubiese recibido con unos gritos. Sí eso habría sido de gran ayuda.

Ciertamente la reacción de la joven dama sí era desconcertante. Y él a sus veintisiete años no se solía asombrar de nada. Incluso aquel incendio en el barco no le causó sorpresa. Transportaban pólvora y era un material tan voluble que cuando se oyó la primera explosión, supo que nada bueno traería aquello. El accidente fue fortuito, nadie murió, solo él y otro marinero salieron malparados, pero vivos, así que no maldijo demasiado su suerte. Una cara estropeada era mejor que haber perecido calcinado entre las llamas.

—¿Y no tienes curiosidad por saber el motivo? —se interesó con suavidad.

—No —la cortó, tajante.

—Mentiroso —lo acusó sin remordimientos.

—Emmaaaaa, te lo advierto. No hagas que regrese a Boston después de una corta hora de haber desembarcado en Londres —la avisó en tono serio.

—¡Está bien, está bien! No haré nada que pueda disgustarte. —Ella decidió no pelear más con su hermano porque era una batalla perdida.

Lucian Jefferson era un lince para las cuestiones de números o transacciones comerciales, incluso los hechos legales más controvertidos no tenían secretos para él, sin embargo, en asuntos de mujeres… ¡Su hermano necesitaba un poco de firme orientación! Sí. Daisy y él tenían mucho que ganar si fuese que ambos pudiesen llegar a ser algo más que amigos o conocidos de la infancia.

Su adorado hermano y su maravillosa mejor amiga. ¡Qué delicia sería esa si llegase a completarse!

Emma ocultó su sonrisa abstraída y sus ojos trataron de mostrarse atentos y nada reveladores, cuando Lucian comenzó a hablar sobre los proyectos que lo habían traído a la ciudad. Le encantaba eso de su hermano, es decir, el hecho de que pudiese hablar con ella como si fuese su igual. Pocos hombres había en la ciudad, tal vez en el mundo entero, que considerasen que una mujer no tenía cabeza para entender cuestiones basadas en proyectos. Ese era un rasgo que su amado Damon compartía con Lucian, y ello fue decisivo a la hora de decidirse por el buen señor Roberts cuando se propuso en matrimonio.

Emma Roberts hizo una excelente elección cuando el hombre indicado llamó a su puerta, y le daba en la nariz que Daisy Alcott escondía más de lo que se podía apreciar a simple vista con relación a Lucian.

Definitivamente tenía que indagar sobre esa vía. Dos personas que se habían mirado de ese modo en cuanto se encontraron después de tanto años, era sospechoso. Y más que eso. Un hombre y una mujer que habían declinado todas las excelentes oportunidades para contraer un buen matrimonio debían de tener una razón de peso para haber actuado de ese modo. Porque no solo su querida mejor amiga se había deshecho de excelentes partidos. Lucian había hecho exactamente también eso. Él huía del compromiso como de la peste misma. Cierto que su rostro no era el que una vez fue, pero seguía siendo un ejemplar excelente. De acuerdo. Ella, como hermana, no era objetiva y pensar en términos de seducción con respecto a él era antinatural, y aun así Emma lo veía como un hombre apuesto de apariencia sensacional. Tenía buen carácter y haría de cualquier mujer una novia muy feliz. Daisy y él siempre fueron cercanos. Lo habían sido hasta que ella se presentó en sociedad o tal vez, incluso después. No recordaba el momento exacto en el que dejaron a un lado su amistad. ¿Qué los habría separado?, se preguntó de súbito. Necesitaba más detalles, porque si echaba la vista al pasado, ellos habían sido excelentes contrapartes hasta que dejaron de serlo de un modo que le parecía brusco en esos instantes.

¿Sería un problema de inseguridad o timidez por parte de ambos? Y la pregunta más apremiante, ¿por qué no se le había ocurrido antes un plan para unir a Lucian y a Daisy? Eso sin olvidar lo más inquietante de todo… ¿Ellos se gustaban y Emma no se había dado cuenta

hasta esa misma tarde? ¿Tan ciega había estado para no haberse dado cuenta antes?

Muchas preguntas, demasiadas opciones, y un buen plan era requerido para ver si…

Capítulo 2

Eran poco más de las nueve de la mañana. La cortina de la habitación de Daisy se descorrió intempestivamente. No necesitó abrir los ojos para saber quién era la intrusa que perturbaba su paz.

—¡Lily! —espetó la hermana mediana, al tiempo que se cubría la cabeza con la almohada.

—La misma. Ahora sé una buena chica y levántate para que podamos hablar sobre tu situación. —La pequeña de las Alcott siempre fue considerada como un pequeño terremoto capaz de cambiar el curso de la historia.

—¿Has venido sola? —preguntó Daisy, incorporándose en la cama.

—No. Jane ya no me deja ir sin acompañante a ningún lugar. Ha asignado a Anne como mi guardiana particular. Más que una doncella es algo parecido a un dragón que tiene orden de cargarme al hombro si me extralimito en mis acciones. Y sabes bien que debido a su amplitud, ella podría llevarme como si fuese un pequeño saco de harina. —Ciertamente la mano derecha de Jane era algo parecido a una guardaespaldas debido a su corpulencia.

—Por supuesto que algo así era necesario —razonó ella—. Desde que te pescaron en Hyde Park montando, disfrazada de caballero… ¿En qué estabas pensando, Lily?

—¿Por qué ellos pueden divertirse y nosotras no? —preguntó haciendo un puchero.

—Porque somos mujeres —explicó con calma Daisy.

—¡No es justo!

—La vida misma no lo es, Lily. —Bien lo sabía ella—. ¿Qué necesitas que haga por ti?

—Eres injusta, Daisy.

—¿Lo soy?

—Sí, porque esa pregunta que acabas de hacerme me hace parecer una interesada que solo busca su provecho.

—¿Y no lo eres? —inquirió divertida.

—¡Jamás! —negó tajantemente.

—Todas las veces que vienes a buscarme es para pedirme algún tipo de favor.

—¡Eso no es culpa mía! Jane es peor que una madre. ¡No me permite hacer nada. Si por ella fuese, yo me pasaría el día sentada bordando o tocando el piano.

—Podrías probar a hacerlo, tal vez te guste —recomendó sabiendo que la enfurecería.

La mirada que Lily le dio le dejó patente que había dado en el clavo.

—Lo único que me gustaría es que me dejase leer y escribir en paz. Creo que

nuestra hermana debería buscarse un amante y así estaría entretenida. Es común que las damas casadas que no son felices lo hagan.

—Eres del todo escandalosa, Lily.

—Si solo me dejase escribir, yo sería la más feliz e invisible de las hermanas.

—Lo tendrás complicado. Jane no aprueba el tipo de lecturas que tienes y no estaría bien que siguieses escribiendo cosas sobre las que no entiendes… Por favor, no vuelvas a sugerir nada sobre amantes o sobre…

—Sí, sí. Ya me quedó muy claro en mi última visita que tú no vas a serme de ayuda en cuanto a lo que necesito experimentar. Siempre creí que tú eras más liberal. Me equivoqué. —Lilyan hizo un aspaviento con la mano para restar importancia al asunto—. Estoy aquí para ver qué piensas hacer.

—¿Qué? —Se había perdido.

—No eres una hermana muy comunicativa —la acusó la menor de las Alcott—. Pero por suerte para ti, tengo una oreja hábil y me entero de las cosas importantes.

—¿Desde cuándo te gustan los rumores?

—Desde que Lucian Jefferson ha regresado a Londres.

—¡Aggg! —gruñó Daisy.

—¿No pensabas decírmelo?

—¿Crees que es buena idea que saques a colación que leíste mi diario secreto y conoces mi mayor y más vergonzoso secreto? —inquirió muy molesta Daisy.

—Sabes que leo todo lo que cae en mis manos. ¿Cómo iba a saber yo que se trataba de algo tuyo íntimo y personal?

—¿Porque estaba sobre mi cama y tenía mi nombre dibujado en la portada?

—Sí, sí… no debí leerlo, pero en estos momentos tendrías que estar contenta de que lo hiciera.

—¿Debería? —Aquella mañana en casa de Jane, semanas antes de venir a vivir al hogar de Emma, cuando subió a su habitación después de haber bajado a la cocina a por un vaso de leche y encontró a su guerrera hermana pequeña leyendo algo que nadie tenía derecho a ojear, bien pudo haberla asesinado con sus propias manos. ¡Dios salvase al mundo de las hermanas pequeñas entrometidas!

—Necesitas una aliada para conquistarlo.

—Tú mejor que ninguna otra persona en el mundo eres consciente de lo que hay entre nosotros. Lily, esto no es una de tus historias apasionadas donde el hombre regresa después de un tiempo y cae de rodillas.

—Desde luego que no se trata de una preciosa historia de amor, la vida es más complicada que todo eso. —Daisy frunció el ceño. No había esperado esa respuesta tan mansa por parte de la Alcott pequeña.

—Bien. Olvídate de lo que leíste en mi diario y sigue con tu vida.

—No.

—Lily… te lo suplico. No quiero que hagas ni digas nada que tenga que ver con Lucian o conmigo.

—¡Eres imposible y una desagradecida! ¿Quieres terminar como Jane? No lo consentiré. Ninguna otra Alcott va a adentrase en un matrimonio sin amor. ¡Jamás! —sonó a leal

juramento. Daisy sintió erizarse el vello de su nuca.

—Ninguna mujer querría ese destino, lo admito. —El esposo de su hermana mayor era un desastre.

—Entonces tienes que reaccionar. Lucian, sorpresivamente, ha regresado y tú tienes que… —Su voz se fue apagando—. ¿Sigue siendo tan grande y apuesto como entonces? Es del todo natural que cayeses a sus pies. Era guapo como el pecado.

—¡Lily!

—¿Qué? —Lilyan agitó los hombros despreocupadamente—. Él siempre fue, ya sabes… —movió las manos para mostrar un tamaño grande— y perfecto como un Adonis. Demasiado perfecto si me permites la observación. No me gustaría casarme con alguien que fuese más atractivo que yo.

—Tú no eres nada desdeñable.

—Lo sé. No estaba buscando un cumplido. Soy consciente de que podría tener a mis pies a cualquier hombre que me propusiera, solo que no quiero hacerlo.

—Eres demasiado presumida y eso no te traerá nada bueno.

—Solo he dicho una verdad. Hablemos de lo hermoso que es Lucian Jefferson.

—Si tanto te gusta, conquístalo —la retó.

—Oh, no estés celosa. Lucian no es ni de lejos el tipo de hombre que yo buscaría para mi experimento. Debe ser otro tipo de hombre el que… —se calló al darse cuenta de que estaba divagando y que no debería compartir ciertas intimidades con una Alcott que no estuviese a favor de la idea de que un poco de escándalo era algo excelente para salir de la monotonía.

—¿Disculpa? ¿Qué quieres decir cuando hablas de experimentos? —preguntó,

imaginando que nada bueno traería un plan de la más temeraria de las hermanas.

—Estamos hablando sobre ti. ¿Abordamos de una vez lo que vas a hacer para cazar a tu hombre?

—¡Cielo santo, Lily! No se trata de ir al bosque con un rifle, apuntar y disparar. Y por supuesto que él no es mi hombre. —Estaba abrumada por la conversación. ¿No podría su hermana pequeña ser como las demás damas, callar y ser tímida. No. Lilyan Alcott era la peor de las tres. Ya lo decía su padre, que si alguien lo mataba, esa sería Lily, porque tenía la certeza que lo acabaría llevando a la tumba al igual que hizo con su madre, pues la condesa de Dum falleció al dar a luz a la última hermana. Su padre era un bastardo sin corazón. Daisy no aprobaba los exabruptos, ni siquiera en la intimidad, pero era lo menos que Dum merecía.

—Todavía no es tuyo… Por eso tenemos que remediar esa situación.

—Vuelve a casa con Jane. Si ese esposo suyo regresa, necesitará toda la artillería posible.

—Si él vuelve, va a enfrentarse a mí —dijo mientras apretaba el puño derecho y fruncía los labios—. Aunque de momento, la que más necesita mi ayuda eres tú. No podemos consentir que Lucian se marche de nuevo a Boston y tú te quedes palideciendo una vez más, o peor, acabes en medio de un matrimonio sin amor.

—¡Eres insufrible!

—Y por eso me adoras. —Le mostró toda una preciosa sonrisa tras decirle la frase.

La respuesta de Daisy fue lanzarle un cojín que Lily hábilmente esquivó desde su posición, sentada en una silla cerca de la ventana.

—Veo que no estás cooperativa, así que me marcharé y trazaré algún plan para que puedas obtener lo que tanto deseas. No vas a cometer un error. No pude hacer nada para

salvar a Jane, pero sí lo conseguiré contigo, porque tu propuesta de futuro es una soberana necedad, peor que el matrimonio de nuestra hermana mayor, con eso ya te lo he dicho todo.

—¡Vete antes de que acabe cometiendo una temeridad! —gritó mortificada. ¿Desde cuándo eran las hermanas pequeñas las que tenían la misión de velar por las mayores? Daisy estaba más cerca de los veinticuatro que de los veintitrés y sabía bien en lo que se metía. Su situación no era ni de lejos similar a la de Jane.

Lilyan salió por la puerta, y al ver que la señora Roberts estaba a punto de bajar por la escalera principal, sonrió, como si fuese un gato a punto de tragarse a un ratón.

—¡Emma! —la llamó, a la vez que se acercaba hasta su posición.

—Eres muy madrugadora, Lily. No habrá algún problema con Jane, ¿cierto?

—Oh, no. No se trata de Jane. Solo he venido a ver cómo estaba Daisy. Por cierto me he enterado de que Lucian ha regresado. ¿Cuándo será la fiesta?

—¿Una fiesta? —A estas alturas ya debería estar acostumbrada al carácter intempestivo de Lily, pero ella seguía dando sorpresas.

—Por supuesto. Tu hermano ha estado fuera muchos años y merece ser recibido por todo lo alto y que sus amigos estén a su lado para darle la bienvenida de nuevo. ¿No te parece?

Emma no había pensado en ello. Al escuchar la propuesta de la pequeña de las Alcott se sintió entusiasmada, hasta que recordó que Lucian no se sentía especialmente cómodo con su apariencia. Aquel accidente que lo había dejado desfigurado parecía que iba a ser un inconveniente.

—Verás, Lily, mi hermano sufrió un grave incidente estando en Boston y…

—¡Dios! ¿Está bien?

—Sí, se recuperó muy bien —la tranquilizó—, pero su rostro tiene algunas quemaduras y a él no le gustará sociabilizar. Londres no se caracteriza por sobrellevar bien las diferencias. A Lucian no le gustará que lo observen con lástima en medio de una selecta fiesta.

Lily sintió pena por él.

—¿Mi hermana lo ha visto? —preguntó curiosa.

La cuestión hizo que Emma frunciese el ceño todavía más.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque Daisy y él siempre fueron cercanos y estoy segura de que mi hermana se preocupará muchísimo.

Emma la inspeccionó con atención tratando de averiguar la verdadera razón de su interés. La joven se veía tan inocente como una colegial recién metida en un aula.

—Sí, tu hermana y Lucian ya se han visto y a ella no le ha desagrado ni un ápice su aspecto, si es a eso a lo que te refieres.

—Uhm —susurró pensativamente—. Creo que de todos modos deberías darle la bienvenida a tu hermano como se merece. Sí. Si me permites la sugerencia, yo creo que si estuviese en tu lugar, haría una cena tranquila. Solo la familia. ¡Exacto! La familia y Daisy, puesto que está residiendo en tu casa y sería una descortesía excluirla y no permitirle pasar un tiempo a solas con un viejo amigo. ¿No te parece, Emma?

—¿Qué sabes, Lily? —Ahí tuvo la certeza de que ese torbellino de muchacha poseía información muy valiosa.

—No tengo la menor idea de a lo que te refieres —argumentó, mientras emprendía una salida digna para no dejar que la mejor amiga de su hermana le hiciese un interrogatorio más exhaustivo—. Incluso sería recomendable que se quedase a dormir unos días

en tu casa. Invita a Lucian o inventa algo para que él esté cerca de mi hermana —gritó ya desde la puerta de la cocina, lugar a donde se dirigía para recoger a la escolta que Jane le había impuesto.

A Lilyan Alcott no la acusarían de ser una hermana negligente, puesto que haría todo lo posible por ayudar a Daisy a fin de que alcanzase su sueño. Lo de Jane sería más complicado y dado que ella misma no tenía pensamiento de acabar encadenada a un hombre, su misión en la vida sería la de proteger a sus hermanas, aunque fuese de sí mismas, y alcanzar su sueño de ser una gran escritora sin precedentes. Sin embargo, primero se enfocaría en la mediana y luego vería cómo ayudar a la mayor. ¡Qué harían sus desagradecidas hermanas sin ella!

Capítulo 3

Una fiesta en su honor. Una semana en la ciudad y con muchísimo trabajo atrasado, y a Emma no se le había ocurrido nada mejor que organizar una cena para celebrar su regreso de los Estados Unidos de América. Su hermana era única tendiendo emboscadas a traición. ¿Con su aspecto, cómo iba a poder desenvolverse decentemente? Lucian tenía que asistir o la única familiar que le quedaba lo amenazaría con quitarse la vida a fin de convertirse en un fantasma y aterrorizarlo durante el resto de la eternidad.

El señor Higgins, su ayuda de cámara, le acomodó la chaqueta de terciopelo granate y le estiró el chaleco de color beis con bordados en hilo amarillo. Quizás se viera demasiado elegante. En Boston se había acostumbrado a llevar una vida sencilla. Volver a vestirse para un gran evento resultaba tedioso. No era como si en Boston él hubiese sido un paria social, pero gozaba de una mayor permisividad para declinar invitaciones, entre otras cuestiones porque había conseguido sortear las grandes citas del lugar. Graham Holister, su socio bostoniano, era el que había llevado la carga de sociabilizar con los americanos, puesto que los entendía mejor.

Lucian no era capitán en ninguno de los tres barcos que poseían Holister y él. No lo sería aunque tuviese las aptitudes para capitanear. Demasiado trabajo. Pero sí le gustaba el ámbito marítimo y le apasionaban los negocios, en especial los de riesgo, porque donde otros veían posibles pérdidas, él solía adivinar grandes ganancias. No se trataba de especulación, más bien de tener la información exacta sobre las cuestiones importantes que se manejaban en una empresa. Su padre siempre había dicho de él que tenía un especial sentido a la hora de ver un buen o mal negocio. El conde de Dum fue lo último: un nefasto cliente. Lucian había esperado

que sus pobres hijas no pagasen las consecuencias de su necedad. Ambos señores Jefferson, el padre y el hijo, intuían que la solución para las muchachas era casarse bien, pues así lo había dicho su progenitor antes de fallecer. La crianza y belleza de las tres hermanas habían de salvarlas de un destino complicado. El difunto señor Jefferson era una persona muy inteligente, pero Lucian comenzaba a pensar que no lo había aconsejado bien en cuestiones del corazón. Daisy Alcott era la prueba de ello. Él fue demasiado joven e inseguro como para darse cuenta de la profundidad de sus propios sentimientos y de los de ella. Había esperado no tener que regresar a Londres, pero ahí estaba, rehuyéndola una vez más. ¿Por qué lo hacía? O mejor cuestión: ¿por qué lo había hecho en el pasado? Por su linaje, posición y futuro. Las Alcott estaban destinadas a grandes títulos. Era lo que el padre de ellas decía, lo que él intuía.

¡Ella no se había casado! Lady Daisy Alcott no había unido su vida a nadie. No tenía hijos. No estaba en proceso de convertirse en esposa de un hombre. ¿Por qué? Era la estúpida pregunta que su bien intencionada hermana había sembrado en su sesera y que necesitaba respuesta. La había acusado de ser joven cuando todo aquello sucedió…

—Listo, señor Jefferson. Confío en que su hermana nos dé su aprobación —dijo su ayuda de cámara, quien también lo fue de su padre.

El señor Higgins estaba mayor, pero era excesivamente competente. Excelente, de hecho, se dijo a sí mismo Lucian mientras se contemplaba en el espejo. El buen valet no deseaba marcharse y tomarse un merecido descanso y Lucian no lo forzaría a disfrutar de una vejez tranquila.

—Emma puede infundir temor, señor Higgins. Creo que nos aprobará, en especial a usted.

—Así es, la señora Roberts, si me permite el atrevimiento, no ha cambiado ni un ápice.

—Sutil forma de llamarla tirana. —Emma podía ser una arpía formidable si se lo proponía.

—Jamás saldrán esas palabras de mi boca, señor Jefferson. —Era un sirviente

muy leal a la familia. Valoraba mucho a los dos hermanos.

—Lo sé. Y nunca le diga que yo me atreví a llamarla de esa forma o me temo que me hará una consejo de guerra.

El hombre acabó de anudar el pañuelo de la corbata, le dio un último toque a la camisa de batista blanca y sacó pecho, orgulloso de su trabajo y del porte de su empleador. Lucian Jefferson estaba perfecto.

—A mí no me lo hará, porque recibí su nota solicitando que se presentase usted impecablemente vestido esta noche y he cumplido de sobra mi función —adujo muy seguro de sí mismo.

—Sí, usted ha hecho su parte, Higgins, pero me temo que mis heridas podrían hacer que más de una dama se desmaye. Le solicité de modo muy concreto que fuese una fiesta pequeña, así que espero que no se haya excedido con las invitaciones. —Él no se sorprendía de que su hermana hubiera exigido que su ayuda de cámara se esmerase. Iría con cuidado porque con Emma uno nunca sabía a qué enfrentarse. Demasiado terca cuando algo se le ponía entre ceja y ceja. No sabía si podría lidiar con el aspecto de su rostro. Las cicatrices estaban muy sanas, no eran tan feas a la vista como fueron, pero estaba convencido de que heriría las sensibilidades de las damas más volubles y de algunos hombres muy exigentes.

—Estoy seguro de que no será así. Las damas lo admirarán y su hermana posiblemente se haya contenido de ofrecer una excesiva recepción en su honor, aunque por otro lado, usted la merecería —trató de darle ánimos. El valet era consciente de que la sociedad era una verdadera jungla y que el aspecto del señor Jefferson causaría cierto revuelo. Por suerte, él era un joven seguro de sí mismo y no lo amedrentarían con facilidad. Confiaba en que así fuese.

—Espero que se trate de una pequeña fiesta y que no se alargue demasiado —reiteró de nuevo, pensativamente, al tiempo que comenzaba a salir por la puerta de su habitación, tras despedirse de su valet.

Toda una suerte haber mantenido al personal en sus puestos de trabajo. La antigua residencia de los Jefferson continuaba funcionando como el mejor de los relojes suizos. Lucian

sospechaba que además de los fondos que él había depositado para atender gastos, su hermana tenía mucho que ver en esa situación. Emma era brillante en sus obligaciones.

Bastante satisfecho con su aspecto, aunque no del todo a causa de sus quemaduras, Lucian Jefferson se encaminó hacía una fiesta que le causaba pavor. No sabía bien el motivo, pero algo extraño presentía sobre los acontecimientos que se avecinaban. Que se hubiera mantenido lejos de lady Daisy Alcott desde que llegó a Londres le había dado cierta tranquilidad, sin embargo, era consciente de que no podría evitarla durante demasiado tiempo. No, sin hacer uso de toda su fuerza de voluntad, y él ya no se sentía capaz de quedarse a un lado.

La cita que había tramado su hermana era un buen indicio de sus sospechas. Pronto se la encontraría cara a cara y seguramente esa vez tendría la obligación de hablar con ella.

***

Nerviosa. Ansiosa. Ilusionada. Expectante. Esas cuatro cualidades definían muy bien a la hija mediana de lord Dum en esos momentos. A esa corta lista habría que añadirle alguna más, como por ejemplo: boba. Era solo una cena. Una pequeña reunión íntima en la que él estaba sentado frente a ella. Al otro lado, en la mesa, estaban Damon y Emma intercambiando miradas significativas. Era la cena más silenciosa de todos los tiempos.

Desde que Emma le indicó la pretensión de hacer algo especial para darle un recibimiento cálido, ella había estado pensando en lucir sus mejores galas… Unas que había pagado el demonio del esposo de Jane. En fin, Daisy quería verse deslumbrante. Que él la viese y cayese de rodillas. Cierto era que las circunstancias actuales de Daisy no le dejaban mucho margen sobre pretendientes, pero al menos deseaba brillar, que él viese a la mujer en la que se había convertido.

¿Cómo una apuesta podía cambiar tanto el devenir del futuro? ¿Por qué la existencia de Daisy había quedado tan trastocada justo cuando él iba a regresar? El destino era un bufón al que le gustaba reírse de todos.

Ella al menos tenía una noche con él, para disfrutar de su cercanía, de su conversación. Con eso debería bastar. No obstante la cosa no iba demasiado bien.

Cuando terminaron de comer la sopa de cebolla, el faisán a la miel, algún pescado que Daisy no llegó a probar, y unas peras al vino, ya fue el momento de que los hombres se retirasen a tomar su oporto y las mujeres hicieran lo propio. No obstante, cuando observó que Emma se levantaba, mirando directamente a su esposo, y vio que este asentía… Lo que vino a continuación fue una bonita obra de teatro en la que la señora Roberts se desmayaba y caía, oportunamente, en los brazos de su marido.

Daisy rodó los ojos. Emma era del todo predecible. Sabía que el encuentro con Lucian le pasaría factura, pero no esperaba algo como lo que se estaba gestando ante sus narices. ¡Emma había fingido un desvanecimiento con la aprobación de Damon!

Por descontado el afligido hermano, que no había sido testigo de la complicidad entre los señores Roberts, voló hasta la posición de Em. Y tal y como supuso Daisy que ocurriría, se ofreció a llamar de inmediato al médico, a lo que Damon dijo que no hacía falta, puesto que su esposa solo acusaba cansancio y la emoción por recuperar a su estimado hermano. Una escueta respuesta y el matrimonio se esfumó, dejando a Lucian y Daisy solos en el soberbio comedor.

Él se giró para mirarla y su corazón comenzó a palpitar de éxtasis. Era la primera vez en toda la velada que el foco recaía en ella. Lucian se había cuidado bien de no prestarle atención. ¿Por qué él hacía eso, más cuando en el pasado había sido ella la que se puso en ridículo y no a la inversa?

—Iré a buscar a un médico por precaución —le dijo a Daisy, antes de comenzar a avanzar hacia la salida.

La preocupación que veía en él era genuina. La joven se apiadó de él.

—No hace falta que lo hagas. Tu hermana sigue siendo la misma intrigante que antaño, y te aseguro que ha sido todo una genial actuación. En la próxima vida, Em bien podría dedicarse al teatro.

Él, elegante y seguro de sí mismo, se detuvo y regresó la vista hacia ella. Se tomó unos pocos segundos para valorar lo dicho y pronto entendió la alusión.

—¿Por qué haría algo así mi hermana?

—No tengo esa respuesta, aunque sospecho que pretendía dejarnos a solas —razonó ella, sintiéndose vulnerable.

—¿Por qué…? —La pregunta murió de pronto. No hacía falta una contestación. Lucian sabía a qué había venido toda esa farsa. Le advirtió a la señora Roberts que no se inmiscuyese en sus asuntos, pero su hermana nunca aceptaba una negativa por respuesta. Debió haber sospechado algo cuando llegó para asistir a una cena íntima de tan solo cuatro personas.

—No te preocupes demasiado por Emma, estoy segura de que mañana se levantará radiante, y alegará a una pequeña indisposición de la que presumo que ya está completamente recuperada.

—Me sorprende que Damon se preste a tal engaño. —Comenzó a negar la cabeza, a modo censurador.

—Emma puede ser de lo más persistente cuando se lo plantea.

—Eso sí es una verdad universal.

Daisy se adelantó unos pasos. La incomodidad de él la estaba matando. Decidió ahorrarle la molestia de despacharla. Lo mejor sería cerrar el capítulo ahí. Actuarían con normalidad cuando se viesen y no habría nada que reprochar ni esperar. Lo mejor era eso. Olvidar el pasado.

—Te deseo buenas noches, Lucian.

—No te vayas. —Alzó la mano para agarrar su brazo en cuando la joven pasó por su lado. La manga de su vestido de muselina verde era del todo deliciosa al tacto, y la piel que tenía entre el guante y la manga se sintió caliente. La soltó como si en verdad se hubiese quemado.

Ella lo miró a los ojos. No había esperado esa respuesta. Es más, creyó que estaría contento por darle una salida fácil a la extraña situación en la que habían quedado acorralados.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó solícita.

—Creo que tenemos que establecer unas sencillas reglas para que nuestros encuentros no sean incómodos —se atrevió a explicar él.

Ella le sonrió.

—No lo fueron nunca para mí. Creo que fuiste tú quien decidió poner un océano entre ambos y antes de eso una distancia considerable aquí en Londres, antes de marcharte.

—¿Sigues enfadada? —preguntó con cuidado.

—No lo llegué a estar jamás.

—Eras la hija de un conde, lady Daisy —alegó a modo de explicación.

—Así me lo recordaste en aquella ocasión —le refrescó la dama la memoria, manteniendo una tímida sonrisa.

Daisy no deseaba parecer despechada, pero tampoco logró refrenar su lengua.

—No reaccioné bien a lo que tú… —comenzó a explicar él.

—No hace falta que sigamos recordando el pasado —lo cortó con suavidad.

Lucian. suspiró.

—Supongo que te alegrarás de que todo haya salido como salió.

Ella no entendió el comentario y de haberle podido leer la mente se hubiera dado cuenta de que Lucian se refería a su aspecto tan poco agraciado. Estaba agradecido por haber salvado la vida en aquel incendio, pero en esos momentos en los que estaba frente a la única mujer que lo había hecho sentir importante y deseable en el pasado, le hubiera gustado volver a ser el que una vez fue. Sin duda ella se veía sofisticada, radiante, hermosa… Un sueño de mujer.

—Será mejor olvidarlo todo, Lucian. Espero seguir siendo tu amiga.

—Amiga… —susurró.

—Sí. Era eso lo que dijimos que seríamos y espero que sea lo que seamos. Hablaré con Emma para que no vuelva a…

—No te has casado —la interrumpió, diciendo una obviedad.

—Creo que tú tampoco lo has hecho. —Ella no deseaba volver a ponerse en ridículo de nuevo. Sería comedida y no se interesaría por su vida más que lo justo y necesario.

—No. No había nadie como… —Se cayó antes de confesar que no había encontrado a otra como ella. ¡Qué necio fue! No debió haberse dejado persuadir ni por él mismo.

—Lucian, es tarde, creo que yo debería…

—¡Una partida de ajedrez! —gritó sin quererlo. Ella saltó debido al pequeño susto. Lucian no estaba preparado para dejar escapar la ocasión que su hermana le había brindado. Debería marcharse. Él lo sabía. No podía hacerlo. No, pues tenía ante él una gran mujer a la que no había logrado sacar de sus pensamientos en todos esos años pasados.

—¿Quieres que juguemos al ajedrez? —No esperaba algo así. A esas alturas ya lo imaginaba dentro de su carruaje huyendo hacia su guarida. Había sido evidente, como lo fue antaño que él la desaprobaba. De hecho, esa fue la sensación que sintió durante toda la cena.

—Es lo que hacen los amigos, ¿no? Compartir un poco de sana diversión y agradable conversación.

Ella sabía que estaba jugando con fuego. La tentación era muy fuerte. Tanto, como si tuviese a un pequeño demonio colocado en su hombro derecho exigiendo que aprovechase la ocasión.

—Supongo que…

—Muy bien —Él no iba a permitirle retroceder en su toma de decisión—. Vayamos a la salita de Emma, me pareció ver un tablero el otro día allí. —Emprendió el camino hacia el lugar—. ¿Soléis jugar mucho ella y tú?

—De vez en cuando.

¿De verdad, ella había accedido a jugar al ajedrez con él en una habitación sin la debida vigilancia? Si se enteraban le cortaría el paso en Almack’s al punto. Las normas de decoro eran sagradas para las jóvenes debutantes y las matronas no perdonaban ningún desliz, especialmente en ese club tan exclusivo. De acuerdo. Ella no estaba en los albores de la juventud.

Él se paró de repente, justo cuando se dio cuenta de que no le había ofrecido el brazo para escoltarla y que ella estaba a su espalda. Daisy se topó contra esa gran muralla que era él. Lucian fue rápido y la agarró por los hombros para estabilizarla.

—Lo siento —le dijo él.

—No te preocupes.

La mirada de uno estaba fija sobre la del otro. Daisy se humedeció los labios al ver que él contemplaba su boca con una expresión indescifrable. Parecía que iba a besarla. Ella sintió que su corazón se saltaba un par de latidos. Se preparó para lo inevitable… no obstante, los ojos de él subieron de nuevo hasta contemplar los femeninos.

—Había olvidado el color tan vivaz de tus ojos. No he conseguido ver a ninguna otra mujer con ese iris tan peculiar tuyo. Preciosos ojos… —musitó.

Las palabras de él le trajeron de vuelta su ingenio. Ella fue la primera en desviar la vista. Se soltó de su agarre con suavidad. ¡Casi había permitido una verdadera temeridad!

Carraspeó incómoda y buscó darle normalidad al encuentro.

—Venga, juguemos al ajedrez, a ver si sigues siendo tan malo como lo eras entonces. —Decidió que lo mejor era poner punto final a esa intimidad.

Se adelantó para abrir el paso y Lucian le siguió la estela. Se arrepintió al punto de no haberla besado. Las pequeñas chispas de sus ojos violetas le habían indicado que ella no lo habría rechazado. Decidió que era una buena señal.

—Te aseguro que no soy el mismo hombre. Tres años me han hecho cambiar mucho.

Ella lo miró por encima del hombro con una sonrisa.

—Eso vas a tener que demostrarlo.

—Espero tener la oportunidad para hacerlo.

Hubo un silencio un poco tenso, dado que ella no sabía si se estaba refiriendo a la partida de ajedrez, como había supuesto en un primer instante, o a alguna otra cosa. Sacudió la cabeza. No tenía sentido volver a tener esperanzas. No en esos momentos en los que su futuro casi estaba decidido.

Llegaron hasta el tablero y tomaron asiento, uno frente al otro.

—¿Blancas o negras?

—Blancas —pidió ella.

—No pienso ser clemente, *milady* —la avisó.

—¿Vamos a tratarnos con suma cortesía, Lucian? ¿Deberé llamarte señor Jefferson incluso en privado? —preguntó, sonriendo.

Él suspiró.

—Lo creas o no, siempre has sido para mí «lady Daisy».

—Lo recuerdo muy bien. —De verdad que no deseaba sonar despechada ni alegar a momentos muy incómodos para ella, aunque su mente se había convertido en un ente con vida propia y hablaba sin contención.

—Creí que habías dicho que no deseabas rememorar el pasado.

—Y no quiero hacerlo, de verdad que lo intento, pero hay cosas que no se pueden olvidar. —Era definitivo. Daisy se había convertido en una arpía absoluta al seguir ahondando en ese camino sin salida. Ella lo sabía y estaba enfadada consigo misma.

—¿Y si pudiese hacértelas olvidar? —sugirió con un poco de esperanza bailando en su mirada.

Ella negó con la cabeza mientras exhalaba.

—Juguemos.

—Charlemos antes un poco. ¿Cómo has estado?

—Perfectamente bien. ¿Y tú?

—Conversación fría y banal… ¿de verdad?

—Es lo que hacen los amigos.

—Bien, empezaré yo. Lejos de Londres aprendí muchas cosas, como por ejemplo que aquí somos más rígidos y cuadriculados. Los americanos tienen normas, por supuesto, pero son más permisivos, amigables y tienen tanta pasión…

—Una enseñanza maravillosa. Me alegra mucho que disfrutases de tu tiempo fuera de Inglaterra.

—Te encantaría Boston. Allí la hija de un conde causaría sensación. Te llevaré —soltó sin darse cuenta. Ella se tensó. Lucian carraspeó—. ¿Tu vida ha resultado…?

—Lo que se esperaba de mí —acotó la pregunta de él—. Mi padre murió, nos dejó sin nada y Jane nos salvó a Lily y a mí. No hay mucho más que eso.

—Tenías grandes atributos para haberte casado bien en tu primera temporada —trajo a colación con suavidad.

—Así fue, pero no pude dar el paso.

—Lo siento.

La joven agitó los hombros despreocupadamente.

—De todos modos todo ha acabado bien, eso es lo importante. Peor hubiese sido que Jane se casase con un hombre que no nos pudiese ayudar a ninguna de las tres.

Daisy se abstuvo de comentar que si Raid hubiera sido además de un demonio, también pobre, la situación sí hubiese sido del todo desesperada. Puesto que el esposo de Jane había decidido olvidarlas, al menos de momento, las tres se sentían bastante seguras.

—Tuve que haberme preocupado por ti —expuso con remordimientos.

—No hizo falta, Lucian. No te aflijas por las circunstancias de mis hermanas y las mías. Somos mujeres fuertes y nos adaptamos. Salimos adelante y eso es lo que importa.

—No dudo de vuestro valor, solo me apena no haber estado a tu lado para…

—¿Vamos a jugar o no? —lo cortó, más seca de lo que pretendió.

—¿Va a ser siempre así?

—No sé a qué te refieres, Lucian.

—Esta tensión que hay entre nosotros… me gustaría que desapareciese.

—Con un poco de tiempo las aguas volverán a su cauce. ¿Iniciamos la partida? —No pretendía seguir hablando de cosas dolorosas.

Él suspiró y decidió que ella no iba a salirse con la suya.

—¿Qué apostamos? —No se iba a dar por vencido. Las circunstancias lo habían traído hasta ese preciso momento, ante una dama que creía que estaría en posesión de un hombre con suerte. Roma no se construyó en dos días, pero él tenía la misma tenacidad que Julio César. En la conquista no debía bajar la guardia mientras hubiese esperanza.

—¿Apostar? —Ella frunció el ceño—. Nadie debería hacer algo tan burdo, en especial cuando las consecuencias pueden ser nefastas incluso para los que ni participan en el reto. —Por un momento casi se le escapó que ella odiaba las apuestas. Mejor no destapar esa caja de Pandora por el momento. Un absurdo desafío sin sentido, del que ella no había tenido

constancia hasta hacía poco, la había metido en un gran problema del que esperaba salir indemne.

Lucian frunció el ceño sin entender esa retahíla. Se relajó y le sonrió brevemente.

—No tiene nada de malo que la victoria tenga un buen aliciente.

¿Lucian estaba coqueteando con ella? ¿El mismo Lucian que la había saludado al llegar esa noche sin mirarla a la cara? Si no iba con cuidado su corazón acabaría muchísimo más maltrecho que la ocasión pasada. Se prometió ser cauta. Toda una mentira para una mujer que estaba con un hombre a solas a unas horas poco adecuadas de la noche.

—Uhm… A veces es mejor no tentar a la suerte, Lucian. Te sorprenderías de las locuras a las que pueden llegar algunos para lograr lo que no se desea entregar libremente.

—¿A qué te refieres? —Lo había pillado desprevenido otra vez.

—Discúlpame por llevar esta conversación hacia un punto que no debería haber llevado.

—No consigo entenderte.

—No importa —dijo ella, restándole importancia. No deseaba ponerse a divagar sobre su vida, sus sentimientos y sus desventuras.

—¿Acaso tienes miedo de hablar libremente? No te reconozco, Daisy. Nunca tuviste miedo de expresarte. Eso sí lo recuerdo muy bien.

Ella se negó a sonrojarse ante esa mención de aquel incómodo momento. Sus mejillas, por otro lado, sí comenzaron a ponerse de un tono bermellón.

—Vaya, un progreso —dijo ella, mientras hacía avanzar un peón que él rápidamente retrocedió a su casilla. Lucian no iba a comenzar la partida sin determinar el premio

del vencedor.

—No puedes empezar un juego si no hemos debatido claramente las bases. ¿Qué quieres decir con eso de un progreso?

—No me has llamado por mi título y eso sí que es una novedad.

—El otro día tampoco lo hice.

—Cierto. Cuando llegaste a casa de tu hermana no abriste la boca para nada.

Él le sonrió.

—¿Eso te molestó?

—No más que de costumbre. Te conozco muy bien, Lucian. Sé cuándo te incomoda algo. —Se ahorró el hecho de decirle que era consciente de que él la aborrecía y que no deseaba la lástima que estaba ofreciéndole.

—Lo sé. Lo haces mejor que yo mismo.

—¿Lo hago? —preguntó más coqueta de lo que pretendió. Se dio cuenta de su error en cuanto él le mostró esa bonita y perfecta sonrisa suya. ¿Cómo un hombre con el rostro lacerado podía seguir siendo tan hermoso como lo era él? Su imperfección lo hacía parecer peligroso, duro, oscuro. Él podría convertirse en una auténtica perdición para cualquier mujer. Daisy se juró que no lo sería para ella.

—Sí. Me dijiste que me arrepentiría y lo he hecho.

Ella se removió inquieta sobre su silla tapizada en flores. De nuevo había sacado a colación el suceso pasado. Ese que debería ser borrado y que parecía ser imposible que saliera de sus vidas.

—Olvidemos el pasado. —Ambos sabían exactamente a qué se referían.

—Creí que éramos amigos y los amigos pueden hablar de muchos temas. ¿Por qué no del pasado, Daisy?

—Porque nada se saca de remover las arenas del reloj. El pasado es algo que se debería olvidar, más en nuestro caso —recomendó, sincera.

—¿Y si uno no lo quiere olvidar?

—Para ser alguien que ni me ha mirado desde que entró por la puerta esta noche, te estás tomando muchas molestias para entretenerme. Te ruego que no te molestes por mí. Soy consciente de que preferirías estar en Júpiter y no aquí conmigo. Eres un caballero y te sientes obligado a ser atento. No es necesario. —Ya no podía seguir jugando al juego que él pudiera haber ideado. Lo mejor sería cortar esa intimidad que se sentía nacer entre ambos.

—Te equivocas. Estoy aquí, porque no podría estar en mejor lugar, ni con una compañía más grata. Aunque sí tienes razón en que te he estado evitando. No sería la primera vez en que mi necedad me hiciese una mala pasada. Es duro para mí haber regresado, tener delante lo que deseo, lo que deseaba, y recordar que una vez no estuve a la altura de las circunstancias. —Sería un auténtico estúpido si no aprovechaba la baza que le acababa de repartir la diosa Fortuna.

Él no se caracterizaba por salir perdiendo cuando hacía un movimiento delicado. Daisy merecía el intento más que cualquier otra. Era hora de poner las cosas en orden con ella. Había previsto ir poco a poco. No podía. No cuando ella estaba frente a él y al fin podía hablar libremente. Era un hombre cercano a la treintena y tenía las cosas claras al fin. Daisy Alcott no había entrado en sus planes cuando planeó su regreso a Londres, no de modo tan directo al menos, pero todo era susceptible de cambio y por lo visto no podía dejar de lado sus inclinaciones.

Hubo un momento de lo más tenso. Ella cerró los ojos y tomó una larga bocanada de aire. Lucian no tenía derecho a haber dicho lo que acababa de decir. ¿A qué estaba jugando?

—Lucian, por favor… No…

—Una vez hablaste del valor del amor. ¿Lo recuerdas? —La interrumpió para que ella no siguiese ese camino de negativa que había iniciado.

Ella se echó atrás en el sillón y suspiró con fuerza.

—¡Cómo iba a poder olvidarlo! —El apasionado discurso que una vez le ofreció a Lucian Jefferson sin reservas seguía impreso en su mente y suponía una gran vergüenza para la joven.

—Entonces dime lo que me dijiste en aquel momento.

Oh, no. De ninguna manera haría de nuevo un espantoso ridículo.

—¿Es porque necesitas reafirmar tu ego, Lucian? Nunca te creí cruel, pero estás siendo muy descortés.

—Un beso —propuso, sin dejar de observarla.

—¿Qué? —De todas las tonterías, ¿él acababa de hablar de besos? ¡Dios del cielo! Daisy debería levantarse y no permitirle jugar más con ella.

—Disputaremos una partida al ajedrez por un beso. Si ganas te dejaré besarme. Si pierdo, tú me dejarás besarte a ti.

Ella se rio sin tener ganas de hacerlo. Se pasó una mano por la frente. ¡Tontería nefasta!

—¿Eres consciente de lo que acabas de proponer? —La joven quería levantarse y agredirlo. ¡Qué desfachatez proponer semejante trato cuando ella, tiempo atrás, le habría dado, con toda la fe del mundo rebosando en su interior, cualquier cosa que él le demandase!

—Créeme, estoy tan sorprendido como tú de mi propia audacia. Había planeado controlar mejor mi ansiedad para venir a cenar, a lo que por cierto me hicieron creer que sería una gran fiesta con un baile.

—Tu hermana tiene sus propios planes. Lo siento, debí haberla detenido. —No caería en el error de preguntarle qué ansiedad podía tener un hombre que la rechazó tan deplorablemente en el pasado.

—¿Se lo contaste alguna vez? —El suceso de nuevo. El rechazo que él le entregó a cambio de una bella y esperanzadora declaración de amor que Daisy no debió haber pronunciado jamás. Las mujeres no se declaraban jamás. Comprendió esa norma demasiado tarde.

—No.

—Siento el modo en el que actué, Daisy, si pudiese volver atrás…

—Sí, lo sé. Yo también cambiaría todo aquel suceso.

—¿Qué sería lo primero que alterarías de aquel encuentro nuestro? —se interesó él.

—¿De verdad, quieres saberlo?

—No lo hubiese preguntado, si así no fuese.

—No habría abierto la boca. Aquello fue humillante. No debí haberme expuesto de esa forma.

—Lo siento. No sé qué más hacer para pedirte disculpas. Pensarás que soy un egoísta sin escrúpulos, pero yo rezaría cada noche para que no tuvieses esa sensación de humillación. Fue lo más bonito que una vez escuché. Cada palabra, cada…

—Como bien has dicho, y tal y como yo te recordé cuando te confesé mis sentimientos hacia ti, el amor es poderoso, de un valor incalculable, y no se puede actuar sobre el corazón. Interpreté mal nuestra amistad. Tú lo dijiste sabiamente. No le des más vueltas. No estaba destinado a ser… —su voz se apagó. El nudo que se le había formado en la garganta no le permitió continuar.

—Eras la hija de lord Dum —repitió, como si eso lo explicase todo.

—Sé exactamente quién soy, y para el caso, quién era en aquel entonces. Solo se trataba de mí, de una joven inexperta que puso su corazón donde no debió haberlo hecho. Te pedí disculpas por mi torpe declaración y tú seguiste tu camino. Yo seguí el mío. —Se quedó un momento pensativa. Si él quería sacar todo el suceso a colación, ella le daría lo que él parecía estar pidiendo—. ¿Sabes que aquella actriz con la que se te relacionaba antes de marcharte está de regreso a la ciudad? —preguntó descuidadamente.

Era buena dando golpes. La culpa era de él por haberle proporcionado esos recuerdos. Canalla. Fue un auténtico canalla y no tenía excusa. Lo veía en ese momento y daría parte de su vida por haber podido apreciar su necedad tiempo atrás. Ella sería suya desde hacía largos años. Años en los que cada noche le habría hecho el amor. Años en los que la habría colmado de atenciones, de amor, de cariño. ¡Estúpido! No. No caería en la desesperación. Eran dos personas libres y el último acto de la función no había concluido. Había dado el paso y no retrocedería. Lucharía como buen gallardo porque lo que había en juego era demasiado hermoso como para soltarlo de lastre.

—No he venido por ella —le aclaró, aunque sospechaba que Daisy Alcott ya podría estar haciéndose una buena idea de sus deseos e inclinaciones.

—Deberías echarle un vistazo. Estuve en Drury Lane hace un mes, y sigue siendo maravillosa. Una gran actriz de teatro. Preciosa y sospecho que sus… habilidades, habrán mejorado considerablemente después de estos años. —Por lo visto, aquella herida no estaba cerrada, se dio cuenta en el momento en el que comenzó a hablar de la antigua amante de él. Esa que se buscó después de romperle el corazón en mil pedazos.

Él cerro los ojos. La flecha, aunque merecida, había dado justo en la diana, en el

centro de su corazón. Deseaba decirle que a él también se le quebró el alma. El insulso placer físico que obtuvo con la actriz no consiguió mitigar la dolencia que tuvo que arrastrar por su inseguridad y su juventud.

—No sé cómo pedirte disculpas, Daisy.

—No es necesario hacerlo, Lucian. Lo comprendí bien en aquel momento, y ya tengo suficiente experiencia como para saber de qué color es el mundo.

—¿No era rosa? —Él trataba de hacer la conversación más distendida. No sabía cómo hacerlo y cuando la vio apretar los labios en un rictus severo supo que no debió haber lanzado esa cuestión como si fuese algo banal. Le había hecho daño cuando le escupió que él no sentía lo mismo. Le había mentido descaradamente. Lo habían presionado y en aquel momento de su vida no era un verdadero hombre, solo un joven influenciable que deseaba vivir el momento después de que le dijesen que ella no era para él.

—No. Es negro. Te lo aseguro, Lucian.

—Siento todo lo que sucedió con tu padre. Él me dijo que…

—Tampoco hay necesidad de hacer eso. No lo hagas, te lo ruego. —Si había algo que ella deseaba todavía menos que revivir su penoso pasado era hablar de Dum.

—Necesito que entiendas que…

—Lucian, de verdad, está todo bien entre nosotros. Sé que me he excedido esta noche contigo. Creo que ya he sacado parte de lo que tenía haciendo opresión en el pecho. Hubo un momento muy incómodo en el pasado, en el que yo salí muy mal parada y no debería culparte, lo sé, pero… —No supo cómo continuar esa frase—. Emma es mi mejor amiga, tú has vuelto a Londres y es necesario que nos tratemos con normalidad. No le des más vueltas, te lo suplico —insistió de nuevo.

—Amigos… —musitó. No. No se contentaría con esa catalogación. Ella había

aludido a su pecho. Él deseaba conocer cada secreto que escondía su cuerpo. La deseaba. La había amado en silencio demasiado tiempo. No servía esquivarla. No funcionaba dejarla solo para que Daisy lo atormentase en sus sueños. No podía renunciar a ella. Esta vez no. —. ¿Y si fuese yo el que en estos instantes no quisiera contentarse con tu amistad, si no pudiese? —tanteó con delicadeza.

Se produjo un silencio muy tenso. ¿Por qué le estaba pasando eso a ella? ¿Por qué en esos instantes, cuando no había esperanza para ninguno de los dos? No era vengativa. No lo era en absoluto. Sí había estado muy dolida durante mucho tiempo, porque estuvo convencida de que él la amaba y que había necesitado un empujón para que ambos… No salió bien. Él la rechazó sin demasiada explicación y luego actuó como si ella no existiese. Era tarde para la pareja que pudo haber sido. Las cosas ocurrían por algún motivo. No estaban destinados a amarse, a estar juntos. Daisy al fin podía verlo con claridad.

—Es lo único que puedo ofrecer, Lucian.

—¿Es por mi aspecto? Hace unos días, cuando me viste, no pareció importarte.

—No. No me avergüenza confesar que incluso con esa imperfección, sigues siendo un hombre apuesto.

—Gracias. Tú sigues siendo hermosa.

Ella se rio con ligereza, tratando de aminorar la densa conversación.

—Sí. Por eso me rechazaste. —Era sabido que un hombre no rechazaba a una beldad. Daisy se arrepintió enseguida de haber hecho esa tonta observación. Sin embargo, siempre había sido con él. Nunca se reprimió nada. Fueron del todo francos el uno con el otro. Lucian Jefferson la impulsaría a ser ella misma durante el resto de su vida.

—De acuerdo, entiendo que tus… pocas inclinaciones para tomarme en consideración se deben al rencor.

—Nunca me consideré una mujer capaz de retener rencor en mi corazón. Si me conocieras un poco lo sabrías. No te culpo por lo que pasó, aunque pueda parecer que lo hago.

—Está bien. Entonces me inclinaré por la tercera vía. Quieres un cortejo.

Ella le sonrió. Había soñado tantas veces con oírle sugerir una cosa semejante…

—A diferencia de ti, yo sí te llegué a conocer muy bien, tal y como has dicho antes, y sé bien que no eres un hombre que tenga la paciencia para cortejar a una dama. Eres alguien de acción, miras una cosa y debes… poseerla —musitó.

Él se quedó helado. Aunque frío no era la mejor valoración de la situación. Esa palabra envió un estímulo poderoso hacia su virilidad. De pronto, los pantalones le apretaban demasiado. Y por la mirada de ella, se veía que era consciente de la implicación de ese sencillo término empleado.

—He adoptado maneras americanas que muchos podrían calificar como de bárbaras. Si estás coqueteando, Daisy, deberías tener cuidado, porque estás a muy poco para que salte sobre ti y… te devore como he querido hacerlo desde que entré.

Ella se reprendió a sí misma. Sabía que él estaba probándola y que no debió haber hablado de ese modo tan poco decoroso. Lucian pretendía escandalizarla y no podía culparlo porque ella había comenzado primero. Negó con la cabeza. No era tan mundana como pretendía aparentar. La prueba era sus sonrojadísimas mejillas.

—Hubo un tiempo en que te habría dado la bienvenida de buena gana. Hay pocos secretos entre tú y yo. Han pasado los años pero te siento igual de cercano que antaño. Incluso sabiendo que habría sido una locura y que mi reputación hubiera caído en desgracia, porque no eras un hombre que tomase el matrimonio en consideración, habría hecho lo impensable por ti, porque te amaba.

—No lo digas en pasado, por favor, Daisy. No lo digas en pasado.

—Siempre será así —dijo más para sí misma al haber reconocido ese amor tan grande—. Quiero estar resentida contigo. Incluso me gustaría odiarte. No consigues que lo haga y ese será mi error.

Él se levantó de la silla y se arrodilló junto a ella. Le tomó la mano con su derecha y la izquierda la usó para limpiar las lágrimas que caían por su mejilla.

—No llores, por favor. Fui un estúpido al despreciar el regalo tan maravilloso que me hiciste. Debí haber acunado tu corazón con mis manos y haberlo guardado como el tesoro tan precioso que era. No me digas que es tarde, querida Daisy. No cuando tu dulce toque calmó mi atormentada alma el otro día. No cuando me miraste y no te fijaste en mis cicatrices. No cuando yo estoy aquí, tú estás aquí y todo se siente natural y cotidiano. Tuviste razón cuando me advertiste que acabaría arrepintiéndome de mi decisión. En cuanto te marchaste después de confesar que me amabas y que ese sería tu mayor regalo para mí, sentí que algo dentro de mí se rompía. No era el hombre de fuerte carácter que soy ahora. No pude enfrentarme a todo por ti. Fui débil y mezquino porque yo sentía lo mismo que tú. Te he amado desde que tengo uso de razón. Solo has estado tú. No tengo excusa para lo que sucedió entre nosotros. Te amaba. Te amo. Siempre te amaré. Olvida que fui un necio. Dame una oportunidad para demostrar lo que soy, lo que tengo para ofrecerte, por favor.

—No sigas por ahí, Lucian. No puede ser. Te amaba y no solo me rompiste el corazón. La traición se completó cuando buscaste a otra mujer. Yo sabía que me amabas. Lo veía en tus ojos. Te supliqué que lo reconocieras. Me convenciste de que no era más que amistad y un tonto enamoramiento por mi parte debido a mi juventud.

—¡Quería olvidarte! Necesitaba olvidarte, Daisy. Tu padre me lo dijo, las hijas de un conde, aunque estuviese a punto de arruinarse, no se casaban por debajo de sus posibilidades. Mi padre me dijo lo mismo. Una dama de alta alcurnia no elige a un señor Jefferson como esposo. No podía hacerte eso a ti. Todos esperaban que te casases bien. Te habrían dado el corte directo por mi causa. ¿Cómo iba a aceptar la incomparable de su temporada a un hombre como yo?

»Tu padre me convenció, el mío también hizo un buen papel cuando me dijo que debía quitarte de mi cabeza. Lo intenté. Lo juro por Dios. No he podido, mi amor, no lo he

conseguido. Te prometo que había regresado a Londres con la firme promesa de no interferir en tu vida, porque sé que te hice daño de un modo despreciable. No quiero hacerte desdichada, pero si no te digo todo lo que siento, creo que arderé en el infierno.

Él se levantó y acercó su rostro hacia el de ella. Apoyó la frente sobre la de Daisy. Tan cerca, pero tan lejos. Así lo sentía la mediana de las Alcott. Lucian decidió ser más atrevido y buscó sus labios, pero no la rozó pese a que necesitaba besarla. Deseaba su aceptación. Era imperativo que saborease su dulzura, tener sus jugosos labios sobre los suyos. La necesitaba. ¡Dios, cómo la ansiaba! No debió haberla dejado ir. No debió haberla lastimado. No debió herirla cuando decidió tomar una amante para sacarla de sus pensamientos. ¡Había sido un auténtico patán! No importaba. Tenía mucha vida por delante y si ella lo aceptaba haría la penitencia a su lado, para hacerla feliz, para honrarla y para demostrarle cuánto significaba para él. Daisy. Lucian había cruzado un océano interminable para alejarse y cuando estuvo al otro lado del mundo sintió que su amiga, su amor verdadero se le había escurrido entre los dedos de las manos. No cometería ese error dos veces. Podían conseguirlo si superaban el pasado.

—Hemos perdido demasiado tiempo por mi culpa. Apremiaré las cosas porque es lo que siento que debo hacer. Di que sí, amor. Bésame y dime que tus afectos no han cambiado. Hazme el hombre más feliz de la faz de la Tierra y acepta ser mi esposa, porque no me casaré con otra mientras tú respires —sonó a promesa y Daisy sintió que su cuerpo se descomponía. No podía hacerlo. No en ese momento de su vida.

La joven sentía que estaba en medio de una pesadilla en la que su sueño más preciado se cumplía. Destino maldito. Inoportuna dicha se le presentaba.

—Lo siento, Lucian. No puedo —le dijo entre sollozos, antes de levantarse y salir corriendo de la estancia, tal y como había hecho la otra vez que se vieron en ese mismo lugar.

Capítulo 4

Era una cobarde y le había mentido a su mejor amiga. Daisy Alcott iría de cabeza al infierno. Su corazón sufría ante lo que se presentaba ante ella. Necesitaba marcharse lejos de él, aunque eso supusiera volver a la guarida del diablo. El vizconde Raid, el esposo de Jane, era un tormento mejor que soportar, y eso que él era un desgraciado. Así que por la mañana, después de ese encuentro tan inesperado con Lucian Jefferson, el hombre al que jamás podría tener, ella se excusó con Emma y regresó al lado de Jane y de su hermana pequeña Lily.

Entró en casa de Raid y escuchó voces, más altas de lo normal, desde la salita privada de Jane. Posiblemente, el demonio del vizconde hubiese regresado y estuviese volviendo a molestar a su esposa.

Daisy se detuvo en la entrada de la casa de Raid y mandó a los lacayos que subieran el baúl a su habitación. Tenía pensado dirigirse al lugar de donde venía la acalorada conversación para salvar a su hermana mayor de las impertinencias de su esposo. Era extraño que Lily no estuviese haciendo de guardiana de Jane.

Comenzó a andar, aunque tuvo la tentación de quedarse junto a la puerta antes de acceder a la salita.

—Te suplico que no lo hagas. —Escuchó Daisy que le decía Jane a alguien.

—Tengo que casarme. Ella es una excelente opción y no olvides que la estoy

salvado de algo mucho peor —aludió, una voz masculina que la hermana mediana conocía.

¿Ellos se estaban peleando otra vez por el mismo asunto? Daisy entró en tromba en la estancia dispuesta a poner orden. Vio a Jane y a su acompañante, el señor Jason Colman, el uno muy cerca del otro, discutiendo.

—Os suplico que no volváis a tener esa conversación. Todo está decidido, no hay vuelta atrás, pues habrá salido publicado hoy en el periódico de la mañana, espero. —Daisy se había marchado sin desayunar de casa de su amiga, sin echar un vistazo a la hoja de noticias del periódico matinal, para que Emma no pudiese preguntarle nada respecto al anuncio que tenía previsto imprimirse ese día.

Jason se apartó de su hermana mayor y Jane se movió hasta la ventana rápidamente. ¿Estaba llorando? Jane se preocupaba demasiado por todos y muy poco por ella misma, se dijo Daisy, mientras observaba al señor Colman acercarse hasta ella con una brillante sonrisa.

—Mi querida Daisy, no te esperábamos. Lady Raid dijo que estabas pasando unos días en casa de una amiga y que…

—He acortado mi visita y creo que llego en buen momento, porque no me gusta veros discutir —zanjó el tema.

Según tenía entendido la hermana mediana, Jason y Jane habían sido también conocidos en su juventud, pero no tan cercanos como ella y Lucian. Jason entró a trabajar en casa de Dum siendo un muchacho de poco más de diez años, aunque no tardó demasiado en marcharse. A Jason Colman no le agradaba su desempeño en las cuadras, él tenía grandes planes para el futuro y finalmente había triunfado. Parecía ser que el sueño americano había captado a más de un inglés ansioso por hacer fortuna, dado que Colman había regresado hacía escasos meses teniendo tanto oro como Midas.

Daisy solo le debía gratitud al señor Colman, por su inestimable ayuda e intervención, mientras que Jane parecía muy disgustada por el arreglo obligado a hacerse. ¿Su hermana era tan esnob que no podía ver casarse a la hija de un conde con un hombre sin título?

Eso era más propio del difunto conde de Dum, aunque bien podría achacar las ansias de Jane de verla muy bien asentada al sacrificio que tuvo que hacer cuando aceptó la mano de Raid.

Colman era educado, no tan apuesto como Lucian, porque no tenía su aspecto ancho y robusto, pero era puro de corazón. Daisy lo recordaba con gran cariño cuando había sido una niña demasiado pequeña para percatarse en un muchacho así, aunque no fue nunca de su interés romántico.

Las cosas habían cambiado y parecía que Jason Colman iba a tener toda la atención de Daisy a la fuerza.

Él le sonrió.

—Tu hermana desea tu bien y no está segura de que debamos seguir adelante con nuestro plan.

En ese momento, Jane se dio la vuelta y la miró con otra brillante sonrisa. Una máscara. Desde que se convirtió en la vizcondesa Raid, la mayor de las Alcott había llevado un sinfín de antifaces para no mostrar sus preocupaciones. Lo veía. Lily tenía mucha razón. Jane decía una cosa, pero en su interior sentía otra. Se había preocupado mucho por ellas. Sin Jane, Lily y Daisy no tendrían un futuro. Su hermana las adoraba y se había casado solo para que ellas estuviesen protegidas, y ese hecho suponía una carga para las dos Alcott menores.

—Tesoro —comenzó a hablar Jane—, me alegro de tenerte de vuelta. —Se acercó y le dio un beso en la mejilla. Daisy la abrazó brevemente y se separaron.

—¿Raid está en casa? —Era muy celoso y dudaba que hubiese dejado a Jane atender a un hombre, aunque este fuese el futuro esposo de Daisy.

Prometido. Una palabra que se le hacía agría incluso al pensarla en su fuero interno.

Creyó que no se casaría con nadie porque solo había uno al que podría amar, el único que le daría un matrimonio por amor. Las cosas cambiaban y nunca salían como se deseaba. Jane lo sabía tan cierto como pronto lo sabría Daisy.

—No. Mi querido esposo está atendiendo sus negocios.

Las tres sabían que los problemas domésticos no se aireaban en público, y de ahí que Daisy no se sorprendiese por el tono delicado que Jane había usado para referirse al vizconde.

—Ya que has llegado y luces como una mariposa en plena mañana, Daisy querida, ¿te gustaría dar un paseo por Hyde Park? —propuso enérgico Jason.

—Divertíos mucho —dijo Jane, a modo de despedida, sin que Daisy llegase a aceptar o declinar la invitación de su prometido. Luego, lady Raid salió de la habitación.

Jason y ella estuvieron solos. Quedarse a solas con un hombre en una estancia se estaba convirtiendo en un acto habitual muy desaconsejable.

—Creí que después de estas semanas, mi hermana ya se habría acostumbrado a nuestra situación —aludió Daisy.

—Lady Raid se preocupa —reiteró una vez más—. Solo desea tu felicidad.

—No es como si hubiésemos tenido otra salida más que comprometernos. Ella debe entender nuestra obligación. —Se abstuvo de decir que de deberes Jane entendía muchísimo, así que Daisy no veía el problema.

—Me alegra que al fin tú también hayas aceptado nuestra situación. Creo que es la primera vez que admites en voz alta que estamos comprometidos.

—¿Por qué los hombres tienen que lanzar apuestas que comprometen la reputación de una dama? —preguntó sin poder evitar la cuestión.

—No le des más vueltas. Por lo que he podido descubrir, Adeston nunca se sobrepuso a tu rechazo. Su matrimonio no está en buenas condiciones, y el brandy y los recuerdos le hicieron lanzar aquella absurda apuesta sobre… —No quiso concluir.

—Sobre que conseguiría en dos meses que la solterona y dispuesta hija mediana de Dum se convirtiese en su amante porque ya le había dado un beso lascivo en la terraza —terminó ella por él—. Creo que el vizconde Adeston no debería abusar del alcohol de ese modo. Es ruin lo que hizo, por mucho que se ampare en la bebida para excusarse. —Las disculpas que su antiguo pretendiente le ofreció cuando Jason Colman emergió de las sombras mientras él trataba de besarla, no solucionaron nada, puesto que a los pocos días siguientes el desgraciado hizo esa apuesta, sobre establecerla como su amante, que la dejó humillada y con la reputación mancillada.

Aquel episodio, en el que ella no hubo intervenido, fue todavía más mortificante que el hecho de haberse declarado una joven enamorada a Lucian años atrás.

Jason Colman, por azares del destino, se había convertido en su salvador y le ofreció su ayuda cuando los chismes malintencionados se esparcieron a toda prisa. Su prometido había agredido dos veces al vizconde Adeston con motivo. La primera, aquella noche cuando su antiguo pretendiente trató de avasallarla y luego, cuando Adeston lanzó a viva voz la vergonzosa apuesta en aquella casa de juegos donde Colman había estado presente.

La solución al gran problema de Daisy estuvo clara. Debía casarse, ¿y quién mejor para hacerlo que con su vasallo de brillante armadura?

Fue lo mejor porque después de la pelea entre Adeston y el señor Colman se crearon nuevos rumores, a cada cual más escandaloso que el anterior. Le había contado a Emma que la cosa se había complicado un poco, pero no le había explicado que la solución más factible fue la de acceder a casarse con Jason Colman. A la señora Roberts no le agradaba Jason y estaba segura que se alinearía con Jane y con Lily para hacerla cambiar de parecer. Y todo había ocurrido precisamente poco antes de enterarse de que Lucian Jefferson, el único hombre al que amaría, iba a regresar a Londres.

Estaba sobre el escándalo como si fuese un volcán escupiendo en llamas. Era

necesario casarse, no deseaba que la viesen como una paloma mancillada, especialmente Lucian.

Jason había conseguido una licencia especial para llevar a cabo un matrimonio rápido y discreto. Daisy no se había atrevido a utilizarla. Era momento de dar el paso. Siendo una mujer casada, ella pertenecería a otro hombre y él se apartaría. Lucian era un hombre de honor. El escándalo que tenía a sus espaldas era demasiado grande como para contenerlo y que no acabase estallando por completo en las próximas semanas, tal vez días. Colman había conseguido acallar rumores. Los nudillos magullados, que él solía lucir bajo los guantes, eran la prueba de que había desafiado a todo aquel que puso en tela de juicio la reputación de Daisy. Ella lo sabía y sentía lástima y admiración por él.

Jason Colman iba a sacrificarse por ella. Ambos llegarían, con aplomo, a conseguir un matrimonio basando en el respeto. Así lo habían decidido. Quizás, con el paso de los años llegase el cariño, incluso el amor… Ella lo dudaba, pero no podía fallarle a Colman en esos instantes, dado que también estaba en juego su respetabilidad como caballero.

Lucian le había dejado claros sus sentimientos justamente la noche anterior. Si hubiese sabido que el amor de su vida podía… No. Incluso sabiendo que él tenía la intención de hacerle una propuesta de matrimonio, Daisy no habría podido cambiar de pretendiente porque le debía lealtad a Colman. Demasiadas especulaciones. Tres hombres en juego la convertían en una mujer de dudosa moral y el señor Colman había prometido que ella no sufriría a manos de la sociedad y que sería un buen esposo.

Los dos estaban atrapados y solo de ambos dependía la salvación.

—Daisy, ¿salimos a pasear o deseas quedarte en casa? —le preguntó él, al ver que ella se había quedado ensimismada en sus pensamientos. Solían tratarse con familiaridad habitualmente. Si iban a casarse no tenía demasiado sentido guardar las rígidas formas corteses.

—Salgamos. Tengo algo de lo que hablarte. —También le debía honestidad a su prometido.

Le gustaba el carácter afable de Jason Colman. Lo cierto era que Daisy nunca resultó ser una muchacha reservada y solía hacer buenas migas con la gente. Tenía el don de la

palabra y solía llevarse bien con todo el mundo. No era conflictiva. Por ello debía hablarle de su pasado. Esa conversación la había demorado demasiado, esperando que Lucian solo fuese parte de su pasado, pero tras ver la determinación de él en la mirada, la fijación en sus palabras, temía que el señor Jefferson fuese capaz de cometer alguna imprudencia llevado por algún sentimiento de irritación ante la negativa de ella. Dios sabía que cuando Lucian la rechazó ella quería que él sufriese por su amor perdido.

Él se encaminó hacia el recibidor, donde el lacayo se apresuró a ofrecerle el sombrero y su bastón.

Daisy le siguió la estela. No necesitó abrigo, puesto que al entrar no se había quitado su chaquetilla de lana verde ni su sencillo bonete.

Al salir por la puerta principal, Jason le ofreció su brazo y ella lo tomó con suavidad. Era la primera vez que iban a hacer cosas que solían llevar a cabo las parejas que se cortejaban. Era extraño salir de paseo con un prometido encantador. No deseaba compararlo con Lucian. No era justo para su salvador, pero su mente tenía otras inclinaciones en las que imaginaba que a su lado iba el señor Jefferson.

Ella gimió por lo bajo sin percatarse de haberlo hecho. Jason Colman la escuchó.

—¿Estás bien, Daisy? —Después de lo vivido juntos, los dos decidieron al poco tiempo acortar las distancias y tratarse sin tanta formalidad cuando estaban a solas, de ahí que él prescindiera de su título la gran parte del tiempo, a fin de cuenta más pronto que tarde serían marido y mujer, tal y como ella le recordó no hacía demasiado.

—Sí, sí. ¿Sigues teniendo la licencia especial? —Tuvo la audacia de preguntarle.

—Por supuesto. —La pregunta le extrañó.

—Quizás deberíamos usarla —señaló con cautela.

—Entendí que deseabas esperar a la publicación del compromiso en el Times, la

lectura de las amonestaciones y que…

—Lo recuerdo. Pensé que no debíamos apurar el matrimonio porque no tenía nada que esconder pero… —No supo cómo seguir.

—¿Dudas de tu decisión? ¿Sobre casarnos? ¿No estás segura? —indagó.

Ella suspiró y le ofreció una trémula sonrisa.

—No se trata de seguridad. Los dos sabíamos que poco se podía hacer para que yo no cayese en desgracia. Fue una bendición que estuvieses en Londres precisamente para encontrar esposa y que la hija de un conde te sirviese. Aunque no estoy muy segura de si lograré estar a la altura de la situación.

—No me gusta lo que insinúas, querida mía. No toleraré que te faltes el respeto a ti misma. Eres un excelente partido y el borracho de Adeston me ha dado la oportunidad de tener a una excelente mujer a mi lado. Te lo dije.

»Estaba cansado de las debutantes y en especial de sus madres. Muy aduladoras todas. No soy un caballero con título, pero sí creo que puedo presumir de presencia y fortuna. La señora Colman será una esposa dichosa. Tú serás dichosa. Los asuntos financieros me han traído a Londres por fin y aquí es donde me quedaré —terminó de sentenciar con resolución.

Jason Colman tuvo buena suerte en los Estados Unidos de América. Cayó en las manos adecuadas. Tenía cabeza para los números. Su segundo empleador, un banquero importante, se dio cuenta de que Jason Colman era más que un simple ayudante de cuadras y le dio una oportunidad que él no desaprovechó. Había ido a Texas buscando una oportunidad y la encontró donde menos la esperó, una veta de oro le abrió camino. Necesitaba dinero y prestigio, respetabilidad, porque dejó atrás a la mujer que amaba. Antes de marcharse lejos, Jason y su amada juraron que se esperarían, pero ella había sido inconstante en sus afectos. ¡Qué el diablo se llevase a la otra! Daisy Alcott era una sublime sustituta. Era bonita, era afable, dulce y con un carácter más manejable que las otras hermanas. Encajarían. Él lo sabía porque estaba dispuesto a casarse con ella y no perdería la oportunidad.

La haría feliz costase lo que costase y le pesase a quien le pesase. Daisy sanaría el agujero que tenía en el corazón. ¡Tenía que lograr curarlo a causa de la traición sufrida por esa maldita mujer que no lo esperó!

—No he sido del todo sincera contigo, Jason, y me gustaría remediarlo.

—¿A qué te refieres? —La miró con atención.

—Cuando me hablaste de aquel desengaño amoroso…

—¿Sobre la mujer que jugó conmigo y me juró que me esperaría? —Ella asintió. Percibió la angustia en cada una de sus palabras.

—Yo también tuve un feo encuentro con un joven al que amaba y que no correspondía mis sentimientos —señaló apesadumbrada.

Él no había esperado una confesión tan directa como esa. Ella merecía su respeto por ser valiente y hablarle sobre aquello.

—Todos tenemos un pasado, Daisy. No tengo la misma crianza que tú, como bien sabes. Comencé mis andanzas en las cuadras de lord Dum. Me considero un hombre de mundo y si lo que estás tratando de decirme es que no debería esperar a una mujer pura en mi noche de bodas…

—¡No! —saltó. Se calmó—. No es eso, te lo aseguro. Soy lo que se espera de una esposa.

Él se cercioró de que seguían disfrutando de cierta intimidad antes de continuar con su discurso.

—Me alegro, aunque no me habría importado. A fin de cuentas, yo no me mantuve célibe —aportó él, con el ánimo de tranquilizarla—. ¿Qué es lo que te preocupa pues?

—En realidad nada. —Seguramente Lucian se olvidaría de ella enseguida. Tal vez otra cantante, o una cortesana, acaparase su atención. Dios del cielo, estaba celosa… ¡Terrible!

—Entonces, ¿por qué hablas de tu pasado?

La joven se concentró en la conversación de nuevo.

—Hace algún tiempo que sabía que él —dijo refiriéndose a Lucian, pero sin dar datos sobre su identidad— iba a volver y nos encontramos ayer. Te prometo que seré leal y fiel, pero sentía que debía explicarte ese punto de mi pasado. No sé cuánto tiempo él se quedará en Londres y deseaba que supieras por mí misma esta cuestión.

—¿Lo amas todavía?

Ella no se atrevió a contestar. Jason no necesitó que ella afirmase. Sabía que Daisy Alcott seguía amando a ese hombre, porque él mismo trataba cada día de sacar de su corazón a la bruja que le arruinó la felicidad y no lo conseguía.

—Daisy —dijo Colman—. Démosle una oportunidad a nuestro futuro matrimonio. Olvidemos el pasado, a las personas que no nos quisieron y tratemos de buscar consuelo el uno en el otro. Te lo dije. Te prometí que lo haría bien y pondré todo mi empeño en ello. Confío en que hagas lo mismo. —Ellas asintió con fuerza y él continuó su discurso—: De acuerdo. Ahora disfrutemos como una pareja de recién enamorados que pasean a la luz del sol. Es extraño que en Londres no llueva, así que aprovechemos el momento y no nos angustiemos por lo que será.

—Me parece una idea perfecta. Creo que después de todo, podemos esperar a que se lean las amonestaciones y no usar la licencia especial. Tres semanas no conseguirán que yo olvide lo que debo hacer. —Trató de convencerse.

Él suspiró con fuerza. Ella no se percató del hecho. Jason no estaba seguro de si haberse metido en medio del problema de Daisy Alcott había resultado una buena jugada. Creyó

que sí, pero aquella otra mujer que ocupaba su mente tal vez nunca la abandonase, y sospechaba que su prometida se enfrentaba a la misma dificultad.

Que ella viese su compromiso como un acto de deber… Mal asunto, pero como esta hermana Alcott había dicho en reiteradas ocasiones pasadas, poco podían hacer para no seguir adelante con su matrimonio.

Parejas que ni se habían visto antes de enlazarse habían logrado salir adelante. Era muy frecuente establecer matrimonios de conveniencia basados en fortunas, relaciones o cualquier otro motivo social.

Con mucha suerte y un poco de intervención divina, Jason y Daisy serían un matrimonio bien avenido. Sí. La suerte estaba echada, Jason lo supo cuando dio el paso definitivo. La esperanza no debía perderla, se convenció Jason Colman, tratando de aliviar sus remordimientos.

Capítulo 5

Lucian Jefferson no podía seguir callando más. Había pasado una semana digiriendo su mala suerte y se estaba volviendo completamente loco. No podía concentrarse, no lograba ver los números con su capacidad habitual. Debía confesarlo. Pese a que había tratado de negarlo en su interior más de una vez: estaba tremendamente celoso.

Hubiese sido más fácil si al regresar ella hubiera estado casada y con un par de niños en sus brazos. Enterarse de que no se había unido en sagrado matrimonio fue como tomar un potente elixir que le dio alas para imaginar un futuro juntos, la vida que se había negado con Daisy siendo su esposa.

En el momento en el que fue a casa de su hermana para buscarla, tras la declaración nocturna frente a un tablero de ajedrez que no se movió ni un ápice, para hablar de un modo más civilizado con ella… ¡Se había escapado de él! ¡No podía volver a perderla!

Disimuló cuanto pudo su malhumor y se tragó la ansiedad y el enfado que supuso que Emma le desvelase que en el periódico se había publicado la próxima boda del señor Colman con lady Daisy Alcott.

¿Quién diablos era ese Colman? ¿Por qué su hermana parecía tan afligida con la noticia como él? ¿No se suponía que las mejores amigas se contaban todas esas confidencias? En honor a la verdad, Daisy tampoco le había dicho a la señora Roberts que antaño ella se le declaró. De acuerdo. Lucian podía entender que eso era debido a que el rechazo pudo haberle

resultado vergonzoso. Sí. Sí, seguro que lo fue, porque él se había sentido estúpido desde que se negó a tener a la mujer que siempre había amado.

Entonces, cuando se marchó de casa de su hermana sin haber dicho mucho, solo habiéndose tragado su ansiedad, se dirigió a la casa del vizconde Raid para enfrentarla. Oh. Aquello fue como si alguien le metiese la mano en su carne lacerada y le sacase el corazón para retorcerlo sin piedad.

La vio y se sintió enfermo. A la mañana siguiente de aquella declaración que Lucian no tuvo prevista hacer la vio. Daisy Alcott, la mujer a la que no había conseguido sacarse de la cabeza, y que muy probablemente jamás consiguiera olvidar, estaba andando del brazo del que probablemente sería su prometido. ¡E iban sin carabina! Malditos celos que lo tuvieron al límite. Los siguió desde una distancia muy prudente. Las confidencias y miradas que se ofrecían indicaban que ese maldito sí era el elegido. ¿Lo amaba ella? ¿Por qué accedía al matrimonio justo cuando él le había abierto su corazón? ¿Era tarde ya para Lucian y Daisy?

Tendría que dejarla ser feliz. Apartarse. Pero…

¡Ella no podía casarse con otro! ¿Ciertamente él creyó algún día que podría verla junto a un hombre y no sentir que su pecho estaba siendo marcado al rojo vivo? Iluso. Fue un auténtico patán y merecía la muerte por no haberla colocado sobre su hombro y secuestrarla en cuanto tuvo la oportunidad, después de que aquella joven de ojos tiernos violetas le hablase del valor del amor, de la necesidad de estar juntos, de ser felices siendo uno solo…

Después de verla paseando con otro, Lucian se refugió en su casa unos días para meditar sobre si era mejor echarse a un lado. El amor era sacrificio a veces, otras libertad.

La hizo infeliz cuando él pisoteó su amor años atrás, y debido a esa inexcusable falta tenía mucho por lo que pagar. Se convenció de que hablaría con su único amor y si ella le pedía que la dejase en paz, lo haría sin dudar. Sería honorable y se sacrificaría si ella le pedía que la dejase en paz.

Eso estaba resultando muy fácil de pensar y difícil de llevar a cabo dado que su recuerdo aquella noche en casa de Emma lo atormentaba. En parte porque cuando él se colocó de

rodillas y buscó besarla, ella no pareció tan reacia a no consentir su atrevimiento. Era indudable que lo amaba, lo hacía todavía. No la merecía. De verdad que no, pero lucharía una última batalla antes de abandonar su cometido. Los dos lo merecían. Decidido.

Con esa idea había accedido a acudir al baile de los barones Ross, una singular pareja que había sido muy amiga de su fallecido padre. Le había pedido a Emma que averiguase los pasos de Daisy, y cuando su hermana le confirmó que ella estaría en ese evento social, supo que él debía ir también. Calculó mal el plan, dado que no había previsto que su abominable prometido la acompañaría en la velada. De acuerdo. Era lógico que ambos estuviesen juntos en las salidas sociales, pero… ¡No lo quería cerca de ella! ¡Malditos celos insanos!

Lucian acababa de entrar en el salón de baile de los barones y lo primero que había visto era a una preciosa Daisy, ataviada con un elegante vestido de seda rosa pálido con algunos volantes de encajes, dando vueltas por la pista de baile con su prometido. Ese tonto Colman tenía demasiados dientes. Cuando sonreía era… ¡Demasiado perfecto!

A Lucian no le gustaba sentirse celoso y amenazado, pero era imposible evitarlo cuando recordaba que el maldito hombre podría acabar haciéndole el amor a la mujer que amaba. Solo pensar en la noche de bodas de ella, él sentía que le daba un ataque de apoplejía. Había renunciado a ser el esposo amante de Daisy años atrás, a ser quien la indujese en la pasión, en la intimidad que compartían un hombre y una mujer cuando iban al lecho… a ser él quien la adoctrinaría para ser malvada, lasciva y atrevida en su compañía.

Comprendía perfectamente que además de amarla, la deseaba fervientemente y era hora de sacar su espada forjada como un valiente caballero del medievo y pelear.

—Trate de no asesinarlo, señor Jefferson. Está siendo demasiado evidente. —Una voz femenina, llegada desde su lado derecho lo sacó de sus pensamientos.

Giró lentamente la cabeza para ver frente a él a una joven que más parecía una elfa del bosque debido a ese lustroso pelo negro recogido sobre la coronilla y sus increíbles ojos azules. Esa nariz… ¿A qué le recordaba esa pequeña protuberancia elegante, un poco puntiaguda y señorial? ¡Dum! La analizó más exhaustivamente. No a la nariz, sino a ella misma. La joven no podía tener más de veinte años, quizás menos, así que no podía ser la Alcott mayor. ¡Lily! Daisy

se refería a ella como el terremoto Lily cuando estaban juntos. Sí.

—Lady Lilyan, es un placer verla —la saludó cortés, al tiempo que le tomaba la mano y le depositaba un ligero beso sobre el guante blanco de satén.

—Tiene usted una excelente memoria, además de otros rasgos que saltan a la vista —Él se tragó una sonrisa. Ella era directa y toda una descarada. Recordaba cuando Daisy hablaba de la menor de las Alcott como la oveja negra de las hermanas. Tal vez lo fuese—. ¿Qué me ha delatado? Ah, no me lo diga, mi nariz —levantó el rostro con orgullo—. Dicen que es clavada a la de mi padre, aunque tengo más gracia y encanto que lord Dum, si me permite la presunción.

—Creo que es usted muy inteligente, además de bella —le devolvió el cumplido.

El modo tan alegre de hablar de ella captó su interés. Daisy solía quejarse todo el tiempo de que su hermana pequeña sería un escándalo cuando se hiciese mayor. Podía ver a qué se refería.

—Se equivoca, señor Jefferson. Mis maravillosas hermanas creían que yo acabaría siendo la oveja negra de la familia —él creyó que le estaba leyendo la mente— y que mis maneras… atrevidas serían mi ruina. Así que sí, le concederé que a veces me gusta ser escandalosa, pero no he sido yo, finalmente, la que causó un estropicio con su reputación. —Él cerró los ojos ante esa reflexión. Lucian se acababa de dar cuenta de que había hablado en alto al recordar el pasado y que ella no le había leído el pensamiento en absoluto.

—He hablado en alto sin ser consciente, ¿verdad? —preguntó sabiendo la respuesta. Ella asintió—. Lo siento, ha sido una falta imperdonable.

—Vamos, señor Jefferson, no se disculpe por decir una obviedad o tendré que retirarle mi apoyo en su campaña. —Él frunció el ceño y ella dejó de observarlo para llevar su mirada hasta la feliz pareja que seguía danzando un *reel*. Lucian se fijó en lo que observaba la joven hija de Dum y lo comprendió.

—¿Soy tan evidente?

—Ya se lo he dicho. Si sus ojos pudieran lanzar rayos, Colman ya estaría oliendo a carne chamuscada.

La mirada de él regresó hasta la de Lily.

—Su hermana tenía razón cuando hablaba de usted. Es peligrosa.

—Desde luego que sí. Jane y Daisy me conocen muy bien, pero lo que no recuerdan es que yo también sé lo que se cuece en su interior. Es una lástima que usted esté tan… interesado en ella, más después de haberla dejado escapar. La situación es ilógica. ¿Por qué un hombre que mira a una mujer con una adoración que no es capaz de disimular le causaría tanto dolor a su dama años atrás? —preguntó con suavidad.

Él cuadró los hombros.

—¿Ella se lo contó?

¿Leer el diario privado de su hermana mediana contaría como una confesión? Lily lo dudaba pero debería contar como una confesión involuntaria.

—Podría decirse que sí. Retomando la conversación anterior, sobre hermanas escandalosas que pierden la reputación, y teniendo en cuenta que no tenemos mucho tiempo, y usted debe haberse hecho ya una buena idea sobre mi carácter, debo explicarle, por si acaso no le han llegado todavía los chismes, que la de Daisy no se trata de una boda por amor. Ellos están actuando.

Lady Lilyan Alcott tuvo toda su completa atención.

—¿Es un matrimonio forzado? ¿De conveniencia?

—Espero que comprenda que no tengo intención de traicionar la confianza de mi

adorada hermana, pero antes moriré que ver a otra Alcott sucumbir a un enlace desastroso. No se equivoque, el señor Colman es un gran hombre, pero usted y yo somos conscientes de donde estuvieron, están y estarán, los afectos de mi terca hermana hasta el día en el que exhale su último aliento. Daisy es, posiblemente, la más leal de nosotras.

—¿La ama él? —preguntó con cautela. Se le veía embelesado.

—Créame cuando le digo, que Daisy no es la Alcott adecuada para Jason Colman.

—¿A qué se refiere? —No entendía la afirmación.

—¿Qué va a hacer para recuperar a mi hermana, señor Jefferson?

Él entendió que la joven no iba a explicar nada más referente a la extraña afirmación anterior.

—¿Por qué están obligados a casarse? ¿Cuál es el motivo?

—Una apuesta. Un reto que lanzó un pretendiente desdeñado y amargado y que la ha puesto en el punto de mira social. Tremendamente escandaloso. A Adeston no se le ocurrió otra brillante idea y…

—¿Adeston? —preguntó, frunciendo el ceño.

—Sí. El mejor partido de la temporada en la que debutó Daisy, el hombre que ella rechazó porque estaba terriblemente enamorada de usted. ¿Creía que mi hermana se casaría con otro, sintiendo lo que ha sentido por usted desde que lo conoció? ¿No ha entendido nunca a Daisy, señor Jefferson?

—¿Debo retar a duelo a Adeston por sus palabras? —Intuía la respuesta a esa pregunta y prefería no hablar de su gran error pasado.

—Oh, señor Jefferson, en verdad no conoce demasiado bien a la mujer que lo

venera. Si mi hermana se enterase de que pretende ponerse en peligro, ella misma lo heriría con un sable y yo podría aconsejarle hacia dónde dirigirlo exactamente. —Lily bien pudo haber parecido una duquesa señorial, porque hizo tal alzamiento de su ceja izquierda, que ni el más duro de los duques la habría igualado en altivez.

Lucian sintió que su hombría se encogía. Lilyan Alcott había expresado su amenaza de una forma… ¿Desde cuándo había jóvenes tan interesantes en Londres? Ella era peligrosa y estaría en grave peligro si caía en malas manos, con el hombre inadecuado. Tenía que hablar con Daisy de Lilyan, porque debía ser protegida de sí misma. Demasiado audaz, despreocupada y joven. Tenía la vida por delante y no debía caer en la desgracia. Arreglaría primero la situación de su amada y luego vería qué hacer con esa pequeña locura que tenía a su lado.

—¿Qué presunción hizo Adeston sobre su hermana?

—Una que no debería ser repetida y que carece de ninguna validez. Daisy es la corrección personificada y solo un hombre lograría derrumbar sus murallas.

Lucian Jefferson comprendió que era algo sensible y tuvo el impulso de golpear a Adeston hasta la muerte. El maldito era afortunado por no encontrarse en la fiesta.

—¿Debo entender que Colman se alzó como un caballero de brillante armadura ante lo que estoy seguro que fue una vileza?

—Así me consta. Le dio su merecido a Adeston.

—¿Cuál fue la apuesta? Necesito saberla y la conoceré por usted o por otro medio, que bien podría pasar por ir a buscar al bastardo y rebanarle el cuello. De poco serviré si voy a la horca por matar a un vizconde.

Ella se quedó un momento en silencio. Él tenía valor y motivación.

—Aseguró alegremente que la haría su amante en pocos meses, dado que dio a

entender que mi hermana ya le había concedido algún favor. Se especula que fue un beso, pero las lenguas se mueven siempre para causar el mayor daño posible y hay otras versiones que no son dichas en alto.

Se irguió molesto ante esa explicación. En verdad, si el vizconde Adeston entrase por la puerta, él podría fácilmente ahogarlo con sus propias manos y disfrutaría con la acción. ¡Ojalá estuviera ahí!

—¿La forzó?

—Tengo entendido que el vizconde pretendió darle un beso en una terraza, pero que, oportunamente, Colman interceptó toda la acción. Es increíble que él estuviese en el lugar justo para salvar a mi hermana dos veces seguidas. Mucho azar…

El tono con el que la muchacha acababa de ofrecer la explicación lo hizo fruncir el ceño. Parecía una acusación.

—Dio a entender que Colman le agradaba.

—Y lo hace. Mi hermana estaría bien con él, porque no es como Raid, pero no llegaría a ser feliz del todo, estoy segura. Puedo incluso comprender los motivos por los que el señor Jason Colman pudiese estar actuando de un modo poco… adecuado, y de no haber aparecido usted en escena, lo hubiese dejado salirse con la suya. Sin embargo, no puedo hacerlo.

—¿De qué está acusando al prometido de su hermana exactamente, milady?

Lucian decidió que bien podría tener dos duelos. Uno tras otro, porque era muy capaz de batirse a las cinco de la madrugada con Adeston y a las seis con Colman.

—De salvarla, por supuesto.

Él la escudriñó con especial atención.

—Me está ocultando algo, lady Lilyan. No intente negarlo.

La elfa del bosque le mostró una brillante sonrisa y batió sus espesas pestañas negras como la noche.

—Lo estoy ayudando, señor Jefferson, y créame cuando le digo que no estaba segura de que lo mereciera. Entre otras cosas, porque me parece usted un sujeto de lo más interesante para llevar a cabo un experimento que tengo en mente, no obstante, dudo que tenga… la experiencia requerida para la demostración. Una pena. —La joven chasqueó la lengua. Le gustó verlo, por un momento, con los ojos como platos.

—Ciertamente es usted escandalosa, y alegaré su imprudencia a su juventud y olvidaré sus palabras de inmediato, porque me niego a pensar que una muchacha de buena familia, educada en las normas del más estricto decoro podría estar tramando una temeridad tan impensable como la que me induce a presentir. —Ella había hablado de un modo muy pícaro y debía reprenderla.

La sonrisa de ella se amplió.

—Precisamente. Ahora, señor Jefferson, olvídese de mí y haga algo para que Daisy no cometa lo que sí sería una temeridad, como usted bien ha dicho, incapaz de deshacerse. Esta vez no falle y no dude porque si Daisy se ve acorralada podría acabar precipitando su matrimonio y eso no debe ocurrir. Colman tiene una licencia especial lista para usarse en caso de que ella lo pidiese, así que no tiene demasiado tiempo. ¡Actúe y hágalo bien o yo misma empuñaré un sable! —le ordenó, en tono condescendiente antes de marcharse por donde había venido.

Lilyan Alcott era alguien a quien un hombre no debería contrariar. Una arpía elfa.

La mirada de él se volvió a centrar en Daisy. Ella estaba sola junto a las puertas francesas que daban acceso a la terraza, su prometido habría ido a la mesa de refrigerios a por una limonada o ratafía. No importaba donde estaba el maldito.

Bien. Si su calvario había comenzado en un lugar oscuro con Adeston, su enamorada podría terminar felizmente en un escenario similar con Lucian.

Comenzó a caminar en dirección a su destino y supo el momento exacto en el que ella se dio cuenta de su presencia, porque la cara de Daisy cambió por completo y se percibía aterrada. Que lo estuviese, porque lo que se le venía encima no iba a gustarle en absoluto.

***

Daisy lo había presentido hacía rato, sin embargo, no fue capaz de determinar el lugar donde Lucian se encontraba. Incluso después de tantos años era capaz de percibirlo cerca. Era la primera fiesta a la que Colman la había invitado desde que el anuncio del compromiso fuese publicado.

No deseaba encontrarse al hermano de su mejor amiga, pero a la vez necesitaba verlo. Contradictorio. Todo lo referente a Lucian Jefferson fue siempre discordante.

Buscó ayuda. Colman figuraba demasiado lejos como para pedir que la escoltase de nuevo. No se trataba de que ella tuviese miedo de Lucian. En absoluto. Lo que más le preocupaba era ella. Se temía a sí misma. Daisy no sabía si podría seguir manteniéndose firme con respecto a él. Una cosa era no verlo y otra muy diferente observarlo avanzar hasta ella, con ese porte elegante, sus anchos hombros, su inmensa espalda…

La miraba de un modo tan… Sus rodillas parecían derretirse como la mantequilla y eso que todavía él no había llegado a hablarle, rozarla o… ¡Basta! No debía pensar en la última vez que sus labios acariciaron brevemente los suyos.

—Vayamos a la terraza —le dijo, en cuanto estuvo delante.

Él no le permitió aceptar o interponerse a su mandato. Le agarró el brazo y se la llevó al jardín. La joven no había esperado algo así y lo siguió, dado que su única salida hubiera sido gritar. Daisy Alcott ya tenía demasiado con lo que cargar a sus espaldas, así que no convenía un nuevo altercado con un tercer hombre.

No podía ser de otro modo. La arrastró hasta una zona alejada, oscura y discreta donde nadie los escucharía. Daisy debería echar a correr lo más rápido que pudiese. ¿Por qué? Pues porque la luna resplandecía, ella lo amaba y él se veía sencillamente perfecto.

¿Jamás podría olvidarse de él? ¡Qué cosa tan típica había sido enamorarse del apuesto hermano de su mejor amiga! No volvería a sufrir por él. La culpa de que no pudieran estar juntos en la actualidad era de Lucian y solo de Lucian. Sencillamente no podía llegar a Londres y actuar como un grandísimo tirano.

—No está bien que tú… —comenzó a decir ella. La frase murió de pronto, justo en el momento en el que la boca masculina descendió sobre la de Daisy.

Lucian había decidido que lo mejor era actuar y demostrar con hechos la poderosa fuerza que los unía. Y fue por ello por lo que decidió darle el beso que había deseado ofrecerle en medio de la pista de baile con el único fin de reclamarla, de hacerla suya, de que toda la maldita sociedad supiese a quien se pertenecían el uno y el otro. Daisy y Lucian eran uno solo. Siempre lo habían sido, era momento de olvidar las medias tintas y hacer valer el dulce, furioso y constante amor que ellos se profesaban.

Daisy echó las manos a su cuello para no caerse y cerró los ojos. Lo deseaba. Era Lucian. El hombre al que siempre amaba. La hacía sentir amada, deseada, brillante, llena de vida.

Él había iniciado un beso cálido con el fin de demostrarle cuánto la amaba. La cosa se estaba descontrolando porque los pequeños y sugerentes gemidos que ella emitía lo habían puesto duro como una piedra. Daisy le devolvía los besos con la misma ferocidad que los recibía. Era una cerilla y él yesca seca.

Arderían si no se detenían. Aaaah, pero era grandioso besarla como siempre había querido hacer.

—Lucian… —suspiraba ella, repitiendo todo el tiempo su nombre, presa de un deseo que la desbordaba.

No supo cómo, pero él pronto había dejado de besar sus suaves y regordetes labios para centrarse en el lóbulo de la oreja. Ella gimió más alto con ese nuevo asalto y sus manos masculinas necesitaban acunar sus senos. No tenía un pecho generoso, pero cuando puso la mano sobre el primer seno le tocó el turno de gemir en alto a él. Necesitaba besarlos, saborearlos, amasarlos. ¡Daisy estaba tan receptiva y él tenía tanta hambre! ¿Cómo resistirse? Desde que supo que iba a regresar a Londres no yació con ninguna mujer, pues solo una anidaba en sus pensamientos más secretos y lujuriosos.

Logró derramar el pecho de ella sobre la tela del vestido y al fin pudo palpar la carne caliente con sus propias manos. Sus pezones estaban punzantes. No se reprimió. Era un canalla de la peor clase, así que la lengua de Lucian rozó con descaro el primer pico enhiesto.

Daisy lo apretaba cada vez más fuerte contra sus senos, ¡cómo si él quisiera escapar de ahí! Ella estaba tanto o más necesitada que su compañero. Gritaba con ansiedad. La lascivia la tenía frenética.

—Mi amor, te juro que no pretendía seducirte…

—Lucian, por favor, por favor, te lo ruego… —No sabía si estaba pidiendo que parase o que no lo hiciera nunca.

—Debemos detenernos, mi amor… —admitió en el momento en el que el segundo seno salió de su boca. Podría mamar de ella durante el resto de su vida. Esos pechos alimentarían a sus hijos y también le darían la vida a él. Daisy Alcott era magnífica en sus reacciones, en sus sensualidad, en sus necesidades, en la intimidad.

—Te necesito… por favor… Me siento morir. —No entendía cómo unos pocos besos la habían puesto en un estado semejante. ¡Estaba en llamas y él tenía que calmar lo que fuese que su cuerpo demandase! Los libros obscenos de Lily no habían hablado de una necesidad tan imperiosa. Quizás debió haberlos leído con mayor fervor.

—Te daré lo que necesitas, mi preciosa y dulce Daisy.

Lo siguiente que ella sintió, fue la mano de él deslizarse por debajo del vestido en busca de sus muslos. Su boca seguía adorando sus pechos, pero esa bendita mano había llegado hasta un lugar de lo más interesante que la hacía gemir sin parar.

—Lucian… —musitó una vez más.

—Tan mojada por mí. Tan estrecha que tu cavidad me hará morir… —Rozó su sensible nudo y en cuanto la sintió laxa, trató de introducir una falange en su vaina. Era preciso penetrarla de algún modo, reclamarla aunque solo pudiese emplear un dedo, porque iba a marcarla a fuego como suya. No le haría el amor en un jardín oscuro, no al menos por completo, pero sí la haría suya del único modo que se le ocurría.

—¡Oooooh! —gritó, en cuanto uno de los dedos de él logró estar en su interior mientras otro travieso le daba un toque de lo más especial—. Estoy muriendo, Lucian. Necesito… necesito… ¡algo!

Daisy se agarró a sus hombros para no desfallecer.

—No lo fuerces, solo deja que venga, que fluya. Te tengo, mi amor. Deja que te ame con mis dedos, permite que haga el amor así, busca la luz en la oscuridad y déjate llevar.

Ese dedo sobre el punto más pícaro de su cuerpo había encontrado un ritmo delicioso y cuando sintió que él trataba de introducir en su cuerpo otro más…

—Luciaaaaaaaan —gritó su nombre como si no hubiese un mañana. Toda una gran suerte que él la hubiese llevado a un lugar muy apartado.

Enseguida tuvo su mano empapada de su licor. No se resistió a probarla. La apoyó contra el muro que estaba a unos pocos pasos, le levantó el vestido y buscó la apertura de sus enaguas para llevar su lengua *ahí*. Su sabor tenía que estar en su boca. Deslizarse por su garganta.

Logró desabrocharse los pantalones y su virilidad saltó libre. ¡No podía resistirse más! Era eso, derramarse en los propios pantalones o poseerla. Se agarró el falo con la mano derecha y se castigó con movimientos cortos y muy violentos. Si no descargaba su semilla y se aliviaba, acabaría por tenderla en el suelo y…

No necesitó demasiado estímulo para que su simiente saliese disparada sobre el césped del jardín. En toda su vida había probado nada más dulce y delicioso como el elixir de Daisy Alcott y eso le dio alas para alcanzar el éxtasis de inmediato.

¡La iba a matar de nuevo! Lo que le hacía debía ser pecado. ¡La estaba lamiendo en un lugar muy privado! ¡Qué desconsiderado hacerle eso a una dama! Sin embargo, Daisy era incapaz de reprenderlo. La sensación era deliciosamente perversa y su cuerpo estaba despertando para exigir una nueva liberación.

Entonces lo escuchó gritar sobre su sexo y de pronto las caricias pecadoras cesaron. Daisy, quien se había mantenido con los ojos cerrados durante todo el episodio, se atrevió a echar una ojeada. Decadente. La situación era del todo inapropiada. La apuesta de Adeston no sería nada comparado con lo que le sucedería si la pescasen siendo una falda ligera.

Él se levantó, intuyendo en que estaría avergonzada, dispuesto a tranquilizarla. Le acarició la mejilla y le dio un beso en esa parte. Después, la miró a los ojos para decirle:

—Todo está bien. Lo que hemos compartido ha sido nuestro, maravilloso e inolvidable. Eres mía, Daisy, así que olvídate de casarte con otro hombre que no sea yo. Mataré a cualquiera que pretenda alejarte de mí y te juro que no son palabras vacías. Rompe el compromiso y hazlo rápido. —Había empezado bien su discurso. Lucian lo sabía, pero en cuanto se acordó de que ella no le pertenecía a los ojos de los demás y recordó que estaba comprometida con otro, lo comenzó a ver todo rojo como la sangre.

De vuelta a la realidad. Daisy Alcott se acababa de meter en un problema que no sabía cómo podría manejar. La vehemencia de sus palabras le cortaron la respiración y la dejaron sin opción a rebatir nada.

Capítulo 6

Lucian le había servido de doncella y la ayudó a recomponer su atuendo. Sorpresivamente su pelo no se movió ni un ápice. Debería recompensar a su doncella con una gratificación adicional debido al gran trabajo con su recogido.

Él la instó a entrar primero en la casa y poco después lo vio aparecer como si nada hubiese pasado. Su mirada fija en la suya. Ahí estaba el recordatorio de la intimidad que habían compartido. Veía posesión en sus ojos. Celos también, porque en cuanto su supuesto prometido se acercó a ella, la mirada de Lucian se convirtió en la de un asesino despiadado. ¡Hombres!

—Siento haber tardado tanto, querida Daisy —le habló Jason—. Unos hombres importantes se acercaron para preguntar sobre negocios y no pude cerrar esa puerta.

Ella respiró con alivio al darse cuenta de que el señor Colman no la había echado de menos.

Dos segundos más tarde, Lucian Jefferson estaba frente a la pareja con cara de pocos amigos. Había comenzado a caminar justo cuando divisó que la mano de ese petimetre se colocaba en la cintura de la mujer que le pertenecía. Oh, desde luego que sí. Ella era suya, le había permitido unas atenciones que él no debió haber llevado a cabo y eso, unido al amor que sentían el uno por el otro, los convertía en un solo ser. El instinto primitivo que lo instaba a

luchar por ella en caso de necesidad lo tenía a flor de piel.

—Buenas noches —se presentó él. La observó tragar saliva con nerviosismo.

Colman giró la cabeza para mirar quién acababa de llegar.

—Buenas noches… —Jason no conocía a ese hombre.

—Soy Lucian Jefferson, usted debe ser el señor Colman.

—Me lleva ventaja —explicó Jason, puesto que no conocía su identidad y el otro sí.

—No se imagina cuánta —añadió Lucian sonriendo.

Daisy suspiró con fuerza y los ojos de Jason buscaron los femeninos. Examinó a su prometida y determinó que ella estaba en guardia. Volvió la vista otra vez hacia el caballero que tenía enfrente, y supo de inmediato que ese era el hombre del que ella le había hablado días atrás, aunque no llegó a decir su nombre Colman sabía que tenía delante a un auténtico rival muy decidido. Todo en la postura del extraño, en sus maneras y la mirada, así se lo decía.

—No suelo quedarme rezagado más que para coger impulso, señor Jefferson —contraatacó Colman.

A Lucian le gustó esa respuesta porque todo indicaba que su oponente se había dado cuenta de que estaba en peligro de perder a la mujer con la que creía que se iba a casar. Y no. Por supuesto que Jason Colman no iba a casarse con Daisy Alcott. Jamás. Se la tendría que arrancar de sus brazos putrefactos para que algo así llegase a ocurrir.

—Yo soy de los que no renuncia a lo que merece la pena —dijo, mientras sus ojos volvían a observar a Daisy.

Desde luego, la joven no sabía dónde esconderse. Le habría gustado desaparecer

del lugar con un chasquido de dedos.

De inmediato, los dos hombres se midieron en una larga y decidida mirada.

—Hay cosas que sería mejor dejar en el pasado, puesto que el futuro tiene otras mucho mejores que ofrecer —contraatacó Jason.

—Es justo lo que opino —alegó Lucian con una brillante sonrisa. ¡Vaya! Esa observación no la había previsto el señor Colman.

—Señores —llegó una jovial y dulce voz desde el lado derecho de donde estaba el trío—, creo que sería un excelente momento para tomar un descanso de esta… acalorada conversación y bailar. —La hermana pequeña de Daisy, como gran parte de los invitados de la fiesta, había sido testigo de que los dos hombres habían alzado la voz un poco más cada vez que hablaban, de igual modo la postura rígida y de ataque de los dos estaba levantando muchos cuchicheos.

—Una idea perfecta —habló Lucian—. Milady —se dirigió a Daisy—, este es nuestro baile. —Una vez más la agarró del brazo y se la llevó hacia la pista de baile.

Jason Colman no se quedó quieto. Avanzó un paso, pero la audaz Lily se colocó delante de él, mostrando su sonrisa más perfecta y le dijo:

—Será un placer bailar con usted, señor Colman.

—Ah, así que ahora volvemos a tratarnos con formalidad… —Ella no era muy dada a ser correcta, en especial si estaba en privado. Jason lo sabía bien.

—No le dé demasiadas vueltas, un poco de corrección no le hace daño a nadie. —Le gustaba ser malvada solo cuando le apetecía. La ocasión merecía seriedad.

—Sé lo que tramas, Lily, y no va a funcionar. Tu hermana está comprometida conmigo —señaló, al tiempo que le ofrecía su brazo para acompañarla hasta el lugar donde las

parejas ya estaban colocándose para comenzar a danzar.

—Qué acusación tan fea, señor Colman —dijo con fingida inocencia—, los dos sabemos que esa hermana Alcott no es la que usted querría perseguir.

—¿Es una invitación, Lily? —Si ella quería jugar, él no se opondría.

—Bailar, señor mío. Solo pretendo bailar —puntualizó, con un ligero asentamiento de cabeza y el humor bailando en sus ojos.

Cuando Lily y Jason llegaron al centro de la pista de baile, un hombre con apariencia muy severa se interpuso entre ambos.

—Lady Lilyan, este es el baile que me prometió —dijo el recién llegado, sin mirar ni de reojo a Jason.

Lily lo miró y se negó a sentirse intimidada y decidió mostrarse natural, puesto que él no le había solicitado nada, menos un baile.

—¡Oh, qué contrariedad, excelencia!, pero me temo que está equivocado. —La muchacha batió las pestañas y le sonrió muy animadamente.

—Un duque no se equivoca jamás, milady —la rectificó con cierta tirantez y enfado. La pequeña de las Alcott se dio cuenta de que su excelencia estaba acostumbrado a ganar siempre. Eso fue mayor aliciente para revelarse.

Lily no había esperado que el duque de Rawn hubiera hecho un movimiento como ese. No debió haberlo importunado, más porque hacía años que no lo había visto y ella se comportó como si fuesen grandes amigos hacía escasos minutos. ¡Qué le iba a hacer! A ella le gustaba demasiado el peligro. Lástima que un duque, aunque fuese guapo como el pecado no encajase en sus planes. Demasiado correcto y estirado para lo que ella necesitaba de un hombre.

Una dama jamás contrariaba a un varón, y más que eso, no debía confrontarse con

un noble, mucho menos con un duque. Lily no era sensata ni tenía grandes esperanzas de casarse.

—Ah, pero está a punto de ver que no solo se equivoca, sino que no va a salirse con la suya, excelencia. —Finalizó su desafío con un guiño de ojos. Él no le había pedido ese baile y no lograría que ella claudicase solo porque él estuviese en la escala social más elevada.

Lilyan Alcott era una dama, la hija de un conde, irreverente, temeraria y audaz. No le tenía ningún miedo al duque de Rawn, así que lo que hizo fue comenzar a danzar con un Jason Colman, quien había decidido excusarse para no contrariar a un duque, porque todos conocían el carácter dominante y arisco de Nicholas Adrien Roswood. Lily Alcott no le permitió a Jason retroceder. Ella era demasiado… ¡todo!, pensó Colman con ansiedad. Una idea que coincidía con la de Nicholas Adrien.

El duque se quedó petrificado en cuanto la pequeña arpía se negó a complacerlo. Decidió marcharse a otro lado con la idea de que ella sería castigada por su atrevimiento más pronto que tarde.

Lily se sonrió al verlo tan enfurruñado. Jason carraspeó para obtener su atención y funcionó.

—¿Eres consciente de lo que acabas de hacer? —le preguntó Jason, mientras él le daba la primera vuelta por la pista de baile por la exigencia del vals.

—Por supuesto que sí. He impedido que dos hombres, uno que no ama a mi hermana y otro que está completamente enamorado de ella, llegasen a las manos y enturbiasen todavía más su reputación. Daisy debería aprender a relajarse. El esposo de Jane nos salvó a todas, tenemos comida, un lugar en el que residir y lo cierto es que si la sociedad nos repudiase por completo, las tres viviríamos idílicamente en una tranquila casita de campo. Lástima que mi hermana mediana no sepa ir en contra de las normas —se quejó, a la vez que hacía un puchero.

—No sé por dónde comenzar a debatir esa afirmación que has hecho.

—Mejor no lo hagas, porque no ganarás la discusión —se cambió a la

informalidad. Él se dio cuenta de que ella ya no lo trataba con tanta distancia y le gustó.

—¿Qué le hizo el llamado Jefferson en el pasado?

—¿Te dijo algo Daisy?

—No del todo. Solo mencionó que hubo alguien especial y que no pudo ser.

—Supongo que él no estaba preparado para ella en aquel momento. En mi opinión fue un mequetrefe, pero dado que Daisy no lo olvidará jamás, creo que debes comprender que, en alguna ocasión, los finales felices deben ocurrir.

—¿Y qué hay de mi propio final feliz, Lily?

—Espero que lo alcances, eres un buen hombre. Uno que no sabe trazar bien los planes retorcidos y que…

—¿Qué? —se había perdido algo.

—Hablo de lo que has hecho y que…

La mirada de ella era del todo acusadora. Lo intrigó.

—¿Qué es lo que sabes? —la interrumpió de nuevo, al tiempo que se cuadraba.

—A ciencia cierta, nada, pero soy una mujer muy observadora y tengo una hipótesis muy adecuada sobre lo que sucedió con determinada apuesta.

—No sé si debería seguir teniendo esta conversación. —Se la veía muy decidida.

—Estoy dispuesta a olvidarlo todo si accedes a retirarte de la competición y dejas que Daisy sea feliz con el hombre al que ama.

—No puedo hacer eso —respondió raudo—. Es hora de que me case y la hija de un conde es una baza excelente.

—Sí, sí puedes hacerlo, pero tu orgullo te lo impide. —Ella se quedó pensativa durante un momento—. Es curioso cómo la fortuna de los hombres cambia con tanta rapidez. ¿Sabías que hasta hace unas pocas semanas el vizconde Adeston no tenía crédito ni para entrar a jugar en un club del East End? —Esa era una parte fea de Londres donde admitían a toda clase de gente.

Él se negó a ponerse nervioso ante esa alusión.

—¿Qué tiene eso que ver con nada? —preguntó con desinterés.

—Se comenta que su suerte ha cambiado y que tiene la bolsa llena de libras.

—¿Pretendes chantajearme? —Ella era lista, inteligente y lo acababa de acorralar. No tenía sentido negar la insinuación latente ahí.

—No me gustaría explicarle a Daisy que Jason Colman es un hombre angustiado que busca venganza contra la familia Alcott y que decidió alinearse con un bobo desesperado por llenar las arcas, es decir con Adeston, para simular un juego muy peligroso que le costó la reputación a una mujer buena. Y no me gustaría exponerle el suceso a ella porque te aprecia y le causaría un gran daño si supiese la verdad de todo el asunto.

—Son especulaciones tuyas.

—Con una base consistente. Daisy es inteligente, no la subestimes. Tampoco te convendría hacerlo conmigo. Bien sabes que las Alcott no nos quedamos quietas cuando necesitamos reaccionar.

—Eres demasiado joven para ser una leona, querida —señaló con sorpresa.

La había subestimado, tal y como Lily le acababa de demostrar. Jason estaba

atónito al ver que esa pequeña mujer se había enterado de todo. La culpa era del maldito Adeston, pues el vizconde gastó demasiado pronto los fondos con los que lo había proveído a cambio de haber obtenido su ayuda en toda esa trampa.

Colman no estaba orgulloso con su actuación, pero el veneno que llevaba en las venas debido a la mujer que no lo esperó le hizo actuar por venganza. Lily debería saberlo mejor que otra. No había previsto que las cosas salieran como se desencadenaron, pero cuando vio a Adeston intentar propasarse precisamente con Daisy Alcott todo se fraguó en su mente de modo veloz. Decidió salvarla y le asestó un puñetazo al vizconde, y luego ya todo se fue sucediendo, como la idea de lanzar la apuesta y de que Jason salvase de nuevo a la dama. Creyó que nadie se daría cuenta, menos una mujer. Los hombres tendían a no tenerlas demasiado en cuenta en los asuntos importantes y Lily Alcott le acababa de dar una gran lección. Las damas no eran tontas, incluso, no lo eran ni las que no habían cumplido veinte años todavía.

—No se es lo suficientemente corta de edad, cuando se está decidida a defender lo que más se ama, señor Colman.

—¿Y qué hay de Jane? No conseguiste salvar a tu hermana mayor.

—Lady Raid —puntualizó Lily, para que él entendiese que era una mujer casada—, es astuta cuando traza un plan, nada descuidada como lo es usted, así que en cuanto ella decidió casarse, yo no pude hacer nada para impedirlo. Pero ese no es el caso de Daisy. Tengo la misión de evitar que ella cometa un terrible error y estoy dispuesta a hacer lo que haga falta, señor Colman. ¿Qué será pues? ¿Por las buenas o por las malas? —lo desafió.

Todo lo sucedido con Daisy y Adeston… lo encontró extraño. Lily, desde que Jason Colman volvió a entrar en sus vidas, había estado recelosa y solo tuvo que estar pendiente de la realidad, hacer unas pequeñas preguntas aquí y allá, y su mente pronto completó el puzle. A fin de cuentas, era lo que ella misma hubiese hecho para vengarse.

—Te diré que eres ingeniosa con respecto a las amenazas que lanzas. Una mujer en tu situación, en edad casadera, y que se atreva a desairar a un duque como Rawn, merece todo mi respeto y consideración.

—No me has respondido a la cuestión.

—Intuyo que no te contentarás si no te ofrezco mi palabra de que dejaré libre a tu hermana.

—Eres inteligente, señor Colman.

—Lo sé. Te diré que la dejaré ir solo si ella me lo pide.

—Ambos sabemos que Daisy tiene demasiado orgullo y sentido de la lealtad como para resolver su compromiso contigo.

—Es lo máximo que sacarás de mí, Lily. Solo tu hermana tiene la potestad necesaria para pedir su libertad. Se la concederé si me lo pide —repitió—. Soy un buen hombre, pero no un completo estúpido capaz de dejar que ese supuesto plan, por otro lado brillante que tú me has achacado, no llegue a concluirse.

De repente, el salón entero se quedó en silencio y la música cesó. Todo el mundo tenía la vista en un punto concreto del salón. Lily sonrió complacida, mientras que Jason Colman vio salir por la ventana sus esperanzas vengativas.

—Una gran sorpresa y toda una suerte para mí que Lucian Jefferson no esté tan apegado a las normas civilizadas… —apostilló Lily, con tremenda satisfacción mientras su compañero de baile gruñía, al ser consciente de lo que acontecía delante de sus narices.

Capítulo 7

—Si lo veo rozarte, lo llamaré al campo de honor, Daisy. —Nunca creyó ser del tipo celoso. Lo era demasiado. Lo sabía y no le importaba.

Lucian había llevado a su enamorada al centro de la pista y estaban esperando que la orquesta iniciase el baile. Debería darle las gracias a Lilyan Alcott en cuanto terminase de bailar con su compañera. Después vería cómo hacer que el prometido de ella comprendiese que Lucian no la dejaría escapar.

—Estás siendo irracional —lo acusó Daisy.

—¿Lo soy? No lo creo en absoluto. No podías esperar que el otro día me confesases que nunca me olvidarás y que me quedase quieto y callado. No cometeré dos veces el mismo error sabiendo que tú no me odias por lo que te hice en el pasado. Además, tú y yo acabamos de hacer el amor en el jardín y eso no tiene vuelta de hoja —le dijo, solo para sus oídos.

—No hemos hecho tal cosa. —Realmente no lo creía porque la parte de él, *esa parte de él*, no había accedido donde debería. Lo otro que Lucian había argumentado no tenía caso negarlo. Era cierto.

—Te aseguro que te siento mía y que tú puedes considerarme tuyo. Si bien es cierto que no me he hundido en tu cuerpo como desearía haberlo hecho, solo ha sido porque te

tomaré como mi esposa en una cama. Y eso ocurrirá muy pronto —la avisó.

Ella perdió el paso. Lucian la sujetó de la cintura y se quedaron muy juntos, tanto que las demás parejas comenzaron a observarlos.

—¿Debí haber retado yo a la mujer que calentó tu lecho cuando me dejaste bien claro que no sentías nada por mí, más que una sana amistad? —El pasado seguía doliendo y ella sintió que atacarlo podría acabar alejándolo.

—Entiendo que me aborrecerás cada vez que recuerdes eso y te repito que sé que no me odias. Lo que te hice no estuvo bien, pero te acabo de demostrar hace escasos minutos que puedo ser capaz de redimirme. Tocarte como lo he hecho, no es solo seducción y lascivia, es el modo en el que puedo expresar sin palabras cuánto te necesito, amo y deseo.

Él la acercó muchísimo a su cuerpo. La distancia reglamentaria en ese tipo de baile dejó de ser adecuada.

—Por favor, no hagas una escena, ya soy lo bastante escandalosa y no necesito más vergüenza sobre mí.

—Me importa muy poco esa tonta apuesta y que Colman se haya convertido en el hombre que te salvó —explicó, para que ella comprendiese que estaba al tanto de todo lo relacionado con su compromiso—. No puedo callar y estar sin hacer nada, viendo que él te toca cuando yo acabo de saborear esa parte íntima tuya tan deliciosa.

—Lo que ha ocurrido antes ha sido un err…

—No te atrevas a terminar esa palabra, Daisy, o me veré obligado a hacer algo muy atrevido que yo no lamentaré.

Hubo un momento de silencio entre ambos. Daisy trató de ganar unos centímetros y alejarse de su abrazo, Lucian no le permitió moverse un ápice.

—Estoy comprometida. Confieso que no soy capaz de permanecer indiferente cuando estás cerca, mucho menos cuando me tocas o besas.

—Porque me amas y me deseas con la misma intensidad que yo a ti.

—Mi lealtad está con el señor Colman —se reafirmó.

—No puedes estar hablando en serio. No, cuando tu sabor está todavía impreso en mi lengua, en mi garganta.

—Es tarde para nosotros. Debiste haberte quedado a un lado, o mejor todavía, haber ido a buscar una nueva mujer que te ayudase a superar… Voy a casarme y no podrás evitarlo. —Tenía que hacerlo por Colman. Su salvador no merecía su maldad.

—¿Qué tengo que hacer para que me perdones? —preguntó desesperado.

—No puedo romper mi compromiso después de lo que ha pasado. Nadie me lo perdonaría, ni yo misma —explicó apesadumbrada.

—Una vez me convencí de que estabas por encima de mis posibilidades, de que la sociedad era importante y tu estatus más. Pese a amarte con todo mi ser, te herí sabiendo que iría al infierno, porque una dama de tu rango no debía poner los ojos en un simple mortal como yo.

»Apuesto mi fortuna a que lo correcto no nos ha traído alegrías ni a ti ni a mí. Desde luego, yo no he tenido paz. He vuelto a Londres y no puedes esperar que renuncie una vez más a la última oportunidad de ser feliz. Creí perderte aquel día en el que te dije que no sentía lo mismo. Tú no te has casado durante estos años, no permitiré que te me escurras entre los dedos de las manos. Eres una mujer libre todavía y las normas deberían poder romperse si lo que está en juego es la felicidad absoluta. —Ella lo miró con sorpresa debido a esa declaración inesperada—. Sí, mi amor, eso es lo que tendrás a mí lado. Seré un amoroso y fiel esposo que te demostrará cada día de su vida que tu elección fue la acertada.

Daisy parpadeó un par de veces para apartar las lágrimas que se estaban formando

en sus ojos.

—Te lo pido de todo corazón, no sigas haciendo esto. Yo no puedo…

—Pero yo sí.

Después de darle una vuelta completa, tal y como marcaba el compás del vals, él la pegó a su cuerpo, le levantó la barbilla con los dos dedos y la besó tiernamente, pero con una caricia profunda destinada a gritar en alto que ellos eran un solo ser.

La música cesó, varios gritos se escucharon seguidos de otros suspiros, posiblemente emitidos por las damas soñadoras. El lugar se quedó en silencio un momento.

Lucian abandonó sus labios a regañadientes, hincó su rodilla derecha en el suelo, le agarró la mano a Daisy, quien solo tenía ojos para él, y le ofreció una sonrisa franca.

—Te amo con toda la fuerza de mi corazón. Eres la única mujer capaz de hacer tambalear mi mundo, mi amor. No importan ni tus circunstancias ni lo que es correcto o no. Cuando la felicidad está en juego, el resto no debería ser vital. Ciertamente no lo es para mí. Solo estás tú, tus preciosos ojos violeta, tu brillante sonrisa y tu calidez. Di que serás mi esposa y hazme el hombre más feliz del mundo.

Daisy Alcott cerró los ojos. Las lágrimas escaparon sin contención. Él había hecho lo impensable. Acababa de declarar abiertamente su amor, la había besado en medio de una fiesta privada y ella, Dios la perdonase, había respondido a su gesto. Lo amaba. Lo amaba. Lo amaba.

Ni la lealtad ni la obligación deberían estar por encima del amor verdadero. No deberían, tal y como él acababa de explicarle.

—Te amo, Lucian Jefferson, y si me aceptas me convertiré en tu esposa.

El salón de los barones Ross estalló en varios vítores, silbidos y suspiros. Hubo

también gritos de desaprobación, por supuesto, hechos por los más conservadores del decoro.

Lucian Jefferson se levantó, acarició la mejilla de Daisy, se la cargó en brazos y comenzó a andar a toda prisa en dirección a la puerta de salida más próxima. Antes de marcharse, se giró hacia el público que no se perdía detalle y comentó con enrome satisfacción:

—No sería una completa historia de amor si no saliésemos de inmediato en dirección a Gretna Green. Escocia es un lugar precioso para casarse frente a un herrero, en especial cuando los novios no pueden esperar más.

Los caballeros entendieron la clase de espera a la que él se refería y se rieron en alto. Las damas comprendieron que él estaba ansioso por comenzar el camino de un esposo y se sintieron celosas por no disponer de un pretendiente así, que desafiase a la sociedad sin contemplaciones. Y una vez más, los más escrupulosos censuraron las palabras y toda la actuación de la pareja.

—¡Lucian! —lo amonestó ella, en el momento en que se dio cuenta de que se disponía a secuestrarla para cruzar la frontera y casarse en cuanto llegasen a Gretna Green.

—No puedo esperar —dijo a modo de excusa.

Mientras la feliz pareja emprendía un nuevo viaje, otra se quedaba atrás. Lily Alcott miró con socarronería a Jason Colman.

—No estés triste, señor Colman. Aunque no lo puedas ver ahora, Lucian Jefferson te acaba de salvar de una gran insensatez. No debe ser fácil estar casado con un hombre mientras se ama profundamente a otro.

—Supongo que no llegaré a saberlo —se resignó.

—No, tú no lo harás, solo una de las Alcott estará en esa situación —susurró, sin poder refrenar su lengua y sin ser consciente de lo que decía.

Jason Colman se disculpó con Lily y salió del lugar sin hacer algún comentario más. En los próximos días se mostraría feliz y contento por Daisy Alcott y el señor Jefferson frente al resto de los londinenses, porque era lo que debía hacer.

Lily sintió su corazón lleno de alegría. Al menos una de las tres hermanas sería feliz, puesto que Jane posiblemente nunca lo lograría y ella no deseaba conocer lo que era ese sentimiento. No. El amor estaba sobrevalorado, ella tenía otras metas más… mundanas.

Dio un pequeño saltito de alegría y se giró para marcharse de allí. En el momento en el que estuvo a punto de salir, su mirada se cruzó con la del duque de Rawn. Él se veía peligroso, serio y ferozmente enfadado.

¡Bah! Se preocuparía por la vanidad de ese noble cuando los hombres enamorados fuesen capaces de bajar la luna a sus damiselas fascinadas.

Epílogo

La señora Jefferson —porque ella no iba a usar otro título que el que le correspondía como recién casada, aunque siguiese siendo la hija de un conde— miró su anillo. Una sencilla banda de oro con un diamante púrpura engarzado en el centro, y sonrió feliz.

Su esposo le besó el cuello. Acababan de hacer el amor puesto que era su noche de bodas. Todo fue perfecto. Lucian había sido un amante paciente y generoso que se preocupó por no hacerla sufrir más de la cuenta debido a su virginidad. Daisy había disfrutado plenamente su encuentro. Le encantó sentir el peso de su esposo sobre ella y estar unidos, en armonía y sintonía mientras se amaban.

—Todavía no consigo comprender cómo fui capaz de no asaltarte durante nuestro viaje a Escocia.

Ella se rio con ligereza ante las palabras de su marido.

—Siempre has tenido una gran fuerza de voluntad.

—No en lo que a ti se refiere. Me prometí que no me cruzaría en tu camino antes de venir a Londres y fallé estrepitosamente —reconoció.

—Me alegra que fallases, Lucian. Porque aunque no quiero volver a meter el dedo en la llaga, te lo dije.

—Lo sé. Lo sé. Vaticinaste cuando me declaraste tu amor que me arrepentiría. Imposible olvidarlo porque así fue. No me creía lo suficientemente bueno para ti. Mi juventud…

—No pensemos más en el pasado. Lo importante es que todo ha salido bien. Tengo al fin un futuro con el hombre que siempre amé y lo aprovecharé. Aunque… —La voz de su esposa comenzó a apagarse.

—¿Qué te preocupa?

—Nuestras acciones antes de fugarnos fueron del todo improcedentes.

—Lo niego tajantemente. Eran necesarias.

—Mi reputación está hecha trizas. Tú eres un hombre importante y debes tener a tu lado a una mujer adecuada.

—Tonterías —le restó importancia a la preocupación de su esposa—, estoy seguro de que la mayor parte de las damas de la sociedad te envidian. Tuviste tu historia de amor, con una pequeña dosis de drama y apuesto mi fortuna a que cuando regresemos nos lloverán las invitaciones, dado que la sociedad querrá ver a la escandalosa pareja que se declaró amor eterno en medio de una fiesta de lo más adecuada y decente.

—Hicimos un estropicio.

—Y nos amarán por ello. Eres mi esposa. La de un hombre sin título, pero rico y con influencias, te aseguro que nadie te dejará de lado.

—Sabes que eso no es cierto. Ahora que estoy en el otro lado de la balanza veo lo que tratabas de explicarme cuando me rechazaste. No lo entendía, porque si para mí no tenía importancia que tú no fueras de mi clase social, consideré que a ti te debería importar menos. Veo que se trata de reputación y de lo que la sociedad espera de nosotros. Antes no lo comprendía.

—Las personas que nos hagan el corte directo se pueden ir al infierno, mi amor. Eso lo aprendí de ti.

—Eres incorregible, Lucian.

—Pero me adoras por ello, ¿no?

—Sabes que lo hago. ¿Qué te animó a actuar sin medir las consecuencias, esposo? Recuerdo que siempre has sido muy comedido en todas tus actuaciones. Te veía ante mí en la fiesta de los Ross y no te reconocía.

—¿Te refieres al jardín oscuro donde logré hacerte gemir como una mujer lujuriosa? —Él aupó un par de veces las cejas para dar a su pregunta un toque de lo más pícaro.

—No me recuerdes eso. Me comporté como una… —Sus mejillas estaban en llamas.

—Como una dama ardiente, una amante futura esposa, como mi mujer, tal y como acabas de hacer en este lecho. —Lucian le dio un profundo besó para acallar una posible protesta.

—Te amo —susurró entre besos.

—Deberemos agradecerle la ayuda a tu hermana Lily cuando volvamos. Me animó a ser rápido y audaz.

—Debí suponer que no se quedaría al margen. —La explicación de él no la había pillado por sorpresa. Lilyan era del todo incontrolable y tenía una tendencia muy inapropiada a desafiar a todo y a todos. Eso incluía que se metiese en la vida de los demás sin que nadie se lo pidiese.

—¿Qué hay entre tu hermana menor y tu exprometido, mi amor? —Se sintió pletórico por haber logrado abatir a un rival. Su orgullo masculino estaba por los aires.

—¿A qué te refieres? —preguntó con extrañeza.

—¿No notaste que algo extraño sucedía entre Colman y Lilyan?

—No especialmente. ¿Qué debería haber presentido?

—No lo sé, pero ella lo miraba con lástima, con una mirada de… ¿anhelo? —Lucian suspiró.

—¿Consideras que Lily podría haber estado interesada en el señor Colman y por eso te ayudó rápidamente?

—Podría ser. No estoy seguro.

—Él habló de una mujer que lo había traicionado en el pasado… No podría ser Lily, ella era muy pequeña cuando él se marchó.

—He visto celebrarse matrimonios con muchachas de apenas quince años, amor mío. Hay pocas cosas que me sorprenderían.

—Si el señor Colman mantiene un anhelo secreto por Lily… Lo sentiría mucho por él.

—¿Por qué?

—Lily no piensa casarse. Ahora que lo pienso, podría deberse a un desengaño amoroso. ¿Sería Colman? —se preguntó en alto con el ceño fruncido.

—No tengo la menor idea. Deberemos esperar para averiguarlo.

—Como sea, dado que he traicionado a un buen hombre al huir con el amor de mi vida, me gustaría que Lily se convirtiese en el paño de lágrimas del señor Colman, pero dudo que

algo así ocurra. Lily es demasiado decidida. —Sentía lástima por Jason, pero cuando fue la hora de elegir, Daisy lo vio muy claro.

—No son pocas las mujeres que han dicho eso y en menos que canta un gallo han estado recitando sus votos.

—De todas formas mi hermana pequeña no es la que debería quitarme el sueño. Es Jane la que más me preocupa. ¡Oh, cielos! Hablando de hermanas, Emma debe estar contrariada debido a nuestro proceder.

—No del todo, estoy seguro. Ella quería jugar a la casamentera con nosotros y cuando regresemos a la ciudad, aunque estará hecha un basilisco por no haberle informado de nuestros planes, nos perdonará y tendremos sus bendiciones. También deberé agradecerle a mi hermana el hecho de que sufriese aquel oportuno desmayo, porque me vi con el valor suficiente de poner sobre la mesa mis verdaderos sentimientos. Ahora, mi amor, dime qué sucede con lady Raid.

—Emma es un ángel y por eso decidí no contarle nada de lo que sucedió entre nosotros. No quise que se sintiese obligada a poner su lealtad en un lado o en el otro, porque era tu hermana y decidí que sería mejor guardar silencio. Creo que sí que nos dará sus bendiciones de inmediato. En lo que respecta a mi hermana mayor… —Ella tomó una larga bocanada de aire y luego lo soltó para buscar un poco de alivio.

—Emma dio a entender que lord Raid no es…

—El demonio Raid lo apoda la sociedad. El vizconde llevaba varios años persiguiendo a Jane y ella se resistía. La necesidad hizo que mi hermana mayor accediese a ser su esposa.

Él la abrazó con fuerza y el rostro de ella se quedó apoyado en su pecho. Su esposo tenía un poco de vello que se sentía deliciosamente suave contra su mejilla.

—Tienes mi palabra de que si Jane necesita nuestro apoyo lo tendrá.

—¡Oh, Lucian!, muchísimas gracias por prestarte a ello. Si al final ella decide abandonarlo, quisiera que tuviera un lugar en el que quedarse y poder subsistir.

—Te lo prometo. Me haré responsable no solo de la mujer que amo, y por si tienes alguna duda añadiré que esa eres tú, mi amor, sino que también cuidaré de Jane y de Lilyan. —En verdad la que más le preocupaba era la temeraria Lily. Esa elfa del bosque… veía problemas por todas partes solo con respecto a ella, pues lo que recordaba de la que fuese Jane Alcott antes de casarse, era que se trataba de una mujer muy cabal y sensata.

—Seremos felices, Lucian. Te prometo que tendrás a la mejor esposa del mundo y que no te arrepentirás.

—Eso, señora Jefferson, debería decirlo yo, dado que me he propuesto demostrarte hasta el fin de mis días que no pudiste encontrar un mejor esposo, porque el valor del amor es confianza, libertad, fe.

—¡Recuerdas mis palabras después de tantos años!

—Jamás olvidaría tan bella declaración, aunque sí quisiera borrar de tu memoria, y ya puestos de la mía, que alguna vez insinué que no te amaba, cuando lo hacía fervientemente.

—Tú me has demostrado, Lucian Jefferson, cuál es en verdad el valor del amor.

—¿Lo hice? Una hazaña del todo épica —se enorgulleció.

—Sí. Es perdonar para poder ser feliz.

La dichosa pareja se dejó llevar por la pasión en una danza llena de promesas, de delicias maritales y perversiones de lo más dulces y atractivas. Aquella maravillosa noche de bodas, hicieron el amor hasta que se quedaron sin fuerzas.

Lucian y Daisy Jefferson habían conseguido apreciar el valor del amor tras una larga separación y al haber superado sus prejuicios sociales.

Solo se podía divisar paz, prosperidad y un amor del todo franco en el horizonte del futuro.

Fin.

El poder del deseo

Historia de Lilyan Alcott

«No ha aprendido la lección de la vida,

aquél que cada día no supera un miedo.»

Julio César.

Capítulo 1

Londres, Inglaterra, 1833.

Daisy había sido secuestrada por un hombre enamorado. Esa fue la carta que recibieron las dos hermanas Alcott en su residencia de la ciudad, y en la que la recién estrenada señora Jefferson les indicaba que era tremendamente feliz.

Desde Escocia, la feliz pareja, que se había unido en matrimonio frente a un herrero en Gretna Green, tenía la intención de hacer un viaje de luna de miel por aquellas tierras místicas.

Daisy les contaba a Jane, la vizcondesa Raid quien era su hermana mayor, y a lady Lilyan Alcott, quien era la menor, todas hijas del conde de Dum, que su esposo le había comprado un guardarropa nuevo y toda clases de artículos de necesidad, dado que con las prisas de la huida, Daisy no había podido empaquetar nada.

—Me alegra mucho que al final Daisy haya conseguido al hombre por el que suspiraba desde que era pequeña —sentenció Jane, con satisfacción.

Las dos hermanas estaban tomando juntas el desayuno en el comedor principal de la casa en un ambiente de tranquilidad absoluta, puesto que el vizconde Raid estaba fuera de

Londres.

—¿Lo sabías? —inquirió Lilyan con cierto asombro.

—Por supuesto que sí. Desde que Lucian Jefferson llegó con su padre para ponerse al servicio del nuestro, fue evidente que Daisy estaba embelesada.

Las dos recordaron con cierto malestar al difunto conde de Dum. El progenitor de las Alcott fue un hombre muy egoísta que se dedicó a vivir, jugar, malgastar y beber, por lo que a su muerte las dejó en la indigencia. Solo el matrimonio de Jane con el vizconde Raid había posibilitado que las hermanas no acabasen en la calle. Jane renunció a todos sus sueños para casarse con lord Raid, quien no gozaba de la simpatía de ninguna de las Alcott, incluida su propia esposa.

—La historia de Daisy ha salido bien y es lo que importa —aseveró Lily.

—Sí. Pensemos ahora en ti.

—¿Qué quieres decir? —Jane le había prometido a Lily que no la presionaría jamás para que se casase, así que esa reflexión de su hermana mayor no la acababa de entender.

—No quiero que haya malentendidos entre tú y cierto hombre…

—¡Oh! —la interrumpió Lilyan—. No tienes que preocuparte por eso. Me mantendré perfectamente alejada de él.

—Eso espero. Es alguien al que no conviene contrariar y sé que tú puedes sacar de sus casillas a un santo paciente.

—¡Tonterías! Ahí donde lo ves, tan correcto, austero y estirado, él también me molesta con sus conversaciones y acciones.

—Pero tú eres una mujer y por lo tanto debes comportarte mejor que él.

—No tengo la culpa de que al girarme él esté ahí siempre. ¿Cómo resistirme a hacerle estrechar el entrecejo? Él debería reír más. No es que me importe demasiado su insulsa vida, yo tengo mis propios planes… Y de verdad que lo intento, pero es que es verlo y querer molestarlo —confesó con sinceridad.

—Mantente alejada de él, Lily.

—Lo intento —repitió.

—Inténtalo más y mejor —remarcó Jane.

—¿Tienes miedo de que acabe casada con un duque? Créeme, tus temores son infundados, el duque de Rawn sería el último hombre en el que yo estaría interesada. Es demasiado aburrido y correcto como para pensar…

—¡Dios mío! —gritó con histerismo Jane—. ¿Rawn? ¿El duque de Rawn? Dime que no has estado incordiando precisamente a ese hombre, Lily. Te lo suplico, niégalo ahora mismo, porque de todos los problemas que tengo en estos instantes, tú serías el que debería atender con mayor urgencia.

Lilyan Alcott se quedó pensativa. No entendía el cambio tan drástico en la actitud de su hermana.

—Te prometo que me mantendré lejos de él… —optó por decir—. Que sea un duque no lo convierte en un tiburón asesino con quien…

—¡Por supuesto que es un tiburón de los grandes al que no hay ni que mirar más de un segundo a los ojos! ¿Cómo has podido estar molestándolo? —Su hermana era temeraria, era ingobernable y sus acciones podrían causar una guerra mundial si Lily no tenía a alguien que la controlase. De ahí, que Jane le hubiese asignado una guardiana, una doncella llamada Anna que era de tamaño considerable y de buen criterio. Ni con ese improvisado carcelero que la vizcondesa Raid le había obligado a tolerar, su hermana pequeña era capaz de comportarse.

—Cuando hemos iniciado esta conversación y me has reprendido no estabas tan molesta… ¿A qué se debe ese cambio de actitud, Jane?

—Se debe a que no era Rawn al hombre al que yo me estaba refiriendo.

—Ah. —La joven agitó los hombros—. Entonces no sé a qué venían tus palabras, porque al único al que he estado molestando es a Nicky.

—¿Nicky? —preguntó Jane más escandalizada todavía. ¿A cuántos hombres estaba su hermana incordiando?

—Rawn. Me refiero al duque, se llama Nicholas Adrien Roswood.

—¡Sé cómo se llama el duque! Y una dama no puede llamar a un caballero por su nombre de pila, es censurable incluso en privado, y mucho menos acortarlo en un mote que estoy segura de que a él le desagrada sobremanera.

—Oh, sí. Casi comenzó a escupir fuego por la boca la primera vez que lo llamé Nicky. —Lily no pudo contener la larga carcajada que le salió al recordar ese episodio. La joven vio a su hermana mirarla de un modo, que casi le hizo temer por su vida, entonces carraspeó—. Lo molesté y sigo viva, no es tan malvado como se cree.

—¡Estás demente! Ya estaba nerviosa cuando me llegaron los cuchicheos sobre ti y el señor Colman, pero lo de Rawn… ¿Has perdido la cabeza, Lily?

La hermana pequeña de la vizcondesa sonrió con diversión. No fue por recordar las batallas dialécticas que emprendían el duque y ella, sino por Jason Colman.

—¿Y tú hermana? ¿Te has vuelto loca? —rebatió Lily con presteza.

—¿Por qué me preguntas algo así? ¡No soy yo la que está desafiando a un duque poderoso y rico que además tiene fama, bien merecida, de ser un auténtico tirano. Lo apodan el temible Rawn. ¡Estás jugando con fuego!

—¿Y tú no? —inquirió, traviesa.

—¡No! ¿Por qué me lanzas ese tipo de acusaciones veladas?

—¿De verdad que quieres que hablemos de eso, hermana?

—Todo lo que dices suena acusatorio y no entiendo…

—Jason Colman… —susurró Lily, interrumpiendo a su hermana para ver si ella se callaba.

La mirada de Jane se desvió con cierta timidez. Lilyan se sintió un poco mal por haber sacado ese suceso en la conversación.

—¿Desde cuándo lo sabes? ¿Y qué es lo que crees saber? —inquirió la vizcondesa Raid, sin mirar a su hermana.

—Su identidad. Sé su identidad. Daisy también lo reconoció, pero si lo que te preocupa es que nosotras manejemos algún tipo de información, digamos sensible, no lo hacemos. Daisy supo de quien se trataba de inmediato. Jason Colman, el hombre que cuidaba de las cuadras de nuestro padre, no ha cambiado tanto. Y no estés intranquila, porque solo yo recuerdo el modo en el que él te miraba cuando creía que tú no te dabas cuenta.

Lily siempre se jactaba de ser observadora. Desde bien pequeña, la menor de las hermanas se daba cuenta de todo lo que sucedía a su alrededor. Nada ni nadie la pillaban desprevenida porque siempre iba un paso por delante. La gente, en especial los hombres, tendían a subestimar a las mujeres, y si además eran damas jóvenes, lo hacían todavía más.

Jason Colman tuvo predilección por Jane desde que Lily podía recordar, sin embargo, las hijas de un conde, aunque fuese uno acabado como Dum, no se podían casar con cualquiera. Lo malo de todo era que el señor Colman, con el paso de los años había prosperado. Se marchó a los Estados Unidos de América, donde se hizo rico como Creso y al volver se encontró con que Jane se había casado. Lily no tenía todos los detalles de la historia, pero

sospechaba que eso era lo fundamental. Eso y que Colman había tratado de casarse con Daisy, hasta que su hermana mediana se dio cuenta de que estaba total e irremediablemente enamorada del hermano de su mejor amiga, Lucian Jefferson. Por suerte para Daisy y Lucian su historia había salido a pedir de boca y los dos se habían casado hacía unas pocas semanas atrás en Gretna Green.

—Colman y yo solo fuimos amigos y…

—No hace falta que me des ninguna explicación, Jane —la cortó—. En cuanto a los rumores que te hayan podido llegar sobre Jason Colman y yo, debes creerme. Son infundados. No podría mirar dos veces a un hombre que ha perseguido a mis dos hermanas mayores.

—Eso no es así y…

—No hablemos de Jason Colman —decidió, Lily, zanjar el asunto.

—De acuerdo. Hablemos de cómo no vas a volver a importunar al duque de Rawn. De todas las insensateces que tienes en mente, esa es la que más me preocupa.

—¡Qué acusación tan fea, Jane! En mi mente solo hay sueños que deseo cumplir.

—Escribir libros no es algo que una dama pueda hacer. Ningún editor te los publicará. Ni usando un sobrenombre masculino lo harán, porque para eso se necesitan contactos y Raid… —Su esposo ni estaba cerca ni se le esperaba. Los asuntos entre los vizcondes eran… Jane no tenía ni idea de cómo calificar la situación con su marido en esos momentos.

—No le pediría a Raid ni un vaso de agua, así vagase por el desierto y estuviese a punto de morir —le dijo con acritud Lily.

—Estás siendo injusta. Es gracias a Raid que no estamos luchando por un mendrugo de pan en plena calle.

—¿Lo defiendes?

—No se trata de defenderlo o no, pero nos ha procurado una vida en la que…

—Olvidemos a Raid también, por favor. Centrémonos en cosas más interesantes.

—¿Como qué? —interpeló la vizcondesa.

—Como por ejemplo… —se dio unos golpecitos en la sien—. ¿Quién dirías que es el mayor libertino de todo Londres, Jane?

En honor a la verdad, le venía a la mente su propio padre, el conde fue un jugador y un pícaro de la peor clase. Si por ella hubiese sido, no habría guardado ni un primer periodo de luto de un mes. Sacudió de su memoria a su progenitor para centrarse en aspectos más interesantes.

—¡Lily! —volvió a gritar Jane con sofoco.

—Es solo para evitarlo —le advirtió ofendida por la acusación que había vertido la vizcondesa con solo exclamar su nombre.

Jane no se creyó nada.

—Sea lo que sea que estés tramado… ¡olvídalo! No puedo lidiar con otro escándalo. Sorpresivamente, la única Alcott que no tiene empañada por completo su reputación es la más insensata de las tres. Te aclararé por si tienes alguna duda, que esa eres tú. Y me gustaría que siguiese así. Si deseas casarte pronto, será mejor que recuerdes las nociones de etiqueta, olvides todo lo relacionado sobre escribir historias, y que tires los libros que tengan que ver con piratas, parejas y finales felices.

Lily se calló. Si su hermana mayor se hubiese dignado a hojear un ejemplar de los libros que ella tenía en su habitación, a la vista de todos, para que fuese más fácil pasarlos por alto, se habría dado cuenta de que su contenido era del todo censurable. No se explicaban solo

cuentos bonitos en los que los hombres y las mujeres se juraban amor eterno. Había cuestiones narrativas más interesante que harían que el pudor de cualquier mujer, incluso un hombre poco curtido, saliese por la ventana. A buen seguro, Lily Alcott podría acabar en la hoguera si la buena sociedad de Londres averiguase la lectura a la que ella había tenido acceso. Y en honor a la verdad, esos libros tan interesantes habían pertenecido a su padre, si el conde de Dum se hubiese preocupado por sus hijas alguna vez, no habría tenido ese contenido en su poder.

El Diario de Fanny Hill era un libro muy explícito. De las obras que Lily tenía en su poder, esa era la que más sensación le había causado por su contenido erótico e infame. Había aprendido un par de cosas tras leerlo, pero especialmente que lo que alguien hiciera en la intimidad y la sociedad no conociese, estaba a salvo.

Lily Alcott deseaba escribir un texto que pasase a la posteridad, algo tan genial, que todo el mundo la recordarse. La relación entre un hombre y una mujer, entendida como forma de darse placer, era algo que deseaba conocer en primera persona. ¿Cómo podía escribir ella sobre pasión si no la había experimentado en vida? Necesitaba a un sujeto para llevar a cabo su experimento, y así poder relatar una historia escandalosa que la encumbrase como autora de literatura prohibida que las generaciones futuras recordasen.

El asunto de la firma ya vería cómo solventarlo, debería idear un nombre masculino, pero a su muerte dejaría un papel donde desvelase que ella había sido la autora. Sí, mientras viviese mantendría el silencio sobre sus anhelos y las vivencias que lograse atesorar, y luego, cuando su vida se apagase, desvelaría la verdad. Y lo haría así para proteger a sus hermanas. Los hijos que pudiesen tener Daisy y Jane deberían aprender a vivir con el hecho de que su tía había sido una infame escritora de novelas indeseables. ¡Cómo le gustaba la idea! Y dado que había decidido que acabaría siendo una solterona, lo que necesitaba era encontrar un amante. La cuestión era tan sórdida que incluso en privado le resultaba violento pensar en ello.

—Lily, ¿me has oído?

Ni una palabra. Lilyan no sabía qué diantres había dicho su hermana. Ella estuvo fantaseando con su libro.

—Sí, sí —mintió.

—¿Me prometes pues que estarás lejos de Rawn?

—Por supuesto.

—Y en cuanto al señor Rufus Emerson…

—¿Quién? —Lily se había perdido algo.

—No te acerques a Emerson, ese hombre está seducido por el libertinaje y no quiero que cometas el mayor error de tu vida.

—Aaah, el libertino… —musitó. Lily entendió que su hermana le estaba dando el nombre del mayor de los pícaros de todo Londres. Ese era el hombre al que ella tenía que investigar. Por fin un reto y una identidad.

Rufus Emerson. El nombre no le apasionaba, aunque sí era cierto que tenía rudeza y fuerza. Ya se imaginaba al señor Emerson como un vikingo poderoso, cuyo torso definido la haría querer lamerlo. Lily suspiró con esa visión. Si el denominado Emerson estaba inclinado por la perversión, ella posiblemente no se quedaba atrás.

¿Qué mal podría haber en atender las necesidades primarias que le transmitía su cuerpo? Además, si se convertía en una libertina, lo mejor sería hacerlo con propiedad y de la mano de un experto en el asunto.

Capítulo 2

El duque de Rawn estaba hasta las narices. Sí. Hasta las narices de ella. Y cuando hablaba de protuberancias arrogantes, lady Lilyan Alcott se llevaba todas las atenciones.

No era que la hija menor del maltrecho conde de Dum tuviese una nariz fea. Era respingona y demasiado engreída para una joven dama casadera aunque fuese una desvergonzada como lo era Lilyan Alcott.

No podría decirse que no fuese bella. La dichosa muchacha era bonita. Incluso con esa nariz lo era. Su pelo negro era visible a varios kilómetros de distancia. Se veía tan brillante que en ocasiones parecía azulado. Y sus ojos, que sí eran de un azul muy intenso y fantástico, podrían hechizar al más incauto de los mortales. Lilyan Alcott con su estatura más baja que alta, sus bellos ojos y su excepcional cabellera era toda una gran bruja, y no en el sentido bueno que pudiese darse a la palabra, dado que existían brujas buenas.

Una mujer debería aprender a cerrar el pico cuando estaba delante de un duque. ¿De qué le servía el título a un hombre si los demás no se cuadraban en su presencia? El duque de Rawn estaba en la cúspide y ella parecía no darse cuenta de ese hecho. Era irritante.

Era sabido por gran parte de la sociedad que por su carácter arisco y sus formas tiránicas, Nicholas Adrien Roswood, no era alguien con el que se pudiese jugar. Por lo visto, esa joven que lo molestaba por deporte, no sabía cuál era su lugar en la sociedad. Él tenía que explicárselo o la joven acabaría poniéndose en evidencia públicamente en cualquier momento.

Con esa idea en mente, el duque de Rawn se puso en marcha, rumbo hacia esa mujer que necesitaba un pequeño escarmiento. Nicholas Adrien trató de no pensar en el fantástico vestido azul claro, vaporoso de muselina o seda o lo que fuese esa tela y que le sentaba como un guante, mientras se acercaba a ella. Si Lilyan Alcott tuviese una verruga en su cara angelical se vería más bruja y no engañaría a nadie.

El duque supo el momento exacto en que la muchacha se percató de su presencia porque la vio comenzar a andar hacia la derecha. ¡Ah, no! Ella no iba a escapar. ¡Un segundo! ¿Desde cuándo Lilyan Alcott huía de él? En esa temporada no lo había hecho ninguna de las veces. ¿Estaría ella ya comprendiendo, al fin, que no había obrado con rectitud y sabiduría al haberlo desairado con frecuencia?

Rawn tuvo que parar de caminar. ¿Dónde demonios se había metido la pequeña bruja del mal?

Vio un destello negro, brevemente, tras un pilar a su derecha. En verdad ella estaba escondiéndose de él. El rostro severo de Rawn se alteró, puesto que sus labios se alzaron un segundo en un amago de sonrisa. Se encaminó hacia la muchacha decidido a no darle tregua.

¡Lo tenía delante! Lily se sobresaltó en cuanto fue consciente de que el duque la había localizado. Le había prometido a Jane dos cosas y había esperado cumplir, al menos, una de ellas. Esa era mantenerse lo más lejos posible del duque, porque al libertino señor Emerson iba a asediarlo sin tregua.

—Además de inapropiada, cobarde… —le dijo él sin remordimiento, y con la única finalidad de alterarla. Solo Lilyan Alcott había conseguido que él olvidase sus modales y la etiqueta. De acuerdo. No había nadie cerca y él podía permitirse el desliz. ¡Era un duque y podía hacer lo que quisiese!

La vio sonreír con amplitud y se preparó para un golpe verbal.

—¡Oh, Nicky!, si hubiera sabido que no podía mantenerse apartado de mí, no habría intentado alejarme tan desesperadamente. ¿Qué dirá la sociedad cuando se dé cuenta de que el duque de Rawn anda corriendo tras las faldas de la hija menor del conde de Dum?

Esperaba ahorrarle la vergüenza y por eso he tratado de ocultarme de su vista, pero ya veo que no puede…

—Insolente. Debí haber mencionado eso también en la corta lista que enumeré hace escasos minutos.

—Interesante —señaló ella, enigmática.

—Nada de eso es interesante —rebatió él.

—Lo es, Nicky, porque no ha negado ninguna de mis acusaciones.

—No lo he hecho porque son absurdas y no merecen ni siquiera recordarlas. Ambos sabemos que su deseo sería que yo, un duque, la persiguiese. Le aseguro que eso no va a ocurrir jamás. Así que deje de crearse ilusiones románticas con respecto a que pueda acaparar mi interés.

—¡Oh, Nicky! Ha descubierto mi plan y me rompe el corazón. ¿Qué será de mí sin su atención? —exclamó, llena de dramatismo.

Lily finalizó su actuación batiendo sus pestañas al tiempo que desplegaba, seductoramente, su abanico pintado a mano.

Jane la mataría. Lo intentaba. De verdad que Lily deseaba cumplir su promesa, pero era demasiado divertido irritarlo como para no hacerlo.

—¡Deje de llamarme de ese modo! Soy su excelencia el duque de Rawn. Y en su defecto, mis amigos, me llaman Nicholas Adrien.

—Pero usted y yo somos más que amigos, Nicky.

Lo vio ponerse rojo de furia y la joven se tragó una carcajada. Que una mujer de veintiún años estuviese sacando de sus casillas a un duque que rondaría los veintiocho, como

poco, debería ser mencionado en las próximas ediciones de historia de la humanidad.

Él, sin poder reprimirse, dio un paso amenazante hasta ella. Estaban en un lugar oculto de la vista del resto de los invitados de la fiesta de los condes de Bering, y eso le posibilitaba al duque la ocasión perfecta para ser tan malvado como ella.

Nicholas Adrien gimió en alto cuando un dulce aroma a lirios fresco le inundó las fosas nasales. ¿No podía ella oler como una bruja del averno? ¿A azufre y a maldad?

—¿Se da cuanta de la insinuación que acaba de hacer, milady? —le preguntó con descaro.

—Por supuesto que sí. —Lily se negaba a sentirse cohibida debido a su cercanía e intimidad. Si él creía que iba a asustar a una hermana Alcott… ¡Se iba a llevar la decepción de su vida!

—No, decididamente no lo sabe. Porque lo que está pasando por mi mente es que usted y yo somos…

—Enemigos, Nicky —lo cortó ella con naturalidad.

—¿Enemigos? —Lo dejó perplejo. Hacer que Rawn se sorprendiese era una tarea hercúlea.

—Desde luego. Por eso podemos prescindir de ciertos modales tediosos. Ya sabe, sería horrendo tener que combatir con usted mientras recuerdo que su nombre es… ¿Cómo ha dicho?

—¿No sabe cómo me llamo? ¡Se lo he dicho antes!

Lily frunció el ceño. El duque se veía ¿desilusionado? No, seguro que era una trampa.

—Lo siento, desde que alguien se refirió a usted como Nicky, ya no pude dejar de verlo de otro modo.

—Me llamo Nicholas Adrien Roswood, soy el duque de Rawn y no pienso consentir que una mocosa consentida me convierta en un bufón.

Lily tuvo la audacia de sonreírle divertida, por lo que la mirada de él se dirigió a sus labios. Lo vio relamerse los suyos y casi le pareció estar viendo a un lobo. Se negó a sentir pánico. Si él quería seguir jugando, ella no iba a decepcionarlo.

—No irá a besarme, ¿verdad? —inquirió con falso sobresalto—. Lo digo porque como ha señalado hace unos pocos instantes, soy inapropiada, aunque no cobarde, y no tendré reparos en desechar a un duque que, por otro lado, no está resultando nada correcto en su trato con una dama —lo regañó sutilmente. Sabía que estaba siendo hipócrita, puesto que era ella quien lo había retado en un primer momento.

Hacía meses que se fijó en él. No porque fuese apuesto. De acuerdo, Nicky lo era y no poco. Era delgado, pero atlético, sus ojos negros contrarrestaban con su cabellera rubia y su tez clara. Y luego estaba esa nariz ducal. La nariz de un duque debería ser larga, aguileña, fea. Pues no. Rawn tenía la nariz más perfecta que ella jamás había contemplado. Ni larga, ni corta, ni fina ni gruesa. Ella, que había heredado la protuberancia del conde de Dum y que la hacía sentir insegura en ocasiones, se sentía envidiosa porque el duque austero y tirano tuviese una nariz impecable y hermosa. ¿Qué más escondería el duque del tamaño perfecto?, se preguntó, inundada por el libertinaje que leía en sus libros.

—Solo en sus sueños recibirá un beso mío. ¿Acaso ha estado fantaseando con que yo la besase? ¿Será posible que toda esa incorrección hacia mí radique en un infantil deseo oculto por el duque de Rawn, lady Lilyan? —preguntó de modo seductor.

Estuvo mortificada nada más sintió sus mejillas sonrojarse. Cierto que la muchacha había soñado con un caballero ardiente que le hiciese suspirar, como lo hacían las heroínas de algunos de sus libros menos censurables que Fanny Hill, pero no era Rawn. No le gustó que él metiese una idea así en su cabeza.

Mientras, él pensaba en que mucho estaban cambiando las cosas si una joven podía tomarse la libertad de hablar de besos tan a la ligera. De pronto, Rawn recordó que estaba en compañía de Lilyan Alcott y que el decoro o la moderación eran dos cualidades de las que ella carecía.

—Me decepciona, Nicky, y lo hace con profundidad. El nivel de intimidad entre dos enemigos es más profundo que el de dos amigos, a estas alturas ya debería saber la clase de mujer que soy.

—¿Y qué clase es? Yo la tengo por una mocosa consentida, como he dicho, y el esposo de su hermana mayor haría bien en atarla en corto.

—¡Me decepciona de nuevo! ¡Qué tormento! Enemigo mío, soy de la clase de las que no pregunta, no pide permiso y no mide las consecuencias. —Ella se acercó a su oreja para susurrarle con descaro sin formalidad—: Si desease un beso tuyo simplemente lo habría robado hace tiempo.

Tal como lo dijo, se separó de pronto, dándole un ligero empujón para apartarlo de su cuerpo, y se marchó de modo raudo y veloz.

Rawn no habría estado preparado para esa contestación ni en un millón de años y lamentaba tener que reconocer que ella había ganado ese asalto, sin discusión posible.

Sus labios estaban sostenidos en una gran sonrisa franca. Desconcertante. La bruja mala del averno era un enigma en sí misma. Él odiaba los acertijos. Y la sonrisa que no sabía que había compuesto se le borró de golpe, en cuanto la vio ir directamente hacia Rufus Emerson.

Insensata era una cualidad que se le quedaba corta para definir a la pesadilla que suponía ser la hija menor del conde de Dum. Y lo que estaba sintiendo, esa opresión en el pecho, no eran celos. Nicholas Adrien se convenció de que solo era lástima al verla cayendo en desgracia. Si la joven no iba con mucho cuidado… Tan honorable y atento era Nicholas Adrien que no podía ver sufrir ni a la peor de sus enemigas. Si ella había declarado que esa iba a ser su relación… que así fuese, pero la salvaría incluso de sí misma.

***

Había faltado a una de las promesas que le había hecho a Jane, así que ya iba a ir al infierno, por lo que cuando Lily tuvo enfrente al señor Emerson, cuya identidad había averiguado poniendo la oreja aquí y allá, supo que no tenía nada que perder y sí mucho que ganar.

—Señor Emerson, ¡qué grata sorpresa encontrarlo aquí! ¿Cómo está usted? —improvisó, haciendo ver que ellos se conocían con anterioridad.

Una falta más sobre su espalda no iba a hacer la diferencia. Seguramente en el infierno no había varios niveles en función de las mentiras y maldades que alguien hiciese en la vida, así que…

—Es un placer verla. Está usted tan bella como de costumbre.

Ella le sonrió. Él también acabaría sumido en el fuego eterno, porque acababa de mentir de una manera tan grata que Lily estuvo a punto de creerse su propia treta.

—¿Recuerda nuestro último encuentro? Prometió que bailaríamos de nuevo —dijo ella, como la excelente mentirosa en la que se acababa de convertir.

—Por supuesto, y cumpliré mi palabra con gusto. ¿Me concede el siguiente baile, querida?

Uhm. Querida. Una palabra del todo socorrida, pensó Lily. El libertino más célebre del momento no conocía su nombre y ese apelativo que se escuchaba delicioso entre sus labios lo había salvado de un momento bochornoso. Ella se apiadó de él.

—Mi hermana, Jane, me dijo que los amigos podían usar en privado sus nombres —mintió—. Somos lo suficientemente cercanos, señor Emerson, para que me llame en privado Lilyan o Lily. Es lo menos que podemos hacer después de todo lo que hemos vivido juntos… —No quiso hacer referencia a su título porque intuía que sería mejor para sus planes que él no supiera que estaba tratando con la hija de un conde.

Lo sintió tensarse mientras la llevaba a la pista de baile y le gustó sentir su fuerza. Era un hombre espectacular. Fiero. Grande. Oscuro. Ojos negros, piel morena, el pelo del mismo tono. Un granuja de primera clase, solo que su vestimenta tan apropiada resultaba un envoltorio increíblemente perfecto. Chaqueta de terciopelo gris claro, chaleco plateado y pantalones de seda en tono negro. Se veía impoluto. Ese sí parecía un duque tirano, no Nicky. Ay, si su enemigo supiera que lo llamaba con esa familiaridad incluso en su fuero interno… Rawn podría armarle un consejo de guerra.

Era tan estirado y correcto que Lily no pudo resistirse a incordiarlo desde el minuto uno en el que lo conoció. No sabía el motivo exacto. Tal vez fuese porque en sus ojos había una soledad inmensa y ella quería escandalizarlo y probar si podía hacerlo reír. No. Nicky no se reía jamás. Todo lo que había observado desde que se conocían, y eso fue a principios de la temporada, había sido un tibio levantamiento del labio superior.

—Lily. Un nombre adorable, por cierto. Puede llamarme Rufus, si gusta, milady.

—Gracias… Rufus. —Se atrevió a ver cómo sonaba ese nombre en su boca. Sí. Rufus sonaba como un conquistador.

No era común que Rufus Emerson se prestase a intrigas, pero ella lo había pillado con la guardia baja. Estaba casi seguro de que la joven, que era muy bonita, había inventado una gran sarta de mentiras. No obstante, dado que él solía acabar ebrio en algunas fiestas aburridas, no sabía si en verdad… La veía muy convincente. La joven ni titubeaba un ápice, y solo por eso ella merecía un poco de su atención. Aunque la consideró una necia. Si ella estaba al tanto de lo que se decía de él, y sospechaba que así era, debería huir más rápido de lo que sus piernas lograsen moverse.

Su medio hermano solía advertirle que algún día daría un paso en falso. Había

tratado de persuadirlo en multitud de ocasiones para que volviese al redil de la moralidad y la rectitud. ¡Aburrido! Rufus no tenía intención de seguir tal recomendación.

El señor Emerson había nacido en el pecado, dado que era un hijo bastardo, y su vida se regiría de acuerdo con sus creencias y voluntad, no según lo que dictaba la sociedad. De todos modos, no había nada de malo en dejarse seducir por hermosas damas casadas, cansadas del abandono de sus esposos, vírgenes atrevidas que deseaban librarse de la incomodidad de su inocencia para no tener que enlazarse con caballeros viejos y repugnantes, o cortesanas que lo acechaban por el simple placer de recibir sus atenciones.

Esa muchacha que rozaba la desfachatez lo había intrigado y deseaba ver qué se proponía ella. Porque si en verdad se conocían, los más allegados de la dama le tuvieron que advertir en su momento de la reputación tan vil con la que él contaba.

Sonó una cuadrilla y la pareja se animó a danzar con ímpetu. No hablaron mientras la música corría libre por el salón. Lily disfrutó de la compañía, su libertino era un bailarín de lo más ducho. A veces, no hacía falta más que el silencio para estar en sintonía con otra persona.

Le gustó. Le agradó en el momento en el que escuchó su gruesa voz. Lo veía como un conquistador de Roma y ella no sería rebelde como la Galia.

En el momento en el que la música cesó, él le hizo una perfecta reverencia, que la joven devolvió, y se marchó. ¡Al fin había encontrado al sujeto para llevar a cabo su experimento! Era perfecto. Todo ese gran y apuesto pícaro era lo que Lily había estado buscando. Salió del salón principal, se metió en un despacho para buscar papel y una pluma, y comenzó a escribir una pequeña nota. Cuando la tuvo redactada, regresó a la fiesta, divisó a un lacayo y le dio instrucciones precisas sobre a quién debía ser entregada. Le costó cinco peniques que el sirviente aceptase la misión. Bien empleado estaría el dinero si todo resultaba como previó. No esperó a ver nada más, se marchó al lugar donde aguardaría a su Adonis con ansia y expectación. La suerte estaba echada. Rufus Emerson tenía una gran misión que Lily esperaba que supiera llevar a cabo como un verdadero experto.

***

¡No podían ser celos! Era del todo injusto que el duque de Rawn, quien había logrado capear a debutantes y a sus madres con pericia, sintiese una emoción del todo reprochable, nada más y nada menos que por la incorrecta Lilyan Alcott. Ella era todo lo que no debía ser una duquesa. Era más, sería la peor esposa del mundo. Tan independiente, tan atrevida y tan descarada… ¡Inapropiada!

Lo que sentía era porque… De acuerdo. Nicholas Adrien no tenía la menor idea de lo que le afligía, ¡pero no eran celos!

Eso no le impidió vigilarla como un halcón preocupado. ¡Eso era! El duque estaba preocupado por la reputación de una joven dama. Exacto. Raid era conocido suyo, no demasiado íntimo, pero sí tenían contacto y el vizconde agradecería que le echase un vistazo a esa bruja del averno para que no hiciese un estropicio peor que el que había hecho su hermana mediana, al escaparse con un comerciante a Gretna Green. ¡El deber le impelía ser un excelente vigilante!

Pese a que los dientes le relincharon con violencia mientras la observaba bailar con Emerson, el duque se negó a admitir que estaba lleno de unos celos viles, hirientes y del todo desafortunados. ¡Un duque no envidiaba la buena fortuna de nadie!

Pudo descansar al fin, cuando la extraña pareja se separó. Falsa alarma. Lilyan Alcott había coqueteado con lo prohibido debido posiblemente a su naturaleza inapropiada. Una prueba más de por qué Nicholas Adrien debía alejarse de ella a toda velocidad. Pero justo vio que le daba una nota a un lacayo y de nuevo se temió lo peor. Así que cuando el sirviente comenzó a andar, portando un papel entre los dedos en dirección, sospechaba que hacia Emerson, él lo interceptó con la idea de hacerse con la nota. ¡Tenía un mal presentimiento! Un duque cabal, honesto y preocupado no debía quedarse al margen.

—Esa nota es para mí —le espetó al lacayo.

—Disculpe, pero…

—¿Sabe quién soy? —preguntó altanero.

—Por supuesto, excelencia. —El sirviente le entregó la misiva con resignación. Poco podía hacer un miembro de la escala baja contra la alta nobleza.

En cuanto el joven al que había intimidado se marchó, Rawn abrió el papel y leyó:

Ven a la biblioteca. Necesito tu ayuda para un asunto de gran importancia. No prendas la luz o no seré capaz de explicártelo.

Tuya, L.A.

Aplastó el papel y lo metió en el bolsillo de su pantalón. Estaba furioso. Una dama educada y respetable no ideaba un tête à tête secreto con un hombre soltero con la reputación en ruinas. No, si estaba en plena posesión de su virtud.

Oh, el duque de Rawn estaba indignado con la situación. Y no tenía nada que ver con el hecho de que él no fuese el elegido por la bruja mala para sus planes indebidos. Lilyan Alcott necesitaba un correctivo y en sus ducales manos estaba frenar la locura.

Se dirigió sin dilación a la biblioteca y encontró la puerta cerrada. Agarró el pomo y la abrió con facilidad. Pese a que las cortinas estaban recogidas, la claridad brillaba por su ausencia. Entró, cerró la puerta y echó la llave.

—Estoy aquí —le señaló, esa voz que tanto conocía el duque.

Se dio la vuelta y divisó la figura femenina apoyada sobre una gran mesa que seguramente sería un escritorio.

—Siento todo este teatro —comenzó a hablar la joven de nuevo—, y me disculpo

por mis mentiras. Tú y yo no nos conocíamos antes de esta noche. Y también debería agregar una nueva disculpa por tratarte con informalidad. Te agradezco que hayas venido.

—Uhm. —Fue lo único que se lo ocurrió decir cuando ella terminó su razonamiento.

—De verdad que no soy una cobarde, pero si te veo la cara no podré explicar lo que me gustaría que… ¡Esto es más difícil de lo que preví! —se quejó en alto.

—Uhm. —Volvió a decir él. No deseaba descubrirse aún y si lo escuchaba, ella se daría cuenta de que no era el hombre al que esperaba. Necesitaba averiguar las intenciones de ella para acusarla sin piedad. Tenía curiosidad. La percibía muy nerviosa.

—Verás, mi familia no es muy dada a las convenciones sociales. Bueno, mis hermanas sí lo son, pero creo que he heredado algunas predisposiciones fatales de mi padre y… No sé cómo decirlo. No hay una manera adecuada de explicarme, así que lo mejor será que lo suelte de una vez y seas tú quien decida si quieres ser partícipe del experimento o no. Aunque confío en que sí quieras, porque eres perfecto y no se me ocurre nadie mejor. —Se dio cuenta de que comenzaba a divagar y se calló un instante para luego proseguir—: Bien, allá voy. Quiero un amante.

—¿Uhm? —Su sencilla exclamación salió en forma de pregunta, y tras ella se escuchó una tos constante.

Lilyan se acercó a él y le dio unos golpecitos en la espalda para ayudarle a digerir la noticia.

—Sí, sí. Soy una descarada indecente e iré al infierno. No me importa. Me he dado cuenta de que el matrimonio no es para mí. Quiero ser escritora y hacer algo grande que pase a la posteridad, y no me conformo con ser como el maestro Shakespeare, lo cual por otro lado es imposible, así que lo que me gustaría es ser infame.

»Sí. Esa sería la palabra, porque cayó en mis manos un manuscrito del todo vil…

como son *Las memorias de una cortesana*, un ejemplar más conocido como *Fanny Hill*, y he decidido que quiero escribir sobre los pecados de la carne, sobre el modo en el que una mujer siente necesidades que no son exclusivas de los hombres. Lo sé porque siento cosas en mi cuerpo que escandalizarían al arzobispo de Canterbury, y quiero explorar la intimidad que existe entre dos amantes.

»Se nos enseña que el matrimonio es esencial para dejarse caer en las fauces sangrientas de la seducción. Incluso escuché a nuestra antigua institutriz decirle a mi hermana mayor, a Jane, que cuando se casase tendría que soportar con estoicismo la consumación del matrimonio, porque era tedioso, sucio y desagradable para una dama. No puedo seguir creyendo que algo así sea cierto después de haber leído un libro como Fanny Hill. Así que lo que deseo es explorar ese lado contigo, si aceptas ser mi compañero. Y para demostrarte que hablo muy en serio, que no soy una joven sin sesera o altamente impresionable…

Ella se acercó con sigilo a muy poca distancia de él, se colocó frente al supuesto señor Emerson y buscó sus labios para besarlo con fervor, con la única finalidad de demostrarle que no era del todo mundana, pero que podría convertirse en una aprendiz muy aventajada si él fuese su mentor.

Capítulo 3

¿Fanny Hill? ¿Esa muchacha había leído algo como eso?

La vida de una cortesana con pasajes de amor entre personas del mismo sexo, orgías públicas e incluso con algunas escenas de esclavitud sexual y látigos, no debería haber caído en las manos de ninguna mujer, menos en las de Lilyan Alcott. Incluso para un hombre como Nicholas Adrien ese libro resultó perturbador. ¡Ella debería estar llorando y con los nervios destrozados por haber leído semejante historia! Mejor, su familia tendría que internarla en Bedlam, porque el manicomio era el mejor lugar para depositar a la descarada hija pequeña del conde de Dum.

¿Un amante? ¿Ella iba a caer en desgracia solo para experimentar un poco de placer con un total desconocido?

Rufus Emerson siempre tenía ese efecto en las mujeres. Las dejaba anhelantes con solo una sonrisa, y con una palabra tierna ya las tenía jadeantes y dispuestas.

Era momento de buscar un candelabro, de prender la luz y sermonear a Lilyan Alcott como si fuese una criminal a la que hubieses pillado en flagrante delito. Sí. El tribunal la condenaría si supiera de sus inclinaciones lascivas y su atrevimiento. ¡Ella posiblemente habría leído el pasaje sobre sodomía entre dos jóvenes!

El duque abrió la boca para comenzar su retahíla, pero de repente la bruja mala

del averno lo estaba asaltando en un beso un poco torpe pero muy exigente.

Nicholas Adrien hizo lo que un hombre sensato haría en ese tipo de situaciones después de recordar el contenido erótico de las memorias de Fanny Hill… Se dejó llevar.

Le devolvió el beso con la misma exigencia que la dama lo otorgaba. Se la comió. El perfecto, contenido y estirado duque de Rawn salió por la ventana y dejó paso a un hombre necesitado y ansioso por devorar a Lilyan Alcott. No se había dado cuenta de cuánto la deseaba hasta el momento en el que sus lenguas chocaron en un roce hambriento, que generó multitud de suspiros y gemidos.

Amante. Si la descocada hija del conde de Dum deseaba un hombre que le mostrase la seducción, le descubriese la pasión y pusiera el mundo carnal a sus pies, Nicholas Adrien sería su compañero de fechorías. Decidido. ¿Quién en su sano juicio se opondría a una invitación así? Rufus tenía demasiadas concubinas en su harén y Lilyan Alcott no merecía ser un número más en el haber de un libertino. Ella precisaba de atención, paciencia, emoción. Todo eso se lo proveería el duque de Rawn. Hacía meses que había dejado a su última amante porque había decidido casarse, y le parecía mal buscar a una mujer mientras otra le calentaba la cama. Sus congéneres posiblemente se habrían reído de sus ideales, dado que las esposas solo estaban destinadas a parir a los hijos y no a saciar la lascivia de sus maridos.

Oh, Lilyan Alcott, pese a ser inexperta, sabía cómo encender la chispa de la lujuria. Lástima que no fuese una opción aceptable para un duque que buscaba a una duquesa impecable.

Lilyan no había soñado jamás con que un beso pudiera ser incendiario. Había tenido algún roce esporádico con un joven atrevido. Nada podía compararse a lo que Rufus Emerson le estaba haciendo. Él parecía un león deleitándose con una gacela después de un largo día de caza. ¡Cómo lo estaba disfrutando!

Los labios de su compañero eran cálidos. Su lengua suave. No había recibido antes una invasión como esa, y por un momento se asustó al sentir que esa dichosa lengua golpeaba sus dientes, en un ejercicio para pedir acceso. De acuerdo pues. Si lo que deseaba era conocer todos los asuntos carnales, un beso francés debía estar en orden.

¡Oh, maravilloso! Tanto que de pronto sus partes íntimas se sintieron húmedas. Interesante. Así que ese era el primer paso para poder cobijar *esa cosa* de ellos. Entonces estaba más que preparada para el asalto, pero no sería esa noche.

Le dio un ligero empujón. Él no se movió de su posición, y Lily estuvo perdida en cuanto los labios de él dejaron su boca para trazar un reguero de tiernos besos por su cuello. Y cuando su malvada lengua chupó el lóbulo de su oreja, ella jadeó de puro gozo. ¡Qué primario todo! ¡Excitante!

Estaba fuera de sí. Lo sabía. Nicholas Adrien no era él mismo. La bruja lo tenía preso de un embrujo del que no quería salir ni despertarse. Llevó las manos, mientras lamía y relamía su oreja, hacia las posaderas de ella y se frotó la entrepierna contra el abdomen femenino. La escuchó dar un gritito de sorpresa al percibirlo erecto, listo para la incursión. Aprovechó el desconcierto para dejar de amasar sus posaderas e ir hacia sus senos. Los sostuvo sobre la tela mientras sus labios regresaban a la boca de Lilyan. Vaya, había pensado que era de poco pecho, pero nada de eso. Le cabía perfectamente en la palma de la mano. Necesitaba amamantarse de ella con urgencia. Lo supo en el momento en el que los picos enhiestos se sintieron contra su piel. Se las arregló para sacar un seno de su escondite, bajó para llevárselo a la boca y engullirlo sin ceremonias. ¡Dios, iba a reventar sus pantalones si no se desataba los botones y dejaba libre su dolorido miembro!

Se separó de ella un instante para emprender la acción, lo cual resultó un error, dado que la dama se dio cuenta de lo lejos que habían llegado las cosas para un primer encuentro, y dio un paso atrás para huir de su encantador captor.

Se acomodó el seno derecho mientras lo veía forcejear con sus pantalones y luego salió corriendo en dirección a la puerta.

—No apresuremos las cosas, señor mío. Un poco de expectación nos vendrá bien a ambos. Hasta la próxima cita —se despidió, al verlo avanzar hacia ella a toda prisa.

No había luz, pero las sombras se distinguían a la perfección. En el momento en el que estuvo fuera, con la puerta cerrada a sus espaldas, Lily emprendió una nueva carrera mientras se reía sola con mucha diversión. Y lo más gracioso de todo fue escuchar el gran

berrido que le llegó por el pasillo proveniente de la biblioteca. Oh, sí. Era una principiante, pero incluso una mujer sin experiencia como ella era consciente de que no debía ofrecerse sin reservas… al menos en la primera cita.

Besos, caricias y un manoseo del todo interesante. Como toma de contacto inicial con la pasión y la lujuria había sido espectacular. ¡Qué hombre! Rufus Emerson había sido todo lo que Lily había esperado y más.

Por su parte, un duque acostumbrado a salirse con la suya y a obtener todo lo que deseaba sin espera, se acababa de dar cuenta de que por primera vez en su vida le habían privado de lo que más necesitaba: la liberación. ¡Qué frustración!

Bajó la mirada y observó su falo con desesperación.

—La dama tenía otros planes… Tendremos que aguardar y me temo que eso no nos gustará a ninguno de ambos.

Se negaba a darse placer a sí mismo. Demasiado orgulloso como para complacerse. Se abotonó el pantalón a duras penas debido a la longitud de su erección, encendió una de las cerillas que llevaba en el bolsillo de su chaleco de seda marrón, prendió el candelabro y tomó asiento, a la espera de recobrar la lucidez y la compostura.

Estaba loco. Había sucumbido a la tentación de Lilyan Alcott y en vez de sentirse alterado y preocupado, solo era capaz de imaginar el segundo encuentro que ambos compartirían. Eso sería en breve, porque la próxima nota la mandaría él y volvería a tenerla en una estancia privada y oscura. Su pequeña Fanny Hill iba a obtener lo que había pedido, pero no con el hombre que deseaba, sino con el adecuado. Esa bruja necesitaba ser exorcizada y no un varón cualquiera conseguiría tan heroica hazaña. Y cuando terminase con ella, la arpía de pelo moreno y ojos azules profundos suplicaría por más.

***

Lily se había dirigido al cuarto de descanso de las damas para asegurarse de que su peinado y atuendo estaban en óptimas condiciones. Craso error. Se topó de frente con Jane, quien la agarró de la mano y la dirigió hacia otro lugar.

—¿No te dije que no te acercases a Rawn y al señor Emerson, Lily? —le preguntó con enfado.

—No he hecho nada malo. —No mentía. Al duque no lo molestó ni una mísera parte de lo que había deseado hacer, y con respecto a Emerson… aquello que acababan de compartir no podía ser considerado como malo porque resultó ser muy bueno.

—Eso no importa ahora. Raid está aquí.

—¿Tu esposo?

—¿Conoces a otro, Lily?

—Lo siento, es que no esperaba que él… ¿Qué está haciendo en Londres?

—No lo sé, pero no tengo ganas de enfrentarlo.

—Pocas cosas podemos hacer. Tenemos que dormir en algún lugar.

Jane se alejó de su hermana y se colocó cerca de una ventana. Miró el jardín oscuro.

—Siento la interrupción. —Se escuchó una voz femenina.

Acababa de aparecer la señora Emma Roberts, la íntima amiga de Daisy, la hermana de su recién estrenado esposo.

—Señora Roberts, es un placer verla —la saludó, correcta, Jane. Lily rodó los ojos ante tanta formalidad. No era momento de medias tintas.

—Emma —tomó la palabra la hija menor de lord Dum antes de que la bienvenida intrusa pudiese responder al saludo—. Verte no es un placer solo, es una bendición porque Raid está de regreso.

—¡Lilyan! —la amonestó, por airear los trapos sucios.

—Hermana, Emma es por fin de la familia, si Daisy confía en ella es más que suficiente para mí. No pienso dejar que te enfrentes a tu esposo, Jane.

Emma, casada con un hombre muy afable, era la hermana de Lucian Jefferson, el nuevo marido de Daisy, y por lo tanto había un lazo fuerte entre las Alcott y la señora Roberts.

—Eso he venido a explicaros —habló Emma—, he visto a Raid en la fiesta y él no está lúcido.

—¿Alguna vez lo está? —se quejó Lily.

—¿Ha bebido? —preguntó Jane.

—Está gritando tu nombre como un loco —le explicó la mejor amiga de Daisy—. Por eso os estaba buscando, creo que es buen momento para marcharnos.

—No quiero ir a casa —dijo Jane, presa del pánico.

—Iremos a la mía —ofreció la señora Roberts—, porque necesito saber algunas cosas sobre los recién casados —dijo en alusión a Lucian y a Daisy—. Será del todo apropiado que pasemos unos días juntas festejando la feliz huida de nuestros hermanos. ¿De acuerdo? Busquemos las escaleras del servicio. —Emma no veía otra opción. En cuanto vio a Raid en ese estado…

Jane tuvo una mala corazonada y se aventuró a preguntar:

—¿Qué ha pasado para que vengas a buscarnos? —La formalidad se quedó atrás.

—Nada importante —respondió Emma, al tiempo que desviaba la mirada de la de Jane.

—Dilo —la conminó, intransigente, la vizcondesa.

—Se ha peleado con el señor Colman —desveló Emma.

—¡Dios del cielo! —exclamó Jane, tapándose la boca después de haber hablado.

—Espero que Colman le diese una buena…

—Lily, ahora no, te lo suplico —pidió Jane.

—No te preocupes, hermana, todos pensarán que tu esposo está dándole un escarmiento a Colman por haberse comprometido con Daisy sin su aprobación. —Trató de serenarla su hermana pequeña.

Emma frunció el ceño ante la observación, pero no se atrevió a preguntar qué otra causa podría haber iniciado el altercado entre Raid y Jason Colman, el anterior pretendiente de Daisy Alcott.

Por su parte, Jane asintió. Lo que acababa de decir su hermana podría tener sentido si el vizconde Raid no hablaba más de la cuenta. Debería abandonarlo, porque desde que se casó con él, Jane no había tenido ni un minuto de paz. No se atrevía a hacerlo.

La salida no era muy elegante, pero Jane decidió marcharse sin ser vista de la fiesta de los condes y aceptar cobijo en casa de los señores Roberts. De hecho, el esposo de Emma ya las estaba esperando con el carruaje frente a la puerta para que ellas pudieran irse de inmediato.

Mientras las damas se replegaban, los hombres tenían sus propios problemas. La escena con la se topó el duque de Rawn cuando regresó al salón de baile, con la única finalidad de buscar entre las mujeres a Lilyan Alcott, fue del todo insospechada.

Raid, furioso, sostenía por el cuello a Jason Colman, un banquero que había hecho una fortuna considerable con el oro en Texas.

—¡No te acerques a ninguna Alcott o te mataré! Con título o no te juro que te retaré a duelo, Colman. Las hijas de Dum están fuera de tu alcance. Si osas mirar a una más de la cuenta, uno de nosotros dos yacerá inerte en una caja de pino, y te aseguro que ese no seré yo. —Esas fueron las punzantes palabras de Jayden Stirling, vizconde Raid.

Tres hombres trataban de contener al esposo de Jane y parecía que no lo lograrían. Colman tenía un ojo morado, mientras que un pequeño hilo de sangre le caía por la barbilla a Raid. ¿Qué demonios había sucedido para que dos caballeros se enfrentasen de ese modo?

Una figura masculina le tocó el hombro. El duque se giró y vio a Rufus Emerson a su lado.

—Una fiesta encantadora, lástima que te hayas perdido gran parte de la diversión. ¿Dónde estabas, Rawn?

—Ocupado en otros asuntos. ¿Qué ha sucedido para que lleguen a las manos?

—Ah, mujeres. Las Alcott, sean quienes sean, no merecen ni que le eche una simple mirada. Con un guardián así, esas damas estarán sobreprotegidas. No quisiera ser el hombre que les hiciese un feo a las parientes o quienes sean de Raid.

—Entonces será mejor que el vizconde no sepa que bailaste con la hermana Alcott menor.

—¿Disculpa? —preguntó con pánico.

—¿Con cuántas mujeres has bailado esta noche?

Rufus se quedó pensativo.

—Con una.

—Y esa es una Alcott, la hija pequeña del difunto conde de Dum, la hermana de la vizcondesa Raid.

—¡Oh, por Dios! Una única vez que me comporto y solo bailo con una dama, y tiene que ser la protegida de Raid.

—Harías bien en mantenerte apartado de la joven, Rufus.

—No me lo tendrás que decir dos veces, Rawn.

Los dos hombres se quedaron mirando.

—¿Qué? —preguntó con impaciencia el duque.

—Tienes el nudo de la corbata completamente desecho, creo que por una noche, no se me puede considerar la oveja negra de la familia. ¿No te parece, hermano?

Ahí estaba el recordatorio de que compartían al mismo padre, aunque no llevasen el mismo apellido, puesto que Rufus se había inventado el suyo. El anterior duque no había reconocido nunca a su otro hijo natural, pero era un secreto a voces, que ambos eran medio hermanos. La sociedad casi al completo lo sabía.

Uno más fiero que el otro, uno más libertino que el otro, uno más indecente que el otro… salvo que los papeles parecía que acababan de ser intercambiados esa noche.

—Has vuelto de tu viaje antes de lo previsto, Rufus. —El duque trató de llevar la

conversación a otro lugar. Su hermano había estado en Escocia, lugar en el que criaba las mejores ovejas. Era una lana de calidad que vendía en el norte, a las fábricas textiles que estaban emergiendo a toda prisa con sus máquinas de tejer a la cabeza.

—¿Conozco a la dama que ha hecho perder la cabeza al estirado Rawn? —Rufus no iba a olvidar el tema. Su hermano le había llamado la atención demasiadas veces por comportarse de modo tan atroz. La venganza estaba servida, pues a todas luces el duque acababa de cometer una infamia.

—¿Quién ha dicho que haya una dama?

—Por tu bien espero que sea así, porque la pena por sodomía…

—¡Por amor del cielo, Rufus! —lo interrumpió— .¿Tienes que mostrarte siempre tan escandaloso? —Si fuese otro hombre el que hubiese insinuado semejante cosa, estaría ya inerte sobre la alfombra Aubusson que tenían a sus pies. Su hermano estaba sonriendo como un niño el día de su aniversario y eso lo aplacó.

—No más que tú. Tu atuendo es un desastre. ¿Con quién fuiste malvado? Se dice que eres un témpano de hielo. Espero que le hayas demostrado a tu misteriosa dama que no es cierto. ¿Qué maldades has estado haciendo?

—Las que a ti te correspondían —dijo, antes de darse la vuelta y dejar plantado a su hermano.

No le apetecía pensar en las implicaciones que tendría lidiar con Raid, si el vizconde llegaba a enterarse de lo que acababa de hacer con Lilyan, y de lo que pronto volvería a ocurrir entre ambos. Y especialmente se marchó porque, pese a que la relación entre ambos hermanos era muy cordial, incluso cercana y familiar, tener a Rufus ante sí le recordaba que el elegido por la bruja del mal no había sido él, sino su impenitente hermano menor.

¿Qué le depararía el futuro con la intempestiva Lilyan Alcott? Rawn no lo sabía, pero muy pronto iba a descubrirlo, y cuando la tuviese bien dispuesta frente a él, no escaparía.

Estaba decidido a que los amantes de Fanny Hill palideciesen en comparación con sus aptitudes amatorias. De tal forma que, mientras subía en su carruaje, agarrándose el nudo de la corbata, una idea de lo más perversa y sugerente se vislumbró en su mente.

Ah, Lilyan iba a dar gracias cada día de su vida ante el hecho de que él interceptase esa nota dirigida a Rufus Emerson.

Capítulo 4

Hacía un lustro que el duque de Rawn no daba una fiesta. Le había pedido a su tía abuela, de casi sesenta años, que hiciese de anfitriona y casi le dio un ataque de apoplejía cuando le dijo que su medio hermano también estaría presente.

Se estaba tomando muchas molestias para volver a ver a lady Lilyan Alcott y esperaba que valiese la pena. Si fuese un hombre inteligente la dejaría atrás. Ella era sinónimo de problemas. En verdad toda su familia lo era.

Había trascendido que el vizconde Raid, antes de marcharse de nuevo a Francia por asuntos de negocios, había estado buscando, incluso bajo las piedras, a su desaparecida esposa. ¿Qué se traería ese matrimonio entre manos?

Como fuese, la única hermana Alcott que le importaba era la más traviesa. Nicholas Adrien se sentía como un colegial ansioso. Hacía mil años que algo así no sucedía. Estaba entusiasmado, impaciente, expectante… todo un cúmulo de nuevas sensaciones.

Desde que heredó el ducado con poco más de dieciséis años —cuando sus padres fallecieron en un accidente de carruaje— no había tenido tiempo de pensar en otra cosa que no fuera el deber, la obligación, el título. En cuanto encontró a su hermano, a los veinte años, significó un apoyo importante. Lo único que desaprobaba de Rufus era su despreocupación. Aunque al fin comprendía que quienes eran libres de la esclavitud del deber podían gozar mejor de la vida. Lilyan Alcott había supuesto para Rawn un descanso en su apretada agenda ducal y lo

disfrutaría.

No era aconsejable jugar con la hija de un conde, más con una que tenía como guardián al vizconde Raid, pero la dama se veía decidida a pecar y él la protegería de sus malas decisiones. ¿Cómo lo haría? Todavía no lo tenía claro, pero intentaría no traspasar la línea del honor que lo ataría de por vida a ella.

El baile había comenzado y en la fila de recepción, su tía abuela y él no habían visto a ninguna Alcott, y eso que el duque se había asegurado de que recibieran una invitación. ¿Y si ella no acudía?

—Excelencia, los invitados aguardan la apertura del baile —le informó su mayordomo.

—Que esperen un poco más. —Él estaba todavía en la puerta, como si fuese un perro deseoso de ver a su ama. Su tía abuela ya se había ido hacia el salón principal y seguramente había enviado al sirviente para que comenzase todo. Si no aparecía, por Dios, que iría a buscarla a su casa y se la cargaría al hombro. Así de desesperado estaba por la maldita muchacha.

Mientras un duque comenzaba a estremecerse de rabia, Lily estaba siendo, literalmente, arrastrada por su hermana mayor a una tediosa fiesta a la que no deseaba acudir. Era divertido pelear con él, pero no tanto como para ir a su guarida a desafiarlo. Además, ella quería haber averiguado los pasos del señor Emerson, pero fue imposible dilucidar sus próximos movimientos sociales.

—Cambia esa cara, Lily —le dijo su hermana, mientras bajaban del carruaje.

Hacía cuatro días que habían regresado a casa de Raid, justo cuando se aseguraron de que él había embarcado en dirección al Continente.

Jane no sabía qué haría para reaparecer en público sin causar revuelo y cuando llegó la invitación del duque de Rawn, su hermana vio ahí un salvavidas al que acogerse. Si un

duque le tendía la mano, el resto de la buena e hipócrita sociedad lo haría sin rechistar.

—¿No podías haber venido tú sola o con alguna amiga? —se quejó la menor de las Alcott.

—Tú también recibiste tu propia invitación —le recordó—. Así que sospecho que Rawn te quería aquí, y por tu bien espero que no sea algún tipo de venganza. Hagas lo que hagas no lo molestes.

—De acuerdo. —Jane no se creyó una palabra.

—Llegamos tarde. No sé cómo se lo tomará el duque —dijo la vizcondesa, al ser consciente de que no quedaba ningún carruaje más a la vista.

—No te preocupes, no lo notará. —Estaba segura de que él la desaprobaba por completo y que haberla invitado sí podría ser una especie de revancha.

En cuanto entraron en el gran y fastuoso recibidor se quedaron atónitas. No habían visto una mansión así en toda su vida. Y mientras admiraban los jarrones Ming, las pinturas más elegantes y delicadas sobre las paredes de papel pintado, escucharon un carraspeo.

—Vaya, igual sí notó nuestro retraso… —susurró Lily, con cierto nerviosismo. El duque tenía cara de pocos amigos.

Se acercó hasta ellas y se quedó mirando directamente a Lilyan.

—La puntualidad no es una de sus virtudes. Acaso tiene alguna, me pregunto —le espetó con enfado. A continuación, sin dejar de mirarla, pasó a saludar a la vizcondesa—: Milady, sea bienvenida.

—Excelencia —respondió la aludida.

Lilyan lo veía furioso. Un duque enfadado… no sería bueno molestarlo más de la

cuenta. Así que ella hizo lo que su persona le exigía que hiciera. Compuso una brillante sonrisa, que le llegó a los ojos, ofreció una perfecta reverencia y luego pasó a saludar:

—¡Nicky! Cuánto me alegro de volver a verte.

Lo escuchó suspirar con fuerza. Jane gimió en alto pero no se atrevió a intervenir.

—Debo haber perdido el juicio —susurró por lo bajo. Las dos hermanas escucharon su lamentación, pero no añadieron nada al respecto.

El duque le ofreció el brazo a Lily. Ella no lo tomó. Ni cuando su hermana mayor le dio un pequeño codazo, antes de huir de ahí, lo hizo. Fuese lo que fuese lo que había entre Lily y el temible Rawn era asunto de ambos. Además, Jane supo que ella estaría bien con él en el momento en el que lo llamó por ese mote ridículo, que sospechaba que él odiaría, y no le gritó.

Jane la había avisado de que no era bueno enfadar a un hombre de la alta nobleza y su hermana no le hizo caso. Lily se había metido en ese embrollo y de ella dependía salir bien parada, por lo que no se sintió culpable cuando la dejó atrás.

—¿Qué está haciendo, excelencia? —preguntó Lily con cierto nerviosismo, mientras observaba el brazo del duque en alto en una clara ofrenda.

—Ah, pasamos a la formalidad. ¿Tienes miedo, Lilyan? —Uhm. A la joven no le gustó el modo tan perezoso y burlón que le dio a su nombre de pila.

—Por supuesto que no.

—Muy bien. Veamos si es un farol.

Él le agarró la mano, la colocó en su antebrazo y se la cubrió con la otra de un modo muy posesivo que no le permitía escapar. Comenzó a llevarla de camino hacia la fiesta.

—¿Qué haces?

—Y la formalidad salió por la puerta una vez más —cantó él, alegremente.

—¡No podemos entrar así en el salón! Dará la impresión de que…

—¿De qué? —la retó el duque, al ver que ella se quedaba callada de pronto.

Lilyan no tenía escapatoria, Nicholas Adrien la llevaba bien amarrada. No podía salir corriendo, por más que le hubiese gustado hacerlo.

—La gente no entenderá que esto es una venganza, una especie de broma tuya. Si me haces entrar de tu brazo en el salón todos malinterpretarán la situación.

—Lo he pensado mejor, después de esto me puedes llamar Nicky —señaló, obviando todas las quejas de la joven.

Efectivamente, al acceder al salón, donde cientos de invitados estaban esperando el arranque oficial del baile, todos se quedaron contemplando la estampa.

—No te perdonaré por esto —dijo ella entre dientes, solo para sus oídos.

—Espero que tu educación haya incluido aprender a bailar, porque vamos a abrir la fiesta.

—Me has visto bailar cientos de veces. Sabes que soy una excelente bailarina, pero no pienso hacer eso. Tendrás que arrastrarme para que me preste a semejante locura. —El corazón de Lilyan latía frenético. ¿Qué se proponía él? Un hombre, más un duque, podía hacer cualquier acción y salir impune. La jugada que él se proponía hacer, la dejaría a ella en una posición delicada. No debió haberlo molestado, ni subestimado, ni desde luego tuvo que haber venido esa noche a su fiesta.

Después de escuchar su declaración, él se giró y la miró con una ceja levantada.

—Si estás dispuesta a que te cargue sobre mi hombro, te aseguro que tengo la

fuerza necesaria para bailar el vals contigo de esa forma.

Ella se dio cuenta de que él sí iba a hacer lo que le había dicho que sucedería a continuación.

—Te lo suplico, no hagas esto —pidió, en cuanto él comenzó a llevarla de su brazo hacia la pista central.

Los músicos tocaron unas breves notas, seguramente para afinar los instrumentos, y en nada comenzaría el baile. ¡Ella no podía ser la acompañante del duque, eso sería una declaración de intenciones que estaba segura de que él no iba a cumplir! ¡Lily no deseaba que la cumpliese!

—Es agradable escucharte suplicar, Lilyan. A fin de cuentas, somos enemigos declarados, ¿no te parece?

Lily solo podía percibir los cuchicheos, las caras de asombro de todos los presentes por la elección del duque. Iba a convertirla en todo un escándalo y la reputación de Daisy y la de Jane se resentirían. Una cosa era ser malvada en la penumbra y otra acabar humillada a plena luz social.

—Me disculparé. Haré lo que quieras, te lo juro, pero no sigas…

La pegó contra su torso en el momento en el que llegaron al centro de la pista de baile, y se acercó a su oreja para susurrarle:

—Te garantizo que lo harás. Todo lo que yo desee. —Rawn tenía grandes planes para ella en cuanto ambos se escabulleran del baile.

—Siempre supe que en tu interior anidaba un verdadero demonio, más intolerable que el propio Raid.

La música comenzó y los dos arrancaron el baile. Las demás parejas esperaron

unos pocos minutos de cortesía y se unieron a la inesperada pareja.

—Entonces debiste haber actuado mejor conmigo. La prudencia es una virtud de la que tú careces.

—No sé cómo, no sé cuándo, pero te garantizo que me vengaré de ti.

Él soltó una larga carcajada que hizo que los invitados se fijasen de nuevo en ellos. Lilyan se obligó a sonreír.

—Lo espero con ansias, querida Lilyan —se burló de ella. Le guiñó un ojo y luego añadió—: Hazlo pronto, por favor, no vaya a ser que pierda el sueño por las noches.

—Subestímame, porque eso hará mi venganza más dulce para mí, tanto más amarga para ti.

—Hablando de sueños —él no le hizo caso—. ¿Sigues anhelando mis besos o esperas mucho más de mí cuando cierras los ojos y conjeturas cosas que una dama no debería imaginar? —preguntó pícaro. Su aliento le hizo cosquillas en la oreja.

Lilyan perdió el paso y él la sujetó fuertemente por la cintura.

—Eres ridículo.

—Y tú acabas de dejar claro que no me equivoco. Si me lo pides bien, tal vez te deje probar mis besos, Lilyan.

Volvió a trastabillar. ¿A qué estaba jugando él? Lily no entendía a este nuevo duque de Rawn, que más parecía un cazador y, por Dios, que ella no sería una gacela. ¡No con él! De haber sabido que sería así de excitante… Comenzó a negar con la cabeza. ¿De dónde había venido ese pensamiento? Rawn no sería capaz de ser un libertino. Todo eso se debía a su trifulca. Él se estaba burlando y vengando de ella.

—Por más que me guste sujetarte contra mi pecho y hacerte trastabillar, trata de bailar bien. Todos nos miran. —A continuación él le dio una larga vuelta, tal y como marcaba el vals, y cuando ella se dispuso a ver su entorno, lo divisó. Rufus Emerson estaba ahí y la contemplaba con fijación. Sintió que su corazón comenzaba a latir más fuerte.

Los ojos de Lily no pudieron abandonarlo. El duque se dio cuenta de lo que acababa de captar su interés. Los celos llegaron como un torrente imparable. La distancia que los separaba desapareció. El vals se acababa de convertir en algo inapropiado. Estaban muy pegados.

—No puedo respirar —le dijo, cuando sintió el fuerte agarre de Nicholas Adrien.

—No es correcto que desees mis besos y que le prestes tanta atención a otro hombre.

Una vez más, sus pies se negaron a dar el paso correcto en la danza y él tuvo que sujetarla fuertemente para que no cayese. Rawn estuvo satisfecho porque de nuevo obtuvo la atención de la joven por entero.

—Estás llevando esto demasiado lejos —lo regañó.

—No debiste empezar un juego que no podías ganar, Lilyan. Cuando quiero algo, lo consigo al precio que sea.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué se supone que significa eso? —La decisión con la que el duque le acababa de decir esas palabras la dejó atónita.

—Supone lo que acabo de decir.

—Yo ni tan siquiera te gusto. —No entendía nada.

—¿Seguro?

—Admito que me estás poniendo nerviosa. Eso deberías considerarlo un gran triunfo. Yo jamás me dejo intimidar y tú lo has conseguido. He admitido tu superioridad, tú ganas. Detén esto, por favor.

—No.

—¿No?

—Eso he dicho. ¿Tienes problemas de oído? Me pareces muy joven para tales dolencias, Lilyan.

—¿Qué quieres? ¿Qué pretendes con todo lo que has montado? Mi reputación es con lo que estás jugando.

—No. Eso lo hiciste tú solita cuando decidiste que yo era un hombre fácil de controlar. Es momento de que te demuestre quién soy en verdad. —Desde el inicio de la temporada ella lo había asediado.

—Venganza… —murmuró—. ¿A qué precio estás dispuesto a conseguirla? Raid te hará cumplir con las expectativas que estás creando con nosotros dos abriendo tu fiesta. —No estaba muy segura del todo, pero esperaba que el furioso esposo de su hermana le pudiese servir de escudo en esa ocasión.

—La que está siendo absurda ahora eres tú. Nadie podría obligarme a hacer algo que yo no quisiera. Ni veinte pasos al amanecer y una pistola cargada lo lograrían. Tenlo en cuenta, Lilyan.

—No me gusta el modo en el que dices mi nombre —advirtió, sin ser consciente de que había hablado en alto.

—¿Cuál es el problema?

—La posesividad que detecto en tu voz. ¡Yo no te gusto! —repitió—. ¿Por qué

me haces esto?

—Tal vez lo haga porque deseo que cumplas tu anhelo secreto.

Ella se sonrió al imaginar que esa frase tenía que ver con algo indecoroso.

—Serías el último hombre al que elegiría para tal hazaña. Te lo garantizo.

—Más pronto que tarde serás consciente de las repercusiones de tus actos y espero que estés preparada para afrontar las consecuencias.

El baile terminó y él desapareció de inmediato. Jane se acercó a ella. La vio pálida.

—Vayamos a tomar una limonada —le sugirió a Lily.

—Será lo mejor. —Se sentía sin fuerzas. Acalorada. Esos fuertes brazos la habían sostenido, mientras sus profundos ojos decían más que sus palabras. ¿Desde cuándo Rawn era así de apuesto para Lily?

¿Qué acababa de suceder? La joven Alcott no entendía nada.

—¿Te encuentras bien?

—No lo sé, Jane —respondió, algo temblorosa.

—Ha sido una declaración. Debiste haberme dicho que él estaba interesado en ti y tú en él.

—¿Qué? —Su hermana acababa de insinuar que…

—No te hagas la tonta. ¿Se ha propuesto, Lilyan? ¿Debo esperarlo mañana? Sí,

supongo que sí. Dado que Raid no está, deberé ser yo quien lo reciba —cavilaba Jane, ante una asombrada Lilyan.

—¡No quiere casarse conmigo! —gritó, más alto de lo que debió. Varias personas la miraron.

—Una afirmación muy contundente que no parece corresponderse con la realidad. —A las Alcott les llegó una voz masculina desde detrás. Se giraron y vieron a un sonriente Rufus Emerson. Lily quiso que la tierra se la tragase y Jane gimió con desaprobación. Su hermana pequeña atraía los problemas como la miel a las moscas.

—¿Qué podemos hacer por usted, señor Emerson? —preguntó la vizcondesa con cierta tirantez.

Lilyan se había quedado muda. Imposible que dijese una palabra. Solo recordaba sus besos, el modo en el que la tocó, la dureza de su virilidad contra su abdomen…

—He sentido curiosidad por ver más de cerca a la mujer que parece haberse convertido en la sensación de la fiesta. Uhm. —La miró con curiosidad y la identificó de inmediato—. Una Alcott, el duque de Rawn no es un hombre cobarde. —Jane lo interrogó con la mirada y él comenzó su aclaración—: Lord Raid organizó un buen espectáculo hace un par de semanas, eso podría haber desanimado a cualquiera a acercarse a ustedes dos, sin embargo, mi hermano parece estar dispuesto a enfrentar a su guardián.

—¿Hermano? —Lilyan acababa de encontrar su voz. Él sonrió más ampliamente ante la pregunta.

—Medio hermano —explicó Jane. Desde que el duque recibió a su hermana, la vizcondesa había estado haciendo sus propias averiguaciones.

Lilyan, que no era propensa a los dramas ni a sentir pánico, comenzó a tambalearse de lado a lado. La habitación daba vueltas y sus piernas comenzaban a fallar.

—¡Lily! —gritó Jane, en cuanto la vio desplomarse en los brazos de Emerson.

—Es el calor —dijo él, quien ya había emprendido el camino hacia la salita más cercana, olvidándose del resto de los invitados.

—¡Suéltala de inmediato! —Le salió al paso el duque, justo antes de que Rufus entrase en la estancia con la dama al brazo. La ira con la que le gritó no les pasó inadvertida a Jane ni a Emerson.

—Rawn, estás siendo irracional. —Pero su hermano ya le había quitado de los brazos a Lilyan.

Lo siguiente que vieron Jane y Emerson fue a Nicholas Adrien entrar y cerrar la puerta de una patada tras de sí.

Jane estaba tan estupefacta por la acción, que no reaccionó a tiempo, y cuando se dio cuenta de lo que sucedía y quiso entrar a la salita, se la encontró cerrada con llave.

—¡Abra la puerta! —exigió, mientras se disponía a aporrear la madera maciza.

—No llame la atención. —Rufus se interpuso entre ella y la puerta cerrada—. Es una suerte que pocos se hayan dado cuenta de lo que sucedía.

—No puede encerrarse con mi hermana en una habitación. ¡Es indecente!

—Conozco muy bien a mi hermano. Hará lo correcto.

—Será un escándalo —repuso ella con enfado.

—Nada de eso. Él ha dejado claro al inicio del baile que ha encontrado a su duquesa. Estoy seguro de que el periódico de mañana se hará eco de lo que en esta casa ha sucedido. Se casará con ella.

Decir que Rufus Emerson estaba asombrado con el proceder de su hermano, sería como alegar que un arcoíris era una cosa bonita, cuando en verdad era una maravilla de la naturaleza. El comportamiento de Rawn lo había pillado por sorpresa y no solo a él.

—A Lily no parece gustarle mucho su hermano —confesó con desespero,

—Rawn lo arreglará —dijo, mientras miraba la puerta cerrada.

—¿Qué pasará si…? —No se atrevió a finalizar la pregunta. Demasiadas cosas podían salir mal y el duque se encontraba encerrado en una habitación con su hermana. Jane sentía que había fracasado en todo con sus hermanas. No las había protegido bien. Primero Daisy fue objeto de una apuesta inmoral, luego se había comprometido con el hombre que se suponía que iba a salvarla de la ruina y finalmente se había escapado a Escocia para casarse con su esposo. Luego estaba Lily, a quien era imposible controlar.

—Todo va a salir bien. —Quiso tranquilizarla. Rufus no dudaba de las intenciones de su hermano, que, aunque no pudieran estar siendo honorables en esos momentos, acabarían siéndolo.

—Las cosas, señor Emerson, a veces se arreglan, pero no siempre salen bien.

Él entendió que se refería a sus propias circunstancias, a su matrimonio con el vizconde Raid. Ese matrimonio estaba en boca de todo el mundo.

—Si alguna vez necesita un amigo…

—No siga por ahí, señor —lo frenó con decisión—. Soy consciente de la clase de… amistad que ofrece y por muchos problemas que tenga sobre mis espaldas, los votos que recité son sagrados. No traicionaré a mi esposo, pese a que él me impulse a hacerlo. —Se mostró tajante y decidida, para que él no tuviese ninguna duda sobre que lo dicho era una verdad universal.

—Mis disculpas, milady —rectificó de inmediato. No tenía caso advertir a la

vizcondesa que no estaba hablando de una relación indecorosa. Había sido sincero en su ofrecimiento. Su historial estaba ahí, aunque Rufus se estaba reformando por una buena razón—. Volvamos al salón y hagamos saber a quien pregunte, que el médico ha llegado, que está revisando a su hermana.

Sería una mentira piadosa. Los dos lo sabían. No podían pregonar que el duque había secuestrado momentáneamente a Lily. Y Jane esperaba que fuese por un tiempo muy corto.

—No ha habido una petición formal. —Jane no sabía si sería mejor que nunca la hubiese. ¿Lily siendo duquesa? Su hermana no sabía ni interpretar el papel de hija de un conde.

—El duque no necesita preguntar. Le gusta actuar. Su hermana ha sellado su destino.

—Se llevan como el perro y el gato. —Jane no estaba segura de que algo como lo que sugería Rufus saliese bien.

—Esperemos que eso sea un preludio de la pasión que esconden. —Él le guiñó un ojo, le tendió el brazo y los dos procedieron a regresar al salón de baile.

—Eso tampoco garantiza una unión feliz —murmuró ella, más para sí misma que para su compañero. Emerson creyó conveniente hacer como que no la había escuchado.

¿Qué clase de tonto sería Raid si no era capaz de valorar a la fiel esposa que Dios le había concedido?

Capítulo 5

Nicholas Adrien la había depositado en el sofá más próximo. Ella parecía una hada de los bosques, tan inocente que podría hacerle olvidar a cualquiera que en realidad se trataba de una bruja. Se acercó a ella y le acarició la mejilla con ternura. Si la joven fuese así de dócil y callada la mayor parte del tiempo… El duque negó con la cabeza, si Lilyan Alcott hubiera sido lo que se espera de cualquier dama, él no se habría fijado en ella. Tenía fuerza, un espíritu refrescante y tanta pasión que solo con estar cerca lo encendía como a yesca seca.

Le pasó el pulgar por los labios y ella suspiró. No pudo, no quiso más bien, resistirse a besarla. Se acercó con cuidado y juntó sus labios con los de ella. Era un canalla por aprovechar la situación en su propio beneficio. No importaba. Lilyan iba a ser suya.

Lily estaba en otro mundo, uno donde no sentía angustia, ni pena. Alguien la estaba besando tan tiernamente, de un modo tan delicado que la hacía estremecer. Conocía esos besos, la forma de esos labios que estaban sobre los de ella. No era un sueño. Estaba pasando. Entreabrió los ojos y lo vio en la penumbra. El amante que había elegido para que la instruyese sobre la pasión. Echó las manos sobre la nuca y lo obligó a ser menos cauto, más atrevido. Él la hacía audaz.

Estaba perdido. Si ella continuaba por ese camino la tomaría sobre el sofá de una vez por todas. Gimió cuando Lilyan le permitió la entrada a su lengua y comenzó a devolverle la caricia con verdadera fogosidad. Él supo que no podría contenerse. Hizo acopio de toda su fortaleza, reunió todo el honor que fue capaz, y se separó de ella. La escuchó dar un pequeño quejido de protesta y él se rio. Su dama era exigente.

—Debemos parar, si no queremos adelantar nuestros votos, Lilyan.

Ante esa voz, ante esas palabras, ella abrió los ojos como platos. Cualquier dulce momento de locura terminó en el acto. Forzó la vista y buscó a la figura masculina que estaba a pocos centímetros de ella. No lo veía bien. Demasiada oscuridad, sin embargo, lo sabía.

—¿Rawn? —preguntó, llena de incredulidad.

—Eres incorregible. Cuando es momento de que me llames Nicky, no quieres, y en cuanto deseo que olvides el título… ¿Vas a llevarme siempre la contraria? —Quiso averiguar con cierta diversión, al tiempo que se levantaba para buscar más luz. Por lo visto, el instante pasional se había terminado.

Prendió un gran candelabro y, efectivamente, Lily se dio cuenta de que era el temible duque de Rawn quien la acababa de besar. Hermanos, recordó ella al punto. Los besos del señor Emerson se parecían en demasía a los de su némesis porque eran hermanos.

Lily se puso de pie. Sintió un pequeño mareo y él, al verla tambalearse, estuvo a su lado en un pestañeo para sujetarla por la cintura.

—¿Estás bien? —se interesó Nicholas Adrien.

—S-sí. —Se incorporó y se alejó de su cercanía.

—Siéntate —la llevó hasta un sillón—, no te conviene hacer esfuerzos. Aquí, en esta salita, estarás mejor. El calor del salón principal era insoportable. No debí haber hecho una lista de invitados tan larga, pero…

Ella volvió a ponerse de pie. No deseaba seguir encerrada con Rawn. ¿Por qué estaban los dos solos? No deseaba ni preguntárselo.

—Tengo que buscar a Jane —lo cortó—. Mi hermana estará preocupada. —Lo último que recordaba era haber estado hablando con ella y con el señor Emerson. ¿Por qué habría

acabado con Rawn en semejante tesitura? Volvió a desechar ese pensamiento.

Comenzó a caminar en dirección a la puerta y el duque se interpuso en su camino.

—Creo que deberíamos aprovechar que estamos a solas y determinar qué tipo de boda vamos a tener. Mi título y posición exigen que sea algo tradicional, un cortejo largo con la lecturas de amonestaciones, y que desfilemos por los pasillos de la catedral de Londres.

—¿Perdona?

—…Sin embargo —continuó él sin hacerle caso—, mis impulsos no van a permitirme estar alejado de ti, como bien has visto. Así que una boda en tres meses debería ser suficiente.

—¿Te casas? —Ella seguía un poco sobrepasada por todo, en especial por tenerlo frente a ella… muy cerca de ella. No le gustaba que la mirase de ese modo tan… No sabía cómo calificarlo, pero no le gustaba.

—Eso acabo de decirte.

—Ah. Felicitaciones.

—¿Te parece bien un enlace cuando acabe la temporada?

—Eso deberás preguntárselo a tu prometida —dijo ella con suavidad.

—Lo estoy haciendo. —Se negaba a perder la calma.

Lily tragó saliva con fuerza.

—¿Cómo dices?

—¿Te has golpeado la cabeza cuando te has desvanecido?

—¿Te la has golpeado tú, Rawn?

—Nicky. Quiero que me llames así.

—Rawn estará bien.

—¿Vas a hacer siempre lo contrario de lo que yo desee, Lilyan?

—Debes preocuparte de tu prometida, no de mí.

Él resopló y se pasó la mano derecha por el rostro. Comenzó a caminar por la habitación mientras decía cosas indescifrables para Lily. Luego se quedó frente a ella con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Vas a convertirse en duquesa, Lilyan Alcott.

—No lo creo.

—Sí, lo harás porque vas a ser mi esposa.

—No. De ninguna manera.

—¿Por qué necesitas reafirmarte ante mí a cada paso? No consentiré que seas una esposa difícil.

—Entonces es una suerte que no vayamos a casarnos.

—Oh, sí. Vamos a hacerlo.

—No. Estoy segura de que no será así. Porque la esclavitud en Londres no es

legal y yo no voy a dar mi consentimiento para lo que sea que planees.

—Sí. Vas a ser mi esposa dado que cualquier muchacha con dos dedos de frente sabría que mis deseos suponen cumplir su sueño. Más de la mitad de las debutantes ofrecería encantada el sacrificio de una de sus extremidades por estar en tu lugar.

—Oh, sí, por supuesto... tú eres un duque de ensueño.

—Lo soy y tienes mucha suerte de que te haya elegido. No espero que te arrodilles y me des las gracias, pero sí esperaba cierto… —se paró un momento para reflexionar—. No sé qué esperaba porque tú siempre serás tú. Todavía no entiendo el motivo por el que lo he hecho… será porque no puedo dejar de verte como mi mujer. Y debo estar demente. No cumples ni una sola de las cualidades de mi lista.

Ella se tragó la indignación. ¿Él se estaba escuchando hablar?

—No sé por dónde empezar a corregirte… Pero como sospecho que no vas a comprender ni una sola palabra de lo que yo diga, creo que será mejor que salgamos de aquí y cada uno siga su camino.

—Te permitiré desafiarme en privado. Es la última concesión que vas a tener.

—¿Qué tú me permitirás a mí algo? —Ella tuvo la imperiosa necesidad de pellizcarse por si acaso estaba viviendo una pesadilla. Todo apestaba a un gran malentendido. ¡Lily no lo había alentado ni una sola vez! Al contrario, lo había airado y trataba de burlarse de él a cada paso. La vida le estaba dando una buena lección de humildad.

—Eso he dicho.

Ella resopló. No tenía sentido seguir peleando con él. Lo bordeó para marcharse. A partir de ese momento no volvería a jugar con fuego.

Él, raudo, volvió a interponerse ante la joven.

—Por favor, deja que me marche antes de que me venzan los deseos que tengo de asesinar a un duque.

—¿Por qué harías tal cosa?

—No sabría por dónde empezar a responder a tu pregunta, Rawn.

—Nicky —la corrigió.

—No. Eres Rawn. Ahora, deja que me marche.

—Te estás comportando como si no deseases casarte conmigo.

—¡No me digas! —ironizó con un bufido posterior.

—Y estás siendo condescendiente y no me gusta.

—Déjame ser clara, Rawn: no pienso casarme contigo. No lo haría ni aunque mi vida dependiese de ello.

—Insolente. Sí. Te estás comportando como una mocosa malcriada.

—No voy a entrar a valorar el modo en el que tú te estás comportando conmigo. Veo que has sido un duque toda tu vida y que tu palabra es la ley. Deja que te diga que las cosas no funcionan así. Tú no puedes sencillamente ordenarme que me case contigo.

—¡No he hecho semejante cosa! —se defendió. Ella alzó una ceja al más puro estilo altivo. Nicholas Adrien consideró que ella sería una duquesa excepcional.

—Ni tan siquiera me has preguntado si yo deseaba tenerte como esposo.

—¿Tu malhumor es porque no he hincado una rodilla y he recitado una sarta de

mentiras sobre mi amor incondicional por ti?

Rawn no la consideraba una mujer sentimental. Desde que se conocían, la joven Alcott no había resultado más que molesta, no la veía suspirando por una declaración de amor. ¿Se habría equivocado?

Ella suspiró con cansancio.

—No —respondió ella.

—Gracias a Dios, porque no pensaba hacer eso ni aunque me lo exigieras.

—Es mejor que no lo hagas, pues no voy a cambiar de idea. El infierno se congelará antes de que tú y yo seamos más que enemigos, Rawn.

Él se tensó. Se acercó a ella y la hizo recular unos pasos. Acabó sentada en una silla tapizada de flores. El duque colocó las manos sobre los reposabrazos del mueble y la encerró, dejándola sin escapatoria.

—Si lo único que vamos a tener es la lujuria, será más que bienvenida. Hay quienes empiezan con menos en sus matrimonios. Me has vuelto loco desde que te cruzaste en mi camino. Me has acechado, molestado, enfurecido y, sí, también me has encendido como una cerilla con tus simples sonrisas y tus salidas de tono. Has logrado lo que buscabas.

—Lo niego tajantemente. —La joven trataba de mantener la cabeza en alto, pero el duque estaba tan cerca que…

—Me has devuelto el beso con exigencia. Apuesto mi título y fortuna que si hubiese llevado mi mano en busca de tu intimidad, te habría encontrado húmeda y más que dispuesta para albergarme en tu interior.

—¡Eso ha sido porque no sabía que eras tú! —exclamó sin poder contenerse. Él pretendía avergonzarla, escandalizarla. Ella no se dejaría intimidar por sus afirmaciones

indecorosas. Un duque tirano no era rival para una mujer que había leído de cabo a rabo el Diario de Fanny Hill. Si lo deseaba podría ser mucho más extrema que él mismo.

—¿Quién pensabas que te estaba besando? —preguntó con un hilo de voz muy peligroso.

—Desde luego, tú no —respondió con valentía.

—¿A cuántos has concedido tus favores?

—A ti no —respondió, sin dejarse amedrentar y tratando de lidiar con la rabia que sentía.

—Un beso, Lilyan. Un beso y una caricia es lo que necesito para que te derritas y supliques.

—Lo niego —susurró. Los labios de él estaban casi encima de los suyos. Juraría que había sentido incluso su lengua juguetear brevemente con su labio inferior.

—Ten cuidado, tesoro, porque eso podría sonar a reto, y jamás me hago a un lado cuando se trata de demostrar la verdad.

Ella se sentía tremendamente nerviosa. El duque la alteraba. No había estado preparada para este duque que se veía peligroso y muy seguro de sí mismo. Y cuando él le pasó un dedo por el cuello y siguió bajando por su escote…

—Rawn, te lo he dicho antes, has ganado. He aprendido la lección. Pon fin a esta locura.

—¿Llamas locura a ofrecerte mi vida, mi posición, mi fortuna? —El duque había sonado… ¿desesperado? No, seguro que el inconsciente de Lily le había jugado una mala pasada.

—No puedo casarme…

—Ah, ¿no? ¿Acaso tienes una oferta mejor? —la cortó con enfado. Estaba al límite de rebasar su paciencia.

—No lo entiendes…

—¿Qué es lo que no entiendo? ¿Qué habrías sido más dichosa si te hubiera ofrecido un puesto como mi amante, si no hubiera parado de besarte y te hubiese hecho mía, sin la promesa del matrimonio? ¿De verdad deseas ser una mujer mancillada? —Él recordaba muy bien la conversación de ella cuando creyó que estaba con su hermano Rufus. Estaba muy enfadado con la joven.

—Tampoco es… es… —No le permitió añadir la «o» al final de la palabra.

—No termines la frase, Lilyan. Hay más pasión en uno solo de tus dedos que en todo mi repleto salón de baile. ¿Crees que no acabarás sometida al primer sinvergüenza que te dé un beso ardiente como el mío? ¿Qué será de ti cuando termines de explorar lo prohibido? ¿Qué dirán de la pobre hija del conde de Dum cuando su amante la deje a un lado, cargando con un bastardo? Yo te lo diré, la sociedad se jactará de que la manzana no cae lejos del árbol.

Lily trató de incorporarse, de salir de su improvisada cárcel que parecían ser los fuertes brazos del duque. Él no se lo permitió.

—No me conoces. Hablas de mí como si fuese una mujer sin moral, como si fuese tu cometido salvarme de lo que haya decidido hacer con mi vida.

—Te conozco, Lilyan. He visto tu determinación y no me cuesta demasiado adivinar lo que deseas de un hombre. ¿No te sirvo yo? ¿Serías feliz solo con calentar mi cama? Porque te aseguro que podríamos llegar a un entendimiento. Compraría tus favores. Lo típico en esos casos: un par de chucherías, tal vez un juego de diamantes, un carruaje, una casita modesta…

—¡Detente! Me estás insultado.

—¿Y tú a mí no? Te he ofrecido estar junto a mí, compartir mi vida. Te doy la protección de mi título, pongo a tu disposición mi fortuna… Me has ofendido desde el momento en el que has abierto la boca.

—No. Por supuesto que no he hecho nada semejante. No me convertiré en tu esposa. No seré jamás tu amante. Ni te he dado pie siquiera a que me consideres para esos dos puestos.

—Mentirosa —la acusó sin piedad.

—Estás acostumbrado a que no se te niegue nada.

—Y tú a salirte siempre con la tuya.

—Te aseguro que esta vez será como yo digo. No discutas más. No vas a tener nada más de mí que desprecio. Eres todo lo que una mujer debería evitar. Altivo, arrogante, vanidoso, te crees superior en todos los sentidos. Te lo prometo, Rawn, si quisiera deshonrarme a mí misma, tú no serías el hombre al que le concedería tal privilegio, pues cuando me entregue a la persona que yo decida y desee, nada tendrá que ver su posición, su fortuna, respetabilidad o cualquier convención social. Daré el paso porque será lo que yo, y solo yo, desee hacer. No pediré nada a cambio de lo que otorgaré libremente. Nadie me comprará. Le permitiré poseer mi cuerpo, llevarme por los caminos de la lujuria y nada exigiré de mi… amante.

Estaba duro como una piedra. La imaginaba tumbada en su lecho mientras penetraba su dulce cueva y ella le arañaba la espalda debido a la pasión y el éxtasis. ¡Tenía que conquistarla como fuese!

—Todo el mundo tiene un precio, Lilyan. Si no quieres ser mi esposa, sé mía de otro modo. ¿Deseas conocer la perversión? Yo te la mostraré. ¿Quieres ser la ramera sin coste para un hombre? Sé la mía. Marca los términos y vayamos a la cama.

Ella negó con la cabeza.

—No te deseo —lo desafío. No había más sordo que el que no deseaba escuchar y comprender.

Él se rio sin ganas.

—¿Buscas a un amante deforme? ¿Sin dientes? ¿Un apestoso que no sepa lo que es un baño? Es la única explicación que se me ocurre ante tu negativa. —Había una burla impresa ahí que la estaba haciendo enrojecer de ira.

—¿Y no te has parado a pensar que quizá el puesto ya no esté disponible, Rawn? Una mujer, aunque joven, es capaz de elegir su propio destino.

—Nómbrale —la retó.

—No. No tengo que demostrarte nada. He dicho todo lo que tenía que decir, por lo que considero que esta conversación ha durado ya demasiado.

Hubo un largo minuto de silencio en el que uno y otro no se atrevió a decir nada más. El duque tomó una bocanada de aire y procedió a romper la incomodidad:

—Lilyan Alcott, si quieres jugar a la ramera del diablo, te aseguro que ese va a ser el juego que vas a encontrar. Puede que yo no haya hecho una buena petición de mano, pero he sido honesto en cuanto a mis inclinaciones, deseos y sentimientos. Estoy tan seguro de que te derretirás por mí, a que me darías tan gustosa la bienvenida al interior de tu cuerpo, que no descansaré hasta demostrártelo. Y cuando supliques por mi toque, cuando estés al borde del delirio y la extenuación, ansiosa porque calme tu necesidad, y hunda mi carne en tu feminidad, tal vez decida que no eres la adecuada para mí.

Ella se negó a sentir enfado o rabia por sus palabras.

—Casi me apetecería hacer una apuesta, Rawn, dado que estoy segura de que lo que te impulsa a imponerte a mis deseos es tu orgullo malherido. Y es mi propia determinación la que te asegura que lo que acabas de decir no sucederá ni aunque fuésemos inmortales.

—Ahí tienes tu reto, Lilyan. Me has lanzado el guante y espero que puedas atenerte a las consecuencias. Jugaremos, y te aviso que las reglas me tienen sin cuidado, ya has visto que se esperaba de mí que escogiese a una dama que estuviese a mi altura, digna, correcta, un dechado de virtudes, cosas que ambos sabemos que tú nunca serás.

—No vas a ofenderme.

—No es mi propósito —le aclaró—. Solo expongo los hechos. Así que deja que termine. Te diré que por ti, por una de las hijas que Dum dejó en la vergüenza y en la pobreza, yo, un duque que podría tener a la mujer que quisiera con tan solo chasquear los dedos, te elegí a ti de entre todas. Así que no esperes un juego limpio, porque pienso ganarte en tu propia desfachatez con toda la ventaja que poseo.

—Entonces te deseo suerte. —Lo siguió desafiando muy segura de sí misma. Tozuda era su segundo nombre.

—Que gane el mejor —le susurró en la oreja, para luego tragarse su lóbulo y chuparlo con lascivia.

Ella, de inmediato, se estremeció, pero se controló cuanto pudo. No fue tarea fácil. Entonces, cuando el duque se separó de la silla y se apartó para dejarla marchar. Lilyan tuvo que ordenar a sus rodillas que dejasen de temblar, y a sus piernas que comenzasen a andar. Salió de la salita como una gran reina tratando de controlar el temblor de su cuerpo, mientras el duque de Rawn tramaba su siguiente jugada.

Esa pequeña tozuda que lo había descartado sin pestañear se iba a tragar sus palabras, se juró a sí mismo.

Capítulo 6

Nicholas Adrien había convocado a su hermano en el despacho para determinar el rumbo de las inversiones en el ferrocarril. No podía concentrarse y contestaba con gruñidos de aprobación o desaprobación. Rufus Emerson se había dado cuenta de que algo no andaba bien cuando lo vio y percibió las manchas oscuras bajo sus ojos. El duque no perdía el sueño por nada en el mundo. Demasiado obstinado para ser como el resto de los mortales. Eso y que Rufus había previsto un gran anuncio en medio de la fiesta… Cosa que no se produjo. ¿Habría cambiado de parecer con respecto a la muchacha con la que se encerró en el salita?

Rawn tenía más capas que una cebolla y era imposible averiguar lo que pensaba si no se le preguntaba.

—¿Qué pasó anoche? —inquirió Rufus, cansado ya de sus resoplidos cada vez que le decía que las inversiones estaban dando sus frutos. Si hacía eso cuando le explicaba las buenas noticias, ¿qué haría su hermano cuando le trajese alguna mala nueva?

—No sé a qué te refieres. —Rawn se levantó, se dirigió hacia el decantador más próximo y sirvió dos copas de whisky. Le pasó una a su hermano, quien la aceptó, y luego se sentó tras su escritorio. Se bebió el contenido de un largo trago.

—Tú y yo hemos pasado por demasiadas cosas, muchas de ellas vergonzosas, como para no hablar de lo que sea que te aflija.

—Por amor de Dios, no estoy afligido.

—Raaaaawn. —Usó su título a modo de advertencia. Los dos hermanos se conocían demasiado bien como para engañarse el uno al otro.

—¿Por qué Dios tuvo que crear mujeres tercas? —farfulló.

Rufus le sonrió cómplice.

—Para que hombres como tú se levantasen una mañana y se hicieran precisamente esa pregunta. ¿Qué ha pasado con la joven?

—¿Prefieres la versión larga o la corta?

—La que desees. Le prometí a la hermana mayor que harías lo honorable, Rawn. No soy el más indicado para darte lecciones, pero no puedes encerrarte en una habitación con una dama casadera e inocente y hacer como que no…

—¿Crees que no lo he intentado? —lo interrumpió con enfado.

Rufus frunció el ceño ante esa reflexión. Pensó en lo que implicaba esa pregunta. Vio a su hermano levantarse y dirigirse hacia la ventana más próxima. Rufus se removió con cierta incomodidad en cuanto fue consciente de lo que había ocurrido entre la pareja.

—Estarás devastado. —A Rawn nadie le decía que no, jamás.

—Si vas a burlarte, o hacer leña del árbol caído, será mejor que te marches. No estoy de humor y podría retarte a un combate de esgrima sin protección —lo avisó con acritud.

—¿Vas a olvidarte de ella? —preguntó con suavidad. La respuesta del duque fue dejar de mirar la calle y girarse para observar a su hermano con su ducal ceja levantada—. Tenía que preguntarlo. ¿Qué vas a hacer, duque?

Nicholas Adrien suspiró. Regresó la vista a la calle, donde el día estaba tan gris como su estado de ánimo.

—No tengo la menor idea. Que me rechazase era algo que no contemplé ni por un momento.

A Rufus se le escapó una carcajada. El duque volvió a mirarlo. A su hermano se le pasó el ataque de risa de un plumazo.

—¿Qué razones te dio la joven para rechazarte?

—La verdad es que solo dijo que no. Es una bruja creada en las cavidades del infierno, traída al mundo para atormentarme —espetó con enfado.

—Oh, Dios, Rawn. Dime que hiciste una proposición cargada de romance, llena de florituras y que tuviste el buen tino de colocar tu ducal rodilla sobre el suelo, mientras sostenías un precioso y gran anillo.

Rufus lo observó tensarse. Se dio cuenta de que posiblemente había hecho un lío cuando se le declaró a la joven.

—No vi motivos para hacer ninguna tontería de las que dices.

—Una suerte que no acabase cruzándote la cara, porque te conozco e imagino algunas cosas que pudiste haber incluido en tu *brillante* —ironizó— propuesta.

—¡Dios del cielo! Le ofrecí ser duquesa. ¡Ella debería haberse puesto de rodillas! —exclamó muy alterado, al tiempo que se frotaba el rostro con la mano derecha.

—Rectifico mis conjeturas. Es una suerte que sigas vivo, pues me hago una idea de lo que debiste decirle, y sospecho que yo en su lugar te hubiese clavado un tacón en el pecho. ¿Tan poco conoces a las mujeres, Rawn?

—Te aseguro que esta no es como las demás.

—Eso se dice cuando se está enamorado.

—No digas tonterías. No estoy enamorado —rebatió de inmediato.

—¿Ah, no?

—No. Lilyan Alcott no es como las demás, porque guarda un ejemplar de Fanny Hill oculto en algún lugar de su casa, sospecho que en su habitación. —No deseaba traicionar la confianza de la joven, pero era imperativo que Rufus se hiciese una idea de lo que suponía estar interesado en la hija menor del conde de Dum. Su hermano era muy discreto y no diría una palabra. Confiaba en él.

—¿Cómo has dicho? —Seguro que había oído mal. Rufus no daba crédito.

—Lo que acabas de escuchar. Y no te cuento lo más escabroso porque soy un caballero. Si crees que estamos ante una debutante ingenua, te aseguro que no es así. Es joven, tiene unos veintiún años según mis informes, y está muy lejos de ser lo que una dama de buena crianza debería ser. ¿Me he vuelto loco al poner mis ojos en ella? Alguien como ella es peligrosa y me ha dejado claro que no voy a poder controlarla —explicó con exasperación.

Rufus se levantó sonriente. Todo esto acababa de dar un giro de lo más inesperado. Una dama leyendo las experiencias de una cortesana… Un manuscrito que no dejaba mucho a la imaginación, pues narraba con mucha fidelidad lo que sucedía entre hombres y mujeres cuando no mediaba la civilización coartando los impulsos primarios…

El señor Emerson llegó hasta la posición del duque, le palmeó sonoramente la espalda y le dijo:

—Al fin tienes un reto por el que vale la pena luchar, Rawn. Por una vez en tu vida vas a tener que pelear y te aseguro que la victoria te sabrá a gloria. Estás demasiado acostumbrado a salirte con la tuya con solo decirle al resto que eres un duque.

—No estás siendo de ayuda, Emerson. —Solía usar el apellido de su hermano cuando él decía algo que a Nicholas Adrien no le agradaba.

—Al contrario, hermano. No hay nada más vigorizante que convertirse en un cazador. —Los dos se miraron. Rufus le guiñó un ojo—. Tu pequeña presa no estará preparada para ver la trampa en la que va a caer… porque quieres cazarla, ¿verdad? —Quiso averiguar.

—No he deseado tanto algo en toda mi vida —confesó ya sin amagos.

—Entonces es momento de dejar de lamerse las heridas, sobreponerse al golpe que ha recibido tu orgullo y establecer un plan.

—¿Un plan? —preguntó con el ceño fruncido.

—¿Sigue siendo inocente o la hiciste tuya la noche que…?

—¡Emerson! —lo amonestó.

—Sigue siendo inocente… —conjeturó.

—¿Qué tiene que ver eso con nada?

—Es sencillo, Rawn. Si la has instruido en las delicias de la lujuria, el plan sería uno, pero si no lo has hecho, deberá ser otro.

—¿Tanto entiendes de mujeres?

—Tanto, que he encontrado a una con la que voy a casarme.

—¿Perdona? —Eso sí que no se lo esperaba.

—Ah, hoy es la mañana de las sorpresas. Creo que los dos hemos caído en las

bondades del amor…

—Habla por ti.

—Ya. —No se creía nada.

—¿Qué plan debería seguir? —Rufus no respondió. Estaba inmerso en sus cavilaciones—. ¿Hermano? —le llamó la atención, al ver que no le hacía caso.

—Estaba pensando que va a beneficiarte muchísimo que la futura duquesa de Rawn disfrute de libros tan… infames.

—¿Por qué lo dices?

—Porque te ahorrarás una fortuna.

—¿Qué? —No entendía nada. Vio a Rufus reírse para luego explicarle que:

—Mantener a una amante es condenadamente caro, más cuando ya tienes una esposa gastando tu fortuna. Tú no tendrás ese problema.

Rawn gruñó.

—¿Piensas tener una amante?

—No —negó al punto Rufus—. No lo haré, pues no voy a necesitarla. Pienso corromper a mi esposa hasta convertirla en una Fanny Hill que solo estará a mi disposición en nuestro lecho.

El duque rodó los ojos.

—¿Qué hay de mi situación? ¿Piensas compartir en algún momento ese

sensacional plan que crees que debería seguir, o estaremos hablando de tonterías hasta que te canses?

—Eres grosero, Rawn. Debería castigarte y dejarte solo con tu problema. —Se lo pensó un momento—. No lo haré por el bien de la paz mundial. Y en especial por los sirvientes que tendrán que tratar con un duque malhumorado que se volverá todavía más insoportable si no gana su premio.

—Debería darte un puñetazo por tus palabras.

—Pero no lo harás. Ahora atiende. Vamos a usar el truco más viejo del mundo.

—¿Cuál?

—Celos. Vamos a darle unos celos terribles a la dama que te ha rechazado. No solo herirás su vanidad, sino que también determinarás si ella puede estar verdaderamente interesada en ti.

—No entiendo nada.

—Lo harás cuando la tengas delante, tú vayas del brazo de una preciosa dama, y la observes cocerse en su propio jugo amargo.

—¿Has oído algo de lo que te he dicho, Emerson? ¡Ella me rechazó! —gritó con impaciencia.

—Por eso espera verte triste, abatido y alicaído. Hazme caso, entiendo de estas cosas. Atacaremos su vanidad. Aunque diga que no te quiere, estará en las nubes pensando en cómo atrapó la atención de un duque para luego despacharlo sin despeinarse.

—No va a funcionar. —La idea de su hermano le parecía una basura podrida.

—¿Tienes una idea mejor, Rawn? —preguntó ofendido, porque le diese tan poco

crédito.

—No.

—Bien, pues prepárate para interpretar tu papel. La tía de la dama a la que cortejo es perfecta para convertirse en una actriz muerta de amor por ti.

—¿Cómo has dicho?

—Lady Cheapeer, es la tía de la señorita Aurora Harris, mi prometida.

—¿Estás prometido?

—Te lo he dicho antes.

—No lo has hecho.

—Atiende lo que te digo. Lady Cheapeer es una mujer curiosa, ella…

—No quiero romperle el corazón a ninguna mujer.

—¡Oh, Rawn, cuando el cielo repartió la vanidad, tú te llevaste todas las raciones! —exclamó mirando al techo—. Te aseguro que no va a enamorarse de ti.

—Tampoco haré como que cortejo a una anciana llena de arrugas. Mi dignidad…

—¡Rawn! —gritó con enfado Emerson—. Cállate y deja que te lo explique. —El duque apretó los labios en una fina línea y se tragó la molestia—. La tía de mi prometida tiene un arreglo con su doncella.

—¿Qué?

—Le gustan las mujeres. Se casó con un hombre viejo y rico, engendró un heredero, se convirtió en viuda y es libre para seguir con sus… peculiaridades.

—¡Qué escándalo!

—Sabía que dirías eso. La dama que va a ayudarte es perfecta para cumplir con el papel. Es un poco madura, pero preciosa. Lady Lilyan Alcott se pondrá celosa en cuanto la vea de tu brazo. Te lo garantizo. Comenzará a conjeturar sobre si la estás cortejando, sobre si es tu amante… Es importante que hagas lo que hagas, no hables con Lilyan. No la mires. No la busques. Interpreta bien el papel y te aseguro que pronto la tendrás ante ti para pedirte explicaciones.

Rawn suspiró. Lilyan no haría eso ni en un millón de años. Estaba seguro. Miró con atención a su hermano y lo vio tan seguro de sí mismo que no se atrevió a desilusionarlo. ¿Qué podía perder por seguir el consejo de Emerson?

—¿Cómo lo haremos?

—Hablaré con lady Cheapeer y le explicaré brevemente que eres un hombre enamorado que necesita su ayuda.

—Yo no diría tanto.

—Estás en esta posición porque no supiste ser galante y repartir lisonjas. Te recomiendo que practiques un poco.

—Lilyan Alcott no está interesada en dulces palabras.

—¡Te equivocas! Son mujeres, todas necesitan ser alabadas, contempladas, adoradas y… besadas. Debes cambiar tu actitud, Rawn. Y… ¡alégrate, hermano! —señaló con jovialidad.

—¿Tengo motivos para hacerlo? —inquirió incrédulo. Se sentía vacío. Triste.

Desanimado. Como si ella le hubiese dado un par de enérgicas patadas en el estómago con su rechazo.

—Por supuesto que sí. Esa dama no va tras tu título y tu fortuna. Si la conquistas sabrás que está contigo por ti. Por el hombre que eres y no creo que haya nada mejor que tener la certeza de que la ganó Nicholas Adrien Roswood, y no el duque de Rawn con sus excelsas propiedades y sus montones de dinero. Esto te viene bien —señaló con convencimiento Rufus.

El duque cabeceó un par de veces. Visto así…

***

Esa mañana, Lilyan se encontraba tumbada sobre el colchón de plumas mirando el techo de su habitación. No era que los paneles fuesen obras de arte, pero su mente estaba en otras cosas.

Rawn. Nicholas Adrien. Nicky, tal y como ella se refería a él con el único motivo de enojarlo. Le había hablado de un modo totalmente inadecuado. No era que él lo hiciese mucho mejor, pero ella incluso le insinuó que contaba con un amante. ¡Dios misericordioso! ¿En qué estaba pensando cuando hizo semejante apunte? En molestarlo.

Lily gruñó en la intimidad de su habitación. Esa con la que le había proveído el demonio de Raid, y se tapó la cabeza con las sábanas y la colcha. Podría haber sido duquesa. La duquesa de Rawn y haberle dado un puntapié en su huesudo trasero al esposo de su hermana mayor. Se habría llevado a Jane a vivir con ella y nadie osaría molestarla porque si los duques estaban por encima del resto, seguramente también lo estarían sus esposas.

¿A quién quería engañar? Ella no se casaría jamás por un título, ni aunque eso supusiera dejar en evidencia a Raid cuando Jane lo abandonase.

Lo que a Lily le remordía la conciencia era recordar cada beso que él le había dado mientras estuvo sobre el sofá recuperando el conocimiento. Que precisamente Rawn la hubiera encendido con aquellas caricias húmedas… ¡Era el hermano del señor Emerson! Justo el hombre con el que se había estado besando no hacía demasiado. Tanto se parecían los besos de los dos hombres que ella los había confundido por completo. Incluso su aroma. ¡Había sido bochornoso saber que estaba con el duque de Rawn, y que él le había provocado sensaciones en esa parte privada de su cuerpo!

Fue cruel con él. Era consciente de que así había sido. Sin embargo, ambos deberían compartir la culpa de lo terrible que fue la situación. ¡Era un tirano! Prácticamente le había ordenado casarse con él. Y después, cuando le propuso ser su amante… ¿Por qué había estado tan tentada con esa proposición que la tenía que haber escandalizado hasta el punto de abofetearlo? Era una licenciosa. Una libertina que acabaría en el fuego abrasador del infierno purgando sus pecados. ¡Bah! Ya se preocuparía por ello cuando llegase el momento. En caso de terminar bajo las órdenes de Lucifer, seguro que Fanny Hill estaría allí también, y eso le daría la oportunidad de preguntarle algunas dudas que Lily tenía, como por ejemplo sobre aquel encuentro entre los dos jóvenes muchachos que la cortesana narraba y que vio tras un agujero de la pared en aquella posada.

¿Por qué sonreía como una boba cada vez que recordaba la torpe imposición del duque sobre hacerla su esposa? ¡No tenía sentido! No lo tenía en absoluto. Primero, porque los dos no se toleraban y él había declarado en multitud de ocasiones que la desaprobaba por completo. Incluso el duque lo había recordado mientras le decía que tenían que casarse. A ella tampoco le agradaba él… No lo hacía. Eso creía.

Ay… pero la culpa era de sus besos. La había hecho sentirse como la mantequilla. Su sangre se convirtió en lava fluyendo por sus venas.

Lily se quitó la colcha de encima y se quedó otra vez mirando el techo de la habitación. ¿Deseaba a Rawn?, se preguntó con angustia.

Lo que sí era cierto era que no podía seguir manteniéndose escondida en casa una semana más.

***

Mientras Lilyan no dejaba de pensar en el duque, como sucedía cada mañana. Dos hermanas se estaban poniendo al día en la salita de recibir visitas de la vizcondesa Raid. Lo hacían frente a un té caliente.

Jane miraba con admiración a Daisy, a la flamante señora Jefferson que había regresado de Escocia el día anterior por la tarde. Se la veía tan llena de vida, tan alegre y enamorada… Jane sintió un pellizco en su corazón. Ella hubiese deseado un matrimonio así, pero las cosas venían como venían y solo quedaba aceptarlas.

—¿Eres feliz, Daisy? —le preguntó, sabiendo la respuesta de antemano.

—Completamente. No creí que después de tantos años pudiese lograr casarme con Lucian. —Daisy había estado prendada del señor Jefferson desde que era una muchacha con coletas. Al fin lo había logrado.

—Entonces solo puedo felicitarte y desearte lo mejor. —Era la primera vez que Jane y Daisy se veían desde que la hermana mediana se casase con el amor de su vida. Lady Raid no iba a reprenderla por haberse fugado a Gretna Green.

—¿Cómo habéis estado Lily y tú? ¿Alguna novedad con Raid?

Jane dejó la taza de porcelana, que había estado sosteniendo entre las manos, en la mesa central que había frente al sofá sobre el que estaban sentadas.

—Mi esposo estuvo en Londres hace poco más de una semana, pero se marchó de inmediato a Francia. Ya sabes… Asuntos importantes que atender.

—¿Te has planteado abandonarlo? —preguntó con suavidad.

—Cada día desde que me levanto.

—¿Lo harás? Mi esposo tiene asuntos que tratar en Boston. Es muy probable que nos embarquemos pronto. No sé cuándo regresaremos a Inglaterra. Creo que sería interesante que nos acompañases. Lucian dice que aquello es precioso. La sociedad bostoniana tiene sus propias normas, pero no son ni de cerca tan rígidas como las nuestras. Di que lo pensarás, Jane, por favor —le rogó.

La vizcondesa le sonrió. Era bonito que sus hermanas más pequeñas se preocupasen por su bienestar y la cuidasen. Lady Raid estaba tan acostumbrada a preocuparse y desvivirse por Daisy y Lily que a veces se olvidaba de sí misma. Era reconfortante darse cuenta de que también estaba amparada por ambas hermanas.

—Tenemos un asunto un poco más apremiante que discutir, por mucho que me atraiga la idea de salir corriendo hacia Boston. ¿Cuándo tiene pensado Jefferson marcharse?

—Supongo que cuando termine la temporada. ¿Qué es lo que ha pasado? Presiento que no son buenas noticias.

—No son malas del todo. Al menos eso creo —señaló Jane.

—¿Es Lily?

—¿Cuándo no es Lily, Daisy? Nuestra hermana pequeña… Padre siempre decía que ella había sido besada por el diablo y a veces me lo pregunto, porque tiene una suerte nefasta y unas ideas todavía peores.

—Son esos libros… —murmuró por lo bajo.

—Sí, deben serlo.

—¿Lo sabías? —preguntó extrañada, al imaginar que Jane estuviese al tanto de las lecturas a las que se había aficionado Lily.

—Debo decir que cuando abrí la primera página… Son libros del todo infames.

—¿Se los has quitado?

—¿Y arriesgarme a su furia? No tenía caso hacerlo. Ya los ha leído y poco se puede remediar. La culpa fue de Dum. Él no debió haber poseído algo de ese calibre, más cuando Lily siempre fue curiosa y estaba inclinada a hacer calamidades. ¿Leíste alguno? —preguntó Jane con interés. Ya eran dos damas casadas que conocían los secretos que había en el lecho conyugal, podían mantener conversaciones más… interesantes.

—Alguna hojeada les di —confesó con reparo.

—Ha dicho mil veces que desea ser escritora. Me preocupaba la idea, pero desde que vi el contenido de las historias… Lily no trama nada bueno y se ha involucrado con el último hombre con el que una dama debería jugar.

—¿Peor que Raid? —interpeló.

—El temible duque de Rawn.

—¡Cielos! No negaré que a Lily siempre le ha gustado coquetear con el peligro, pero esperaba que tuviese un poco de sensatez.

—No es la única que ha perdido el juicio. El duque se encerró en una habitación con ella a solas. Entró sosteniéndola entre los brazos —desveló. Ese asunto le había quitado el sueño, en especial porque su hermana pequeña no le había contado nada y el duque no había dado señales de vida después de aquello.

—¿Qué? Pero si ellos se llevan como el perro y el gato. ¿Qué pasó?

—Llegó una invitación para acudir a una fiesta organizada por él. Bueno, por una tía o una abuela de él. Lilyan no deseaba ir, pero yo sabía que no se le podía decir que no a un caballero.

—A Rawn menos que a nadie —comprendió Daisy—. Continúa, por favor.

—Llegamos un poco tarde, y él estaba en la puerta… como si la estuviese esperando a ella. Y debió ser así, porque el duque entró al salón de baile con Lily colgada de su brazo y la pareja abrió el baile.

—¡Dios! —La señora Jefferson se llevó una mano al corazón al imaginar semejante escena—. Fue una declaración de intenciones en toda regla.

—Eso pensé yo.

—¿Anunció el compromiso?

—Espera, todavía hay más. Nuestra Lily se desmayó.

—¿Lily? —La vizcondesa asintió—. Es imposible. ¿Seguro que no estaba fingiendo? —La pequeña Alcott era muy fuerte, capaz de soportar lo que fuese.

—Creo que no fingía. El señor Emerson la llevó en brazos hasta que el duque de Rawn nos cerró el paso y exigió que su hermano se la cediese.

—¿Emerson? ¿Quién es? ¿Hermano del duque dices? —Daisy había perdido el hilo.

—Sí. Es un pícaro, hijo bastardo del anterior duque, y por consiguiente, medio hermano de Rawn, aunque no fuese reconocido públicamente como su descendiente.

—Oh. Sigue —la animó.

—El duque entró en una salita con nuestra hermana pequeña en sus brazos y cerró la puerta tras de sí. Podrás imaginarte mi desconcierto ante la acción. Me quedé quieta, sin saber qué hacer. Entonces no me dejó entrar porque no tardó ni dos segundos en pasar el cerrojo. Emerson y yo nos quedamos afuera. El hermano del duque me dijo que Rawn haría lo correcto, y ya di por hecho que había más de lo que creí entre Lily y el duque.

—¿Ha hecho la proposición? ¿Ha hablado contigo?

—No. Él no ha venido y nuestra malvada hermana se niega a explicarme lo que sucedió entre ambos.

—¿Crees que lo ha rechazado? Ninguna dama en su sano juicio se atrevería a hacer eso —comenzó a decir Daisy. Se fijó en la expresión de su hermana y se apresuró a rectificar—: Ninguna dama, que no fuese Lily haría semejante barbaridad.

—No sé qué hacer con ella. Lleva una semana sin salir de casa. Está alicaída.

—¿Pudiera ser que se arrepintiese de su proceder?

—¿Lily arrepentida de hacer algo? No lo creo. Sería más plausible que ocurriese mañana un milagro inexplicable.

—¿Qué deberíamos hacer? —preguntó Daisy.

—Distraerla hasta que quiera hablar.

—Sería interesante sí. Mi esposo pretende que vayamos esta noche al teatro. Creo que se trata de una ópera. Una cantante griega muy famosa. ¿Por qué no venís? —propuso con esperanza.

—Sí. Tal vez sería una buena idea. Estoy convencida de que a Lily algo así le gustaría. Aunque no sé si querrá. No ha salido ni a cabalgar. Creo que nuestra hermana no sale porque tiene miedo de toparse con el duque. —Lilyan adoraba a los caballos y montar era una

pasión para ella.

Daisy se rio en alto ante la última observación de Jane. Hizo un aspaviento con la mano.

—Lily no teme ni a la mismísima muerte. Estoy segura de que un duque no es rival para ella. Debe tener otro motivo para permanecer en casa.

—Espero que sea así, Daisy, porque lo otro que se me ocurre para que nuestra hermana esté así de distante sería que Rawn la hubiese podido seducir. —Al fin había confesado la mayor de sus preocupaciones.

—Oh, no —negó con efusividad—. El temible Rawn tiene tanto honor que sería incapaz de hacer algo semejante. Ni lo pienses. Si se hubiese propasado con ella, además de que Lily lo habría asesinado, él ya hubiese pedido su mano formalmente. Debe haber más de lo que se ve a simple vista.

—¿Qué insinúas?

—El duque y Lily tienen una historia que no conocemos.

Jane se sorprendió por la seguridad con la que había hablado su hermana mediana.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Verás, Jane, hay un asunto que nadie conoce. Bueno sí. Lily estaba al corriente porque es una chismosa y leyó mi diario. En fin, yo, siendo joven me declaré a Lucian y él me rechazó…

—¿Cómo dices? —preguntó con irritación.

—No te enfades, Jane. No te hablé nunca de ello porque era muy humillante.

—¿Cómo pudiste perdonarlo después de haberte hecho eso?

—Porque lo amo, hermana. El valor del amor es así de grande. No se queda atrás tampoco el poder del deseo entre un hombre y una mujer. Y el anhelo de ser correspondida… No podía dejar de amar a Lucian por mucho que lo intentase. ¿Entiendes lo que digo?

Jane sintió la humedad tras los párpados. Trató de apartar las lágrimas y pestañeó un par de veces rápido.

—Más de lo que crees —musitó, más para sí misma que para su hermana.

Capítulo 7

Rufus le había dado instrucciones a un lacayo para que sobornase a alguien del servicio de la vizcondesa Raid, a fin de averiguar la cita social a la que iba a acudir Lilyan Alcott. Llevaba más de una semana detrás de esa díscola hermana Alcott y lo peor era la ansiedad de Rawn. Si su hermano era complejo de soportar cuando estaba apático, todavía lo era más estando enamorado. Por supuesto que el duque negaba tal acusación, pero Rufus era consciente de que su hermano había perdido su corazón y si no la conseguía se moriría a causa de la desesperación.

Un hombre que solo buscase a una mujer con el fin de recomponer su orgullo o para satisfacer su lujuria, no actuaría como lo hacía él. ¡Pero si Rufus temía que Nicholas Adrien se pusiese a llorar en cualquier momento! De acuerdo. Esa última observación era imposible que se cumpliese, porque Rufus estaba seguro de que el duque de Rawn no había soltado una lágrima ni cuando de pequeño se hubiese caído por accidente.

El teatro de Drury Lane había sido el lugar elegido para la aparición de Lilyan Alcott después del feo encuentro con Rawn. Y ahí estaban, lady Cheapeer, su sobrina Aurora y los hermanos, justo en la entrada de la ópera, haciendo tiempo con conversaciones absurdas hasta que la joven decidiese entrar en escena.

—¿Estás seguro de que vendrá? —le preguntó, discretamente el duque a su hermano por enésima vez.

—Sí. No lo preguntes más. Las Alcott no son famosas por llegar puntuales a ningún lugar —señaló Rufus.

—Es cierto —coincidió Nicholas Adrien. La última vez, en su casa, Lilyan había llegado como si de una reina se tratase… tarde, haciendo que él sintiese una expectación demencial. La misma que bullía en su interior en esos instantes.

—Esto es más divertido de lo que pensé —le susurró en la otra oreja la dama que Rawn llevaba de su brazo.

Lady Cheapeer había resultado ser una mujer de apariencia muy mundana y, ciertamente, hermosa. Si una dama como ella no era capaz de despertar los celos en Lilyan nadie lo haría.

—Le agradezco su ayuda, milady —le dijo el duque a la dama.

—Todo sea por ayudar a un hombre enamorado a conseguir a su princesa.

El duque miró a su hermano cuando escuchó esa afirmación. Rufus le hizo un gesto con el rostro a modo de disculpa.

—No soy un hombre acostumbrado a solicitar favores, lady Cheapeer, así que si alguna vez necesita mi ayuda para lo que sea, aquí tiene a un servidor —se ofreció galante.

—¿Su propuesta incluye asesinar a su hermano si daña a mi sobrina, Rawn?

—Especialmente, milady —respondió él, mientras Rufus resoplaba y su joven compañera se sonrojaba. El duque y la condesa de Cheapeer comenzaron a reírse sin contención, de un modo muy cómplice y secreto.

***

¡Él estaba en el teatro, con una mujer y riendo desenfrenadamente! ¡Qué descaro! Lily no daba crédito ante lo que tenía delante. ¡Si el duque de Rawn no sabía reír! ¿Sabía hacerlo? Ella creyó que no, pero vaya si era conocedor de cómo se hacía.

En una ocasión, cuando ella se rio de esa manera tan despreocupada la llamó al orden. ¿Qué estaba pasando? Y lo más significativo de la situación… ¿por qué diantres lo tenía que encontrar precisamente en el teatro cuando ella no deseaba verlo nunca más?

Un resoplido de enfado, nada femenino, salió de su interior. Jane, Daisy y el esposo de esta última la escucharon y siguieron la mirada de la joven para ver qué sucedía. Interesante. Las dos mujeres entendieron el problema, no así lo hizo Lucian Jefferson, dado que no lo habían puesto al corriente de la situación de Lily con el duque.

Lily no podía moverse. Estaba hechizada por él. Llevaba una levita azul noche, con el chaleco color crema y bordados turquesa, los pantalones, de un azul más claro que la chaqueta, le quedaban como un guante. Tanto, que ella tuvo un pensamiento impuro sobre cómo se vería su prieto trasero…

Su presencia siempre había sido impecable. No podía negarlo. Era un hombre apuesto, aunque hasta ese mismo momento no se había percatado de cuánto. Sus ojos negros eran impresionantes y su sonrisa brillante sería capaz de derretir a cualquier dama. A ella no, decidió Lily, pero sí debía admitir que la belleza que lo tenía muy sujeto del brazo sí sentiría las rodillas temblar.

¿Esa era la apuesta que él había hecho cuando ella lo mandó a paseo? ¿Tanta insistencia en que sería suya y le haría tragarse sus palabras, y en unos pocos días él ya estaba haciendo el ridículo con otra mujer? ¡Hombres! Tan inconstantes en sus afectos que deberían estar todos colgados por los pulgares de la torre más alta.

Entonces lo vio sonreírle, pero sin mirar a Lily directamente, coger a su acompañante por la cintura, en un gesto del todo inapropiado y posesivo en opinión de la muchacha Alcott, y marcharse, seguramente, hacia su propio palco.

Jane le tuvo que dar un empujón a Lilyan porque no era capaz de mover sus piernas.

—¿Vamos? —le preguntó su hermana, con esa mirada que…

—Sí, por supuesto. —Lily se recompuso de inmediato por la impresión y comenzó a andar. ¿Impresión? ¿Por qué se había ofuscado? ¿Por la apariencia endemoniadamente hermosa y viril de él? ¿Por el hecho de que estuviese exhibiendo a una mujer horriblemente preciosa ante toda la buena sociedad, después de haber abierto su maldito baile con ella aquella noche? ¿O por la cuestión de que sentía una sensación muy desagradable en su interior?

—Creo que son celos —susurró Jane.

Lilyan miró a su hermana y la vio sonreírse sin reparo. ¿Ella había hablado en alto? No tenía ganas de seguir pensando en tonterías.

Mucho mejor. Sí. Era mejor que el duque se hubiese recompuesto de su rechazo. ¡Qué tonta había sido por estar encerrada en casa preocupándose por él! El muy rufián ya tenía un nuevo paño de lágrimas.

—Es viuda —observó Daisy. Las palabras de la señora Jefferson la trajeron de nuevo a la realidad.

—¿Quién es viuda? —se interesó Lily.

—La dama que va del brazo de Rawn.

—Uhm —dijo ella, imaginando las utilidades que le daría esa mujer al duque. ¡Serían amantes! Seguro que lo eran. Gruñó sin darse cuenta.

Jane y Daisy intercambiaron una mirada significativa.

—¿Por qué tanto revuelo con el duque de Rawn? —intervino en la conversación Lucian. Veía a las tres hermanas… ¿conspirar? Tramaban algo.

—Es un pretendiente de Lily —soltó alegremente Daisy.

—¡Eso no es verdad! —se quejó la aludida.

—No es verdad —coincidió la vizcondesa con su hermana menor.

—Gracias, Jane —le dijo Lily.

—No es verdad, porque sospecho que Lily lo despreció y él está… explorando otras… posibilidades.

Lilyan rodó los ojos.

—¿Por qué no os metéis en vuestras propias vidas? —inquirió con enfado la menor de las Alcott.

—Que precisamente tú, hagas esa observación… —comenzó a decir Daisy—. ¿Debo recordarte que te interpusiste en mi camino? Lucian me lo ha contado todo.

Lilyan sonrió con suficiencia.

—Con un simple gracias bastará, hermana —le dijo a Daisy.

Lucian estaba divertido al ver a las tres intercambiar afrentas entre sí y decidió intervenir:

—Sería lo justo, mi amor. —En verdad él sí debería agradecer la intervención de Lily Alcott.

—¡Traidor! —lo amonestó su esposa.

—Oh, bien, esposa querida, puedes devolverle el favor a Lily e interceder con el duque. Es evidente que está tremendamente celosa de la compañía de Rawn.

Se oyó un grito de indignación. Ese fue producido por la hermana pequeña.

—¡No estoy celosa! —negó a toda prisa—. Y por descontado no necesito que os preocupéis por mí. Y os prohíbo tajantemente que os inmiscuyáis en nada que tenga que ver con el duque y conmigo.

—Ah —saltó Jane—. Así que hay un duque y yo… —se mofó.

—¡Aggg! —exclamó, antes de entrar al palco que Jefferson había alquilado para la función de esa noche.

Cuando accedió al lugar, sus ingratos ojos comenzaron a barrer el teatro en busca de él. Genial. ¡Lo tenía justo en frente! El muy desgraciado había movido la silla y estaba casi encima de la viuda. ¿Por qué todas las viudas debían ser bonitas? Ya se habían casado una vez, no tenían derecho a volver a deslumbrar a otro hombre. Las demás mujeres, en especial las solteras, también tenían derecho a… Se horrorizó de sí misma ante los pensamientos que comenzaban a surcar su mente.

—¡Maldición! —se quejó Lilyan. Miró a sus hermanas y trató de aparentar serenidad. Las dos lobas sedientas de sangre la miraban como si hubiesen descubierto un gran secreto. La joven carraspeó—. Debo ir al cuarto de las damas antes de que comience el concierto.

—Te acompañaré —se ofreció Jane, quien no se había sentado todavía.

—No. He venido muchas veces, sé perfectamente donde está el lugar. Además… necesito un momento a solas.

Daisy y Jane la entendieron de inmediato. Rawn la afectaba más de lo que ella

estaba dispuesta a admitir. La dejaron marchar.

—¿Es seguro que vaya sola? —se interesó Lucian.

—Sí —respondió Jane—. Lily sabe defenderse. —Una de las pocas cosas buenas que hizo Raid fue decirles a las tres que si se veían en apuros, golpeasen a un hombre donde más le dolía. Al pensar en su esposo Jane emitió un largo suspiro.

—¿Consideras que está celosa de la mujer que está junto al duque? —le preguntó Daisy.

—Tremendamente.

—Bien —señaló la señora Jefferson. Tal vez hubiese esperanza para la Alcott más temeraria.

***

—¿Ves cómo yo tenía razón, hombre de poca fe? —lo sermoneó discretamente Rufus, mientras tomaban asiento en el palco del duque.

—No había dudado de ti ni un instante —le dijo con una gran sonrisa. Estaba tan contento que podrían salirle alas en la espalda.

—Mentiroso —lo acusó Rufus.

La había visto entrar y no lo pudo pescar en mejor momento. Había coqueteado con su acompañante sin pretenderlo y la joven lo había visto. Él sospechaba que se quedó

impactada.

Estaba preciosa. El traje, del tejido que fuese —él no lo sabía—, en color malva no le hacía justicia. Incluso con la capa puesta se la veía deslumbrante. Trató de no mirarla de frente en cuanto sintió su presencia, pero la había observado por el rabillo del ojo. La vio petrificada y juraría que con la boca abierta. Tal vez no estuviera celosa, pero algo había conseguido remover en su interior, porque parecía que iba a sacar vapor por las orejas.

Lady Cheapeer le aconsejó acercarse más a ella y por ello había movido la silla de su palco. Era indudable que las damas sabían de tretas, porque la viuda se había dado cuenta, sin conocer a Lilyan, que ella había sido evidente en su reacción al mostrarse tan desconcertada al verlo.

¿Dónde estaría ella? Justamente se estaba haciendo esa pregunta cuando la vio aparecer en un palco frente al suyo. La observó con detenimiento. La bruja lo había hechizado. No. No podía ser una bruja. Era un hada aunque no le gustase admitirlo. Rufus tenía razón. Lilyan lo tenía. Era suyo y solo por haberlo rechazado la deseaba todavía más. ¿Amor? No lo sabía, pero era un sentimiento fuerte el que sentía por su dama. ¿Tenía derecho a albergar esperanzas?

Entonces las miradas de los dos se cruzaron. Él la miró con cierto desafío. Lilyan desvió rápidamente los ojos.

Después de un minuto la vio salir de su palco. Tenía que buscarla. Sintió la imperiosa necesidad de enfrentarla. No iba a volver a esconderse de él. A Rufus le había costado más de una semana dar con ella. No tenía la paciencia de volver a esperarla.

Se puso en pie y dio un paso hacia la salida. Su hermano se levantó de su asiento y le frenó el paso.

—No lo hagas. Aguarda un poco más.

—No. Debo verla —le respondió él.

—Oh, el amor. Deje que su hermano vaya, señor Emerson —aconsejó lady Cheapeer—. Si es la dama que intuyo que es —ella se había fijado en Lily en la entrada—, el duque puede intentarlo.

—Eres impaciente, Rawn —le dijo con los dientes apretados, mientras le cedía el paso.

—¿Eso es una novedad para ti , Rufus? —preguntó retóricamente, antes de marcharse a toda prisa con el fin de interceptarla.

No pasó mucho tiempo hasta que el duque se la encontró.

Lilyan iba mirando el suelo y no se dio cuenta de que una figura masculina, muy ansiosa, caminaba a grandes zancadas hacia ella. Se topó con él. Tropezó contra su duro torso.

El pasillo estaba desierto. La buena sociedad ya estaba sentada en sus asientos, preparada para disfrutar de la función de la cantante griega.

—Disculpe… —comenzó a decir, al tiempo que levantaba la cabeza. Su corazón comenzó a latir con fuerza en cuanto se dio cuenta de que era él.

—Lady Lilyan —la saludó, haciéndole una inclinación leve de cabeza.

—Excelencia —correspondió ella, con una reverencia.

Hubo un momento de silencio muy, pero que muy, incómodo. La mirada de uno estaba puesta en la del otro.

—¿De pronto has encontrado tus modales? —No estaba acostumbrado a que la joven se mostrase tan correcta y recatada.

—Me considero una mujer muy adecuada. ¿Puede decir lo mismo la dama que lo acompaña esta noche? —¡Oh, Dios santo! Tragó saliva en cuanto le hizo semejante acusación.

Tuvo el impulso de taparse la boca. Se contuvo.

Él se cuadró ante esa observación.

—No la creí capaz de ofender a una de sus congéneres, más a una mujer a la que estoy seguro de que no conoce —la reprendió, mientras controlaba la agitación de su interior.

—No es de mi incumbencia, excelencia, con quien se relacione.

—Cuidado, Lilyan —se cansó de la formalidad—, comienzas a sonar celosa.

—¡Qué desfachatez!

—Te he visto en la entrada. Admite que estás celosa.

—¿Celosa? —preguntó tragándose la indignación—. ¿Por qué debería estarlo de un hombre que ha tardado bien poco en olvidar…? —Perdió fuelle en cuanto lo vio alzar una ceja socarrona.

—No tienes derecho a mostrarte celosa. Te ofrecí las dos opciones que tiene una mujer para estar con un hombre. Una honesta y otra indecente, y tú rechazaste ambas.

—¡Y me alegro de haberlo hecho! ¡Tú no mereces que yo…! —gritó sin darse cuenta. Finalizó su intervención antes de parecer más patética. Cerró los ojos buscando una calma que estaba lejos de sentir.

—Estás celosa. —Esta vez el duque afirmó con severidad y trató de no mostrar lo complacido que estaba por su reacción.

Ella se dio cuenta de que no se lo sacaría de encima si no se comportaba de otra manera. Él parecía un perro con un hueso. Lily se obligó a mostrar su sonrisa más perfecta, batió sus pestañas un par de veces y se preparó para decir:

—¡Vamos, Nicky! Si tu deseo es que me muestre celosa, puedo hacerlo solo para que te sientas mejor contigo mismo. Ahora sé un buen chico y regresa a tu lugar. No querrás que tu acompañante comience a preguntarse por tu paradero y se inquiete. Por una vez, trataré de mostrarme posesiva contigo. Incluso, puede que me plantee mirar hacia tu palco toda la noche para que tu orgullo esté por las nubes.

Él resopló, la tomó de la mano y ambos comenzaron a correr por los pasillos. Lily le pedía que la soltara y él solo apretaba más su agarre.

El duque abrió un par de puertas y a la tercera, cuando vio que la estancia era cerrada, pequeña y que había intimidad, la metió dentro y cerró la puerta tras de sí. Se quedaron en la penumbra.

—No sé a qué está jugando, excelencia, pero… —volvió al trato ducal porque le parecía más seguro hacerlo.

—¡Ah! —la cortó—. Así que usas la formalidad cuando te sientes acorralada y te abstienes de ella cuando no ves peligro… Interesante descubrimiento, Lilyan.

No podía verlo. La luz que entraba por la ranura de la puerta era débil. Lo sentía muy cerca de su cuerpo. Su aliento le había hecho cosquillas en la oreja. La joven no se atrevía a moverse.

La mano de él le acarició la mejilla y se controló para no gemir en alto por la emoción.

—¿Por qué me rechazaste si me quieres? —le preguntó, para después lamerle el lóbulo de la oreja.

—¡Aaaah! —jadeó de placer, debido a su atrevimiento.

Las manos de ella buscaron un punto de apoyo para no derrumbarse, y se las entrelazó tras su ducal nuca.

—Eres obstinada. Nos habrías privado a ambos de esto de no ser porque no me doy por vencido.

Abandonó su oreja para ir en busca de sus labios. El beso con el que la premió, fue de tal magnitud que el duque no supo donde empezaba él y donde terminaba su bella compañera.

Le dio la bienvenida con impaciencia. Lily deseaba ser besada así. De ese modo tan intenso, como si ella fuese lo único, lo más importante en el mundo.

Comenzó a pasar los dedos por el cabello de él. Su pelo estaba más largo de lo que lo solía llevar, las capas le caían por la oreja, y Lily consideró que además de ser del color del oro se sentía como la seda.

Estaba fuera de sí. Nicholas Adrien no había previsto avasallarla, pero no pudo privarse de hacerlo. En especial cuando ella puso poco empeño por liberarse de él. Por descontado que había tratado de soltarse y le espetó algunas cosas sobre su falta de honor, pero era evidente que no deseaba verse libre de sus tentáculos. ¿La prueba? La más evidente era el modo en el que le devolvía los besos. Era tan exigente, que la joven podría acabar devorándolo a él.

Abandonó sus dulces labios para ir en busca de esos pechos tan sugerentes que se intuían bajo la muselina, o lo que fuese ese estúpido tejido que le molestaba.

—Te necesitaría desnuda, pero nos apañaremos con lo que podamos robar —le dijo, mientras sacaba la tierna carne que daba fe de que la joven era una mujer. Llevó su boca hacia allí y engulló el primer pezón mientras su mano amasaba a su celoso gemelo.

—Tócame, Rawn… Necesito más… Ansío más —Estaba fuera de sí. En un paraíso idílico donde solo figuraban el duque y ella. Sin preocupaciones. Sin límites. Solo placer.

—Soy Nicholas Adrien, tesoro.

—N…o… siempre se…rás Nicky pa…ra mí.

Se sonrió. Testaruda hasta el final.

—De acuerdo. Nicky. Soy Nicky, Lilyan. Dilo. Yo, no mi título, es el que te da placer.

—Nicky… —susurró. Ella le daría lo que pidiese con tal de que no dejase de tentarla con tanto goce.

—Mi pequeña pícara, si hubiera sabido que así te podría domesticar… —susurraba él, mientras besaba con pasión los senos de la joven.

Lily se retorcía. Estaba famélica. De él. Por él.

—Nicky… Nicky… —Su zona íntima le ardía. Se sentía húmeda y necesitada *ahí*.

—Lo sé. Lo sé. Te calmaré, tesoro.

Se llevó el segundo globo a la boca y mordisqueó cariñosamente el pezón. Ella gimió de puro éxtasis. La mano derecha de Nicky ya estaba levantando su falda. Metió los dedos entre la obertura de sus enaguas y aulló en cuanto percibió su rocío en la mano. ¡Estaba empapada!

No le costó demasiado localizar su perla. Supo que había hecho diana cuando ella inclinó la cabeza y suspiró con fuerza para implorar al Altísimo.

—¡Dios! —Estaba poseída por la lujuria. No había nada más que la necesidad de saciarse.

—No, querida, soy Nicky —se burló él. Abandonó sus pechos y se colocó de rodillas para sumergirse entre las piernas de Lilyan, bajo la falda.

Tuvo que dejar de acariciarla y escuchó un lloriqueo. Su dama era más que exigente. Se sonrió.

—¡Nicky! —lo acababa de regañar por dejar de tocarla *ahí*.

—Te gustará esto, Lilyan, confía en mí.

Le bajó las enaguas lo que pudo y posó su boca en su feminidad. La joven se tuvo que apoyar contra la pared para no caerse.

—¡Dios santo, Nicky! Esto debe ser pecado… Un pecado delicioso —susurró, al tiempo que abría todavía más las piernas para darle un mejor acceso.

Vaya. Sus libros se quedaban cortos con respecto a lo que dos amantes podían alcanzar juntos. La lengua de su duque era diabólica, maravillosa, precisa, juguetona…

—¡Nicky! —gritó, al sentir que un dedo se abría camino en su interior—. No puedo soportarlo. No puedo… no consigo… No… Oh, Dios… —gimoteaba, presa del poder del deseo que Nicholas Adrien estaba desatando en ella.

El duque se separó de ese trozo de carne que sabía que la volvería loca, introdujo un segundo dedo en su apretada vaina y la escuchó gritar de placer.

—No queremos que nos descubran, tesoro. No puedes levantar la voz así.

—Estoy demasiado llena, Nicky… No consigo…

—Déjalo ir. Cuando vuelva a lamerte debes dejarte ir. Solo piensa en mi lengua degustando tu sexo, en mis dedos dándote placer. Quiero sentir todo tu sabor en mi garganta, Lilyan, y no cesaré hasta que alcances la liberación.

Regresó a sus placenteras labores. Imprimió mayor ritmo en esa protuberancia tan deliciosa a la que no estaba dispuesto a dar tregua. Sus dedos también trabajaban con tesón para

que ella explotase.

—Nicky… viene… Lo siento, lo estoy sintiendo, me atrapaaaaaa. ¡Nickyyyyyyyy! —gimió, con cierta contención, incluso se tuvo que poner el puño en la boca para no cantar más alto de lo que probablemente lo estaría haciendo ya la artista griega.

Lilyan creyó que moriría de puro placer.

El duque se afanó en recoger los frutos de su liberación. Era tan condenadamente dulce, que podría alimentarse solo de los jugos que ella fabricaba. La lamió hasta que no hubo nada más que saborear y salió de debajo de su falda. Se colocó frente a ella y la abrazó con fuerza.

—¿Qué me has hecho, Nicky?

—Darte placer, tesoro. Pero eres tan terca que…

—No discutamos ahora, te lo suplico —pidió, al advertir el tono de reproche de él.

Ella se despegó de su abrazo y lo besó con fuerza. No le dio angustia saber el lugar en el que su boca acababa de estar. Se probó a sí misma y tenía que admitir que la sensación fue… atrevida, llena de lujuria. Se sentía desinhibida, lista para continuar pecando.

—Eres dulce, Lilyan.

—Llámame Lily —le pidió.

—No.

—¿Por qué no? —Era una ofrenda de paz.

—Porque todo el mundo que te conoce lo hace y yo no deseo ser uno más. Lilyan es un nombre grandioso y yo seré el único que lo usará con propiedad siempre, y cada vez que lo oigas de mis labios sabrás el motivo por el que no quiero acortarlo. Tú debes llamarme Nicky —le recomendó, intuyendo que ella se lo acabaría preguntando. O tal vez no. Lilyan Alcott no necesitaba pedir permiso para hacer nada.

—Está bien.

Ella se separó del duque. Le dio un beso rápido en los labios, intercambió la posición con él y lo dejó pegado contra la pared.

—¿Qué te propones?

—Volverte loco, Nicky —le advirtió, al tiempo que colocaba sus manos sobre su erección. Oh, él estaba muy duro en esa parte del cuerpo.

—Lilyan… —comenzó a protestar, débilmente.

—Es mi turno. Intuyo cómo debes sentirte. Si tú me hubieses privado de la liberación, yo te habría matado. Deja que te explore como tú has hecho conmigo.

—No es necesario que lo hagas, Lilyan. No es como si fuese la primera vez que me dejas ardiendo por ti —confesó.

—Oh, mi pobre Nicky. Debemos remediarlo. —Esperaba haber leído lo suficiente para poder llevar a cabo su plan. La oscuridad le daba el valor para mostrarse perversa, audaz, curiosa y feroz. Se imaginó siendo Fanny Hill. Hizo acopio de su valor y valentía mientras sacaba su miembro de los confines de sus pantalones.

Se arrodilló ante él y lo palpó a placer.

—¡Dios santo, Lilyan! Vas a matarme…

No pudo hablar más. En el momento que sintió la lengua de ella sobre la punta de su virilidad gimió con desesperación.

Lilyan quiso ver si sería capaz de probarlo. Lo hizo y se sintió satisfecha por haber sido valiente. Luego recordó cómo las protagonistas de sus libros hablaban sobre complacer a los hombres con las manos. Era un movimiento certero con la muñeca… Como arriba y abajo.

Lo puso en práctica. Lo hacía de modo suave. Muy complacida consigo misma al ver que también había podido llevarlo a la locura. Él musitaba cosas ininteligibles, posiblemente inducido por la lascivia que ella le provocaba.

Regresó la boca a su eje y lo engulló hasta el final. Había leído que a ellos les gustaba cuando una mano los trabaja y la boca les daba cobijo.

—¡Lilyan!

No debería estar tan sorprendido. El duque sabía los hábitos de lectura que la joven tenía. Si no fuese por su suavidad al manejarlo, creería que se encontraba ante una fina cortesana.

Las caderas de él comenzaron a balancearse con apremio. Puso su mano derecha sobre la de ella para mostrarle el ritmo exacto que precisaba. Estaba cerca de dejarse llevar.

—¿Lo hago bien? —preguntó, como si fuese una buena alumna que pretendía impresionar al profesor.

—Si lo hicieras mejor moriría en este mismo momento.

—Uhm… No es que quiera que mueras, bueno sí de placer, así que creo que deberé aplicarme más.

Regresó la boca allí y comenzó a mover la mano con mayor ferocidad.

—¡Santo cielo, Lilyan! Apártate, deja que… Lilyaaaaaaaaan. —La liberación lo atravesó tan potente como un rayo. Había tratado de apartarse de ella, pero no lo logró. En verdad debería avergonzarse porque no insistió lo que debió para que ella lo dejase libre.

Su garganta se inundó con algo que él acababa de fabricar. Un líquido caliente. Su semilla, supuso la joven. La tragó sin darse cuenta. Su sabor era… no resultaba desagradable. Curioso. Fue algo interesante sobre lo que ya podría escribir. Lo cierto era que estaba fascinada con todas las nuevas vivencias que acababa de atesorar.

—Ven aquí. —La levantó por debajo de los brazos y la abrazó. Le sostuvo la cabeza en su pecho y comenzó a acariciarle la espalda—. Eres del todo inesperada, Lilyan Alcott.

—Tú has resultado ser un descubrimiento, Nicky.

—Dime que no hay otro hombre, Lilyan. Dime que lo que dijiste aquella noche solo fue para enfurecerme —sonó a súplica. Ella se apiadó de él.

—Es como dices. No había hecho esto antes. Nadie me había tocado así tampoco.

—Gracias a Dios, tesoro. No podría vivir con un pensamiento semejante. Soy como tú.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que soy tremendamente celoso.

—¡Oh, Nicky! Tu vanidad sigue siendo elevada.

—Estoy medio desnudo, con la mujer a la que he degustado y que me ha lamido. El sabor de uno está impreso en la garganta del otro. Me siento decadente, querida Lilyan, y es maravilloso.

—¡Mis hermanas! —exclamó, al tiempo que se separaba de él—. Debo volver antes de que pongan todo el teatro patas arriba. Has hecho que pierda la noción del tiempo.

Se colocó los pechos en su lugar. Comprobó que su peinado seguía siendo decente con las yemas de los dedos, y luego se encaminó hacia la puerta.

—¿No pretenderás irte y dejarme aquí?

—Debo regresar con Jane y con Daisy. Si sospechan lo que he hecho, sufrirán un ataque de apoplejía y a ti te harán picadillo.

—¡Lilyan! —la llamó, al ver que abría la puerta dispuesta a desaparecer del pequeño cuartito. El duque comenzó a adecentarse lo más rápido que pudo. La pequeña libertina no iba a dejarlo atrás.

—No pienso compartirte con otra mujer —le dijo, cuando estuvo con un pie fuera y él se quedó a su espalda. De otro modo no se hubiese atrevido a exigir semejante cosa. Incluso habiendo compartido esa intimidad tan escandalosa, le costó pronunciar las palabras.

El duque se sonrió.

—Y no lo harás.

Ella asintió enérgica, sin girarse a mirarlo, y un segundo después se marchó de allí, dejando a Nicholas Adrien farfullando.

¿¡Cómo podía marcharse así de tranquila y abandonarlo!? Ambos tenían muchas cosas que comentar.

Bueno… al menos en esta ocasión se sentía flotando en una nube. La boca de ella era deliciosa y no solo para besarla. Las maldades que haría con Lilyan lograrían que el diario de Fanny Hill se convirtiese en la biblia de los cristianos.

Capítulo 8

Era una cobarde y lo tenía que reconocer. Se había vuelto a encerrar en casa como si fuese una monja de clausura en un convento de Irlanda. Llevaba una semana simulando tener un resfriado. Uno que se inventó cuando entró de puntillas en el palco y Jane y Daisy la miraron acusadora. En especial porque pocos minutos después llegó a su recinto el duque de Rawn.

Trató de convencer a sus hermanas de que había estado muy indispuesta en el excusado de damas. Dudaba que se lo creyesen, pero poco podían hacer si no.

Sobre su cama, en su habitación, mientras miraba el techo, Lilyan se sonrió al recordar el modo en el que el duque había separado la silla de la de su acompañante. Casi se le escapó una carcajada. No había duda de que él iba a cumplir su parte del trato.

¿Qué acuerdo sería ese? No habían hablado después de… de aquello. Ella no se atrevía a salir de casa. Creyó que él se presentaría en casa de Raid para… ¿para hacer qué? ¿Cómo podría renovar su propuesta después de que ella lo rechazase la primera vez? ¿Lilyan deseaba que él se declarase?

Estaba hecha un lío. Ser la amante de un hombre que tenía la obligación de casarse y perpetrar su linaje era un locura. Fue por eso por lo que había pensado en Rufus Emerson.

Se tapó la cabeza con la colcha al recordar que había permitido que el hermano

del duque la besase con descaro y le acariciase los pechos. ¿Y si Rawn se enteraba de lo que había hecho antes de estar con él?

¿Cómo afrontar la situación sin caer en el histerismo? No tenía la menor idea.

¿Y si Nicky comenzaba a hacerle el vacío, porque pensaba cumplir la amenaza que le lanzó después de que lo rechazase?

Estaba terriblemente insegura con respecto al duque y a cómo se comportarían los dos la próxima vez que se viesen. Fue por ello por lo que había fingido estar enferma. Para evitarlo.

Un golpe en la puerta la sacó de sus cavilaciones. Las mismas que había tenido cada mañana y que se repetían cada noche. Soñaba con él. Necesitaba volver a sentir placer con él.

—Adelante —concedió permiso para entrar.

—¿Todavía estás en la cama? —Era Jane.

—Sigo enferma.

—Nunca has sabido mentir bien. Levántate. Mandaré llamar a tu doncella.

—No pienso salir de la cama. Estoy enferma. —No era mentira del todo. Se sentía terriblemente melancólica.

—El duque de Rawn está abajo y pide verte.

—¡No! —gritó, llena de pánico.

—Si no quieres verle, tendrás que bajar tú misma y decirle que se marche.

Ella se puso de rodillas en la cama y juntó las manos, como si fuese a rezar una plegaria.

—Te lo suplico, hermana. Convéncele de que estoy indispuesta. No quiero verle.

Jane se acercó a Lily y se sentó en la cama.

—Dime lo que pasa entre vosotros.

—No quieres saberlo.

—Te equivocas. Soy una mujer casada, he sido joven y, alguna vez no fui sensata. Espero que sepas lo que me cuesta estar confesando esto, hermana. Así que explícame por qué Rawn se ve más que temible *y exige*, estoy repitiendo sus palabras, verte.

Lily se dejó caer sin gracia en la cama y se tapó el rostro con las manos. Había entendido que su hermana había cometido alguna seria temeridad.

—¿Lo que dices que te pasó fue con el señor Colman? —inquirió con suavidad y cierto pesar. Sabía que Jane había estado prendada de Jason Colman en su juventud.

—No.

Lilyan se quitó las manos de delante del rostro y miró a su hermana con la boca abierta. No esperaba esa negativa.

—¿Has tenido otro pretendiente?

—No.

—No entiendo nada, Jane.

—Fue con Raid.

—¿Quéééé? —preguntó incrédula.

—Hay mucho más de lo que crees entre el vizconde y yo. Ahora dime qué sucede con el duque.

—No sé lo que hay entre ambos. Si yo fuese la correcta hija del conde de Dum… seguramente nuestras amonestaciones ya habrían sido publicadas.

—Así que lo rechazaste.

—Sí, lo hice.

—Pero te arrepientes.

La joven torció el gesto ante la observación de su hermana mayor.

—No es así del todo.

—O lo quieres o no lo quieres.

—¿Es así con tu esposo, Jane? —rebatió con una ceja alzada.

—Touché.

—Acabaré enfrentándome a él. Cuando averigüe lo que espero, deseo o necesito de él.

—Estás siendo egoísta.

—Lo sé y lo siento mucho.

—Es evidente lo que él desea de ti.

—No lo creas… —susurró. No tenía idea de si le haría una proposición de matrimonio, o trataría de convencerla para que fuese su amante, o sencillamente se reiría en su cara porque la había hecho claudicar. Y lo peor de todo era que ni ella misma sabía qué precisaba que ocurriese dentro de ese abanico con tres propuestas diferentes.

—Le puedo decir que estás muy indispuesta, pero no sé si me creerá. Parecía muy ansioso y decidido. Intimidante.

Lilyan se rio con ligereza.

—Es formidable cuando se convierte en el duque austero que cree que es.

—Haré lo que pueda —le dijo, al tiempo que se ponía en pie, resignada a enfrentarse a la ira del temible Rawn.

—Te deberé un favor.

—Me deberás más que eso, porque estoy dispuesta a pasar por alto lo que haya ocurrido en el teatro. ¡Dios santo! Soy una hermana del todo negligente —se lamentó.

—Nada de eso. Eres una de las hermanas más maravillosas del mundo.

—Solo tienes dos.

—Y por eso eres una de ellas —le dijo, con una radiante sonrisa.

—No te sorprendas si el duque comienza a registrar la casa en tu busca. Lo veo más que capaz.

—No hará eso. Su orgullo se lo impedirá. Lo conozco bien.

—No quiero saber cuánto de bien lo conoces, Lilyan Alcott.

—No tanto como desearía, Jane —refutó para luego añadir—: Pero sí lo suficiente.

—¡Eres una descarada! —le gritó, antes de salir por la puerta.

Mientras Jane bajaba por la escalera refunfuñando sobre lo bien que le iría si al final Lilyan se casase, el duque de Rawn daba vueltas y más vueltas por la habitación.

Escuchó pasos en el recibidor y se colocó detrás de la puerta. En cuanto la dama entró, él cerró la puerta de una patada y la cogió desde atrás para encerrarla en un abrazo.

—¡Cielos! —Escuchó una exclamación que no se correspondía con el tono de voz de Lilyan.

Soltó a la mujer rápidamente, y estuvieron cara a cara el uno con el otro. Jane se sentía acalorada. Hacía mucho tiempo que nadie la abrazaba. Lo percibió cálido… y fuerte. Podía entender, hasta cierto punto, el motivo por el que Lily hubiese consentido en dejarse llevar, y esperaba que se tratase de un par de besos robados porque si no…

—Lo siento, milady —se disculpó al punto—. Pensé que sería otra persona. —Se puso colorado.

—Puedo adivinar quién creía que sería, excelencia.

—Sí, ya… —No tenía excusa, así que no trataría de remendar la situación. Había sido pescado siendo travieso—. ¿Tardará mucho en bajar?

—Lamento decirle que no podrá atenderle. Pediré que sirvan el té y tendrá que conformarse conmigo.

—¿Por qué se niega a verme?

—Lily ha estado unos días indispuesta. Un resfriado terrible.

Él cruzó los brazos sobre su pecho y alzó una ceja. Era el temible Rawn en su máxima extensión.

—¿Quiere volver a probar de nuevo, lady Raid? Considero que podría mentir mucho mejor.

—Lo siento —se disculpó.

—¿Entiende que tengo asuntos importantes que tratar con ella?

—No me cabe la menor duda de que así es. Es una suerte de que no consideren a Lily capaz de llamar la atención de un poderoso duque, porque de otro modo, a nadie le habría pasado inadvertido que mi hermana y usted regresaron a sus respectivos palcos casi al mismo tiempo.

Rawn sonrió con orgullo. La dama le acababa de dar un tirón de orejas.

—Pretendo hacerla mi duquesa.

—Eso me dijo su hermano que haría, pero no he escuchado ninguna petición formal. ¿Quiere tomar asiento?

—No hace falta. Estoy bien. Mi visita no será extensa.

—Como desee. —Ella también se quedó de pie—. ¿Qué decía sobre la petición que no ha llegado a producirse, excelencia? —Recondujo con elegancia la conversación hacia un tema crucial.

—Su hermana no pone las cosas fáciles, milady —señaló a modo de excusa. Cualquiera que conociese bien a Lilyan Alcott debería entender esa verdad universal.

—Sospecho que es precisamente por eso por lo que usted está ante mí.

—Bien jugado, lady Raid. ¿Qué consejo me da? Nada parece funcionar con Lilyan.

—Ah, su nombre de pila… —No era correcto que un caballero se tomase tal familiaridad con una mujer que no era de su familia o su esposa.

—No consideré oportuno tomarla por estúpida, milady. Ambos sabemos que en el momento en el que cerré la puerta de la salita de mi casa con su hermana en brazos, yo ya había traspasado los límites del decoro. Es evidente que hay entre ambos cierta… familiaridad, si quiere llamarlo así.

—Precisamente porque ella no lo denunció ante nuestra hermana mediana o ante mí por dicha… familiaridad —los dos sabían que hablaban en clave—, es por lo que he decidido darle un voto de confianza. Como se habrá dado cuenta, Lily es poco convencional. Mi hermana pequeña heredó algunos rasgos preocupantes de mi padre. Nada que deba lamentar en exceso —tuvo que decir en cuanto lo sintió cuadrar los hombros—, suele guiarse por sus instintos y es muy imprudente. Ella juró que no se casaría, pretende ser escritora de un tipo de libros… No son adecuados, pero cuando a ella se le niega algo, lo desea con más ahínco. No me atrevo a frenarla porque podría convertirla en algo mucho peor de lo que ya es.

—Entiendo lo que dice —musitó.

—Es un espíritu libre. No será una duquesa como lo pudiese ser su madre. Lily tiene sus propias reglas. No pretendo desalentarlo, pero es preciso hablar con franqueza sobre ese asunto. ¿Lo entiende?

—Premiaré su franqueza con la mía propia. Lo que acaba de decir me preocupaba en demasía. Todo el mundo que me conoce sabe de mi carácter. Soy poco tolerante y causará conmoción cuando se sepan mis planes públicamente —reconoció—. He tratado de privarme de Lilyan y no lo he conseguido. Prefiero sumirme en el escándalo más profundo a su lado, que estar yo solo en el peldaño más alto del decoro.

—Bonitas palabras. Aunque debo tranquilizarlo. No es del todo ignorante sobre su posición o lo que se espera de ella. Con su ayuda logrará estar a la altura del deber que conllevará ser la duquesa de Rawn. Mi hermana es muy sincera, leal y cariñosa. Daría su vida por los que quiere y se sacrificaría como un peón en un tablero de ajedrez por hacernos feliz a Daisy o a mí. Lo hará por usted si se convierte en su rey. Si la conquista, le garantizo que tendrá a su lado a una mujer excepcional que jamás traicionará su confianza. Esa será la promesa que puede esperar de una Alcott. Cuando amamos, lo hacemos con el corazón y sin medida. Es todo o nada, excelencia.

El discurso de la vizcondesa lo dejó perplejo. Admiró todavía más a Lilyan por las palabras acabadas de pronunciar, porque sabía, a ciencia cierta, que eran una gran verdad.

—¿Tengo sus bendiciones entonces? —se atrevió a preguntar.

—Si Lily lo acepta, Daisy, y yo rezaremos para que no le haga perder la cordura en los largos años que durará su matrimonio —bromeó. Le ofreció una sonrisa. El duque le devolvió el gesto con un asentimiento de cabeza.

—En un par de días daré una fiesta en mi casa.

—Intentaré convencerla para acudir —le prometió.

—No. Ella vendrá y lo hará porque usted le dirá que si no lo hace, yo buscaré otra compañía. Use mejor la palabra distracción. Sí. Dígale que buscaré otra distracción. Eso la enfurecerá todavía más.

Jane se sobresaltó, pues era consciente de lo que él estaba dando a entender.

—Es atrevido duque —lo regañó de nuevo.

—Como le he dicho antes, Lilyan no pone las cosas nada fáciles y yo debo disputar la partida lo mejor que sé, usando todas las armas que están a mi alcance. No he deshonrado a su hermana, si eso es lo que le preocupa. —No era del todo verdad, pero tendría

que bastar para tranquilizar a la vizcondesa.

—Admito que celarla la última vez surtió efecto. Pasaré por alto todo lo que mi mente está gritándome sobre los dos, porque confío en que no va a perder el juego.

Él le sonrió con socarronería.

—No pierdo nunca, lady Raid.

—Por el bien de todos, esperemos que así sea.

—Le mandaré la invitación cuando lo tenga todo listo. Le aseguro que ese será el día en el que acorrale a su hermana y se anuncie nuestro compromiso.

—Me alegra que esté tan seguro de sí mismo —le concedió.

—No tengo motivos para pensar de otro modo. Su hermana es terca y yo soy el rey de los testarudos.

—Puedo verlo.

—Le deseo buenos días, lady Raid.

—Tenga buenos días, excelencia. Espero verle pronto y parta con mis bendiciones, espero que triunfe en su hazaña. Va a necesitar toda la suerte del mundo, aunque le prometo que la recompensa valdrá la pena. No podría haber pedido una compañera de vida mejor que la que, confío, obtendrá.

Él asintió con la cabeza ligeramente. Jane le correspondió con una reverencia y el duque se marchó de allí.

La suerte estaba echada.

***

Era un chantajista de primera. Un descarado también. ¿Cómo se atrevía a decirle a Jane que se buscaría otras compañías, otras distracciones? Lily enseguida supo a qué se refería él. Más bien a quién. La viuda.

Entró en el salón de baile del duque de Rawn en compañía de Jane, porque una vez más las dos hermanas llegaron tarde y esta vez él se negó a esperarlas en la entrada, como si fuese su propia casa.

Lo vio bailando con una joven debutante. Un vals… ¡Desgraciado! ¿La hacía venir para esto?

—Ah, te dije que llegábamos tarde —la sermoneó Jane.

—¿Quién es la dama? —preguntó, tragándose los celos Lily.

—Mi prometida —dijo una voz desde el lateral izquierdo. Las dos hermanas se sobresaltaron ante la inesperada interrupción.

—Señor Emerson —lo saludaron ambas.

Jane se marchó de allí para hablar con unas viejas amigas y dar con su hermana mediana y su esposo, que seguramente ya habrían llegado. Lady Raid había avisado a Daisy de que debían acudir sin excusas en cuanto recibiesen la invitación, puesto que era importante estar al lado de Lilyan. Jane decidió desaparecer porque sospechaba que el hermano del duque querría hablar con Lily. La vizcondesa misma lo había hecho con el duque para asegurarse de sus intenciones.

—¿Me concede este baile? —Le tendió la mano.

—Ya está empezado.

—No importa. Es la fiesta de mi hermano, y puesto que él está bailando con mi mujer —dijo pese a que todavía no se habían casado—, yo bailaré con la suya.

Lilyan asintió trémula y desconcertada. Sería una ocasión perfecta para aclarar lo que había sucedido entre ambos tiempo atrás. Había tomado una decisión sobre el duque de Rawn. Aceptaría lo que él le propusiese porque se había dado cuenta de que lo necesitaba. En especial cada vez que lo imaginaba besando a otra mujer, lamiendo entre las piernas a otra que no fuese ella. Lo deseaba. Incluso tal vez se había enamorado de él. No era descabellado pensar eso. Le gustaba todo de él. Incluso la forma en la que fruncía el ceño y como bien le había hecho ver Jane, Nicky la necesitaba desesperadamente para no terminar convirtiéndose en un duque amargado y vacío como una cáscara rota.

Rufus la llevó hasta la pista de baile y comenzó a danzar con ella.

—Yo quería hablar con usted sobre lo que pasó cuando… —No se atrevía a proseguir.

—Todo está bien entre nosotros, milady.

—Lilyan o Lily, puede llamarme de cualquier forma, ya se lo dije tiempo atrás —le ofreció.

—Cierto, lo había olvidado. Lily. Me gusta y supongo que no está fuera de orden dado que pronto será de la familia. Como le decía, yo ya intuía que nosotros no nos conocíamos.

—No me refería a eso. —La joven obvió el resto de la conjetura de su compañero de baile,

—¿Entonces? ¿Hice en el pasado algo para disgustarla? Dios sabe que estoy

camino de la transformación. La joven que danza con ese duque que es mi hermano y parece desear asesinarme, es la prueba de que he cambiado.

Lily siguió la mirada de Rufus Emerson y vio a Nicky muy pendiente de ambos.

—No debí haberlo citado en aquella estancia con una nota, en casa de los condes de Bering, y tampoco debimos besarnos. —Ya estaba. Lo había dicho de carrerilla o no se hubiese atrevido a soltarlo. Sintió las mejillas arder.

—¿Cuándo hicimos eso? —le preguntó, con el ceño fruncido.

—¿No lo recuerda?

—No lo recuerdo porque nunca la he besado— precisó con desconcierto.

—¿Está siendo galante al fingir que lo ha olvidado? —Se sentía aliviada, pero su ego como mujer estaba un poco magullado.

—Recuerdo haber bailado con usted, Lily, en la fiesta de lord y lady Bering. Nada más.

Ella se dio cuenta de que él decía la verdad. Se horrorizó al pensar que pudiera ser otro hombre…

—¿A quién le confesé haber leído los diarios de Fanny Hill? —se preguntó a sí misma, sin ser consciente de haber hablado en alto, con pánico.

Una sonora carcajada se escuchó. Rufus Emerson acababa de tener una teoría de lo más curiosa.

—¿Debo suponer que me envió una nota para que nos encontrásemos en un lugar… aislado?

Ella trastabilló. ¡Cielo santo! Todo se estaba complicando muchísimo. Sonaba tan sórdido…

—Debe comprender que yo no deseaba casarme y que creía, hasta hace poco, que a su hermano le desagradaba enormemente y yo pensé que como usted era un libertino que… ¡Ay, Dios del cielo! Debería callarme porque no puede salir nada bueno de esto. —Estaba mortificada.

—Cálmese. No sucedió nada inapropiado entre nosotros. No recibí nunca esa nota que envió, y en cuanto a mi fama de libertino, debo decir que la merecía.

—Pero si usted no estuvo en aquella habitación… ¿Quién fue? —inquirió, temblando.

Emerson se apiadó de su congoja, aún a riesgo de traicionar la confianza de su hermano.

—¿No se lo imagina, Lily? —Lanzó la pregunta al tiempo que movía la cabeza hacia su hermano, quien los estaba mirando con fijación mientras bailaba con la otra muchacha.

—¿Nicky? —¿Sería posible qué…?

—Si la oye llamarlo así corre el riesgo de enfurecerlo. Y él enfadado puede ser un auténtico déspota peor que el propio Bonaparte.

—Le gusta que lo llame así —dijo con despreocupación.

—¿Está segura de ello? —No se lo podía creer. Ella asintió.

—¿Cree de verdad que su hermano fue con quien yo…? —No sabía cómo seguir la frase.

—Considero que es muy probable que fuese el duque de Rawn con quien usted

mantuvo una entrevista privada. Mi hermano lleva tiempo pensando en ofrecerle su mano en matrimonio y seguramente ese fue el motivo por el que estuvo en aquella estancia con usted. Será una duquesa espléndida y una esposa formidable para él. —La ayudó él a suavizar el golpe.

Lily sabía que ella era del todo inapropiada. Siempre lo sería. Se convertiría en una duquesa nefasta que traería vergüenza al título. Podía ver la censura publicada en los periódicos en cuanto se anunciase su compromiso, si era que Rufus estaba en lo cierto y él deseaba renovar su petición.

El correcto duque de Rawn con la censurable hija menor del conde de Dum. Todos hablarían de ella. Dirían lo que Nicky dijo una vez: la manzana no caía lejos del árbol. Comenzó a sentirse mareada. Todo le quedaba grande. No podía aceptarlo. No en esos términos. No sería una esposa adecuada para un duque, y mucho menos para uno tan correcto y honorable como él. Se soltó del brazo del señor Emerson.

—Lo siento… No puedo hacer esto. —Salió en estampida del salón en dirección al recibidor.

Antes de que llegase al último escalón para acceder al recibidor de la mansión del duque, sintió que alguien la agarraba por la cintura. Se dio la vuelta y lo primero que vio fue a Emerson bailando con su prometida. Levantó la cabeza y divisó esos profundos ojos negros.

—¿Te marchabas, tesoro?

—Nunca seré una buena esposa para ti. No estoy a tu altura. Necesitas a una duquesa que sea más…

—Eso debía valorarlo yo —la interrumpió— y ya tomé la decisión hace tiempo.

Le sonrió. Entrelazó los dedos con los de ella unos instantes, y luego la dejó libre para sostenerla por la cintura, justo cuando estuvieron frente a la sala. Muchos curiosos estaban mirándolos.

—¡Un momento de atención! —alzó la voz Rawn.

—Acabarás arrepintiéndote, lo sé. No soy buena para ti, Nicky —señaló, antes de que la música cesara y de que todo el mundo se quedase mirándolos con curiosidad.

—Eres perfecta para mí, Lilyan Alcott.

—No quiero defraudarte —le dijo solo para sus oídos.

No estaba preocupado por lo que Lilyan acababa de señalar. No le hizo caso. El duque ladeó la cabeza en cuanto percibió que alguien los observaba desde muy cerca. Eran Jane y Daisy. Ambas asintieron enérgicas. Era el momento.

Antes de que llegasen Lily y Jane, Daisy le había dado un par de consejos a Rawn sobre su hermana pequeña y esperaba haber sido de ayuda. Trató muy educadamente a esta hermana y a Lucian. A la hija mediana del conde de Dum le agradó mucho Rawn. Se veía capaz de dirigir con mano firme, pero amorosa, a Lily. La hermana pequeña había sido, en gran parte, la causante de que su historia con Lucian hubiese salido a pedir de boca. Así que le habló a Nicholas Adrien sobre el modo en el que su esposo se le declaró para ver si el duque entendía el subterfugio que escondía aquel recuerdo tan preciado para Daisy.

En el momento en el que hubo un enorme silencio en el salón, Nicky comenzó a hablar:

—Hoy no celebramos una fiesta cualquiera. —La acercó cuanto pudo a su cuerpo—. La velada se acaba de convertir en un excelente motivo de celebración, amigos míos, porque lady Lilyan Alcott, la preciosa hija menor del conde de Dum, hermana de la vizcondesa Raid y de la señora Jefferson, me ha convertido en el hombre más feliz del mundo y ha aceptado ser mi esposa.

Ella rodó levemente los ojos sin poder evitarlo. ¡Típico de él! Ni se lo había pedido, ni ella había accedido, pero Nicky ya había hecho el anuncio ante lo más selecto de la sociedad inglesa. Le costó horrores contener su boca para no saltar y decirle que era un

presuntuoso. Lily suspiró. Lo amaba. Jane le había dicho mil veces que el amor era sacrificio y empatía y Lily Alcott se daba cuenta de que así era en verdad. Nicky era un duque y siempre sería un tirano, pero los dos se necesitaban. Estaban bien juntos. El amor implicaba compartir y tolerar.

Los lacayos comenzaron a servir champán tal y como se les había advertido que debían hacer cuando se hiciese el anuncio. Le trajeron una copa a la pareja. Lily la cogió y él también.

—Alcemos nuestras copas, y deséenme la mejor de las fortunas —siguió el duque con su discurso—, porque nada es comparable a la dicha de sentirse un hombre profundamente enamorado, de rendirse ante el poder del deseo correspondido.

Lily se quedó paralizada con lo último que él había dicho. ¡Qué escándalo para el correcto duque de Rawn decir semejante afirmación! Y todavía estaba conmocionada cuando sintió los labios de él pegados a los suyos. Oh, no. Eso no estaba siendo un tímido beso. ¡Lily entendió lo que él estaba haciendo por ella. Las palabras de él junto con el beso fueron una declaración en toda regla. ¡Él iba a ser un duque escandaloso por ella! Aquel beso fue un acto de posesión. De demostración de su amor. Un juramento de devoción nacido en el escándalo.

Ella respondió al gesto, sin importar que no estuviesen solos.

—Te amo, Lilyan.

—Te amo, Nicky —se dijeron con los labios de uno y otro todavía acariciándose entre sí.

—No temas caer en desgracia, yo te sostendré hasta el fin de mis días. Desafiaré a la sociedad y a todo aquel que se atreva a dudar de mi buen juicio al elegirte mi esposa. ¿Me sostendrás tú a mí cuando tropiece, tesoro?

—Siempre.

Lo siguiente que hizo Nicholas Adrien fue llevarse una mano al bolsillo para sacar un perfecto anillo con un rubí acompañado por varios diamantes. No estaba en una caja. Se lo deslizó en el dedo y ella jadeó ante tal maravilla. Debía quererla mucho si le entregaba una joya de semejante calibre. Era lo más bonito que ella había visto jamás. Salvo las perlas que solía llevar, las que le regaló Jane por su veinte aniversario, la muchacha no tenía otras joyas.

—Más tarde te daré el juego completo que acompaña al anillo —le desveló con satisfacción. No había estado seguro de si le gustaría esa reliquia familiar. Era la que habían llevado las anteriores duquesas. Fue evidente de que Lily se enamoró también del anillo.

Una vez más, como había sucedido antaño en otra fiesta parecida a esa cuando otra pareja se hizo promesas similares a viva voz y de modo muy público, los invitados tuvieron diferentes opiniones sobre lo que acababan de presenciar.

Las damas suspiraron embelesadas, los caballeros ya podían imaginar la brillante noche de bodas que tendría el futuro esposo, posiblemente después de casarse con una licencia especial, y si alguien censuró la escena, no se atrevió a expresar el descontento en alto. El temible duque de Rawn era un enemigo al que nadie quisiera tener en la casilla de su haber.

Mientras la pareja descendía los escalones para recibir las numerosas felicitaciones, Daisy se colocó a la espalda de su hermana y le dio un abrazo desde atrás. Las dos estaban visiblemente emocionadas por lo que acababa de suceder. Incluso habían derramado alguna que otra lágrima de pura dicha.

Lucian se separó de su amada y dejó de sostenerla por la cintura. Comprendía que su esposa deseaba tener un momento con Jane, así que se quedó un poco rezagado.

—Nos has colocado a las dos ya, mi adorada hermana mayor, y del mejor modo posible. Es momento de que comiences a vivir sin preocupaciones. Ven con nosotros cuando embarquemos rumbo a los Estados Unidos de América.

—No puedo hacerlo, Daisy.

—¿Qué te ata aquí?

—Mi esposo —susurró.

—Él no merece tu lealtad, Jane.

—Pero la tiene de todos modos.

—Lo maldigo, hermana. Y si yo fuese una bruja capaz de conjurar un sortilegio, pediría a los dioses, paganos o religiosos, que lo hicieran besar tus pies mientras se arrastra ante ti.

—Eso es algo que tú y yo sabemos que nunca sucederá —alegó con pesar.

—Raid no te merece. No se me ocurre algún hombre que pueda hacerlo, pero él menos que nadie. No desistiré en mi empeño, Jane. Trataré de convencerte hasta el día en el que Lucian me diga que debemos partir.

—No esperaba otra cosa de ti, mi amada hermana —dijo con orgullo. Se sentía querida. Al menos Lilyan y Daisy la amaban sin contención.

Las dos hermanas se ladearon, sin separarse de su abrazo, para contemplar la pista central de baile donde el duque de Rawn y su futura esposa habían comenzado a bailar un nuevo vals.

Jane se sentía plena. Lily sería feliz. Daisy lo era ya. Si al menos hubiera un poco de esperanza para ella…

Epílogo

La ceremonia, aunque íntima y bastante discreta, había sido preciosa. Se llevó a cabo en la pequeña capilla de la mansión de Nicholas Adrien. La licencia especial que el duque de Rawn había conseguido, posibilitó que el feliz enlace se hiciera pasadas las dos semanas, que fue lo que la mejor modista de Londres, que Nicky pudo encontrar, tardó en confeccionar un precioso vestido de seda rosa pálido con brocados blancos para Lilyan.

Se sirvió un almuerzo donde la familia conversó distendidamente sobre lo maravillosa que se veía la novia, lo apuesto que estaba el novio, y un sinfín de cuestiones de ese tipo.

Cuando se sirvió el pastel de bodas, Nicky ya estaba cogiendo en volandas a su duquesa.

—¡Esposo!, quiero probar la tarta.

—Luego. —Demasiado había aguantado. Tuvo el impulso de encerrarse en su habitación con su mujer y echar la llave por la ventana, en cuanto el arzobispo terminó de pronunciar las últimas palabras.

Los invitados comenzaron a reírse mientras veían al duque correr como un loco, con su esposa en brazos, y subiendo los escalones de dos en dos.

Nicky la dejó en el suelo y cerró la puerta con llave, no fuese que alguien se atreviera a interrumpirlo.

—Ha sido muy grosero de tu parte, Nicky. Eran nuestros invitados y no debiste hacer eso.

—Estoy seguro de que lo entenderán.

—Tienes una habitación preciosa. —Ella se fijó en los detalles. Era una estancia muy masculina, un poco austera, tal y como era él. Cuando terminó de recorrerla con la mirada lo vio ante sí tal y como Dios lo trajo al mundo.

—Dormirás conmigo siempre. Después te mostraré la tuya.

—¿Cómo has podido desnudarte tan rápido? —Había sido lo más increíble que Lily había visto en su vida. ¡Qué rapidez! En un momento él estaba vestido y al otro ya no. Se quedó muy quieta, admirando ese cuerpo perfecto de su duque. Interesante. No tenía nada que ver con las ilustraciones de algunos de sus manuscritos. Uhm. Se mordió el labio. En verdad era espectacular.

—¿Te gusta lo que ves, tesoro? —Se sintió pletórico al verla devorarlo con la mirada.

—Estoy impactada, te has desnudado muy rápido —insistió—. Pero, sí, esposo, eres un Adonis.

Lo vio henchido de orgullo.

—Tengo muchas razones para apresurarme porque te deseo muchísimo. ¿Por qué tú sigues con la ropa puesta, esposa?

—Porque mi vestido es más complicado de quitar. Tendrás que servirme de doncella.

Rawn se acercó a ella, colocó las manos en su escote y desgarró la seda.

—¡Nicky! —gritó con enfado—. Era mi vestido de boda y tú lo has arruinado por completo.

—Te compraré cien más. Necesito que me muestres todo lo que hayas aprendido de ese libro tuyo, para saber si leíste con atención los pasajes más ardientes que Fanny Hill detalla.

—¡Ajá! Al fin sacas el asunto a colación. —Ella puso los brazos en jarras—. Estaba aguardando para ver cuánto tiempo estarías en silencio sin confesar que interceptaste una nota que no iba dirigida a ti y que te encerraste en una habitación oscura para seducirme.

—Tienes ante ti a un perfecto ejemplar masculino de la naturaleza… —Él movió las caderas para que ella se fijase en su preciosa erección—. ¿Y quieres hablar de cómo trataste de embaucar a mi hermano?

—¡No sabía que era tu hermano y jamás creí que yo te interesaba tanto como para besarme y hacerme perder el sentido! —se defendió.

—Así que te gustó nuestro primer encuentro.

—No más que el segundo —reconoció con naturalidad.

—¡Pícara desvergonzada! —le decía mientras le quitaba el resto de la ropa—. Sospecho que vas a exigirme que te dé ese tipo de placer hasta que quedes exhausta.

—Eso sería aconsejable.

—Nací para servirte, duquesa.

—Me alegro mucho, Nicky. Me alegro infinitamente.

Al fin figuraban los dos en igualdad de condiciones. Admiró el cuerpo de Lilyan y estuvo más que encantado. Era una diosa. Una pagana. Afrodita. Comenzó a sacarle las horquillas del pelo y las fue dejando caer sobre el suelo. Precioso. Su cabello negro azulado era pecado.

—Lo sé. Estar casada conmigo es un sueño. Te lo advertí y no me hiciste caso. Tienes suerte de que yo no sea un hombre rencoroso, que fuese perseverante y luchase por ti con uñas y dientes.

—Admito que este matrimonio tiene buena pinta. Pero lo que trataba de explicarte, duque, es que me alegro de que cogieses la nota y fueses en mi busca. No puedo dejar de dar las gracias al cielo de que algo así haya ocurrido. Y si me hubieras confesado la verdad sobre tu identidad, cuando me ordenaste que me casase contigo, seguramente hubiese caído a tus pies. Eres excelente dando besos, mi amor.

—Repite eso.

—Tu vanidad va a ser un problema… —suspiró—. Eres excelente dando besos —repitió.

—No me refería a eso. Y no tengo tanta vanidad como crees, conozco a otros duques que son mucho más tediosos que yo. Lo que quiero que digas es: «mi amor».

—Eres mi amor, Nicky. No me habría casado contigo si no lo fueses. Y más porque en ningún momento me lo has pedido.

—¿No lo hice? —inquirió con falsa incredulidad.

—No. Solo ordenas.

—¿Y estás dispuesta a cumplir lo que yo demande, esposa?

—No me lo vas a pedir, ¿verdad?

—Estamos casados, Lilyan. ¿Esperas que me declare?

—Puedo ser muy receptiva cuando logro lo que deseo.

—¿Qué me consentirás?

—No lo sé… ¿Qué podrías desear?

—Estoy tan hambriento de ti, necesito poseerte con tanto apremio que preferiría dejar los juegos para otra ocasión. Solo deseo besarte y hacerte mía.

—¿Y qué te lo impide?

—¿Así de fácil?

Él se acercó a su esposa. La había estado contemplando con glotonería desde que comenzó la conversación. Una charla que él estaba deseando dar por finalizada. No lo había hecho porque suponía que Lilyan, pese a considerarse una mujer mundana, debía estar muy nerviosa y de ahí que hablase tanto.

—Pasaré por alto el hecho de que nunca te arrodillases para pedir mi mano porque tu declaración ante todos tus invitados, cosa que sospecho sobre la que Daisy te orientó, fue espectacular.

—En efecto. Tu hermana me dijo que su señor Jefferson hizo algo parecido y aseguró que no pudo negarse a aceptar incluso sabiendo que se convertiría en un escándalo cuando se fugase con él. Eso me dio la idea de ponerte contra las cuerdas. No creas que no olvido que saliste corriendo mientras bailabas con mi hermano con la idea de huir de mí.

—Me asusté. Me dio miedo traerte vergüenza. Tu título es antiguo e importante y entré en pánico. No traté de escapar porque no te amase. Fue porque te amaba por lo que traté de echarme a un lado.

—Era inútil, Lilyan. Ya había decidido que serías mía. Y sabía muy bien que yo era para ti, porque cuando te besé… Lo supe. Solo supe que estaríamos bien juntos. No había esperado enamorarme de ti tan rápido, pero lo hice.

—Yo también, Nicky.

—¿Debo preocuparme por mi hermano? —preguntó con suavidad.

—¡No! Solo estabas tú, aunque no lo veía entonces. Me acerqué a él… Ya escuchaste toda la confesión, Nicky. Solo deseaba conocer el poder de la seducción.

—Te creo. ¿Ahora puedo hacerte el amor? Porque si lo que necesitas es verme de rodillas, tesoro, yo siempre estoy inclinado ante ti.

—De igual modo que yo, Nicky. Así que haz el favor de llevarme a la cama y demostrarme cuánto me amas.

—Si me das órdenes como esa, seremos un matrimonio perfecto. —La alzó de nuevo y la colocó en el centro de la cama.

Se tendió sobre ella y comenzó a besarla. La devoró. Ella se dejó hacer.

—Nicky, me vuelves loca.

—Tú a mí también.

Las manos del duque palpaban todo su cuerpo sin descanso. Su boca besaba, lamía, mordía con suavidad, toda la carne que caía en sus fauces.

Sus pechos eran espléndidos. Le faltaban manos y lenguas para todo lo que deseaba hacerle.

—Por favor, Nicky, hazlo ya.

—Necesito prepararte bien. —Llevó una mano hasta su feminidad y la encontró mojada. Le fascinaba la reacción de ella ante su toque.

—No puedo dejar de pensar en lo que viene. Hazme tu mujer, para que pueda disfrutar cuando pase ese calvario.

Él dejó de besarla, aunque su mano seguía jugando con su botón del placer.

—Habrá un poco de dolor, lo haré lo mejor que pueda.

—En los libros que tengo…

—¿Cuántos tienes además del de Fanny Hill? —inquirió con bastante curiosidad.

—Unos cuantos, luego te los mostraré. Como decía, en los libros se habla de sangre y de que la mujer no disfruta nunca su primera vez. Estoy nerviosa y necesito que pase el momento. Por favor, procede a penetrar mi sexo con tu falo.

—Uhm. Has sonado muy… científica. Sí. Muy teórica.

—Te recuerdo que has sido tú el que ha dicho que estabas ansioso por tomarme.

—Sí, lo sé, pero…

—¡Oooooh! —Lily cerró los ojos ante el placer repentino que sintió de pronto.

El duque le había metido un dedo en el interior, sin dejar de acariciar su perla.

—Así está mejor, tesoro. Solo disfruta de mí. Seré gentil y paciente, aunque no puedo prometerte que sea así siempre. Me hierves la sangre, Lilyan. No te haces una idea de lo

que es desearte con desesperación.

—Te necesito, Nicky. De verdad que deseo sentirte dentro de mí. Mi cuerpo llora por ti. ¿No vas a atender la llamada, mi amor?

—Por supuesto que sí.

El duque se agarró el miembro y, con paciencia infinita, fue profanando esa dulce estrechez que lo haría morir de placer en cualquier momento.

—Eres grande, Nicky. —Ya lo había percibido aquella vez que lo engulló, pero en esta ocasión era diferente. Se sentía muy llena. Oprimida.

—Y tú terriblemente estrecha.

—No vas a caber.

—Lo haré. Solo relájate. —Su bendita mano derecha regresó para acariciarla mientras se deslizaba dentro de ella. Lily lo agradeció considerablemente.

—¡Nicky! —exclamó, mientras contorsionaba su cuerpo.

—Por amor de Dios, Lilyan, no te muevas o te haré daño.

Imposible quedarse quieta. La duquesa de Rawn levantó las piernas sobre las caderas de él para abrazarlo y lo empujó contra sí.

—¡Tesoro! —exclamó en medio de un grito agónico.

—¿Te he hecho daño? —inquirió con ansiedad.

—Eso debería preguntártelo yo a ti, Lilyan.

—Ah, no. Yo estoy bien. He sentido un pequeño pinchazo cuando imagino que has llegado al final, pero no ha sido tan horrible como creí que sería.

—Bien. Entonces gocemos. Quiero que vengas conmigo, tesoro. Cuando yo me libere, necesito que vengas conmigo. ¿Lo harás?

—De ti depende. Es tu destreza la que me hará volar.

—A Dios gracias por esos libros, Lilyan. —Era delicioso tener a una virgen en su cama pero con la sabiduría de una mujer mundana.

—Hazme el amor, Nicky —suplicó, al tiempo que las caderas femeninas salían al encuentro de las de su esposo.

—¡Santo Cristo misericordioso, mi duquesa! Moriré de placer.

—Muere conmigo, Nicky. Hazme morir contigo, mi amor.

El duque se movía cada vez con mayor precisión. Su mano seguía acariciando ese punto exacto que la hacía gemir y suplicar más y más.

La danza fue tan perversa, tan tierna a la vez, tan sublime que Nicholas Adrien y Lilyan no tardaron en sucumbir a las delicias del placer que conllevaba hacer el amor con la persona perfecta.

—Ven ahora, tesoro. Ven conmigo. Vuela alto junto a mí. Yaaaa, Lilyaaaaan.

—Sí, sí, síííííí —gimió ella, en cuanto el éxtasis la atravesó.

Juntos, en armonía, como si de una maravillosa partitura se tratase, Nicky y Lilyan alzaron el vuelo hasta lo más alto del placer conyugal, para convertirse en un solo ser. Unidos por amor. Sostenidos por la pasión más sana y malvada a la vez.

Una feliz pareja se había abandonado al poder del deseo y el futuro solo les traería felicidad, paz y muchísimo amor. Y mientras Lilyan pensaba en la gran suerte que había corrido, un sentimiento de lástima la asaltó al pensar en su hermana mayor.

Lilyan Roswood, duquesa de Rawn, sacrificaría un poco de su felicidad si con ello consiguiera que Jane alcanzase la suya.

No tenía que preocuparse por Daisy. Ya lo hizo en su momento y su hermana mediana estaba en el mejor de los momentos. En cambio Jane…

Fin.

El delirio del anhelo

Historia de Jane Alcott

«Es la ley de la guerra que los vencedores traten a los vencidos a su antojo.»

Julio César.

Capítulo 1

Londres, Inglaterra, 1833.

Jayden Stirling acababa de presentar su dimisión, esta vez irrevocable, ante el Ministerio de Asuntos Exteriores. La Corona tendría que apañárselas sin él. Como vizconde Raid era necesario asegurar su descendencia, así que traer a un heredero al mundo era primordial. Atrás quedaban las misiones secretas, sin embargo, regresar a Londres y asentarse definitivamente allí de una vez por todas sería una trabajo más que forzado.

En los últimos dos meses había viajado mucho, por lo que estuvo poco al lado de ella. Era hora de que las cosas cambiaran, aunque la vida en Francia era más llevadera. ¿El motivo? Su esposa. Lady Raid no estaba al tanto del trabajo que desempeñaba para el reino. Cada vez que salía de viaje, le decía que era un asunto de negocios —eso cuando conseguía dar con ella, pues su vizcondesa era muy escurridiza—, y no le mentía del todo, dado que se jugaba mucho en sus misiones.

Un matrimonio nefasto. Era lo que Jayden había logrado cuando se casó con la hija del difunto conde de Dum, Jane Alcott.

El vizconde suspiró en cuanto el recuerdo de su bonita esposa se cruzó por su mente. Pelirroja. El color de su pelo fue su debilidad.

En medio del mar, apoyado en la barandilla del barco que lo llevaba rumbo a casa, no se percibía a sí mismo libre como el viento. Sentía la presión de un matrimonio que no debió haber forzado con Jane.

A sus treinta y dos años, lord Raid no se consideraba un hombre fácil, porque no lo era en absoluto. Era autoritario, alguna vez rayando la tiranía, decidido, pero también valiente y leal. Esas cualidades se suponían vitales para el desempeño de sus funciones como espía. Jayden se conocía bien, y por ello había buscado a una mujer, que no una jovencita recién salida del cascarón, para casarse y tener un heredero. En el momento en el que le hablaron de las tres hijas del malogrado conde de Dum, y vio a Jane… Nada más importó. La quería y tenía que ser suya a cualquier precio. Lástima no haberlo meditado mejor. Jayden volvió a suspirar con esa última reflexión.

Hacía poco más de cinco meses que se colocó, con gran entusiasmo, los grilletes del matrimonio, y aunque no estaba muy orgulloso de la persecución que emprendió tras Jane, ahuyentando a sus pretendientes sin remordimientos, sí consideró que todo saldría bien.

Su esposa era la mayor de las otras dos hermanas Alcott, que según tenía entendido, se habían casado hacía relativamente poco. No había acudido a ninguna de las bodas. Su trabajo en Francia y la necesidad de apartarse de su esposa, debido a los numerosos conflictos que arrastraban, lo habían mantenido apartado de ella, en un ir y venir constante.

Le había dado la protección de su título, dinero y un techo para vivir. El conde de Dum dejó a sus hijas casi en la indigencia cuando se gastó toda su fortuna en juego y mujeres. Jayden supuso que Jane no sería una presa complicada de cazar. Oh, sí, él había disfrutado en la persecución, dado que ella, a pesar de la deshonra que supuso la vida de su padre, y de no ser tan joven como el resto de las muchachas que inundaban el mercado matrimonial, contaba con un séquito importante que la asediaba. Jayden erró al suponer que sería pan comido conquistarla y no dudó en usar artimañas cuestionables para librarse de sus adversarios. Jane lo merecía.

Un golpe de mar hizo que el barco se moviese de lado a lado. El vizconde tuvo que sujetarse con firmeza de la barandilla. Sonrió de lado con el pensamiento que llegó a su mente. Así era como estaba la situación con su esposa: insostenible.

¿De quién era la culpa? No lo sabía y a Jayden le importaba poco. Ella se había casado con él, por lo tanto era suya. Tenía que darle un heredero quisiera o no.

Se mesó el pelo. Sus misiones diplomáticas para la Corona, que le hacían ir y venir del país galo continuamente, le parecían más fáciles que tener que volver a lidiar de forma permanente con la vizcondesa. Ah, no todas las mujeres eran dóciles y mansas. No. Eso lo había aprendido pronto de Jane. Y las dos arpías más jóvenes que eran sus hermanas no distaban mucho del carácter que presentaba su mujer.

Era hora de olvidarse de todo y empezar de nuevo. Cuando, después de casarse, el coronel Bennet se presentó en su puerta para pedirle un único favor, y viendo la difícil situación que vivía cada día con Jane, no lo dudó un instante y tuvo que prestar su ayuda a la Corona. Lejos estaban los años de la guerra, pero las amenazas siempre seguían ahí. El mundo era un tumulto cargado de malas intenciones, incluso sin Napoleón.

Casadas. Lilyan, la hermana menor de Jane, se había convertido en la duquesa de Rawn, y la mediana de las Alcott había pasado a ser la señora de Lucian Jefferson. Jane ya no disponía de un pequeño ejército para protegerla de él, de sus avances, de su lujuria. ¡Dios cómo la echaba de menos!

No estaban enamorados cuando se casaron. Por supuesto que no. Él le ofreció a Jane un contrato muy ventajoso por el que le dio la salvación de la ruina y ella aceptó sin pestañear.

La noche de bodas fue sublime. Ella estuvo perfecta. Tan inexperta, pero a la vez tan ardiente que… lo había asustado. A él, a un hombre que se había jugado la vida en multitud de ocasiones sin el menor temor a la muerte. Después de aquella maravillosa noche vinieron más. Su relación no fue mala al principio, especialmente las primeras semanas y en la cama se habían complacido muchísimo. El placer se veía como algo aceptable en un matrimonio sin amor. Entonces… ¿qué pasó?

No lo tenía claro del todo, aunque estaba aquel tema tan doloroso que… pero Jayden sí sabía que la fue apartando de su lado. No era sano que un hombre, más uno como él, dependiese tanto de su esposa. Jane le exigía cada vez más y lord Raid no estaba dispuesto a

dárselo. Las peleas pronto llegaron y la bruma de la felicidad inicial se dispersó. Los celos se despertaron y el matrimonio se les fue de las manos. A él más que a ella, pero no importaba porque las damas eran las que debían estar al servicio de sus maridos, algo que Jane no había llegado a comprender todavía.

La había visto semanas atrás en un baile, justo antes de que su esposa desapareciera frente a sus narices y él tuviera que regresar con urgencia a Francia para terminar con sus asuntos. Jayden había destapado un conspiración contra varios altos mandos del ejército inglés. Sus dotes le habían servido para que sus superiores le rogasen que recapacitase sobre su decisión de abandonar el trabajo para la Corona.

No podía más. En un intento de alejar a su esposa, lo que había logrado fue justo lo contrario. La deseaba y la echaba tremendamente de menos, en especial por las noches, cuando se despertaba duro como una piedra y, solo, en su cama. Lo de Jane no era amor, solo lujuria, se decía una y otra vez.

Además de autoritario era recto y severo, y de ahí que no hubiese buscado la compañía de otra mujer. ¡Deberían erguirle un monumento!, puesto que no se fiaba de que su esposa hubiese hecho honor a sus votos.

Si tan solo su pelo, del color del fuego más tentador, y sus preciosos ojos azules, como un profundo lago, no lo tuviesen subyugado…

En medio de la soledad de la parte de proa del barco, maldijo la belleza de Jane. También su actitud y carácter.

¿No podía ella replegarse a sus deseos? Él era el hombre, por Dios, lady Raid únicamente debía obedecerlo…

Demasiado complicado todo. Él era un maldito espía. Un hombre capaz de controlarse en las peores circunstancias, entonces, ¿por qué su temperamento áspero aparecía cuando ella lo desafiaba? Había lidiado con muchos enemigos y nunca lo empujaron tan lejos como lo hacía su mujer.

Se juró, antes de subir al barco, que esta vez tendría paciencia con ella. No se pelearían, dado que él no iba a consentirlo. Se mantendría firme, trataría de ser comprensivo, pacífico… Oh, Dios, ¡la necesitaba en su cama! Desnuda, llamándolo, suplicando para que terminase con la agonía del deseo que le despertaba con sus caricias y besos.

La anticipación lo tenía al borde de la desesperación. Y pese a no ser un hombre creyente, rezó una plegaria para poder contener su fuerte temperamento y lograr un acercamiento con su esposa, o los dos terminarían muy mal.

Con la idea de cenar en su casa, con tranquilidad, con las luces de las velas alumbrando tibiamente el comedor, componer su sonrisa más encantadora y seducir a Jane, el vizconde Raid llegó a su destino para rugir como un león.

Lady Raid se había ido a un maldito baile que organizaba su hermana Lily. ¡Maldición!

El juego acababa de comenzar y las perspectivas no eran nada buenas.

***

Jane estaba inquieta. Esa noche había hecho todo lo posible para no acudir a la fiesta que la recientemente duquesa de Rawn había organizado. No deseaba meterse en problemas, porque de las tres hermanas, ella era la mayor, la más sensata. No se sentía así en esos instantes.

El salón de baile estaba atestado de grandes personalidades. No en vano, el duque de Rawn, el esposo de su hermana menor Lily, era un miembro muy querido por la alta sociedad.

La fiesta estaba siendo un éxito sublime. Lily estuvo las últimas semanas inquieta

por si no daba la talla como duquesa. Era joven, cierto, pero Rawn la haría madurar y se veía que se trataba de una pareja enamorada. Desde su posición, en un lateral del fastuoso salón decorado en tono marfil, con destellos de terciopelo rojo colocado en algunas paredes, Jane podía ver a su hermana pequeña. No era la única que la vigilaba, dado que el duque, alejado a unos pocos pasos de Lily, la custodiaba como un halcón. Jane fue testigo involuntaria de un intercambio privado entre Lily y Rawn. Su hermana se sonrojó debido a la intensidad de la mirada del noble. ¿Cómo podía una pareja decirse tanto sin hablar?

Jane sonrió y apartó sus ojos para dejar de sentirse como una extraña que se metía en medio de una pareja que se adoraba. Entonces sucedió. Su corazón se estremeció y sus ojos se nublaron al pensar en su propia vida. Dolía. Muchísimo.

Vizcondesa. Jane era una mujer con título, y antes de convertirse en lady Raid había sido la hija del maltrecho conde de Dum, quien acabó sus últimos días entre vergüenza, y las dejó en una situación del todo precaria.

Su matrimonio fue una bendición, aunque disfrazada. No era feliz. A Jane y a Raid les había unido la lujuria. Se avergonzaba al reconocerlo, pero eso era así. Fue el primer hombre que la tocó del modo en el que un esposo tenía derecho a palpar a su mujer. ¿Amor? Tal vez hubo, en pasado, o tal vez no. Pero lo que estaba claro era que no había, en presente, porque estaba cansada de que él arrojase sus sentimientos al suelo para pisotearlos.

Él no le dio opción, y tampoco era como si ella hubiese puesto las cosas fáciles entre ambos. No era un hombre sencillo. Jayden Stirling era complicado, silencioso y celoso, aunque no más que cualquier otro.

La mujer se debía en cuerpo y alma a su marido. Así lo marcaban las reglas sociales. Ella tenía que preocuparse de sus hermanas antes que por su esposo. Él no la entendía y cada vez las peleas se hicieron más insoportables.

Se sentía culpable por haberlo hecho huir de casa. Un lugar que era de Jayden y del que habían disfrutado sus hermanas —hasta que las dos se casaron— y ella misma.

Las tornas habían cambiado. La que se sentía sola y celosa era Jane. Su esposo se

lo había tratado de explicar en numerosas ocasiones, y ella solo sentía el yugo pesado de sus reclamaciones incesantes.

No ayudaba que en el otro lado del salón estuviera el primer hombre que la hizo sonreír, quien le dio su primer beso. Suspiró. Tener pensamientos nostálgicos con el antiguo jefe de cuadras de su padre no era una buena idea. Sin embargo, no podía alejarlos. No quería olvidar que una vez fue importante para alguien.

Jason Colman, el amor de su juventud, no le quitaba el ojo de encima. Lo había estado evitando desde que llegó a la fiesta. Lo sentía observarla a cada paso y su orgullo femenino estaba por las nubes, y solo la culpabilidad la hacía rehuirlo.

Ni cuando Jason se ofreció a salvar la reputación de Daisy —su hermana mediana—, que fue pasto de una apuesta del todo indecente antes de casarse con su esposo Lucian Jefferson, ella se sintió traicionada por él. Jason le propuso matrimonio a Daisy y Jane solo pudo agradecer su ayuda, el sacrificio que él iba a hacer. Finalmente aquello salió bien y Jason no tuvo que casarse con su hermana. Y lo lamentaba. Por egoísmo lamentaba que aquello no hubiera ocurrido, porque ese hubiese sido el único modo de tener paz al fin. Si Colman se hubiera convertido en el esposo de su hermana…

¿No podría olvidar jamás a su amor de juventud? Jason Colman. Un nombre que la atormentaría hasta el fin de sus días porque le había fallado también a él, además de a Raid. El señor Colman le pidió que lo esperase antes de marcharse a los Estados Unidos de América para buscar fortuna.

La hija de un conde no se casaba por debajo de sus posibilidades y Jason se empeñó en no desposarla hasta que prosperase. Y lo hizo. Jason regresó a Londres rico como el rey Midas, pero llegó tarde. Jane ya era propiedad de otro hombre. Jason no la había perdonado y lady Raid sospechaba que ese fue el motivo de mayor peso que impulsó a Jason a pedirle matrimonio a Daisy cuando ella estuvo en problemas. No había importado, porque el amor de Jane por sus hermanas era tan descomunal, que estuvo agradecida por el gesto de él.

Los ojos azules de la pelirroja se movieron, por inercia, hasta donde estaba Jason. Él la estaba mirado y se quedó anclada en su lugar. No escuchaba ni el murmullo de quienes

estaban a su alrededor hablando sobre el tiempo o los actos programados de la temporada londinense. Solo era consciente del latir de su propio corazón, de la sangre agolpándose en sus orejas.

Los ojos verdes masculinos, del color de una oliva, la tenían presa. Sometida a él. Lo vio levantar la copa de champán, que sujetaba en la mano derecha, hacia su dirección y luego llevársela a los labios para tomar un trago. No fue capaz de desviar la mirada, de hacerle un gesto de desprecio… lo que fuese para que Jason dejase de atormentarla. Los recuerdos de un joven moreno sujetando su yegua mansa regresaron a su mente. Él la ayudó a bajar y tuvo la desfachatez de besarla. Un beso rápido, que la indignó, fue lo que dio paso a todo un sinfín de locuras que nunca debieron haber ocurrido entre los dos.

Ira. Solo había rabia e ira para Jane. Primero la de Raid por no ser la esposa que él deseaba, luego la de Jason por no haberlo esperado. Atrapada entre dos hombres y ansiosa por escapar de ambos. ¿Qué había más tranquilo y preciado que la soledad reparadora? Tal vez una casita pequeña, alejada de todo, fuese la solución para todo el mal que estaba por venir.

Raid regresaría para hacer su vida, sin ella, pues había dejado claro que no la quería. Jason, más pronto que tarde, acabaría casado con una bonita joven que se postraría a sus pies, no por su riqueza, sino porque el señor Colman era impresionante. ¿Qué le quedaría a ella?

—Nada —susurró, en medio de la fiesta, a nadie en particular.

—Deberías bailar con él. —Llegó por su derecha una voz que Jane bien conocía.

Ese fue el momento exacto en el que lady Raid regresó al presente. Al fin pudo dejar de mirar a Jason, giró la cabeza y vio a Lily sonriendo.

—Una fiesta preciosa, duquesa —le dijo con admiración Jane a su hermana pequeña. Usó el título con cierto retintín, para ver si comprendía que no quería seguir por ese camino.

—¿Por qué no bailas con Jason? —le preguntó sin ambages Lily. Jane le sonrió.

—La decoración es divina, las arañas del techo son soberbias, y el licor excepcional. No he tenido todavía ocasión de probar la comida, aunque sospecho que será igual de impresionante que el resto. Tu primera fiesta es un éxito y mañana las columnas de chismes no harán otra cosa más que alabarte. Deberías estar orgullosa, sé bien lo que te has esforzado para que todo sea excelente.

—Ve a bailar con él —insistió de nuevo Lily. A terca, pocos ganaban a la menor de las Alcott.

—Todo sin olvidar que nadie ha sido capaz de rechazar la invitación, he contado a tres duques por lo menos en tu fiesta. Te amarán, Lily.

La duquesa de Rawn soltó un largo suspiro, le agarró la mano a su hermana y la obligó a ir con ella hasta la terraza más próxima. Una vez que llegaron, Jane se preparó para una reprimenda…

—No le debes nada. Raid no lo merece.

—¡Y qué decir del jardín! —exclamó Jane, en cuanto estuvo fuera y observó la majestuosidad que allí había—. Confieso que las antorchas con fuego son algo excéntricas, pero… ¡vaya!, ha quedado soberbio.

—¡Ya basta, Jane! —gritó su hermana, sin contención.

Las dos parejas que estaban a su lado refrescándose, entraron de inmediato al escuchar el exabrupto de la duquesa de Rawn.

—Tu esposo tiene todavía que perfeccionar tu comportamiento, duquesa. No es propio de una dama de tu alto rango perder la paciencia.

Lily cruzó los brazos por delante de su pecho y la miró con una ceja alzada.

—¿Por qué no hablamos mejor de ti?, ¿de cómo te estás echando a perder

mientras la vida pasa ante tus ojos?

Jane se dio cuenta que era momento de cortar la posición dominante de Lily. Se puso seria.

—Regresa adentro, duquesa, porque todavía soy tu hermana mayor y puedo cogerte por la oreja. Y no vacilaré en darte un escarmiento si sigues tratando un tema que a ti no te concierne —le dijo con seriedad y sin perder la compostura.

—¡Oh, sí, por supuesto! Santa Jane. Sí. Eso pondré en tu lápida cuando te mueras de infelicidad y aburrimiento. «A mi querida hermana santa Jane, quien fue una cobarde y no se atrevió a vivir la vida y robar la felicidad que se le debía».

Jane frunció los labios antes de decir:

—Cuidado, Lily, porque estás pisando un terreno resbaladizo, y tengo potestad para hacer algo más contundente que darte un tirón de orejas aunque seas una mujer casada.

—¡Entonces hazlo! —la desafió—. Haz algo con tu vida, olvida las reglas, el decoro, la obligación. ¡Él está ahí dentro! —gritó una vez más.

Jane dio un paso hacia su hermana y se colocó a escasos pasos de ella.

—¿Crees que tu vida es maravillosa? ¡Por supuesto que lo es! Estás casada con el hombre que elegiste, uno que te ama y que te lo demuestra. ¿A quién le debes lo que tienes, Lily? Yo te lo diré: a mí. Solo a mí. Yo tomé una decisión en su momento. La única que podía tomarse. Me casé porque debía hacerlo, porque tenía esperanza e ilusión. No te atrevas a discutir mi proceder, y mucho menos me sermonees sobre lo que debería o no hacer. Vive tu vida como te plazca, pero no te consentiré ni una sola vez que cuestiones mi carácter o mi modo de actuar. Ni tú ni nadie tiene derecho a hacerlo.

—¡Eres imposible! ¡Yo solo quiero que seas feliz! —chilló de nuevo, exasperada ante la terquedad de Jane.

La charla, que estaba subiendo de tono y en la que poco quedaba para que Jane perdiese el buen juicio, se vio interrumpida por un carraspeo muy sonoro.

—Por más que adore verte fuera de tus casillas, esposa, este no es el momento indicado —intervino Nicholas Adrien Roswood, duque de Rawn, para llamar al orden a su joven mujer.

—Es un asunto entre hermanas, mi amor, será mejor que te mantengas al margen —lo avisó Lily, algo más calmada.

—Aunque no era mi intención escuchar, he podido oír lo justo para entender que esto versa sobre tu intención de imponer tu voluntad sobre la de tu hermana —le dijo Nicholas Adrien a su duquesa.

—No tienes la menor idea de lo que hablas, mi duque —lo refrenó, sin apartar la mirada de Jane—. Vuelve dentro, por favor, estaré en un segundo a tu lado, pero antes debo hacerle comprender a la terca que tengo frente a mí, que hay un hombre ahí dentro que vale la pena. ¡Jason Colman es tu futuro! —le gritó de nuevo.

—Vaya… gracias, creo —dijo un recién llegado.

En efecto, el aludido acababa de llegar hasta donde Rawn, su esposa y Jane mantenían una pequeña discusión que no era para nada silenciosa.

La vizcondesa Raid gimió en alto, abochornada, justo en cuanto se dio cuenta de que precisamente él acababa de escuchar toda la retahíla de su hermana. ¿Podría abrirse la tierra para que ella se hundiera y así no tener que enfrentar la situación? No, seguro que ni así Lily le permitiría marcharse con la cabeza alta.

—Bueno, supongo que no sería una fiesta tuya —tomó la palabra Nicholas Adrien—, si no hubiera un poco de drama y atosigases a tu hermana mayor… ¿Por qué no regresamos dentro y dejamos que lady Raid trate de reconducir la situación?

—¡Solo hablaba de un baile, Nicky! —explicó la duquesa—. Este desastre que tenemos entre manos no habría pasado si el señor Colman hubiese sido un hombre decidido y le hubiera pedido un baile a mi hermana. ¡Por Dios santo, si todo el mundo sabe que se la come con los ojos!

—Genial, Lily, creía que no podrías martirizarme más… —se quejó Jane—. Si me disculpan, caballeros… —La vizcondesa Raid se recogió la falda del vestido de muselina violeta que llevaba, y comenzó a bajar los escalones del jardín sin saber hacia dónde dirigirse. Tan solo necesitaba huir de la incomodidad.

Unos pocos segundos fue lo que tardó el señor Colman en dirigirse escaleras hacia abajo para seguir la estela de la vizcondesa.

La duquesa de Rawn compuso una sonrisa al ver la estampa, y cuando se giró para fijar la mirada en la de su esposo, lo vio serio y con una ceja levantada. La estaba acusando. Ella lo sabía.

—¿Qué? Es mi hermana mayor, la adoro y si no hubiera intervenido, su terquedad no le habría permitido ver que tiene lo que necesita ante sus ojos.

—Oh, Lilyan , amor mío… Tal vez debería prohibirte que escribieras esas historias tan escandalosas que te empeñas en seguir creando.

—No te escucho quejarte cuando las recitas en alto, en la oscuridad de nuestra alcoba, esposo. —Lo que ella escribía no era algo neutro. Era pura lascivia, dado que pretendía convertirse en una escritora memorable e infame, a la altura de un libro como *Fanny Hill*.

Puesto que el sueño de Lilyan había sido convertirse en una escritora prohibida, sus textos tenían una carga inmoral que demasiado gustaba a su esposo. Entre otras cosas porque él hacía muchos experimentos en el lecho, a fin de que ella pudiese componer fielmente sobre lo que era la pasión entre un hombre y una mujer.

—Tienes que dejar de inmiscuirte en la vida de tus hermanas, en especial en la de

lady Raid. Sé cuánto te disgusta que te lo recuerde, pero ella es una mujer casada.

—Tonterías —dijo, haciendo un aspaviento—. Los matrimonios pueden romperse.

—No. Un proceso de divorcio es algo muy costoso y la reputación de Jane no sobreviviría. Es más factible ver a un unicornio surcar el cielo esta noche de luna llena.

Lilyan suspiró. Su duque no se equivocaba, no había nada tan escandaloso e imposible de conseguir como un divorcio, pero…

—Lo único que me motiva es que mi hermana obtenga la felicidad que se le debe.

—Ella no eres tú, amor mío. Jane es cautelosa y tiene un gran sentido del honor y el deber. No la fuerces —le recomendó una vez más.

—Más pamplinas, mi duque. Daisy se marchará pronto al continente americano y podría llevársela con ella.

—Tu faceta como escritora no te deja ver más allá… —observó, al comprender lo que se proponía su esposa. Estaba seguro de que en la mente de Lilyan, ella ya veía a Jane viviendo feliz en el salvaje Oeste con Colman a su lado, regentando un rancho de ganado.

—Amor mío, mi hermana tiene que estar con Jason Colman. Raid puede hacernos un favor a todos y… —Se calló.

La duquesa de Rawn era impulsiva, escandalosa y temeraria, pero no terminaría la frase que acababa de pronunciar. La muerte de una persona no era algo trivial, ni aunque el vizconde Raid fuese el mismísimo Lucifer enmascarado.

—Estás forzando a tu hermana y si no vas con cuidado la perderás.

—¡Qué cosa tan desagradable acabas de decir, Rawn! —lo amonestó.

—Pero no incierta. Y lo sé bien porque yo mismo tuve que sufrir en mis carnes tu temperamento, querida mía. Deja que Jane se ocupe de sus asuntos y dedícate a mí en cuerpo y alma —le encomendó, mientras la sostenía por la cintura y buscaba los labios femeninos para besarla.

La duquesa se dejó hacer. No había mayor placer que degustar un profundo beso de su amado esposo. Cuando Nicholas Adrien tuvo suficiente se separó de ella y la dejó temblando y anhelante.

—Ella cuidó de mí. Yo debo hacerlo ahora, Nicky —usó el apelativo cariñoso por el que llamaba a su esposo—. Mi hermana me necesita más que nunca. Podría marcharse y Jason la seguiría. En América las cosas son diferentes. Jane podría tener una nueva oportunidad. El destino no la ha tratado bien. Solo deseo que sea…

—Feliz, lo sé. —Terminó él la frase que su esposa había dejado en el aire—. Ámala, preocúpate por ella, quédate a su lado, pero no intervengas si ella no te lo pide.

—No sé si podré hacerlo — confesó.

Jane era su sol, su aire para respirar. Lily solo quería devolverle lo que su hermana mayor le había dado.

—Yo te ayudaré. Ahora, regresemos adentro antes de que olvide que somos los anfitriones, te cargue sobre mi hombro y te dé material nuevo para esa obscena novela gótica que tendremos que esconder bajo siete llaves, en el baúl más recóndito de casa.

Su esposa se rio con satisfacción ante las palabras del duque.

—Está bien, regresaré y me comportaré como la perfecta duquesa que crees que soy, pero esta noche… —dijo con picardía.

—Sí —la interrumpió—. Espero que seas malvada y todo lo que decidas ser en mi lecho. Lo estoy deseando —señaló hambriento.

Mientras una feliz pareja se adentraba de nuevo en las fauces de la buena y correcta sociedad, un hombre perseguía a una mujer en medio de un oscuro jardín… ¿Qué saldría de ahí?

Capítulo 2

Llegó hasta una enorme pared de arbustos que no le permitió el paso. Jane observó a su derecha un banco de piedra y decidió tomar asiento para ver si se serenaba.

Su vida no era la que hubiera esperado, en eso Lily no se equivocaba, pero su hermana menor no entendía la gravedad de su posición.

Cuando vio a Raid por primera vez, supo que no estaba ante un hombre simple. Debió haber girado sobre sus talones y poner rumbo hacia un terreno más pacífico, por decirlo de alguna manera. No debió haberlo seducido para obligarlo a casarse con ella. Jane era consciente de que estaba pagando el precio de su insensatez. ¿Qué otra cosa podía hacer una mujer, sino asegurar la vida de sus hermanas y la suya propia, casándose con un buen partido?

Todo se había torcido por aquella estúpida carta. Se tocó la frente al tiempo que exhalaba. No tenía escapatoria.

Ningún otro hombre que no fuese su esposo podía salvarla de toda la angustia que vivía, quitarle la opresión del pecho y devolverle la esperanza. Muy a su pesar, Jane eligió sacrificar el amor de la juventud por la obligación en su momento y eso parecía que la había condenado. El mayor castigo fue enamorarse de su esposo, un hombre que no la amaría jamás.

Estaba perdida, el apellido de su padre la perseguía, pese a que se había casado, en muchos círculos la seguían recordando como Jane Alcott, y había quien se atrevía a decir que

estaba tan corrompida como su propio padre. Esto último no era cierto del todo, aunque no ayudó mucho el hecho de que algunas celebridades los pescasen, a Raid y a ella, en aquel oscuro jardín, haciendo cosas del todo indebidas y censurables.

Su matrimonio se había convertido en la comidilla de la alta sociedad londinense y Jane no sabía cómo podría volver a colocar las cosas en orden.

—No se equivocaba… Tu hermana, digo. Debería haber sido más valiente y obligarte a prestarme la debida atención. —Jason Colman había conseguido llegar hasta su posición.

Jane se sobresaltó al escuchar su potente voz en medio de la oscuridad. Ahogó un pequeño grito y se levantó de inmediato para escapar. Estaba cansada de tener que huir de todo, de todos, pero esa parecía ser su vida.

Dio un paso a la derecha para esquivar al señor Colman y salir corriendo. No tuvo éxito en su empeño. Su antiguo… ¿cómo denominarlo? ¿Amor, pretendiente, amigo? Lo que fuese… Jason le impidió la huida, dado que la tomó por el brazo con suavidad, pero con firmeza.

—Por favor…. —logró decir ella, sin atreverse a mirarlo. Se sentía hundida, vulnerable en esos momentos, y el recuerdo de un joven Jason, cariñoso y servicial, planeaba sobre su mente. No lograría mantener la compostura durante mucho tiempo. Estaba al borde de las lágrimas.

—Por favor…, ¿qué, Jane? ¿Por favor, bésame como cuando solo estábamos tú y yo? ¿Por favor, deja que me marche y siga viviendo una vida miserable junto a alguien que no te merece? —Ella se quedó callada, sin saber cómo actuar, no se atrevía a mirarlo—. Sé valiente, dime qué deseas, por una vez sé egoísta y piensa únicamente en ti.

Los recuerdos de las discusiones con Raid surcaron su mente. Tenía ante sí un hombre tierno, y en su recuerdo residía la agonía de un matrimonio desdichado.

—Quisiste casarte con mi hermana, Jason… —Fue lo que salió de su boca y no

comprendía el motivo de semejante recriminación.

El que una vez fue el mozo de cuadras del conde de Dum le tomó la barbilla con un dedo y la obligó a enfrentarlo. La mirada de uno estaba sobre la de otro. Estaban muy cerca, demasiado.

—Tú te casaste con otro hombre, Jane —le dijo él con suavidad.

—Olvida lo que he dicho —razonó lady Raid.

—No. Llevamos mucho tiempo sin aclarar las cosas, pequeña elfa. —Ella se estremeció al escuchar el apelativo que él solía usar cuando eran más jóvenes.

—No vayas por ese camino, solo encontrarás el pasado y nada bueno hay allí —le pidió con humildad.

—¿Acaso te ha traído algo bueno el presente, mi pequeña elfa? ¿Y el futuro? Me dejaste en el pasado.

—La hija de un conde…

—… no se casa por debajo de sus posibilidades —terminó él, al ver que ella no continuó con la frase.

—No puedo disculparme, Jason. Si lo que buscas es que te pida perdón, lo haré, pero debo avisarte que no lamento mis decisiones. Soy consecuente con lo que decidí y lo asumo.

—¡Al diablo con el perdón, Jane! —explotó él—. Me juraste, en medio de lágrimas y palabras de amor y devoción, que me esperarías. Yo te prometí que regresaría a por ti. Solo uno de los dos fue fiel a lo que tuvimos, y esa no eres tú.

Jason dio un paso hacia la mujer que sentía como suya para estar pegado al

cuerpo femenino. Ella trató de retroceder, pero él se lo impidió.

—Mi padre… mis hermanas… —comenzó ella con la explicación, pero perdió fuelle de inmediato, al ver que él fruncía los labios.

—No pongas excusas, no me quisiste. Solo fui un entretenimiento para ti. Un pobre joven que cayó preso con tus preciosas sonrisas. Me marché siendo un chiquillo, pero como hombre volví a ti solo para descubrir que me habías traicionado. Dime, pequeña elfa, ¿suspiras cuando tu esposo te besa? ¿Cuándo te acaricia en lugares secretos? ¿O es Raid de esos hombres que guardan sus atenciones para las amantes y molesta bien poco a la yegua de cría que parirá a sus hijos? —le espetó con sorna.

Ella le plantó cara al fin. Las reclamaciones toscas del señor Colman la hicieron salir del perfecto sueño del pasado.

—Ah, duras palabras para alguien que acaba de anunciarse como un hombre y no un chiquillo… aunque más bien son las de un muchacho despechado. ¿Qué esperabas que hiciera cuando descubrí que mi padre dilapidó toda su fortuna? ¿Dejar caer a mis hermanas conmigo? No, Jason, era mi deber proteger lo que más quiero y así lo hice.

—Entonces hazle caso a tu hermana pequeña. ¡Maldita sea, Jane! A cada paso que doy oigo cómo todos cuestionan la actitud de tu esposo. Hablas de lealtad, de deber… ¿Qué clase de hombre sería yo si te dejase sola sumida en la miseria? Me llamas despechado y mi orgullo me grita que dé media vuelta y te deje sola con tus problemas. Mi amor por ti no mengua. Dios sabe que lo he intentado. No puedo olvidarte. Eres mi ilusión y maldición, Jane Alcott.

—Stirling —lo corrigió ella—. Soy Jane Stirling, vizcondesa Raid. La Jane que tú conocías no está, no puede existir, Jason —le dijo con suavidad.

—¡Cuánta devoción! —ironizó—. ¿Esperas ganarte un puesto en el cielo cuando perezcas y no queden más que tus cenizas, pequeña elfa? Porque salvo la muerte no hay nada más. ¡Yo estoy aquí! Por ti, por mí… por nosotros. ¿Qué más quieres, Jane? Tu hermana misma te empuja a mis brazos y tú le sigues siendo fiel a Raid, como un perro al que su amo apalea,

regresando a su lado sin condiciones. ¿Cuánto más tiene que herirte para que seas consciente de que no eres para él? —le preguntó con ansia, con enfado.

—Es mi marido, Jason. Hice un juramento sagrado ante Dios… ¿Qué quieres que haga? Le pertenezco.

—¡Pero no le amas, maldita sea! Soy yo a quien quieres… —La mirada de ella se apartó de inmediato de la de él. Jane se quedó mirando la gran pared de arbustos que seguía imperturbable a su izquierda.

—Nada sale como queremos, Jason. Hace tiempo que aprendí a conformarme con mis elecciones. Te aconsejo que hagas lo mismo, amigo mío.

—Dios santo, Jane… No puedes estar hablando en serio. No. No te creo. No puedes ser como un perro, que cuantas más patadas le dan, más amor profesa al tirano que le colocaron para hacerlo infeliz.

Los ojos de ella regresaron a él.

—Te quise, Jason, muchísimo. No mentía cuando te dije que te esperaría hasta el fin de mis días. Lo hubiese querido hacer, si solo hubiera estado yo, te juro que nada habría minado mi voluntad. Mis hermanas me necesitaban fuerte, cabal, dispuesta a darlo todo por ellas. Y lo hice.

—Te sacrificaste —susurró él.

—Me enamoré de él, Jason. No estaría en la situación en la que me encuentro, si el amor no me hubiera tocado con fuerza tras tu marcha —confesó en un murmullo suave y respetuoso.

—Maldita seas, Jane. Te maldigo por tus palabras. Mereces lo que tienes. Mereces que tu esposo pisotee el amor que le entregaste y que era mío.

La vizcondesa suspiró. Jason Colman tenía todo el derecho a estar furioso con ella. No entendía que los problemas que tenía con su esposo estaban producidos por su vacilación a la hora de apartar definitivamente el recuerdo de un joven mozo de cuadras que le prometió regresar.

Aquella carta lo emponzoñó todo. Jane no airearía más cuestiones sobre su proceder.

—Debes dejarme ir, Jason. Será lo mejor para ambos.

La respuesta de él fue pegarla contra su pecho y rodearla entre sus brazos.

—¿Cómo lo haré, mi pequeña elfa, si no consigo hacer que ni mi orgullo herido esté por encima de ti?

Entonces Jane lo vio. Él iba a besarla. Supo el momento exacto en el que Jason Colman decidió pasar a la acción y abandonar las palabras. Y todo se complicó.

Por un lado, su fantasía más secreta la impulsaba a abandonarse a lo que él le despertó siendo joven. Por otro, era consciente de que traicionaba una vez más a su marido con Jason Colman y esta vez sería de obra, y no de pensamiento.

Jane hizo acopio de toda su sensatez, colocó las manos en el torso masculino y giró la cabeza, de modo que los labios de Jason impactaron contra su mejilla derecha.

En el momento que se dio cuenta de que lo que tenía bajo su boca no era lo que más ansiaba, él abrió los ojos.

—Ni un beso, aunque sea de despedida me darás… —se lamentó—. Y maldito sea yo, porque ni tu desaire de ahora mella mi amor por ti, Jane Alcott —usó su apellido de soltera para dejar claro su punto—. Desearía tanto tener un título… Sí. Eso sería lo que pediría en estos instantes. Dado que solo un caballero puede retar a otro a duelo, lamento la desgracia de haber nacido plebeyo. Nada me haría más feliz que convertirte en viuda, secuestrarte contra tu

voluntad, y dedicarme el resto de mi vida a hacerte comprender por qué tu lugar está junto a mí.

—Serás un amigo querido, Jason Colman —le dijo ella con todo el dolor de su alma, al ser plenamente consciente de que estaba haciéndolo sufrir sin pretenderlo—. Hay cosas que sencillamente no pueden ser. No estaba a nuestro alcance compartir una vida juntos. Nuestros caminos siempre estuvieron separados y nunca estuvo en nuestra mano hacerlos coincidir.

—Cinco meses al lado de tu esposo y nunca encontrará mejor escudera que tú. —Jason la soltó. En verdad se obligó a dejarla libre de su abrazo—. Vete, Jane, deja que me recomponga del nuevo golpe que me has dado.

—Esto debe acabar aquí —le pidió.

Él la comprendió.

—Te prometo que no volveré a molestarte.

—Lo siento —musitó en voz muy baja.

Él la escuchó y cuando Jane se alejó lo suficiente él se derrumbó. Se dejó caer sobre el banco de piedra que tenía a su alcance y trató de controlar sus nervios con la respiración.

—Más lo siento yo… mi pequeña elfa —le respondió Jason, a sabiendas de que no lo escucharía.

La amaba con todo su ser. Nunca sería capaz de recomponerse de su pérdida. Lo que Jane le acababa de hacer dolía más que cuando se enteró de que ella se había casado con otro. Si al menos él supiera que era la esposa de un buen hombre… de alguien que la mereciese y que besase el suelo que ella pisaba. No. Lord Raid no era digno de Jane Alcott, concluyó abatido.

Cuando regresó al salón y vio lo que tenía ante sus ojos, Jason Colman solo pudo reafirmarse en su afirmación. La miel no estaba hecha para la boca del asno…

***

Nada más entró por las puertas francesas que daban acceso al salón principal de la mansión de los Rawn, Jane sintió varios pares de ojos sobre su persona. Por descontado Lilyan la estaba mirando con fijación. Su esposo, el duque de Rawn, también. No eran los únicos que la examinaban. Sintió un viento, gélido, atravesar su cuerpo. Su cabeza se ladeó hacia la izquierda y la mirada de la vizcondesa se cruzó con la de su esposo.

¡Raid estaba ahí!

Su corazón comenzó a latir con fuerza.

Tragó saliva en cuanto lo vio… ¿sonreírle? ¿El vizconde le estaba sonriendo a ella? Jane frunció el ceño. Algo no encajaba en la situación. Y menos porque su esposo estaba andando en su dirección y parecía… ¿jovial, tranquilo, dispuesto? Buscó la mirada de Lily y la vio, observando a Raid, como si quisiera borrarlo de la faz de la Tierra. Eso fue durante unos pocos segundos, porque de inmediato se dio cuenta de que su hermana comenzaba a sonreír complacida. Fue ese el momento en el que sintió una sombra a su lado y al ladear la cabeza se dio cuenta de que Jason Colman estaba a su lado.

Jane cerró los ojos un instante. Intuyendo que algo malo se avecinaba, los abrió y buscó una vez más a su marido. Vio a Raid quedarse parado, en medio de la gente que conversaba alegremente, con los puños apretados y sin rastro de la sonrisa que creyó haber visto poco antes.

—Jayden… —susurró, sin ser consciente de haber dicho el nombre de Raid en alto.

Justo ahí, lo observó darse la vuelta y marcharse sin mirar atrás.

Oh, cómo dolía el abandono de su esposo y eso que ya debería estar acostumbrada.

Tenía que hablar con él. Era imperativo poner las cartas sobre la mesa de una vez. No podían continuar así, en especial porque ya no estaba ella sola. Una conversación debía mantenerse. Una en la que primase la sinceridad. Se pondría de rodillas y suplicaría si hacía falta. Más que nunca debía echar a un lado su orgullo y luchar.

Dio un paso para ir a buscarlo. Pronto Jason le agarró la mano, ella levantó la mirada con cierta molestia.

—Suerte, Jane —le deseó con sinceridad Colman.

—Gracias —le respondió ella, al tiempo que comenzaba a caminar rauda tras los pasos del vizconde.

No llegó lejos, su hermana Lily se interpuso en su camino.

—No, Jane. Esta vez no te dejaré en sus manos —le dijo.

—Lily… ahora no —sentenció, poco antes de sortearla y comenzar a correr.

El duque fue quien frenó a Lilyan para que no siguiese a su hermana mayor.

—Déjala ir, mi duquesa. Tu hermana sabe lo que hace —le pidió con gran ternura.

Nicholas Adrien odiaba ver sufrir a su esposa, pero comprendía que Jane debía ser libre para tomar sus propias decisiones.

La duquesa de Rawn desistió en su empeño, sin embargo, se giró hacia su marido y le dijo:

—Lo haré, pero juro sobre la tumba de mi nefasto padre que si Raid le hace daño, tú lo retarás a duelo.

—¿Yo? —preguntó con diversión al ver la seguridad con la que hablaba su amada Lilyan.

—Por supuesto que deberás hacerlo tú, dado que al convertirme en tu duquesa, no puedo ponerme unos pantalones y sostener un par de pistolas. Prometí ser ejemplar, ¿recuerdas?

Nicholas Adrien soltó una gran risotada en cuanto se percató de que el amor de su vida hablaba completamente en serio, y que ella había valorado la posibilidad de retar al vizconde a muerte. Solo Lilyan podía decir que iba a ser ejemplar, para, al segundo siguiente, ponerse a escribir obscenidades en un papel…

—¿Comprendes que Raid se ha dado cuenta de que tu hermana regresaba del jardín y que el señor Colman ha entrado poco después de ella, Lilyan? —le tuvo que recordar.

Nicholas Adrien intuía hacia donde se habrían dirigido los pensamientos del esposo de Jane, dado que él habría actuado de igual modo, o peor, motivado por los celos.

—Por supuesto —dijo de nuevo—, ¿por qué te crees que estoy tan alegre y radiante? —le preguntó ella con una brillante sonrisa.

Lily estaba entusiasmada porque Raid hubiese recibido un duro golpe. Aunque conociendo a Jane como lo hacía, sabía que su hermana no habría sido malvada con Colman. No era imprescindible que lo hubiera sido, solo que Raid lo creyese. El vizconde merecía pagar por la infelicidad que le proporcionaba a su estimada Jane.

—Serás mi perdición, Lilyan. Solo tú puedes alegrarte de los celos de un hombre.

—Tonterías, mi duque. Raid merece eso y más. Tú no tuviste que sostener la mano de Jane mientras ella lloraba cada noche por su culpa.

Él suspiró ante la rabia que percibió en las palabras de Lily.

—Tu hermana es capaz de cuidarse ella misma. Ten un poco de confianza, mi amor.

—¿En Raid? Es un demonio. ¿Por qué debería darle un voto de confianza?

—Porque tú fuiste más compleja y yo te perseguí sin descanso —dijo con satisfacción.

—¡No es lo mismo!

—No. No lo es.

—Gracias —señaló con cautela.

—No es lo mismo —continuó Rawn—, porque tú le enviaste una nota secreta a mi propio hermano, e incluso así te perdoné.

—Era tu hermanastro y… y… ¡Disculpa! Eso fue todo culpa tuya.

—¿Mía? —preguntó él fascinado.

—Por supuesto —aseveró Lily una vez más—. Eras tú quien se empeñaba en decirme a cada paso que yo era incorrecta, molesta e insufrible.

—No usé jamás la palabra insufrible.

—¡Ajá!, pero no niegas las otras.

—Ay, Lilyan, como he dicho hace un momento, permite que tu hermana mayor, esa que os casó fantásticamente bien a ti y a Daisy, tome sus decisiones. Jane sabe lo que hace.

Tú lo sabes.

La duquesa no pudo rebatir la última aseveración de su amado.

—¿Y si la daña, amor mío? —preguntó preocupada—. No quiero que Jane sufra más a sus manos.

—Entonces, si eso ocurre, el gran duque de Rawn —dijo hablando de sí mismo en tercera persona para darse más importancia—, al que todo el mundo considera un experto tirador, hará algo al respecto. ¿Te vale con eso, mi duquesa?

—No esperaba menos de ti, mi amor —señaló con gran satisfacción. Los duques de Rawn cerraron su propia pequeña discusión con un baile. Los músicos, que estaban situados en la parte alta del salón, habían comenzado a interpretar un vals y algo así no se debía desperdiciar.

La seducción del duque comenzaría en su propio salón, con la alta sociedad mirando lo enamorado y embelesado que estaba de su esposa, para después rematar el acto en la intimidad de su habitación.

Ese libro, que su esposa estaba empeñada en escribir y deseaba publicar, necesitaba nuevo material ardiente. Más adelante se ocuparía de hacerle entender que ese manuscrito debía guardarse en secreto por el bien de ambos.

Cruzaría ese endeble puente levadizo cuando fuese el momento.

Capítulo 3

Jane estaba en su habitación. La doncella la había ayudado a desvestirse y a ponerse un sencillo camisón.

No podía acostarse, por lo que decidió sentarse en el escritorio y atender la correspondencia que no había leído por la mañana.

La chimenea estaba encendida y el ambiente de su habitación era el adecuado para cuando llegase el vizconde. Tenía la oreja casi pegada a la habitación contigua, donde dormía su marido cuando la premiaba con su presencia en casa.

Se lamentó, cuando salió corriendo para pararlo y no llegó a tiempo. El carruaje que suponía que había alquilado Raid se marchó a toda velocidad sin que ella pudiese haber hecho nada para frenarlo.

Jane dejó la última carta sobre el lado derecho del escritorio y miró por la ventana.

El cielo estaba estrellado y un trueno surcó el cielo. Sintió como si algo dentro de ella se estremeciera. Se tocó la barriga en una caricia muy sentida, que repetía una y otra vez, y cerró los ojos.

—Te lo prometo, hijo mío, por ti seré fuerte y arreglaré todo este estropicio. Haré

lo que esté en mi mano para que llegues a este mundo formando parte de una familia feliz. Lo enmendaré, aunque no sé bien cómo lograré enterrar los celos, la desconfianza, las peleas. Tu padre es un hombre terco y tu madre, me temo, que no se queda atrás. Tienes que ser tú quien nos una. Esta noche le hablaré de ti. Es hora de que sepa sobre tu existencia. ¿Ayudarás a tu madre? Sí, sé que lo harás. Raid tendrá que hacer el esfuerzo aunque solo sea por ti. Con eso me conformaré por el momento.

Disfrutó de la dicha de hablar con el hijo, que crecía en su vientre, sin ocultar nada sobre sus sentimientos.

¿Raid se pondría contento cuando le desvelase su estado? ¿Cómo reaccionaría? ¿Se fundirían en un abrazo? ¿Se sorprendería el vizconde? Después de cinco meses, cabía esperar que ese fuese el desenlace más lógico de su tortuoso matrimonio. No había un amor sólido pero si una lujuria desbordante.

Un hijo que traería paz y sosiego. Si eso fallaba, ya no sabía qué podría hacer para buscar un acercamiento que no acabase en una sonada riña.

Un ruido en el piso inferior de la casa hizo que dejase de pensar en su pequeño. ¿Eran risas eso que escuchaba? Despegó los párpados y se acercó a la puerta de su habitación. Abrió para oír mejor.

¡Santo Dios! Eran risas, sí, masculinas y femeninas.

Se armó de valor, cogió el candelabro, que seguía prendido sobre la mesa de su escritorio, irguió la espalda y salió de la estancia para averiguar lo que ocurría.

Bajó las escaleras en dirección hacia las risas, las bromas y otros sonidos que no era capaz de discernir, y se quedó con la boca abierta con lo que divisó en el despacho de su esposo.

Se quedó, discretamente, en la puerta sin saber cómo actuar ante lo que sus incrédulos ojos observaban. Con él había tres mujeres y otro hombre.

Raid estaba sentado tras el escritorio, con una mujer sobre sus rodillas, y otra reposaba encima de la madera de la mesa.

El segundo hombre de la habitación se encontraba sentado en el sofá, con una mujer, se dio cuenta de que era morena, colocada sobre su regazo, de tal modo que las posaderas femeninas estaban al alcance de esa mano masculina que le daba palmadas.

Regresó la vista hacia su esposo. ¡Pelirrojas! Debían tener el mismo color de pelo que ella…

El muy desgraciado se estaba dejando besar por la que tenía encima, mientras la otra lo llamaba para reclamar su atención. Si quería mujeres con el pelo rojo, ella le haría ver la inconveniencia de su necesidad. Oh, sí. Lo haría.

Aprovechando el hecho de que nadie en esa fiesta indecorosa y privada se había percatado de su intrusión, se marchó a la cocina. No sabía qué, pero algo tenía que hacer. Así que recordó que la cocinera había hecho el día anterior un pastel de limón. Podría cogerlo y tirárselo a su notorio libertino en su vizcondal rostro.

—Uhm —musitó.

Se quedó pensativa. ¡Qué desperdicio! Esa tarta era su favorita, y se imaginaba que las dos mujeres, que el maldito de su marido estaba manoseando, acabarían relamiendo los restos del rostro de Raid. No. Debía ser algo más drástico.

—¡Ajá! —señaló en alto.

Divisó un cubo, con un mocho dentro, apartado en un lateral y, mientras se acercaba, rezó para que fuese agua sucia. Sí. La cosa estaba muy caldeada en el despacho de Raid y era necesario refrescar el ambiente. Dejó a un lado el mocho y cogió el cubo. Con ese utensilio en la mano izquierda y el candelabro en la derecha, ella regresó para explicarle un par de cosas a su *querido* vizconde.

Entró en el lugar como si de una gran reina se tratase, carraspeó para llamar la atención de los allí presentes, dejó apoyadas las velas en la mesa más próxima a su alcance, se acercó al escritorio, levantó el cubo con agua sucia y se lo lanzó sin contemplaciones a su esposo y a las dos bonitas mujeres que se retorcían lascivamente sobre él.

—¡Te has vuelto loca mujer! —tronó Raid, en cuanto se vio empapado y oliendo como el Támesis en los peores días de tormenta.

—Desde luego que no —rebatió Jane—, porque mis opciones eran ponerte a remojo o acabar de encenderte con las velas que llevaba en la mano. Deberías agradecerme que no haya optado por lo segundo —le recriminó con sobriedad.

—¿Quién es esta molesta mujer, querido? —preguntó una de las acompañantes de su esposo.

Por descontado, las dos pelirrojas habían chillado y maldecido en cuanto recibieron su merecido, pero al ver que Raid no hacía nada más para reprenderla, quisieron averiguar el motivo.

Nadie dijo nada más, así que Jane aprovechó el momento para seguir con sus exigencias:

—Fuera todo el mundo de mi casa, si no queréis que esto acabe oliendo a pollo chamuscado —las amenazó.

—Querido, ¿vas a dejar que nos empape y nos eche de *tu* casa? —dijo la otra desvergonzada, remarcando de quién era la mansión en la que se encontraban.

Jane se dio la vuelta y buscó el candelabro, lo cogió y se dirigió hacia donde el otro hombre estaba con la morena.

—Únete a… la fiesta, preciosa —le dijo el que sería un amigo de su marido que ella no conocía, y quien parecía estar tan ebrio que no se había enterado de lo que ella acababa de

hacer con el cubo de agua sucia—. Soy capaz… de soportar el desgaste… de dos mujeres… tan bien como Raid.

—¿Y el fuego, señor? —respondió Jane con una pregunta—. Porque si no sale de mi casa de inmediato, le juro por lo más sagrado que su mano arderá y no podrá azotar a ninguna falda ligera mientras viva.

—Raid, —llamó a su amigo el otro con preocupación—, parece que habla en serio. ¿Quién es ella?

—Es mi adorada esposa —señaló con ironía, mientras se disponía a buscar algo con lo que secarse—. Y deberías preocuparte, porque parece que está más que decidida a hacer que estalles en llamas y no en el sentido que te gustaría.

A Jane no le pasó desapercibido el hecho de que el vizconde también estaba más ebrio que sobrio. ¡Típico de los hombres solucionarlo todo con licor!

—¡Ah! Seguiremos… la fiesta en mi casa —opinó el amigo de Jayden.

—Sí, vayámonos lejos de esta demente —sugirieron las dos pelirrojas, con cierto temor.

No era para menos, la mirada de la vizcondesa era imperturbable, como si en verdad estuviese a punto de hacer una locura. Eso y el hecho de que Raid no hubiera tratado de controlarla… dos buenos indicadores de que era hora de marcharse.

Las tres mujeres y el otro hombre se levantaron raudos, decididos a irse. No fueron los únicos. Su esposo se movió de su posición después de unos minutos en los que ella sabía que la examinaba. Y era consciente de lo que Jayden hacía porque Jane no le había quitado los ojos de encima.

Lo observó dar dos pasos para seguir a la comitiva y se interpuso en su camino.

—Si te vas ahora, cuando vuelvas no estaré aquí. —Y, por Dios, que cumpliría su amenaza.

—No sería la primera vez que desapareces. Creo recordar que sientes especial predilección por los jardines oscuros. ¿Le dejaste chupar tus pechos? ¿Lamerte entre las piernas como me permitiste a mí aquella primera ocasión?

Jane no se lo pensó ni un segundo. Arrojó a un lado el cubo que todavía sostenía y cuando tuvo la mano libre, le propinó una sonora bofetada. Lamentaba profundamente que usase aquel encuentro privado, que ellos mantuvieron cuando todavía no estaban comprometidos, como un arma arrojadiza.

—Eres despreciable —le escupió con sorna.

—¿Por recordar lo que me permitiste? ¿O por traer a mi casa a un par de mujeres que me adoran?

—Despreciable es quedarse corta, Raid —se reafirmó.

—¿Me culpas por hacer precisamente lo que tú has estado haciendo con tu amante en casa de Rawn? —refutó él.

Ella comenzó a negar con la cabeza, dio un paso atrás y dejó las velas de nuevo en la mesa. Nunca se irían las desconfianzas entre ambos. Estaba cansada de luchar, de tener que sobreponerse al dolor que suponía amar a un hombre que solo vivía para lastimarla.

—Me acusas una vez más y soy inocente. Mis votos, a diferencia de los tuyos, fueron sagrados. Yo no tengo ningún amante. ¿Acaso puedes decir tú lo mismo?

—Te has burlado de mí desde el mismo instante en el que me susurraste para hechizarme. Lo mantenías a él vivo en tus pensamientos mientras jadeabas en mi cama. Eres una ladina, mujer, y no volveré a caer en tus embustes.

—¿Y tú? ¿Qué eres tú, si no un traidor mayor? Llegas a nuestra casa con dos mujerzuelas para deshonrarme, para hacerme pagar por un crimen que no he cometido.

—No quieres mis atenciones, incluso las buscas en otro lado. Así que el que es inocente soy yo. No solo tú puedes tener tus aventuras. Tengo ojos y sé lo que he presenciado esta noche, Jane.

—No ha pasado nada esta noche —le repitió desesperada porque él no aceptaba su palabra.

—¿Crees que no recuerdo el contenido de la carta? Cada palabra, cada coma y punto. Amor, amor, amor… Amor eterno. No solo eres ladina, me embaucaste cuando sabías que tu corazón no estaba libre, así que te acuso también de inconstante.

—Ah… el amor. Sí, por supuesto. Arrojé tu amor al suelo y lo pisoteé —ironizó—¡No! ¡No pude haber hecho eso nunca, porque jamás me quisiste! —le gritó—. El uso que me diste fue el de calentar tu cama.

—Eso no es así del todo, ¿verdad? Ahora calientas otro lecho —rebatió cargado de furia.

—¿Qué tengo que hacer para que olvides lo que sucedió en el pasado? —preguntó derrotada más para sí misma que para su esposo. Los dos se quedaron en silencio un momento. Jane suspiró con fuerza—. Esto no va a funcionar jamás. Vete, Raid, sigue tu camino esta noche, o mejor, llama a tus amigos y que regresen —sugirió al ver que ella y el vizconde se habían quedado solos en el despacho. En algún punto de la discusión los indeseados invitados se marcharon—. Es tarde y no es seguro transitar por las calles sin compañía. Te dejaré disfrutar de lo que has empezado. No te preocupes por mí.

Se dio la vuelta, derrotada, dispuesta a subir a su habitación y analizar fríamente lo que haría a partir de ese momento.

Una mano la sujetó por la cintura. Se acercó por detrás y le susurró cerca de su

oreja:

—Se han ido, esposa, y sabes lo dispuesto que estoy cuando una bonita mujer me toca. Ni con agua sucia has conseguido apagar mi lujuria. Tu remojo solo me ha hecho espabilarme y que el licor no melle mi entusiasmo. —El olor a alcohol del aliento de su marido le llegó a las fosas nasales.

—Entonces te recomiendo que corras y trates de alcanzarlas, milord, porque esto se ha acabado —le dijo, al tiempo que trataba de desembarazarse de su agarre.

No logró irse lejos, Raid la atrapó, la pegó sobre su pecho y estampó su boca sobre la de ella en un beso posesivo, rudo, dispuesto a reclamar lo que por ley le pertenecía, lo que era suyo. Ella luchó contra él. A Jayden no le importó. Se separó de su mujer, la alzó y se la colocó sobre su hombro, mientras ella continuaba luchando contra él.

—Esta noche tendré lo que a él le has ofrecido. No me conformaré con un sucedáneo de ti —espetó, en una clara referencia a que las faldas ligeras solo se parecían a su mujer, pero no eran como ella.

—¡Suéltame! Estás borracho. Vete con tus mujerzuelas y olvídate de mí —le gritó.

—En cuanto obtenga lo que preciso de ti, te dejaré en paz —le dijo, mientras emitía una risa ronca y le daba un azote en trasero.

—Nunca. Tendrás que forzarme, Raid.

—No digas tonterías, eres mi mujer.

—No te quiero esta noche.

—Eso no supone una diferencia. Me querrás en tu cama.

—¡No!

—Ya lo verás como sí.

—¿Quieres ser ese tipo de hombre? ¿Uno que obtiene lo que desea por la fuerza? —lo retó, al tiempo que seguía luchando con él.

—Los dos sabemos que solo necesito besarte, Jane. Un beso y te derretirás como siempre has hecho. Dime, ¿tu enamorado tiene ese poder sobre ti? ¿Te hace suspirar y rogar para que termine lo que empieza? ¿Te da la paz que necesita tu cuerpo ante sus caricias?

La pareja seguía subiendo la escalera. Jane estaba enfadadísima.

—Tus celos son infundados. Una vez más me has juzgado y condenado sin pruebas, Raid. ¡Estás loco si crees que me harás el amor después de verte con esas dos mujeres!

—No debería importarte, querida. A mí no me molesta que él te usase antes de mí.

—Te odio, Raid. Te odio con todo mi corazón. Eres el hombre más imposible que he conocido en toda mi vida.

—Me odio, Jane. Me odio cada día por sucumbir a tus trucos femeninos, así que en algo estamos de acuerdo.

Llegaron hasta la puerta de la alcoba de la vizcondesa y la abrió de una patada. La echó sobre la cama sin contemplaciones. Raid, quien solo tenía puestos los pantalones y la camisa de batista medio abierta, se arrancó la pieza de ropa que cubría su duro torso con violencia.

Dado que Jane trató de ponerse en pie un par de veces y él la volvía a empujar sobre la cama, y al ver que no tenía escapatoria posible, decidió quedarse quieta. Entonces se colocó encima de ella.

—¡Estoy embarazada! —gritó.

Su esposo nunca había sido tan rudo en el lecho y temía que le hiciera daño. Conocía bien a Raid y sabía que estaba furioso por lo que creía que había sucedido entre ella y Jason. Tal vez no fuese su intención, pero estaba ebrio y no confiaba en que la razón llegase para impedirle… lo que fuese que él estuviera pensando.

Tras haber confesado su estado, ella se preparó para lo peor. Tragó saliva y siguió quieta. Nada ocurrió. El peso de él sobre ella la aplastaba. Tenía la cabeza masculina en el hueco de su cuello.

Un ronquido llegó hasta su oreja.

¡Se había dormido! ¿El muy desgraciado la había atormentado y luego se había quedado dormido? Muy posiblemente la cantidad de alcohol que sospechaba que llevaba en su sangre lo había dejado fuera de juego.

No era la primera vez que la vizcondesa veía a su esposo comportarse como un toro bravo estando borracho, para abandonarse por completo cuando tocaba una superficie mullida. ¡Quién entendía a su marido!

—Raid… Raid —lo llamó un par de veces, mientras lo sacudía para ver si lo despertaba.

Imposible. Él estaba fuera de juego. Jane gimió en alto. Pesaba como un muerto. Le dio un fuerte empujón y consiguió que su esposo se colocase en el lado izquierdo del lecho.

Se quedó mirándolo desde su posición. Le acarició la mejilla.

—¿Qué hemos hecho mal, Jayden? —le preguntó, sabiendo que él no le contestaría—. Me casé enamorada. No me has creído cada vez que te lo he dicho. Debí haber quemado la carta de Jason cuando me enamoré de ti. No pude.

»Te juro que quise hacerlo porque él no significaba nada para mí. Era una misiva de dos jóvenes enamorados que sabían que jamás tendrían una oportunidad. La leíste y me condenaste. No me dejas defenderme de tus acusaciones. Sé que eres un hombre complicado, celoso y lo eres porque consideras que te he dado motivos. No podías llegar a Londres en otro momento, me tenías que ver con él. Esa estúpida carta… Yo también soy tremendamente celosa, esposo. Podría haber ensartado a las dos mujeres que se han atrevido a tocarte y a ti te habría hecho algo peor.

»Y pese a ello, aquí me tienes, consolándote por un dolor que sé que sientes por mi causa.

La vizcondesa Raid dejó de tocar a su marido y se colocó mirando al techo. Las láminas talladas de madera eran poco interesantes.

—No puedo seguir así. No te tengo miedo, por Dios que no lo hago, sé bien cómo defenderme de tus ataques porque he visto tu verdadera cara. Esa que no sueles mostrar a nadie. Eres ruin a veces, como hace un momento, cuando has amenazado con forzarme. ¡Estúpido! Me tienes desde que te vi y es por aquella carta que no me crees. La mantuve cerca porque… No sé el motivo, y lamento que pienses que estoy enamorada de Jason y no te des cuenta de que eres tú y nadie más que tú.

Llegados a este punto se limpió una lágrima del ojo derecho. Hablar con él mientras estaba dormido era fácil, pero igualmente doloroso.

—¿Qué haré contigo, Raid? Haces difícil que te ame y mi paciencia tiene un límite que estás a punto de rebasar. Mi hijo no tiene la culpa de nada. Es tu heredero y no puedo irme sin más y privarle de su padre, de su legado, de lo que le corresponde por ser tuyo.

»Te prometo que tengo ganas de irme y dejarte atrás, pero eso únicamente serviría para que creyeses que tienes razón y a mí, a terca y valiente no me ganan ni mis dos hermanas menores. Así que me quedaré para enfrentarte, pero no esta noche, más porque hueles muy mal y tengo ganas de atizarte con fuerza por hacer que tenga miedo. No cometeré el error de pensar que eres un tirano sin alma y que me habrías impuesto tus deseos, porque una vez me juraste que antes de hacerme daño te quitarías la vida y te creí.

»Por tu bien espero que no me vuelvas a fallar, porque soy hija de mi padre, algo de maldad hay en mi interior, y no tengo nada que perder en esta guerra que te empeñas en seguir luchando.

Jane se levantó y dejó a su esposo en la cama. Le echó una manta por encima y se marchó al despacho para entretenerse haciendo algo. Limpiar el estropicio que había creado le pareció una buena manera de pasar el rato sin pensar en el grueso de sus problemas.

Cuando terminó de limpiar, se acomodó en el sofá del despacho y se quedó profundamente dormida. Al día siguiente pondría las cartas sobre la mesa. La partida se decidiría de una vez por todas.

***

La cabeza le iba a estallar. Jayden se incorporó en la cama y se dio cuenta de que estaba en la habitación de su esposa.

—Jane… —la llamó.

No obtuvo respuesta. Se tocó las sienes, tratando de serenarse y recordar cómo había llegado hasta los aposentos de la vizcondesa si había estado en compañía de dos mujeres y de… ¿lord Curt?, ¿o era el barón de Fallen? Alguien lo había acompañado mientras su mundo se hundía.

Iluso.

¿Qué esperaba? ¿Qué Jane se olvidase del hombre que había amado toda su vida solo por verlo un instante en un baile en el que él le dedicó su mejor sonrisa? No. Ella nunca lo amaría.

La carta que leyó y que sirvió para despertarlo de su sueño lo decía muy claro. Jason Colman y Jane Alcott siempre serían uno. Se habían declarado amor eterno hasta el fin de sus días. La prueba más evidente era que su esposa hacía el amor con él, con esa carta cerca, guardada en la mesilla de noche, siendo testigo del sacrificio que Jane había hecho.

Lilyan se lo dijo a la cara un día en el que se peleó con lady Raid, y Daisy corroboró sus sospechas. Colman sería siempre el amor perdido de la mujer a la que amaba.

¿Amor? No. Eso era imposible. Lo único que sentía por Jane era lujuria. Sí. Eso y los celos que le despertaba. No podía amar a una mujer que lo había traicionado.

Se levantó de un salto del lecho, dispuesto a pedirle explicaciones a Jane. Se mareó y acabó en el suelo.

—¡Maldición! —exclamó con enfado.

Se dio cuenta de que olía como un cerdo en una pocilga. Los recuerdos llegaron a su mente. Veía a Jane lanzándole un cubo de agua sucia. ¿Por qué haría algo así su esposa, si él no le importaba lo más mínimo? La había visto mirar con ira a las dos mujeres que se había llevado a casa con la única idea de ofenderla. De hacerla sufrir del mismo modo en el que él lo hacía.

Entonces recordó el modo en el que la había levantado en brazos para subir a la habitación y…

—¡Infierno! —gritó en alto.

¿Dónde había quedado la pretensión de tener paciencia y ser servil con su vizcondesa, que tuvo cuando subió al barco antes de llegar a Londres?

Recordaba haberla dejado sobre el lecho la noche anterior, pero luego no había nada más. ¿La habría forzado?

—Santo cielo. Si me impuse, no me perdonará jamás. ¡Caramba! —exclamó—. ¿Por qué habría ella de perdonarme si soy yo aquí el ofendido? Se casó conmigo solo por mi título y dinero. No me quiere y jamás lo hará. Es cuestión de tiempo que me abandone y se marche con ese odioso de Colman.

Comenzó a levantarse, afligido. Llegó hasta la ventana más próxima y examinó el paisaje de afuera. El día estaba tan gris como él se sentía por dentro. La llovizna acababa de hacer acto de presencia. Frío y gris…

—¡Qué me importa! —se convenció—. Pediré el divorcio, o la anulación… —Se mesó el cabello con impotencia—. Dos cosas imposibles. No debí haberme casado jamás con la hija del maldito Dum. Maldito él y maldita ella… —se quejó.

—Buenos días a ti también, querido —escuchó una voz a su espalda.

Raid gimió en voz baja al darse cuenta de que Jane estaba detrás y había oído su retahíla. Como mínimo la última frase.

Puesto que no podía arreglar la situación de ninguna manera, sin girarse a observarla, se encaminó hacia la puerta que comunicaba las alcobas de los dos, dispuesto a ir a su habitación, pedir un baño y largarse lo más pronto que pudiese. Tal vez la Corona lo readmitiese. En Francia no se vivía tan mal.

Ella se enfureció. Todavía estaba ataviada con el camisón y la bata, y el servicio la había despertado en el despacho, por lo que la situación era del todo bochornosa. ¡Todo el mundo sabía de sus enormes problemas!

Él no iba a escapar de su enfado con facilidad. Se cruzó en su camino rauda y veloz.

—Así que ya hemos perdido toda la valentía que nos dio… ¿Qué era lo que bebiste? ¿Brandy, whisky? ¿U otra cosa más fuerte?

—No es buen momento para que nos peleemos, Jane —le dijo en cuanto la tuvo enfrente.

En verdad, despeinada, y con escasa ropa se veía como una valquiria dispuesta a asestarle un duro golpe.

Se fijó en ella meses atrás debido a su fuerte temperamento y no era justo quejarse a esas alturas de su falta de docilidad.

—¿Y anoche sí, *querido*? —rebatió con ironía y arrastrando la última palabra.

—Yo… —dudó—. ¿Qué sucedió entre nosotros? ¿Te…? ¿Yo…?

Ella abrió los ojos como platos. Él jamás dudaba o balbuceaba. Se dio cuenta de que posiblemente no recordaba la mayor parte de lo sucedido entre ambos cuando la llevó hasta la habitación.

—Ah, los remordimientos del día después. Supongo que hay cosas que no cambian. En efecto. Esto es como cuando nos casamos, me hacías el amor, terminabas, te disculpabas y te ibas derecho a tu habitación.

Él se irguió.

—No me he disculpado nunca por darte placer, Jane —le dijo en un tono claro de aviso.

—¿No? Creía que lo hacías… —señaló, agitando los hombros en un gesto de indiferencia—. Bueno, creo que esta mañana sí deberías hacerlo, Raid, porque anoche te comportaste como un…

—No lo digas —la interrumpió, y cerró los ojos—. Tienes mis disculpas por haberme propasado contigo. De acuerdo, te concederé eso. No obré bien. Ahora es tu turno.

—¿Qué? —Ese cambio de actitud en su esposo no lo había previsto.

¿Estaría enfermo? Lo veía muy abatido. Decidió no sacarlo de su error sobre su conjetura y no le dijo que solo se durmió.

—Te he pedido perdón. Te toca a ti hacerlo por traicionarme. Aunque eso no cambiará nada.

Jane abrió los ojos todavía más.

—Siempre acusándome… Supongo que no debería seguir sorprendiéndome a estas alturas —señaló derrotada.

—Un jardín, esposa. Los dos sabemos que son tu perdición, más cuando estás con el hombre al que juraste amar mientras vivieses. —Le recordó parte del contenido de la carta que le escribió Jason Colman.

Ella no se amedrentó.

—Te seduje, lo admito una vez más pese a que no me creas. Eras el hombre con el que quería casarme. Soy culpable de haber sido libidinosa en un jardín, contigo, Raid. Solo contigo —admitió al fin—. La cuestión es que soy tu mujer y no tenemos más remedio que hacer esto soportable si no queremos destruirnos el uno al otro.

Él afirmó con la cabeza, en un gesto brusco.

—Sí. Es hora de hacer algo al respecto.

—¿Qué sugieres? —preguntó con cautela. Su esposo se percibía muy calmado. Raid no era un hombre que tendiese a controlarse.

—Te compraré una casa en el campo —la informó—. Elije el lugar que quieras, Jane. No me importa nada ya. He dejado que mis impulsos me venzan. Lamento haberte…

forzado anoche. No volverá a pasar. Me iré a mi club hasta que te traslades. Mándame una misiva a Hoot's cuando hayas decidido donde instalarte.

—¿Me abandonas? —inquirió incrédula.

De todas las groserías o peleas que había tenido con ella, lo que hizo anoche fue… Raid estaba destrozado. No podría perdonárselo a sí mismo jamás. Jayden recordaba retales, como a ella gritando que la soltase y él lanzándola a la cama. Tragó saliva compungido. La situación definitivamente se le había ido de las manos.

—No volveré a convertirme en el hombre que viste ayer. Soy el demonio, así me llaman tus hermanas, no negaré que tienen cierta parte de razón porque me han visto en mis momentos más miserables, cargado de ira y celos por una mujer que no me quiere.

—¿Amor? ¿Te atreves a sacar a relucir esa cuestión, cuando eres tú quien no quiere ver lo que tiene delante de las narices, Raid?

Jane le había cantado su amor en multitud de ocasiones y él… Era un bruto, un hombre con el corazón pequeño que se empeñaba en castigarla por lo que una vez sintió por otro.

—Te equivocas. Siempre he sabido que algo no cuadraba con nosotros. El señor Colman estará agradecido ante el hecho de que vivamos vidas separadas —le espetó.

—¡Claro! Las dos pelirrojas de anoche también. ¿Sabes qué, Raid? —inquirió retóricamente—. Haremos lo que dices, porque no me quedan fuerzas para seguir convenciéndote de que no soy la mujer que crees. —Estaba terriblemente humillada.

—Sí, seguro que es por eso, y no porque al fin puedas estar con él.

—Al infierno, Raid —le dijo con naturalidad, sin gritar.

Jane se dio media vuelta y se metió en el vestidor. Un suave clic de la puerta que daba acceso a los aposentos del vizconde le indicó que estaba sola.

Comenzó a llorar desconsolada. No había solución. Tenía que aceptar la realidad. Su matrimonio había estado condenado desde que aquella carta surgió para acabar con sus pobres esperanzas. Jayden no confiaría en ella nunca y era momento de aceptarlo.

Jane tuvo que haber apartado de su mente el recuerdo de Jason.

Haber quemado su vieja misiva. No lo hizo, pues al inicio de su matrimonio no estaba segura del amor que le profesaba a Raid. Estaba pagando un alto precio por no haberse desembarazado del pasado cuando debió haberlo hecho y lo peor era que su hijo no merecía sufrir por los malentendidos de sus padres.

¿Qué haría?

Capítulo 4

Tenía un problema importante. Jane era consciente de que su esposo había hablado con total honestidad cuando le propuso relegarla al campo. Se enfureció con él.

La vizcondesa sentía que solo se había esforzado ella por hacer que la unión entre ambos funcionase. Cierto que cargaba con mucha culpa por lo de Jason, pero en algún momento su esposo dejó de poner de su parte y todo se descontroló. Habían sido meses tortuosos, donde le dio muchas oportunidades, demostrándole su amor, y él no la creyó.

En verdad no sabía qué hacer, si claudicar y darlo todo por perdido, o luchar una última batalla.

Después de vestirse, salió de casa rumbo al hogar de los señores Jefferson. Daisy contaba con veintitrés años, solo las separaban un par de años, y puesto que era una mujer casada, creía que sería más fácil pedirle orientación a su hermana mediana, porque Lily… La duquesa solo veía que sería feliz con Jason Colman y no era así. Por muchas disputas que hubiera tenido con Raid, ella no deseaba tirar la toalla, en especial porque las primeras semanas de su matrimonio comprobó lo que su esposo escondía bajo la coraza y lo quería de vuelta.

—Disculpa la tardanza. —Daisy entró en la salita de recibir visitas, y tras ella llegó, de inmediato, una doncella portando un juego de té.

—No te preocupes, hace unos pocos minutos que he llegado —la tranquilizó la

vizcondesa.

Las dos hermanas se sirvieron la bebida caliente y cuando estuvieron solas, decidieron que era momento de hablar.

—Tengo entendido que tuviste una discusión con Lily anoche.

—¿Te lo ha contado? —Su hermana pequeña era… No encontraba la palabra, pero no era algo bueno.

La señora Jefferson le sonrió. Las dos estaban la una junto a la otra, sentadas sobre un precioso sofá de terciopelo rosa, sujetando las tazas de porcelana de flores en las manos.

—A las nueve de la mañana ha venido para hablar. —Su hermana Lily nunca madrugaba y por ello Daisy se percató de que algo importante había sucedido—. Lamento haberme perdido la fiesta, tal y como la ha relatado nuestra hermana entiendo que fue algo digno de pasar a los anales de la humanidad.

—Su mente inventiva ha exagerado la situación. Estoy segura de ello.

—¿No te vio Raid entrar al salón, muy seguida de Colman?

—Sí pero…

—¿No se marchó tu esposo airado como un fiero león?

—Se disgustó, es verdad, pero…

—¿No se te declaró Colman? —siguió sin darle tregua la señora Jefferson.

—¡Eso, Lily no podía saberlo!

—¡Ah! —exclamó sorpresivamente Daisy—. Así que todas las conjeturas de Lily son acertadas, incluso la que no vio en primera persona… —concluyó.

La duquesa de Rawn le había contado a Daisy, con muchos detalles, todas las situaciones que presenció, y se imaginó las que no contempló. Lily no solía equivocarse jamás. La cara de sorpresa y desasosiego de Jane era la prueba más palpable.

La vizcondesa Raid dejó la taza en la mesa central de mármol que las dos tenían cerca, se levantó y se acercó a la ventana.

—Lo amo —susurró.

Daisy abandonó el sofá y se colocó detrás de Jane, a cierta distancia.

—Vuelvo a reiterar mi ofrecimiento para que nos acompañes en nuestro viaje. Lucian insiste en que Boston es una ciudad magnífica. Allí nadie te conoce y estoy segura de que el señor Colman te seguiría pronto. Soy consciente de lo que te estoy planteando, pero Dios sabe que después de la vida que nos dio nuestro padre, tenemos derecho a buscar la felicidad y luchar con lo que tenemos a nuestro alcance. Será un escándalo del que jamás te recuperarás, no importará si no tienes pensamiento de regresar a Londres.

—No me has entendido, hermana —señaló sin girarse para encontrar los ojos de Daisy.

—Perfectamente. Estás enamorada y no te condeno por ello. Hay parejas que no están destinadas a ser —razonó Daisy.

Jane suspiró

—Me casé con Raid porque deseaba hacerlo, Daisy. Lo seduje porque sabía que era un caballero y que cumpliría con su obligación.

La señora Jefferson le dio la vuelta a su hermana para que se quedase frente a

ella. Lo hizo con suavidad y Jane se dejó hacer.

—¿Qué me estás diciendo? —Esa información que la vizcondesa acababa de confesar, Daisy no la había escuchado antes.

—Quise a Raid en cuanto lo vi. Lo sé, aunque dudé al principio. Me enteré de que tenía bastante dinero para mantener a una esposa y a sus dos hermanas. Me cercioré de que poco le importara lo que opinase la sociedad sobre su matrimonio con la hija mayor de Dum —dijo en alusión a su padre—, y lo llevé hasta un jardín oscuro para seducirlo y que no pudiese escapar de mí.

Ya estaba, había confesado por primera vez en alto su mayor vergüenza. La supervivencia de su familia fue primordial para Jane, pero también lo era estar con el hombre que había elegido, a quien deseaba.

—¡Dios santo, Jane! ¿Amas a tu esposo? ¿Es eso lo que me estás confesando?

—Y todavía hay más, hermana —declaró en un susurro.

—¿Qué más puede haber? Acabas de hablar de amor por un hombre que apenas ha estado a tu lado, que gritaba por cada mínima incomodidad y que…

—No fue así siempre, Daisy —la refrenó en sus apreciaciones—. Tú no lo recuerdas porque tenías suficiente lidiando con tus propios pretendientes y con aquella apuesta que casi acabó con tu reputación. —La historia de Daisy era también del todo curiosa, pero no venía al caso en estos momentos—. Pero mi esposo me ama, no me lo ha dicho nunca, pero me lo ha hecho sentir. Estoy convencida de lo que digo. Todo comenzó a empeorar cuando… —perdió la valentía al empezar a hacer la segunda gran confesión.

—¿Qué pasó?

Jane exhaló profundamente.

—Encontró una carta de amor… de cuando éramos jóvenes.

—¿Colman? —inquirió con suavidad Daisy. Su hermana mayor afirmó con la cabeza.

—Raid se sintió herido porque yo la conservase todavía y… No ayudó que nuestro anterior mozo de cuadras regresase a Londres y que… —volvió a quedarse callada.

—Y que te siguiese a todas partes con la excusa de convertirse en mi prometido —terminó Daisy la explicación de su hermana.

—¿Lucian es celoso? —preguntó por curiosidad Jane.

—¿Conoces a algún hombre que no lo sea, hermana? —rebatió ella.

—No, dudo que lo haya.

Ellos mandaban sobre toda la tierra, sobre todos. Las mujeres no tenían voz, siempre sujetas al mandato del miembro masculino que llevaba la carga de la familia. Todo cambió para Jane cuando Dum comenzó a olvidarse de sus obligaciones y ella tuvo que ser fuerte y buscar un futuro para todas. Había tenido que madurar y ser fuerte a pasos agigantados. Eso hizo que no se conformase con las decisiones de su esposo, que le plantase cara cuando algo no se sentía correcto.

—¿Qué vas a hacer, Jane? Por lo que me ha dicho Lily esta mañana, Raid debe ser la peor compañía del mundo en estos momentos.

—Oh, sí. Lo es, pero sabes que soy capaz de pararle los pies si me lo propongo. Lo que no se me ocurre es una solución al problema que tengo entre manos.

—¿Hay algo peor aún?

—Sí. No solo me acusa abiertamente de amar al señor Colman —prefirió no usar

su nombre de pila—, o de dejarme seducir por él. Estoy enamorada de un gran botarate que no me cree y…

—¿Y? —se interesó Daisy.

—Llevo a su hijo en mi vientre, y me ha propuesto llevar vidas separadas.

—¡Dios santo!, ¿es que piensa abandonarte incluso sabiendo que estás encinta? —preguntó con ansiedad la señora Jefferson.

—Se lo dije anoche, lo del embarazo, pero estaba ebrio y dudo que lo recuerde.

—¿Bebido?

—Trajo a casa a un amigo y a tres mujeres. —No tenía caso callarse nada.

—¿Qué? —La señora Jefferson se veía muy asombrada e incrédula.

—Oh, Daisy, mi mundo se desmorona y no sé cómo comenzar a reconstruirlo. ¿Qué debo hacer?

—Tres mujeres de vida alegre, supongo. —Su hermana quería saber más sobre el tema anterior. Jane afirmó con la cabeza pese a que no era una pregunta—. Dime que le atizaste con una escoba en la cabeza.

—No se me ocurrió, pero sí les eché a él y a las dos pelirrojas que retozaban sobre él, un cubo de agua sucia.

Daisy se tragó una carcajada al imaginar al tirano de Raid abochornado. La situación era del todo mala, pero imaginar a Jane defendiéndose de ese modo era divertido.

—Lo siento, no debería reírme —se disculpó cuando su hermana la miró con una

ceja alzada mientras la veía contener la risa—. Bueno, algo sí hiciste al respecto. Sospecho que lo del vizconde fue una especie de venganza por sentirse traicionado con respecto a Colman en la fiesta de Rawn. ¿Conseguiste echarlas o…?

—Se fueron, sí. Solo se quedó él. Discutimos, me dijo que iba a llevarme a la cama y… —Se quedó callada una vez más.

—¿Y?

—Pretendía ejercer sus derechos maritales pese a que yo no estaba dispuesta.

—¿Te forzó? —inquirió con los ojos como platos.

—Se disponía a hacerlo… —comenzó a confesar.

—¡Oh, Dios mío, Jane! Eso es horrible —la interrumpió.

—¿Le tienes miedo a tu esposo, Daisy?

—Desde luego que no.

—Lo mismo me sucede a mí. Sé bien cómo manejar a Raid. Soy una dama que ha tenido que lidiar con nuestro padre. Y un hombre, por muy duro e insufrible que sea, no es rival para mí. Soy más dura de lo que parece.

—Pero has dicho que se disponía a… a….

—Sí. Eso fue lo que él dijo. Estaba furioso y me desea. Lo veo en sus ojos cada vez que lo observo mirarme. El deseo no es nuestro problema, son… otras cosas.

—Pe…ro… ¿Lo hizo o… no? —titubeó Daisy.

—Cree que me forzó, porque esta mañana así me lo ha dicho. Deberías haber visto lo preocupado y avergonzado que estaba. Y no era para menos. Oh, Daisy, me siento terriblemente mal —se tapó el rostro con ambas manos.

—¿Tú te sientes mal? ¡Debería ser él quien hiciera penitencia!

—No lo entiendes… Yo deseaba hacer el amor con él —musitó avergonzada.

—¿Querías que te obligase a…? Ya sabes… a eso…

Su hermana no entendía nada. Jane lo comprendía, puesto que ni ella misma sabía cómo sentirse al respecto. Tenía sentimientos encontrados con respecto a Raid.

—¡No! No se lo hubiera permitido nunca. Soy fuerte, no lo olvides. Además, estoy convencida de que solo lo hacía para darme un escarmiento. Raid no es esa clase de hombre. No lo ha hecho nunca… forzarme con sus atenciones. A él le gusta ser más sutil. Un beso, una caricia, hacerme suplicar por…Él es… ¿Cómo te lo podría explicar sin que sintiera que estoy perdiendo la compostura y que mis mejillas no se sintieran encendidas?

Era violento hablar con su hermana mediana sobre esos asuntos, pero era imperativo recibir consejo y ayuda.

—Bueno, no soy inocente ya. Lucian es… En fin, ser malvada en el lecho, cuando estás con tu esposo, con la persona que amas, me parece algo lógico, ¿no?

—Debería serlo —opinó Jane—, pero es que estoy tan enfadada con él… Conmigo también. Por amarlo y desearlo con todas mis fuerzas, por odiarlo, dado que quiere apartarme de su vida como a un mueble viejo… No sé cómo seguir a partir de ahora. ¿Qué puedo hacer, Daisy? —preguntó con esperanza.

—Lamentablemente no tengo la respuesta a eso, y aunque sabes que no soy una mujer vengativa…

—No lo eres en absoluto —corroboró la vizcondesa.

—Pues pese a no serlo, me dan ganas de ponerlo de rodillas, que clame su amor por ti… Porqué te quiere, ¿verdad?

—Estoy convencida de que así es, porque si fuese de otro modo, me hubiese fugado con Colman hace meses —desveló con remordimientos.

—Bien, creo que deberías darle una lección.

—¿A qué te refieres?

—Sedúcelo —dijo de modo natural.

—¿De qué me serviría eso? Es precisamente darle lo que sé que él quiere de mí. Llegados a este punto no me conformo solo con su cuerpo, quiero más de él.

—Ah, pero Raid ha sugerido un distanciamiento, ¿no es así?

—Se ha ofrecido a instalarme en una casa de campo —confirmó Jane.

—Hazle ver que no puede vivir sin ti. Ponte tus mejores ropas, muéstrate impresionante, diviértete en fiestas, coquetea, exponte indiferente, como si la sugerencia de convivir separados fuese de tu agrado, y cuando él se dé cuenta de que no puede dejarte ir, haz que confiese su amor.

—No veo a Raid cantando su amor por mí a los cuatro vientos. Te lo he dicho antes, nunca me he confesado que me ama, aunque sé que lo hace —comentó un poco preocupada. Le gustaba el plan de Daisy, pero no sabía si lograría su cometido.

—Hermana… Lucian es el hombre menos sensible de cuantos he conocido, y se declaró en medio de una fiesta con palabras que… —Daisy se emocionó al recordar lo que fue aquello—. En fin, si te merece, debe luchar por ti.

—¿Y sobre el niño? —Jane se tocó la barriga con suavidad.

—¡Oh, es cierto! Un bebé —señaló emocionada—, lo había olvidado por completo. Es una gran noticia, hermana.

—Lo sé. Sé que te alegras por mí, pero lo que necesito saber es si debo decírselo o…

—Uhm —Daisy se quedó pensativa—. Por supuesto que se lo tienes que decir, pero ¿qué mal habría en demorar la noticia unas pocas semanas? Así sabrás si te quiere por ti o por su hijo.

—Sí. Es una buena idea, además merece un pequeño castigo por intentar asustarme ayer con…

—No me lo recuerdes, Jane —le pidió Daisy—, porque cada vez que imagino a Raid tratando de someterte de mala manera, yo… podría retarlo a duelo.

Jane se abrazó a su hermana y ella correspondió al gesto.

—Te amo, Daisy, porque sé que Lily y tú siempre cuidaréis de mí, independientemente de la locura que se me ocurra, dado que seducir a mi esposo a estas alturas de mi matrimonio me parece algo demencial —dijo, sin separarse del abrazo de la señora Jefferson.

—Si Lily se ha casado con un duque, uno al que además parecía aborrecer, todo es posible, Jane. Lucha por tu matrimonio y por el hombre al que amas, porque nadie tiene derecho a decirle a una mujer qué debe sentir, o qué puede o no hacer, cuando de amor se trata. Solo cuenta lo que tú decidas, lo que Raid haga. Aunque te prometo que si te hace daño, lo lamentará hasta el fin de sus días.

—Sé que me quiere y que nunca me haría daño. Solo necesito convencerle de que Colman es agua pasada y de que siempre lo he querido a él, a mi terco vizconde. Parece algo

sencillo cuando lo expongo en alto, pero es harto complicado…

—Y lo conseguirás. No hay nadie más testaruda que tú, ni tan siquiera Lily, y comienzo a sentir lástima de tu pobre esposo, dado que no sabe lo que le viene encima…

—Ni se lo imagina.

Las dos hermanas se separaron de su abrazo y se rieron con entusiasmo ante la esperanza que se sentía fresca como la brisa de la mañana.

Al fin un poco de luz en medio de la oscuridad que parecía ser su matrimonio. Jane Stirling iba a conquistar a su esposo y, por Dios, que lo pondría de rodillas aunque fuese lo último que hiciera.

***

Era poco antes de la hora de comer. Jane le había enviado una nota a su club de caballeros para pedirle audiencia. El muy… el muy… lo que fuese su esposo, no había esperado ni un poco para marcharse de casa. Cobarde. Jayden era un gallina y ella interpretaba su temor como una buena señal. ¿Por qué huir si estaba confiado y tranquilo con respecto al hecho de deshacerse de ella?

Su marido también debía tener dudas con respecto a su proceder.

Antes de marcharse de casa de su hermana Daisy, le había pedido a Lucian ayuda con algunas propiedades rurales en las que, supuestamente, Raid deseaba invertir. El plan estaba tramado a la perfección, al menos el que vislumbraba a corto plazo.

Era por ello por lo que llevaba, en plena mañana, su mejor vestido de noche, el

más escandaloso que pudo encontrar entre sus pertenencias. Tenía las mangas abullonadas, con un escote de vértigo que haría que alguna dama muy decente se desmayase al admirarlo. Era de seda rosa, con brocado negro en el escote y algunos puntos debajo de la falda, y una sencilla cinta de raso blanco se ceñía a su cintura.

¿Cuál era el motivo de estar vestida así? Había avisado al servicio de que mandasen a su esposo a su alcoba en cuanto llegase porque deseaba que la contemplase en su esplendor. Incluso se había dejado el pelo suelto, pues sabía cuánto le gustaba verla con el cabello libre.

El problema era que hacía una hora que había requerido su presencia y Raid parecía estar tomándose su tiempo. Lo lamentaba por la doncella que se vería obligada a volver a planchar el vestido, dado que tenía pensamiento de ponérselo esa misma noche para acudir a una fiesta.

Jane oyó pisadas procedentes de fuera de la alcoba. Se apresuró a levantarse del escritorio, y se colocó frente al espejo de cuerpo entero para simular estar haciéndose la prueba del precioso y, casi, indecente vestido.

Se acicaló el pelo y se bajó todavía más el escote, por lo que sus pechos parecía que se desbordarían en cualquier momento. Dios la perdonaría por seducir a su esposo, lo malo era que iría al infierno por ser una mujer tan vanidosa en esos instantes, porque se sentía poderosa, bella y especial. De acuerdo, si iba al averno, allí se vería las caras con su padre y le haría la eternidad más imposible de lo que tenía previsto el mismísimo Ángel Negro, así que algo bueno saldría si la condenaban en la otra vida.

—Adelante. —Concedió permiso en cuanto llamaron a la puerta.

Su esposo entró en la habitación y ella se dio la vuelta con naturalidad con el fin de que la inspeccionase bien.

Lo observó perfectamente vestido, con una chaqueta de terciopelo verde oscuro, un chaleco color crema que dejaba vislumbrar tibiamente la camisa de batista blanca. El pañuelo de la corbata no lo llevaba demasiado bien arreglado, y sus pantalones, del mismo color que el

chaleco, le hacían justicia a sus prietos muslos y su cintura estrecha.

Su pelo negro estaba algo despeinado, y sus ojos azules estaban fijos en los de ella. El color del iris de su esposo era más oscuro que el de Jane. A veces se apreciaba que tenía los ojos grises oscuros, en especial cuando la pasión le nublaba la vista, como los vio anoche…

—He recibido tu nota —le dijo, todavía mirándola a los ojos—. ¿Qué era eso de vital importancia que necesitabas debatir? —le preguntó con indiferencia.

La esperanza de Jane se hundió. Esa no era la reacción que había previsto. Sabía que no caería de rodillas, por supuesto que él era demasiado orgulloso como para algo así, pero… ¿De verdad no iba a tener ninguna reacción por parte de su esposo con relación a su aspecto?

De pronto la vizcondesa se sintió minúscula. Más pequeña que un ratoncito. Suspiró. La guerra no se ganaba en el primer asalto.

—Disculpa mi aspecto, estaba valorando la mejor indumentaria para…

—¿Qué es lo que quieres, Jane? —la interrumpió.

Ni llamando su atención sobre sí misma él parecía estar dispuesto a prestarle una sencilla mirada.

Lady Raid se movió hacia su escritorio, por descontado contoneó sus caderas, y aunque no podía ver si él la estaría mirando, confió en que sí lo hiciera.

Se colocó frente al mueble y se dispuso a coger unos papeles que estaban en el otro lado, de tal modo que se inclinó sobre la mesa y acabó ofreciéndole una bonita vista de sus pechos. Oyó que un largo respiro rompía el silencio de la estancia, y dado que no estaba mirando a su esposo, confió en que ese pequeño gesto fuese por su descaro. Tomó entre sus manos los papeles que con tanta atención había ido a buscar, y comenzó a caminar hacia él.

Justo cuando enfocó su mirada en su apuesto esposo, se dio cuenta de que él había estado mirando su desnudo escote. Fue tan solo un segundo, pero se sintió pletórica.

Avanzó hacia él con serenidad, sin prisa, con la cara seria y le pasó los documentos que Lucian le había dado.

—¿Qué es esto? —Trató de averiguar Jayden.

—Un listado con las propiedades que el esposo de Daisy me aconseja que tenga en cuenta para mi… retiro —dijo, con la misma indiferencia que su esposo le demostraba.

—Cuanta eficiencia. Unas pocas horas y ya sabes dónde te marcharás. Debería sentirme complacido.

Ella percibió la pequeña, ínfima de hecho, nota de lástima en su exposición.

—¿Y no lo estás? —rebatió presta.

—Por supuesto. Las habitaciones de mi club no son las mías.

—Nadie te ha obligado a mudarte a Hoot's. Esta es tu casa, yo soy solo una inquilina que en breve se marchará. Lucian es un excelente abogado y entiende de estas cosas, así que las ha puesto por orden de importancia, por lo que la primera de la lista es la mejor, y que…

—Los Jefferson se marchan la próxima semana a Boston, según he escuchado —la volvió a interrumpir.

—Así es.

—Te compraré la primera de la lista, confío en que todo esté a punto para cuando regreses de tu viaje.

—¿Voy a viajar a algún lado? —preguntó con impaciencia.

—No estoy al tanto de tus planes exactos, Jane, pero no hace falta ser un genio para darse cuenta de que Boston está a la vuelta de la esquina.

—¿Y eso por qué? —Oh, sí. Ella estaba jugando al despiste, demasiado bien entendía lo que su marido estaba sugiriendo.

—Supongo que si decides no regresar, le sacaré buen provecho a esa propiedad que sugiere el esposo de tu hermana —siguió Raid con sus propias conjeturas, obviando su pregunta—. A fin de cuentas, tengo el suficiente dinero para invertir en esa y en una docena de casas más. Creo recordar que ese fue mi mayor atractivo para ti. Mi fortuna. —Vaya. Jayden se había convertido en un soldado y le acababa de asestar el primer golpe.

Llegados a ese punto ella le sonrió. Una sonrisa que la iluminó.

—Tu mirada, más bien el color de tus ojos.

—¿Qué? —Él no había esperado esa exposición y no la entendía.

—Fue lo primero que divisé desde el otro lado del salón de los condes de Westhor. —Fue en aquella fiesta donde todo se decidió—. A veces tus ojos se ven verdes, otras azules y si el día está nublado, grises. Aquella noche, mientras me mirabas, toda la pupila se volvió negra. —Ella le sonrió una vez más—. Aunque por descontado, tu dinero fue lo segundo que tuve muy en cuenta. El título no me preocupó demasiado. Ya sabes, por ser la hija de un conde que no supo preocuparse de su estatus, me di cuenta de que el rango no era algo fundamental. Pudiste haber sido un minero rico, con unos ojos increíbles y me hubiera fijado en ti de igual forma.

A Jane le gustó verlo con el ceño fruncido. Su aspecto no funcionaba, pero al menos lo había desarmado con sus palabras.

—Te veo con un vestido indecoroso, aludes a mis bellos ojos y te pavoneas ante

mí batiendo las pestañas y sonriendo… ¿Qué es lo que quieres, Jane?

—Nada. Estaba probándome este vestido de noche porque lady Shoot, organiza una fiesta de despedida para Daisy y Lucian y deseaba llevar algo especial.

—¿Para celebrar tu pronta…? ¿Cómo llamarlo? ¿Tu próxima vida sin mí? Sí, supongo que ese sería un término aceptable. Imagino que él estará encantado cuando te vea. —*Él*. Jason Colman siempre era ese *él*, ese muro de piedra dura que ni el mazo más capaz conseguía derrumbar.

—Tú has sugerido nuestro arreglo —tuvo que recordarle—. Dispusiste todo para que me fuese de esta casa y deduje que lo mejor sería hacerlo lo más rápido posible. Si bien es cierto que si deseas traer a mujeres aquí… poco debo opinar ya.

—Anoche no parecías poder quedarte callada, Jane. —Hicieron falta dos baños con jabón para que se desprendiese del olor a humedad y suciedad.

—Anoche —repitió— todavía tenía un papel como tu esposa. Esta mañana solo soy una mujer a la que su marido va a abandonar.

Él se rio sin ganas.

—Todo un eufemismo por tu parte. Más cuando planeas asistir a una fiesta con semejante vestido.

Ella volvió a jugar al despiste y se mostró sorprendida por sus palabras.

—Creí que era un atuendo del todo apropiado. Lo elegiste tú mismo. Recuerdo que me lo regalaste cuando nos casamos, dijiste que me lo pondría solo cuando fuese de tu brazo. Me pareció una gran injusticia seguir dejándolo abandonado en un rincón, y como todavía no lo había podido estrenar, dado que jamás me acompañaste a ninguna fiesta, creo que la despedida de Daisy es una ocasión especial. Ya sabes, cuando todo el mundo sepa que Raid se deshace de su vizcondesa… Al menos me recordarán con mis mejores galas.

—Los dos sabemos que no te estoy abandonando. Te facilito las cosas para que al fin puedas tener lo que tanto ansías. Te gustará Boston, dicen que es igual de sofisticado que Londres, pero sin toda esa mojigatería típica de los ingleses. Aunque los dos somos conscientes de que lo que allí buscarás será… una agradable compañía.

—Te lo confirmaré algún día, si es que decido ir. Por el momento no entra en mis planes moverme de Londres. A menos que la casa en las afueras que decidas otorgarme esté más lejos, por supuesto.

Esa respuesta por parte de Jane lo dejó pensativo.

—No soy ingenuo, Jane. No quieras jugar conmigo a… lo que sea esto. He aceptado que te marches, que estarás con él, así que deja de hacer lo que sea que estés haciendo.

—Probarme un vestido y darte la lista, Jayden. ¿Qué más podría estar tramando, haciendo o ideando?

El vizconde comenzó a negar con la cabeza repetidamente.

—Eres una mujer única.

—Gracias.

—No era un cumplido.

—Puesto que es la primera palabra amable que recibo de tus labios desde hace muchos meses, lo tomaré como tal.

—Única e imprevisible.

—Gracias de nuevo —le dijo con suavidad.

—Si esta mañana te hubiese exigido que te mostrases como una amante, devota y obediente esposa durante el resto de nuestras vidas, te habrías escapado de casa a la primera ocasión, sin embargo, como te he dado la libertad, te empeñas en… ¿En qué? ¿Qué pretendes con este despliegue de encanto y calma, Jane? Y lo más apremiante, ¿por qué precisas hacer o decir constantemente lo contrario de lo que espero de ti?

—Ah, siempre culpable de algo, aunque no haga nada. Si la desconfianza fuese un pilar fundamental en un matrimonio, nosotros hubiésemos tenido el mejor de todos. Si las peleas supusieran la unidad de medida de la grandiosidad de un enlace, seríamos los más envidiados.

Lo vio levantar el labio superior tímidamente. Un amago de sonrisa debido a sus ironías.

—¿Insinúas que me echarás de menos, esposa?

—A tu dinero, querido —le dijo ella con una preciosa sonrisa.

—Tendrás una buena asignación aunque no te haga falta —la tranquilizó, a sabiendas de que ella estaba siendo irónica—. Tengo entendido que él está en una posición muy ventajosa. Hizo un buen dinero en los Estados Unidos de América.

—Comienzo a pensar que te interesa muchísimo el señor Colman, y no me refiero a un…

—Si tras lo que pasó anoche entre nosotros —la cortó sabiendo lo que venía a continuación—, crees que un hombre podría hacer hervir mi sangre, me conoces muy poco, Jane.

—Verás, Jayden, no soy una mujer que no consiga lo que quiere, y después de tus muchas ausencias, en las que *él*, como sueles referirte a Colman, ha estado cerca de mí… ¿Hace falta que termine mi explicación, esposo?

—Supongo que no debe importarme a estas alturas lo que ocurrió o no con él.

Disfruta de tu libertad, Jane. Los dos nos hemos ganado la paz que tendremos cuando nos separemos.

—Sí, imagino que tienes razón. Mi orgullo me impide luchar por un hombre que no cree en mi palabra, por un esposo que jamás ha tomado en consideración que en verdad lo amaba. Así que todo está dicho entre ambos. Acabemos nuestro matrimonio de modo amistoso, Jayden. Ven conmigo a la fiesta de Daisy.

—¿Me estás pidiendo que te acompañe? —Raid estaba atónito o algo más sustancial con su planteamiento.

—¿Por qué no? Todo está dicho y resuelto. Podríamos hacer que la sociedad considere que nos separamos en buenos términos. No es que importe demasiado la opinión que tengan de nosotros, pero creo que ya que hemos fracasado estrepitosamente en nuestro matrimonio, tal vez podríamos ser amigos.

—¿Amigos? —No entendía nada. El cambio de actitud de Jane lo tenía perplejo. ¿De verdad consideraba que podría ser su amigo?

Ella se encogió de hombros.

—Olvídalo, me doy cuenta de que es una tontería.

—No soy un hombre al que suelan pillar desprevenido, Jane, pero en verdad lo acabas de hacer —confesó aturdido—. ¿Quién eres y qué has hecho con mi mujer? Te veo y no te reconozco. Después de lo sucedido anoche, esperaba tu ira a un nivel jamás visto.

—No deberían preocuparme dos mujerzuelas. —Trató de controlar los celos que surgían en su mente al recordar la escena—.

—No me refería a las dos mujeres, sino a lo que te hice luego. Aunque imagino que las pelirrojas también son importantes aquí, puesto que no habíamos acordado una separación.

—No me hiciste nada que no causase el mismo dolor de siempre. Además, pronto serás un hombre libre, aunque no del todo, y no te quedarás célibe, ni deberías hacerlo.

—¿Eso es lo que piensas hacer tú? ¿Arrojarte a los brazos de otro en cuanto estés en el campo?

—Deberías decidirte por una conjetura, querido. O me voy a Boston con Daisy, o me lanzo a los brazos de Colman o de otro en cuanto esté en el campo. De todas formas no será asunto tuyo, del mismo modo que no lo es para mí lo que tú decidas hacer de ahora en adelante.

—Maldita seas, Jane. Solo tú eres capaz de celarme con tu fina indiferencia.

—¿Celoso? —preguntó ella con cara de fingida sorpresa—. No deberías estarlo. He sido tuya cinco meses y no era suficiente.

—Por supuesto, y ahora es cuando volverás a insistir en tu amor hacia mí y tu fidelidad.

—¿Serviría de algo, Jayden? No lo creo. No lo hizo entonces y dudo que sea trascendental ahora.

—Es curioso el modo en el que cambia el soplar de los vientos. Mientras venía hacia Inglaterra, a bordo del barco, pensaba en cómo ser paciente, en cómo lograr contentarte.

—Poco mantuviste un pensamiento tan adecuado —le recriminó.

Fue el momento en el que él le sonrió de lado.

—Justo hasta que te vi entrar en el salón de baile seguida de él.

—Bueno, no rememoremos el pasado, lo tienes todo decidido y por más que te jure mi inocencia no me creerás. —Jane hizo un aspaviento con la mano derecha—. El futuro está resuelto y parece que es aceptable para ambos. ¿Vendrás a la fiesta de despedida de Daisy?

—Diviértete, Jane. Estoy seguro de que mi presencia sería un estorbo para ti.

—De acuerdo —aceptó, tratando de mantener una calma que no sentía—. Si no te importa, me gustaría quitarme el vestido. Desabotona la parte posterior y eres libre para marcharte. —No le dio opción a responder, puesto que la vizcondesa Raid se dio la vuelta, se sujetó el pelo a un lado con la mano derecha y le ofreció la espalda.

A Jayden se le hizo la boca agua en cuanto tuvo al alcance su piel de alabastro, su bonita nuca que lo llamaba para besarla, lamerla y… Su vara se removió en sus pantalones. Había estado en una posición semierecta desde que accedió a la guarida de la leona. Ya estaba más duro que el mármol.

—No deberías tentarme, Jane. Todavía eres mi esposa y bien sabes que mi deseo por ti es más que evidente cada vez que te veo. —La deseaba, siempre había sido así.

El problema entre ambos no era la pasión, solo… ¿cuál era el problema? Jayden no lo podía dilucidar en esos instantes en los que ella se mostraba tan seductora.

—Sí, tienes razón. Disculpa. —La vizcondesa se apartó de él con rapidez y se giró para mirarlo—. Llamaré a mi doncella para que me desvista. No quisiera que mi desnudez ofendiese tu vista.

—Si no te conociera bien, y créeme que lo hago, podría llegar a pensar que tratas de seducirme.

—¿Por qué haría eso? —preguntó con seriedad.

—No lo sé, y más después de lo canalla que fui anoche contigo al imponer mis no deseadas atenciones —opinó.

Ella le sonrió, se acercó hasta su esposo y le tocó la mejilla con ternura. Él se quedó helado con la acción, por la dulzura demostrada. ¿Su esposa era capaz de semejante gesto dadas las circunstancias, las acusaciones y la conversación que estaban manteniendo?

—Jayden, eres muchas cosas, no todas buenas, ni tampoco todas malas, pero estás loco si crees que hubieras podido someterme sin mi consentimiento.

Jane lo dejó, se dio media vuelta y se dirigió a la campana y tiró de ella, a fin de que su doncella se personase en su habitación.

Raid se colocó frente a ella en un par de segundos fugaces.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que he dicho. ¿Qué no has entendido?

—¿No te forcé? —La culpa, la rabia y la ira por su vil acto lo habían sumido en las tinieblas más oscuras.

—No me conoces en absoluto, Jayden.

La cogió por el brazo y la acercó a su pecho.

—Dilo, Jane. Sin más juegos.

—No, Raid —usó el título para darle mayor solemnidad a su respuesta—. No me encamaría con un hombre al que yo no desease. Antes acabaría muerta que forzada.

—¿No podías haberlo dicho antes? —le recriminó.

—No sabía que debía aliviar tu conciencia, puesto que como he observado, jamás hubieras tenido éxito en tu pretensión si yo no estuviese bien dispuesta. Asumí que me conocías mucho mejor.

—Jane, a veces… —No terminó la frase. Exhaló, la soltó y se marchó a paso ligero.

Ella lo vio salir de la alcoba y no tenía la menor idea de si había logrado algo importante que le diese cierta esperanza. Su esposo era un hombre imposible, impredecible, ella no sabía si hacía lo correcto o no, si usaba bien las palabras o todo lo contrario cuando se hallaba en su presencia.

Jane se acarició el vientre, lugar en el que crecía su pequeño.

—Tú padre no pone las cosas fáciles nunca —susurró, justo antes de que su doncella llegase para ayudarla a desvestirse.

Capítulo 5

Aquella noche, para la fiesta, la vizcondesa Raid optó por un vestido de muselina azul zafiro. Más recatado que el que le había mostrado a su esposo y que no pareció afectarle lo más mínimo. No tenía sentido ponerse algo tan provocativo si no iba a verlo Jayden.

Estaba de malhumor y desalentada. Las cosas no estaban saliendo como había planeado. El niño que crecía en su vientre no le dejaba margen de maniobra. El tiempo corría en su contra. Tenía que conquistar a su esposo, o al menos hacer que él no quisiera despacharla.

Era imperativo hacerle comprender que solo había habido un hombre en su vida y que el niño que llegaría era su heredero. No se había dado cuenta de que tenía otro problema que no había considerado antes. Hablarle sobre su estado de buena esperanza no facilitaría las cosas, pues Raid pondría en duda su paternidad y ella acabaría asesinándolo o algo peor. ¿Qué había más malo que matarlo? No lo sabía, pero Jane estaba convencida de que si Jayden la ofendía usando a su vástago, su marido acabaría descubriendo que había algo peor que la muerte.

—No me agrada. —Su hermana Lily estaba a su lado.

—¿El qué no te gusta, duquesa?

—Lo que tramas.

—¿Qué plan tengo? Solo estoy disfrutando de una preciosa fiesta que sirve para

despedir a nuestra adorada Daisy —se defendió, de lo que intuía que era una acusación, aunque no tenía la menor idea de lo que hablaba Lily. Con la duquesa de Rawn nunca se sabía a qué atenerse.

—Nuestra hermana me ha dicho que no debo alentarte con respecto a Colman. Especialmente porque esta noche no estará en la fiesta, puesto que no ha sido invitado, imagino que por petición tuya. Me disgusta tu decisión sobre Raid, Jane. Eres la mayor, pero no la más sabia de nosotras. Hubieras estado bien con Jason Colman. Daisy dice que eso es algo imposible y no entiendo el motivo. Sé que hay algo que no me estáis contando y acabaré descubriéndolo.

Lady Raid supuso que Daisy le había contado su conversación a Lily, aunque no todo.

—Tengo muchas cosas de qué preocuparme, Lily. Combatir contigo… es algo que no disfruto. Te aseguro que es muy agotador seguirle el ritmo a mi esposo en sus batallas dialécticas, así que, por favor, deja de preocuparte por mí, porque no quiero que nos peleemos.

—Claro, porque tú hiciste justo eso cuando Rawn se metió para trastocar los pilares que me sostenían.

—Te dejé a ti la opción. No me interpuse ni te alenté, aunque sí traté de guiarte. Permite que averigüe si puedo reconstruir las ruinas de mi matrimonio.

—¿Por qué quieres hacer eso? ¿Te gusta llorar, Jane? Porque si ese es el motivo, yo encantada te gritaré y haré que derrames tus lágrimas.

—Resultas insufrible cuando te pones en esa actitud, hermana. Ve a disfrutar de la fiesta. Tu duque no te quita ojo y apuesto la fortuna de Raid a que desea que le prestes toda tu atención y no volver a tener que mediar entre dos hermanas Alcott.

La mirada de Lilyan se posó sobre los ojos de su duque. Se rio con ligereza.

—Siempre seremos las Alcott, ¿verdad? No importa si estamos casadas, nunca

dejaremos de ser las hijas de Dum, las tres hermanas que tuvieron que buscar su presente y futuro.

Jane vislumbró una nota de nostalgia en las palabras sinceras de Lily.

—No estés triste, Lily.

—Lo estoy, porque sufres y no quiero que eso suceda. De las tres, tú mereces más.

En ese instante, Jane, que había estado al lado derecho de su hermana observando cómo los invitados bailaban y se divertían, se posicionó frente a Lily.

—Raid es lo que deseo.

La duquesa de Rawn gimió por lo bajo.

—Lo sé. Daisy lo ha dejado muy claro, a pesar de mi escepticismo. ¿Cómo puedo ayudarte? —le preguntó con sinceridad.

Jane comprendió que le estaba diciendo que se ponía de su parte y que la respetaría.

—Te conozco, es mejor que no hagas nada.

—¡Arg! Desagradecida y orgullosa hasta el final. Tal vez sí seas la horma de Raid. Por cierto… ¿dónde está tu esposo?

—No vendrá.

—Sí.

—No lo creo.

—Sí vendrá, es más, ya está aquí.

—¿Disculpa?

—Lo he visto hace unos minutos. De hecho, había venido a prevenirte sobre él. Estaba dispuesta a dejar que Rawn lo retase a duelo en medio de esta elegante fiesta si me lo hubieses permitido. Exacto, a eso había venido, a preguntarte si mi duque podía lanzarle un guante a su cara seria para agraviarlo.

Jane sintió su corazón estremecerse. No hizo caso de la retahíla de su hermana. Se dio la vuelta y comenzó a mirar por todo el salón de baile. Había demasiada gente y no era capaz de localizarlo.

—¿Dónde está? —susurró sin darse cuenta de lo que preguntaba.

—Imagino que habrá ido al salón de al lado, con los caballeros, a jugar a las cartas, fumar puros y hablar de negocios.

—Tengo que verlo.

Dio dos pasos en dirección a lugar que había mencionado Lily.

—¡No! —la frenó la duquesa, interponiéndose en su camino—. Él ha venido, deja que sea Raid quien te busque.

—¿Y si no lo hace?

—Está aquí, cuando creías que no vendría. No tienes nada que perder.

—Sí, Lily, tengo todo que perder, porque llevo a su hijo —le confesó, solo para

sus oídos.

—¡Dios santo! —gritó Lily, incrédula.

—Él no lo sabe todavía.

—Tienes que decírselo —la regañó.

—Me sermoneas, cuando hace poco tratabas de convencerme para que huyese con Colman.

—Un hijo lo cambia todo. Es su heredero. Estás atada a él para siempre, Jane.

—Lo estuve en el momento en el que recité mis votos, Lily —hubo de recordarle.

—En verdad lo amas —susurró, más para sí misma que para su hermana mayor.

—Siempre.

—Pero… Los dos sois tremendamente infelices.

—Lo sé, y es algo que debemos comenzar a remediar.

—¿Cómo lo harás?

—No tengo la menor idea, solo sé que él está aquí y lo conozco lo suficiente como para saber que me está tendiendo una rama de olivo.

—Raid en son de paz… No lo creo, Jane.

—Lo averiguaré en cuanto te apartes y me dejes ir a buscarlo.

—Está bien. Sigue tu camino y lucha por tu hijo. Confío en que acabe a tus pies y que yo consiga perdonar sus desplantes hacia ti.

—Por supuesto, porque lo más importante en estos momentos es que tú lo puedas perdonar —ironizó con cierto enfado.

—Me has entendido perfectamente.

—Lily…

—¿Qué?

—Quiero ver por qué está aquí… ¿puedo hacerlo o me vas a retener toda la velada frente a ti?

—Vete, Jane, pero no olvides que Rawn es un experto tirador.

—¡Oh, Lily, no bromees sobre algo así!

—Sí, sí, pero tú solo recuérdalo por si acaso.

Jane dejó allí a su hermana y se dirigió hacia la sala donde los caballeros mantenían su propia fiesta en activo.

Llegó con el corazón palpitando con fuerza. No estaba allí. Frunció el ceño. ¿Sería verdad que había acudido a la fiesta o Lily se había equivocado? Cierto que Raid era inconfundible. Su porte regio, su mirada ceñuda, sus anchos hombros y su rostro severo eran poco comunes.

—Lo he visto salir al jardín, Jane —le dijo, con disimulo, Daisy.

La señora Jefferson también había estado al tanto cuando el esposo de Jane llegó

a la fiesta.

De hecho, su hermana mediana la había seguido de cerca para informarle de la posición de Raid. Así que Jane asintió y se dispuso a ir hacia la salida más próxima.

Caminó unos pocos pasos por el frío y oscuro jardín. No tardó demasiado en tener frente a sí una espalda varonil que conocía bien, pues se había sostenido de ella en reiteradas ocasiones cuando yacían en la cama.

—Has venido —musitó, a fin de que él se girase. Efectivamente Jayden Stirling se dio la vuelta.

Los dos se quedaron uno frente al otro, pero con una separación de seguridad que Jane maldijo.

—No llevas el mismo vestido.

—No. Este era más adecuado.

Él afirmó con la cabeza. Se había preparado para sentir un sinfín de celos cuando la viese. Estaba preciosa, pero más recatada y eso le daba paz.

—Esto no… —comenzó a decir él.

—¡Baila conmigo! —dijo de sopetón.

Su esposo estaba frente a ella, en una fiesta a la que dijo que no pensaba acudir, era momento de dar un paso adelante. Para tratar de firmar una tregua.

Jayden se quedó parado. Se dio cuenta de que las notas de la música llegaban con claridad hasta el lugar en el que estaban. Se fijó en Jane. Sus ojos estaban cargados de esperanza y no tuvo corazón para negarse a su petición.

El vizconde la sujetó por la cintura y se dispuso a iniciar los pasos del vals. Jane no desaprovechó la oportunidad y se pegó a él.

El ambiente era perfecto. Una noche con la luz de luna, el frescor de un jardín secreto, una danza con el hombre con el que deseaba llevar una vida pacífica. No tenía nada que perder y por eso se arriesgó.

La pareja comenzó a dar los primeros pasos. No era necesario hablar. Las miradas de uno y otro lo decían todo. No dejaban de observarse con el corazón latiendo con fuerza. Jayden se sentía extraño. Ella se dejó llevar por la esperanza.

Solo un baile para disfrutar y darse cuenta de lo que podían tener, de lo que necesitaban alcanzar.

Jane lo escuchó respirar de un modo extraño y creyó tener la confirmación de que era momento de buscar los labios de su esposo. Necesitaba un beso de él. Un gesto para indicarle que podían intentarlo, que necesitaban volver a empezar.

Jayden apartó el rostro en cuanto se dio cuenta de las intenciones de su mujer. Ella se quedó hundida. La danza cesó. Los dos se quedaron parados uno frente al otro, pero el vizconde se apartó ligeramente de su mujer.

—¿Qué quieres de mí, Jane? Me vuelves loco. —preguntó y confesó, llevado por el momento tan íntimo que compartían en soledad.

—¿Por qué siempre tengo que desear algo de ti? ¿No basta con que seas solo mi esposo?

—No lo sé. Nuestro matrimonio… es algo que creo que no ha salido bien.

Hubo un minuto de silencio, que se sintió eterno. La luz de luna se reflejaba como si fuese un día de sol brillante. La noche nunca se sintió tan cálida, pese al rocío que se apreciaba en el aire.

—¿Por qué has venido? —Jane decidió romper el silencio con la pregunta más evidente.

—Había tomado una decisión. Dejarte ir fue lo más difícil, pero acertado, en especial porque creí que te había violentado.

—Eres el hombre. Tu voluntad es la ley. No es justo porque en este matrimonio somos dos. Me habrías podido forzar y la justicia no me hubiera amparado porque soy tuya para hacer conmigo lo que decidas. No lo hiciste.

—La sociedad es así. Nacido para someter, creada para acatar —apuntó, en alusión al papel que un hombre y una mujer debían ejercer en sociedad.

—Sabes bien que no soy ese tipo de dama.

—Tu temperamento fue lo que me… —No supo cómo continuar su frase. Suspiró.

Momentos antes, mientras Jayden caminaba, en medio de la noche, después de haber salido de su club de caballeros sin un lugar exacto al que ir, se encontró con que sus piernas lo guiaban hacia un punto muy concreto, hacia una fiesta. No entendía el motivo, pero necesitaba verla.

El vizconde se había pasado el resto del día repasando cada palabra, cada gesto y acción que su esposa había hecho y dicho durante su último encuentro. Lo había atraído a su propia alcoba, con un vestido que haría que un santo pecase, y ella se había mostrado fuerte, pero razonable la mayor parte del tiempo. Una y otra vez trató de descifrar el mensaje oculto de lo que sucedía entre ambos, de lo que Jane pretendía de él.

En el momento en el que ingresó en el salón y la vio con otro vestido, se dio cuenta de que los celos por creerla ataviada como una diosa griega que solo él tenía derecho a contemplar, no habían sido la causa de su presencia. Había algo más. Mucho más.

—¿Me quisiste alguna vez, Jayden?

—Jayden —repitió—. En cinco meses no has pronunciado mi nombre —le dijo, obviando la pregunta—. Yo solo era Raid, el hombre con dinero que te salvó, a ti y a tus hermanas —precisó—. En un par de días me has llamado por mi nombre de pila más de lo que pudiera imaginar.

—¿No te llamas así?

—¿Por qué ahora soy Jayden y no Raid?

—Una pregunta compleja. ¿Por qué no empezamos por el principio y me dices si alguna vez me quisiste?

—Supe que serías mía en cuanto te vi.

—Entonces debo confesar lo que he tratado de hacerte comprender desde que nos casamos… Yo supe —copió su fórmula— que debías ser mío en cuanto te vi.

—Mi dinero, lo sé.

Ella le sonrió.

—No eras el único caballero con muchas monedas en sus bolsillos que podía haber elegido.

Él asintió. Reconocía que Jane había tenido al alcance de su mano a otros que tal vez fuesen buenos partidos también.

—Sí, Jane. En algún momento comencé a verte, a sentirte, y no me gustó lo vulnerable que me hacías.

—Me apartaste. De la noche al día cambiaste tu actitud hacia mí. ¿Por qué?

—La carta pesó mucho.

—Una vieja misiva, recordando las promesas pasadas de una muchacha que apenas era una mujer, no podía ser una razón férrea, Jayden, más después del modo en el que nos descubrimos el uno al otro. La forma de amarnos en la intimidad.

—Yacer en el lecho no supuso nunca un inconveniente, era lo único que teníamos.

—No. Siempre que te dije que te amaba, lo decía con el corazón en la mano. Desnudando no solo mi cuerpo, sino también mi alma.

Se tapó el rostro con una mano en un gesto de desesperación que duró unos pocos segundos, sin saber a qué atenerse con su esposa.

—Es tarde, Jane. He tomado una decisión.

—Yo también.

—Lo sé. Los dos estamos de acuerdo en que separarnos es la mejor opción.

—Si es eso lo que deseas, lo asumiré con pesar.

—¿Qué otra cosa nos queda?

—El asunto de la sucesión es…

—Está resuelto —cortó—. Mi primo Timothy Burton se hará cargo. Lo he nombrado mi heredero —desveló para tranquilizarla.

La observó erguirse y levantar el mentón.

—Entonces me temo que tenemos un gran problema, Raid.

—Ah, el título está de regreso. Sospecho que nuestra pequeña tregua ha llegado a su fin.

—Puede ser —le confirmó.

—¿Qué he hecho esta vez? —cuestionó el vizconde.

—Llevo a tu hijo en mi vientre y no estoy dispuesta a que pierda lo que por derecho le corresponde.

Se quedó mudo. Sus ojos se dirigieron hacia el vientre de su esposa. Levantó la mirada de nuevo hacia Jane. La observó seria, con el mentón más alto todavía.

—Un hijo… —susurró.

—Eso he dicho.

—Mío…

—Exacto.

—Pero eso es…

—Cuídate bien de decir las siguientes palabras que lleguen a tu mente —lo avisó, interrumpiendo su hablar—, porque tu reacción es lo que me ha estado refrenando para no confesarte mi estado. En especial cuando me has acusado de serte infiel y he sido más leal que tú a mí.

La mirada de uno estaba sobre la del otro. Los grillos se escuchaban ahogados bajo las notas de música que llegaban desde el salón principal.

Jane no sabía qué era lo siguiente que diría su esposo. En silencio rezaba para que no la hiriese, puesto que si le decía algo que la contrariase, no sabía bien cómo respondería al insulto.

—No puedo hacer esto ahora, Jane.

Raid dio un par de pasos a la izquierda para bordearla y la dejó atrás.

—Después de todo, sí pareces dispuesto a abandonarme… a abandonarnos —se rectificó, para incluir en su reproche a su hijo no nato.

Su esposo la escuchó, pero no paró sus andares y tampoco quiso hacer observación alguna sobre lo que acababa de oír.

La cabeza le dolía. No solo por todas las vueltas que le había dado a las situaciones vividas con Jane desde que desembarcó. Había sopesado lo que supondría la separación de ambos una y otra vez. La falta de un heredero era un problema que él había solucionado enviando una carta.

Era curioso cómo un sencillo trozo de papel era capaz de enmendar cualquier situación o… emponzoñarla, tal y como ocurrió meses atrás cuando descubrió el secreto de su esposa con el antiguo mozo de cuadras de Dum.

Un niño. Su mujer le acababa de explicar que gestaba una criatura en su vientre. Ella había sido pura cuando disfrutó del placer, pero…

No estaba preparado para una revelación de tal magnitud. Y más cuando ella le había prevenido sobre la conveniencia de retener el posible veneno que saliese de su lengua con la noticia ofrecida.

Colman. Él siempre estaría ahí para atormentarlo. ¿Le estaba diciendo la verdad sobre la procedencia del niño? ¿Era ciertamente sangre de su sangre? ¿Cómo saberlo? ¿Cómo confiar en una mujer que había prometido su devoción eterna aunque el destino la separase de Jason Colman? En aquel maldito trozo de papel que se lamentaba de haber leído, Colman le recordaba a Jane el juramento que se hicieron. En el que se decía que aunque hubiese impedimentos insalvables, el uno jamás renunciaría al otro.

Una carta que ella había guardado durante todos esos años que había estado apartada del maldito Colman.

Los celos eran una eficaz poción para despertar de un dulce sueño. De un matrimonio que se sentía idílico. No era solo culpable ella. Tal y como le acababa de confesar, Jayden se asustó al descubrir el poder que Jane tenía sobre él. Se sentía extremadamente frágil cuando ella estaba en su presencia. Y cuando no estaba con él, la sensación era todavía peor.

Embarazada. ¿Cómo interpretar la nueva situación que se le acababa de presentar?

La única solución que se le ocurrió fue ir al club de boxeo de Gentleman Jackson para desquitarse con los puños. No era demasiado tarde para hacer semejante visita, y con un poco de suerte el deporte de contacto lo calmaría y le despejaría la cabeza, porque Dios sabía que estaba viviendo un infierno, y que debía pensar bien las cosas antes de dar un paso adelante o perdería a su familia.

—Mi hijo… —susurró, en medio de la noche, mientras se encaminaba hacia una lucha que le sentaría verdaderamente bien.

Capítulo 6

La fortuna le sonreía. Al menos era la sensación que sintió cuando entró en Gentleman Jackson y divisó a un hombre que bien conocía.

No era la primera vez que Jayden se pelearía con Jason Colman en medio de un ring. Meses atrás se habían visto las caras. Pocos lo sabían.

En esos momentos necesitaba respuestas, pero intuía que el maldito hombre que bebía los vientos por su esposa no le ofrecería las oportunas explicaciones. Eso y que el vizconde tenía demasiado orgullo como para rebajarse a pedírselas.

Se quitó la chaqueta, el chaleco y los dejó a un lado, en el suelo tirados.

Comenzó a remangarse las mangas de la camisa mientras se acercaba hacia Colman.

Oh, sí, ellos iban pelearse.

El vizconde haría todo lo posible para provocarlo. Necesitaba una buena pelea y no se le ocurría nadie mejor con quien enfrentarse con los puños.

—Olvídalo, Raid —le señaló Jason, en cuanto lo vio llegar hasta su posición.

El señor Colman estaba pealando amistosamente con un joven y no quería enzarzarse en algo más serio. No tenía sentido hacerlo cuando era consciente de que la había perdido para siempre. Jane había elegido a su esposo, y contra eso no podía luchar.

Ni tan siquiera atizarle a su mayor rival haría mella en la angustia que sentía, por lo que no lo resarciría.

—La primera vez quedamos en empate —habló Jayden—. ¿No quieres ver quién es mejor de los dos, Colman? ¿No tienes un poco de curiosidad?

—No. Yo sé quién es el mejor de ambos, Raid —se mofó.

El vizconde estaba en un lateral del cuadrilátero, mientras Jason se disponía a seguir con la pelea que había empezado instantes antes del arribo del esposo de Jane.

—Pruébalo —lo desafió.

—No —negó una vez más—. Tienes lo que yo siempre he deseado, así que nuestra disputa está saldada.

—¿Qué? —No lo seguía en su razonamiento.

Colman se acercó hasta el vizconde, se quedó cerca de él. El oponente de Jason decidió retirarse del lugar, dado que parecía que la cosa entre ambos hombres podía acabar poniéndose seria.

El antiguo amor de lady Raid se dio cuenta de que se acababa de quedar sin rival para pelear y suspiró con fuerza.

—Lo has ahuyentado con tus malos modales. Para ser un vizconde, no eres elegante, ni tampoco atento con lo que se te pide. No pienso pelear contigo, Raid —volvió a aseverar.

—Te acabas de quedar solo. Soy una buena opción, puesto que imagino que tienes las mismas ganas que yo de que nos demos fuerte.

Jason Colman sonrió de lado.

—Solo habría una cosa por la que me volvería a enfrentar en una pelea contigo.

—Dime tus condiciones —exigió sin dudar.

—No creo que te guste la apuesta que quiero lanzar.

—Por mí, puedes pedir la luna. No vas a vencerme.

—¿Qué tal si te pido a tu mujer? —preguntó con suma naturalidad y como si esa petición fuese algo común.

—¿Disculpa? —No se le había pasado por la cabeza tal… ¿Cómo denominar lo que acababa de escuchar? ¡Barbaridad! Sí. Era un despropósito.

Y por otro lado… ¿Acaso Jane no lo había informado de sus intenciones de llevar vidas separadas?

Había esperado algo como eso dado que Colman supuso una sombra sobre su matrimonio. Aunque estaba el asunto del niño. Raid se mesó el pelo con nerviosismo. No comprendía nada con relación a Jane, a sus intenciones, a su comportamiento a… nada.

—Deseo una noche con ella —desveló su anhelo más secreto—. Subes, te gano y al fin la tendré. ¿De acuerdo, Raid?

Jason ya vería cómo conquistarla llegado el caso, porque como apuesta sonaba divino.

Y por la cara que estaba poniendo el vizconde, su propuesta le estaba repateando el hígado, como poco.

—¿Qué? —atinó a cuestionar en un susurro.

Jayden estaba atónito. No solo por lo indecoroso de la petición, sino por todo lo que implicaba esa revelación.

—Lo que has oído. ¿Lo tomas o lo dejas?

El vizconde frunció el ceño. ¿Su rival le acababa de confirmar que jamás estuvo íntimamente con su esposa? Sí… ¿verdad? Entonces…

—Está embarazada —desveló, sin saber exactamente porqué le hacía esa confesión al hombre que más odiaba en el mundo.

Vio que la sonrisa de satisfacción, que Colman había exhibido hasta ese momento, se borraba de un plumazo.

Jason negó repetidamente con la cabeza ante la revelación que acababa de escuchar, especialmente porque lo que le había revelado no sonaba como algo fantástico en boca de Raid. Sospechaba que la pareja estaba en muy malos términos y se maldijo por la tozudez de ella al no aceptarlo y abandonar a su esposo.

—No la mereces. Ni aunque vivieses mil vidas la merecerías. Y pese a ello, Jane te dará lo que cualquier hombre en tu posición soñaría. La vida es del todo injusta —reflexionó más para él que para el odioso Raid.

—Es lady Raid, no uses su nombre de pila en mi presencia —le advirtió.

—Vete a casa, *lord Raid* —dijo con énfasis—. Aquí no tienes nada que reclamar. Sé cuándo he perdido y tengo la humildad necesaria para retirarme de la partida sin causar mayor revuelo.

— Creí que aceptarías con facilidad una pelea. ¿De qué demonios me estás hablando? —No entendía nada.

—De tu mujer —precisó—. Dios sabe que lo intenté con todas mis fuerzas y puse todo mi empeño para recuperar lo que era mío.

Raid se tensó ante semejante afirmación por lo que implicaba.

—¿Tuya? Una atribución peligrosa, dado que sé el estado en el que mi esposa llegó a mi cama —reafirmó la virginidad de Jane porque se sentía correcto hacerlo.

—Me juró su amor —le dijo, para tratar de defenderse.

—Y aun así, se casó conmigo.

Jason Colman se rio sin humor.

—Aquí es cuando nos viene bien recordar esa famosa cita de Julio César: «Es la ley de la guerra que los vencedores traten a los vencidos a su antojo». A ti especialmente. Imagino que es a eso a lo que has venido. ¿Qué más quieres? Te he dicho que has ganado, y encima no deseo ni desfigurarte tu estúpido rostro, por miedo a contrariar a Jane —usó el nombre de ella con todas las consecuencias—. Aunque… bien mirado, sí podría hacerlo con sumo placer.

Jayden no sabía cómo sentirse con respecto a todo lo que había escuchado hasta ese instante. Era mucha información como para digerirla de un solo bocado.

—Admites que has tratado de seducir a mi mujer, sospecho, que en reiteradas ocasiones. —Fue una afirmación.

—Así es —le confirmó sin titubear.

—Y consideras que no debería atizarte. —No era una pregunta tampoco.

—¿Por qué deberías hacerlo? Una mujer a la que no aprecias…

—Ten cuidado, Colman. La cosa podría ponerse más seria de lo que ya es —lo volvió a avisar.

—Tengo oídos, sé muy bien lo que la buena sociedad rumorea sobre vuestra unión. Y aunque hubiese estado sordo, la duquesa de Rawn me informó de cada una de las veces que Jane —otra vez su nombre de pila en los labios para calvario de Raid—, acabó llorando y sola mientras tú hacías… lo que fuese que hicieras en tus numerosos viajes —le desveló sin remordimientos y con gran placer.

Raid no se sorprendió al saber que su enemigo contaba con el apoyo de la anteriormente conocida como Lilyan Alcott. Sabía bien que la hermana menor era como un dolor en sus partes privadas.

—Mis asuntos no te incumben.

—Pero sí tu mujer, pues yo hubiera sido capaz de hacerla todo lo feliz que merece, si ella me lo hubiese permitido.

Una confirmación más de que Jane se había resistido a sus avances. En vez de sentir que un gran peso se desplazaba de sus hombros al suelo, percibía todo lo contrario. Una pesada coraza le oprimía el pecho.

La había acusado de un sinfín de deslealtades, y en esos momentos, Jayden era plenamente consciente de que su esposa era inocente de todos los cargos.

Imágenes de ella con los ojos llorosos, suplicando que la creyese cuando le hablaba de amor, asegurando que Jason Colman solo era parte de su pasado, se agolpaban para sacudir su interior y hacerlo sentir el más miserable de los hombres. Demasiados meses en los que no se permitió creerla, en los que la desconfianza era la tónica general de cada encuentro.

Raid pegó los párpados en un gesto de desasosiego. Todo sería diferente si

hubiese confiado en Jane, si hubiera tenido más seguridad en sí mismo.

Había desperdiciado un tiempo precioso con la mujer a la que reconocía que trató de no amar por miedo a sufrir, por temor a que lo traicionase y lo acabase abandonando.

Estúpido.

Él mismo había vertido el veneno en su relación. Él mismo le había planteado el hecho de llevar vidas separadas cuando su esposa no había hecho nada malo. Él mismo había llevado a casa a dos pelirrojas con la única idea de asestarle un duro golpe a su orgullo femenino.

—Te vi entrar por la puerta que daba al jardín en la fiesta de los Rawn. Habías estado con mi esposa en el jardín, lo sé bien —le recriminó. Sus ojos fueron testigos de aquello.

Colman sonrió de lado.

—Tu falta de fe en ella me ofende incluso hasta a mí. Antes te he dicho que lo intenté con todo lo que tenía a mi alcance. Lady Raid —usó el título para darle mayor dramatismo a la situación porque era lo que ameritaba— no cedió ni un instante. Ni cuando traté de besarla para hacerla claudicar y que recordase cómo era estar los dos juntos.

No pudo más. La rabia que había nacido en el interior de Jayden por ser un esposo nefasto, brotó con intensidad. Se posicionó ante Colman y trató de asestarle un golpe en su tonto rostro de suficiencia.

Falló.

El maldito se movió con gran astucia, se agachó y le propinó un puñetazo en el estómago. El dolor lo atravesó. Sabía que Colman le había dado con todas sus fuerzas, pues eso mismo había intentado hacer Jayden.

El vizconde se quedó quieto, mientras se encorvaba para soportar el dolor.

—Creí haber escuchado que no me lastimarías por respeto hacia Jane.

—Dije que no tenía intención de hacerlo, no que fuese a desperdiciar la ocasión si se presentaba —le dijo sin bajar la guardia. No iba a pegarle más a Raid, pero tampoco se dejaría golpear.

A duras penas, Jayden se enderezó y miró a Colman a los ojos, con seriedad. No respondería con más pelea, decidió.

—Mi esposa me es leal, afirma que me ama y lleva a mi hijo. Considera tu golpe defensivo como una retribución ante tu pérdida. Te aconsejo que no vuelvas a molestarnos con tu presencia, porque la próxima vez no me mostraré tan indulgente.

Jason le sonrió de lado y se preparó para responderle:

—Lily tiene razón, la humildad no es tu fuerte. ¿Crees que me ganarías si nos volviésemos a enfrentar? No. Tengo mucha rabia contenida porque tienes lo que vine a Londres a recuperar —Él había llegado hacía largas semanas de los Estados Unidos de América con suma riqueza solo por Jane—. Y si tu amenaza se orienta hacia un duelo, aunque no tengo legitimidad para desafiarte o tú para aceptar, dado que no soy de tu misma posición social, poco me importaría saltarme esa norma, porque contigo muerto, ella sería libre.

Raid no se ofendió. Le mostró una sonrisa socarrona.

—Sí, lo sería. Pero me ama —dijo con la cabeza alta—, y al fin estoy convencido de que no se marcharía alegremente con el causante de mi desgracia. —La revelación dicha en alto fue tremendamente reveladora.

—Vete a casa —reiteró como hizo al principio—, antes de que ponga a prueba tu conjetura y acabemos averiguando si la dama sería capaz de perdonarme.

—Olvidas que también soy un buen tirador —le señaló con molestia.

—Créeme, aunque tengas su amor, lealtad y porte a tu heredero en su vientre, a mí me estima, y no te sería fácil, por no decir que sería imposible, hacer que te perdonase por mi supuesto asesinato. Como ves, estamos en un punto muerto, Raid, nunca mejor dicho. Ella eligió su camino y yo me repliego a sus deseos porque la amo —dijo con orgullo—. No la entiendo pero acato su decisión. Sigo pensando que no eres digno y que jamás lo serás.

—Bueno… —comenzó a decir Jayden enfadado. Se calló en cuanto comprendió una cosa trascendental.

Llegados a ese punto, lord Raid al final pudo sonreír con cierta ligereza inundando su corazón.

—¿Qué es tan gracioso? Porque el hecho de que te recuerden lo inferior que eres con respecto a la gran mujer que Dios te concedió como esposa no me parece algo como para reírse.

—Tengo toda la vida por delante, Colman. Una larga vida en la que pienso disfrutar de las atenciones de *mi Jane* —señaló con retintín—. Posiblemente no la merezca. Confieso que es una gran mujer y no la vislumbré en todo su esplendor, pero es mía, la que será madre de mis hijos, y pese a haberle ofrecido llevar vidas separadas, ella se empeña en permanecer a mi lado. —Dijo ese punto con mucho orgullo, aunque evitó decirle que se acababa de dar cuenta de que en la alcoba de la vizcondesa, esa misma mañana, ella había tratado de seducirlo. Oh, sí. Ya no podía seguir negando los planes de su esposa durante más tiempo. Estaba seguro de lo que Jane se había propuesto hacer. Aquél vestido era demasiado provocativo.

—¿Esperas una felicitación por ello? —preguntó con enfado.

—Me ama —siguió el vizconde con sus cavilaciones—, y quiere que luche por ella, que la conquiste. Esa es la grandiosidad de lady Raid. Sabe que no la merezco, posiblemente sea verdad, pero jamás me dejará escapar. Esa es la terca mujer con la que me casé y que me aceptó con facilidad pasmosa, dado que era poca gente la que no estaba al corriente de mi fuerte temperamento.

Le gustó ver la cara de pocos amigos que puso Colman antes de darse la vuelta y

dejarlo atrás sin añadir nada más.

La satisfacción le duró hasta que recordó la reacción de él cuando ella le desveló que estaba embarazada.

¡Dios bendito!, la dejó en medio de la oscuridad, dando a entender que dudaba de la legitimidad de su hijo.

Jane era una leona, y apostaba su fortuna a que a esas horas estaba meditando la mejor forma de hacerle pagar por su atrevimiento, y no la condenaría si así fuese.

Merecía la horca por todo lo que le había hecho pasar a su esposa a causa de los celos y la desconfianza.

¿Cómo le demostraría que a partir de estos momentos todo cambiaría?, ¿que iría a mejor?

No tenía la más mínima idea de cómo arreglar el gran entuerto que él mismo había causado, pero comenzaría con una disculpa y seguiría a partir de ese punto.

¿Qué más podía hacer, sino entonar el mea culpa?

***

Jane se despertó aquella mañana en una habitación que no era la suya. Le costó recordar lo sucedido, como los últimos cuatro días anteriores.

Se había refugiado en casa de su hermana Daisy a la espera de valorar lo que

haría. Todo estaba perdido. Jane lo sabía y no por ello resultaba menos doloroso.

Desde su posición en horizontal, mirando al techo, lanzó un largo y extenuante suspiro y golpeó con los puños la cama. Llevaba años viviendo una existencia con muchos altibajos, primero con su padre, sobreviviendo a las adversidades que les creaba la única persona que les quedaba en el mundo a sus hermanas y a ella, y que se suponía que debía cuidarlas.

Luego con Raid, con el hombre del que se encaprichó y que había resultado ser un profundo desengaño, no logró obtener un poco de paz. La felicidad fue fugaz, solo durante las primeras semanas de su matrimonio. Todo se torció.

¿Cómo seguir adelante?

Embarazada de un hombre que había desistido de todo intento por arreglar las cosas, de alguien que seguro que acabaría acusándola de llevar a un bastardo en su vientre.

Tuvo que escapar de lo que estaba por venir y fue por ello por lo que, después de la fiesta que lady Shoot dio en honor a Daisy, Jane decidió refugiarse en casa de los Jefferson a la espera de determinar su siguiente paso.

No tenía fuerza ni paciencia para seguirle el ritmo a su esposo.

Se levantó de la cama por obligación, como en las mañanas anteriores. Se puso un sencillo vestido con el fondo blanco y pequeñas mariposas de colores que no precisaba de ayuda, y bajó a desayunar con Daisy y Lucian.

Cuando llegó al comedor vio que no quedaba nadie allí. La pareció extraño, pues no era tan tarde para que ya hubieran tomado el desayuno.

Se dirigió a la salita privada que usaba Daisy y no la encontró allí. Optó por ir al despacho del señor Jefferson antes de volver a subir al piso superior para seguir buscando a su hermana.

Llamó un par de veces a la puerta, pero no recibió respuesta, así que decidió abrir con cautela. Al observar el interior del despacho, vio a un hombre de pie mirando por la ventana.

El extraño se giró de inmediato y ella se sobresaltó.

—Disculpe la intrusión —dijo azorada.

—No se moleste, lady Raid —la tranquilizó el invitado de Lucian.

Al escuchar que la llamaba por su título, frunció el ceño. El hombre parecía conocerla, pero ella no conseguía recordarlo a él.

—Creo que estoy en desventaja, usted parece conocerme y yo… —dejó la frase en el aire.

Observó al extraño, que era alto como un pino, con el rostro agradable, ojos de color avellana y una nariz afilada, muy señorial, sonreírle.

—Nos conocimos antes de su matrimonio, soy el conde de Bedford, milady. —Él le hizo una pequeña reverencia inclinando la cabeza y ella correspondió al gesto.

—Oh, sí, lo recuerdo.

Él volvió a sonreírle de modo afable.

—No herirá mi vanidad, milady, si admite que no tiene la menor idea de quién soy.

—Lo siento —se disculpó—, no logro ubicarle, milord.

Entró en la estancia cuando vio que él le hacía una seña y se dirigía hacia uno de los sillones que Lucian tenía cerca de la ventana exterior. Jane se sentó frente a él, dado que se

dio cuenta de que la estaba invitando a hacerle compañía mientras aguardaba al esposo de Daisy.

—¿Pido un té? —preguntó.

—No, no se moleste. No disfruto de esa bebida en particular. —Ella afirmó con la cabeza.

—¿Sabe usted dónde está el señor Jefferson?

—El servicio me ha acomodado aquí en cuanto he llegado, usted es la primera persona a la que he visto. Espero que esté todo bien.

—Seguro que sí —razonó ella—. Jefferson no tardará en aparecer. Ahora… tengo curiosidad por saber cómo nos conocimos, lord Bedford.

—Cierto, estábamos hablando de eso. Verá, lady Raid, mi tía Marjory, la marquesa de Crush, nos presentó.

—Ah, sí… mi querida lady Crush. Sí, ya le recuerdo. —Se dio cuenta al fin de que estaba en presencia del sobrino de una mujer madura a la que Jane apreciaba muchísimo.

—Ya sabe cómo son estas cosas. Un hombre de mi edad y posición… —Era un lord en edad casadera, dedujo Jane—. Mi familia no me concede el deseo de seguir con mi soltería y opina que debo casarme de inmediato. Así que mi estimada tía se empeñó en que debía conocerla.

Jane se rio con ligereza ante la explicación de lord Bedford.

—Entonces es una suerte que decidiese seguir apegado a su soltería. Me alegra mucho no haber herido… ¿cómo dijo?

—Vanidad —la ayudó él—. Aunque no fue así, como usted cree.

—¿Qué quiere decir?

—Fui uno de sus pretendieres, lady Raid. De hecho, es por mí que su esposo se animó a, si me lo permite, echarle un ojo.

Jane se removió inquieta en su asiento.

—¿Conoce a lord Raid? —preguntó con suavidad.

—Éramos muy buenos amigos.

—Oh, en pasado…

—Nos distanciamos —le aclaró.

—Espero que no fuese por algo desagradable —apuntó con cautela.

Había algo en el modo de hablar de su interlocutor que le hacía sospechar sobre alguna implicación que la concernía y le gustaría que así fuese.

—Si lo que le preocupa es que fuese por su causa, puede quedarse tranquila. Aunque es cierto que discutimos, puesto que fui yo quien primero puse mis ojos sobre usted y él pronto quiso desbancarme.

—Oh… —Ella no sabía qué decir al respecto. Sus mejillas se encendieron.

—Usted era una mujer, no una joven, y por eso me animé a… ya se lo figurará. Aunque sé bien que no tuvo en consideración a nadie más después de ver a su esposo. Aun así no aprobé nunca las tácticas que tuvo Raid para deshacerse de la competencia, por decirlo de algún modo.

—¿Qué quiere decir? —se interesó la vizcondesa por la última parte de la

conversación.

—Su esposo es muy… —él le sonrió—. No creo que haga falta completar la frase. Tengo entendido que usted lo conoce bien.

La vizcondesa se puso en guardia.

—Si se refiere a que es duro y con un temperamento fuerte, debo darle la razón. Si lo que dice está relacionado con las habladurías, debo decirle que…

—No se ponga a la defensiva, milady. En mi opinión, lo que pase en un matrimonio solo debería concernir a dos personas, al esposo y a la esposa —precisó—. Pero lo que iba a explicarle era que no me pareció bien que la dejase sin opciones y que luego, según he escuchado y no sé si será cierto, se comportase de una forma cuestionable con usted. —Esperaba no ofenderla dada la libertad que estaba empleando con la dama.

—¿Opciones? —Esa cuestión le interesaba más. ¿Qué habría hecho Raid para merecer una reprimenda por parte del hombre que tenía frente a ella, pues parecía muy censurador sobre el pasado.

—Se deshizo de todos sus pretendientes, milady. Incluso me amenazó con un duelo si no le dejaba el camino libre —le desveló—. Por descontado fue su indiferencia la que me convenció de que no tenía nada que hacer en mi pretensión, y no la amenaza de su esposo. Así que lo condenaré por ello, en caso de que lo que se… comenta en sociedad, sea verdad. Y lo debería felicitar por sus acciones en el pasado para deshacerse de sus rivales, si es que todo son inventivas, lady Raid.

Jane entendió que se refería a que no aprobaba las tácticas de Raid para desembarazarse de sus pretendientes si en verdad su matrimonio era una catástrofe.

Ella suspiró con fuerza, dejó que su espalda recta se relajase y acabase reposada contra el respaldo del sillón en el que estaba sentada.

—Ni todo es tan malo, ni tan bueno, lord Bedford. La gente siempre habla porque no tiene nada mejor que hacer.

—Me lo imagino —le dio la razón sobre ese punto.

—Cuando usted se case, si es que no lo ha hecho ya…

—Sigo libre como un pájaro, milady —se vio en la necesidad de aclarar.

—Pues cuando encuentre a su pareja, se dará cuenta de que ya no está solo. Dependerá de una mujer de la que se espera que sea paciente, dócil y mansa. No todas las damas son capaces de actuar tan bien. En mi caso no tengo ni una sola de las cualidades que se nos dice que debemos cultivar para ser las perfectas esposas. La sociedad opina que mi hermana Lily, la duquesa de Rawn —puntualizó al verlo fruncir el ceño—, era la Alcott más temeraria. Si bien es verdad que Lilyan es impulsiva y que juega al borde del precipicio con las reglas sociales, fui yo la que desafió a todo el mundo cuando opté por Raid. Yo sabía exactamente dónde me metía y creí que… podría domar al dragón, si entiende lo que quiero decir.

—Perfectamente —le aclaró él.

—Entonces le confesaré que me está costando más de lo que preví llegar a cabo mi cometido. Raid es… —No supo qué palabra emplear.

—Raid nunca fue fácil —la socorrió el conde en su conjetura.

Ella le sonrió.

—Si lo hubiera sido, no creo que hubiese puesto mis ojos en él.

—Sí, también me dio esa impresión cuando la conocí. No me avergüenza confesar que cuando Marjory me sugirió, nada sutilmente, que debería conocerla, creí que sería una pérdida de tiempo. Pero no solo es usted bonita —ella le sonrió en agradecimiento por el cumplido—, sino que comprendí que era una mujer fuerte. Y si me permite la osadía, después de

conocer la historia de su padre, supe que no estaba ante una mujer común.

El fantasma de las atrocidades del conde de Dum siempre perseguiría a las hermanas. Sus inclinaciones por el juego y las mujeres dejaron a la familia sin un penique.

—No lo soy. Lo admito. Si se enteró de lo que mi padre nos hizo a mis hermanas y a mí, comprenderá que no tenía tiempo de dormirme en los laureles.

—Y la admiré más por ello.

—Hay quien me tildó de mercenaria —alegó, en alusión al hecho de que se casó por dinero.

—El matrimonio es siempre un asunto de negocios, milady. Unas veces se necesitan contactos, otras fortuna, y en raras ocasiones se precisa o encuentra el amor. Sin embargo, confesaré con sinceridad y, aun a riesgo de ofenderla, que estaba convencido de que la unión entre Raid y usted, se fundamentaba sobre la última rareza que he comentado.

—Amor… —susurró la vizcondesa.

—Disculpe si me he extralimitado en la conversación. No está en mi naturaleza andarme por las ramas cuando converso con alguien.

—No tiene que pedir disculpas, milord. Agradezco nuestra pequeña charla, pues está resultando ser reveladora.

En especial porque Jane sentía la culpa por haberlo forzado al matrimonio cuando lo sedujo, y al fin sabía que Jayden también había hecho cosas cuestionables para terminar con ella. Eso le daba… no sabía cómo sentirse respecto a esa nueva información, pero era alentador.

—Disculpa mi tardanza. —El señor Jefferson acababa de entrar por la puerta, que había estado abierta durante la improvisada entrevista entre lord Bedford y lady Raid.

—No ha sido ningún inconveniente, la hermana de tu esposa ha tenido la gentileza de entretenerme —le explicó el conde a Lucian.

—Ah, Jane, estabas aquí —dijo el recién llegado cuando se dio cuenta de que estaba también allí—, tu hermana necesita verte de inmediato.

—¿Por qué? —Algo en el modo en el que le habló el esposo de Daisy la hizo tensarse.

—Mi esposa no se sentía bien esta mañana y el médico ha venido para examinarla.

—¡Dios! ¿Es grave? —se alarmó Jane.

—Todo lo contrario —la sonrisa de Lucian se amplió—. Pronto seremos tres en esta familia.

—Enhorabuena, Jefferson —le dio sus felicitaciones el conde.

—Debo ir enseguida con Daisy —dijo entusiasmada Jane—. Les dejo con sus asuntos, caballeros. —Se puso de pie rápidamente y por cortesía el conde hizo lo mismo.

—Ha sido un placer, lady Raid —la despidió el conde.

—Igualmente. —Los dos se hicieron una breve reverencia como marcaba la etiqueta.

—Ve, Jane. Ella desea hablar contigo —le sugirió Lucian.

La vizcondesa asintió y se marchó, con una hermosa sonrisa y a grandes pasos, hacia la habitación de su hermana para festejar la maravillosa noticia.

Capítulo 7

El conde y el señor Jefferson se quedaron solos en el despacho. Los dos se movieron hacia el escritorio. Lucian tomó asiento tras la mesa y lord Bedford en la silla delante de él.

Los dos hombres habían estudiado juntos en Eton y se conocían bien. Tenían una amistad muy estrecha, además hacían negocios juntos. Habían decidido invertir en el ferrocarril, de ahí que el conde hubiera ido a visitar al abogado.

—Es un día muy feliz. Excelentes perspectivas para un negocio fructífero y un niño en camino —dijo Jefferson con entusiasmo.

—Lo es. —Se quedó pensativo un momento y luego, mientras miraba la puerta cerrada por donde se había marchado lady Raid, añadió—: La hermana de tu esposa… es una mujer muy curiosa.

—Admirable más bien. Cuando regresé de Boston, mientras conquistaba a Daisy, me relató lo valiente que fue Jane por sus dos hermanas menores.

—Estoy al corriente de que la vizcondesa atravesó momentos difíciles.

—El matrimonio con Raid fue la salvación, pero… —se calló momentáneamente—. No quiero violar la confianza de mi familia, aunque sí diré que el vizconde

merece un buen castigo. El precio que pagó Jane parece ser excesivo para la salvación —repitió.

—No me gustan los chismes, aunque los escucho —confesó—. Creo que la hermana de tu mujer no merece calumnias.

—¿Qué se dice de la situación de los Raid? —Sabía que la gente movería la lengua como si de un látigo se tratase.

—He deducido que lady Raid está residiendo en tu casa

—Así es.

—Se dice que ha abandonado a su esposo al fin. Todo el mundo lo comenta, así que dan por finalizado el matrimonio.

—Imagino que la condenan a ella por la situación —sospechó.

—Las mujeres suelen cargar con las culpas en este tipo de casos.

En ese momento, Lucian se levantó con la idea de servirse una copa.

—¿Quieres? —Le ofreció whisky.

—No te diré que no. Me vendría bien algo fuerte. Esta mañana hace un frío del demonio.

Pese a que la chimenea del despacho estaba prendida, la ciudad de Londres había amanecido gélida.

Lucian terminó de llenar los vasos y le pasó uno a su amigo. Luego se sentó de nuevo en la silla revestida de terciopelo rojo.

—La familia es lo primero. Conocía bien a las Alcott siendo joven. Son tres fieras formidables cuando deben serlo.

—Algo he escuchado —le dijo con una sonrisa.

—Daisy puede ser considerada la más dulce y tranquila, Lily es… un terremoto, aunque mi esposa dice que Rawn la serena. Jane es la fuerte, la dura. Las tres son como una sola.

—Pintas un bonito cuadro, Jefferson.

—A mí me lo parece. Tengo en gran estima a mi hermana Emma, pero imagino que al ser de sexos diferentes no tenemos esa unión tan especial que tienen las tres.

—Yo ni siquiera me hablo con mi hermano —le informó—. Aunque me parece una relación de fraternidad admirable por parte de las tres.

—Es cierto. Lo que sucede es que me encuentro en una encrucijada, pues la hermana pequeña, la duquesa, insiste en que nos llevemos a Jane a Boston con nosotros y… eso parece complicado de ejecutar.

Cuando Lily se enteró de que Jane estaba residiendo con ellos, se presentó para pedir explicaciones. La vizcondesa no la recibió, alegó un dolor de cabeza porque no quería enfrentarse al: «te lo dije», que sabía que le espetaría Lily.

—Conozco bien a Raid, no la dejará ir con facilidad —corroboró lo que Lucian imaginaba.

—Lo sé. Mi mayordomo, un lacayo y yo mismo le hemos frenado la entrada varias veces desde que Jane decidió que necesitaba un poco de… digamos paz, alejada de él.

—No la dejará marchar —se reafirmó.

—Lady Raid no ha tomado ninguna decisión al respecto. Debe pensar en el futuro

de…

—¿Un hijo? —adivinó el conde al ver que Lucian se quedaba callado.

A lord Bedford no le pasó desapercibido el gesto que la dama había hecho cuando Jefferson anunció la buena nueva, pues la había visto llevar la mano a su vientre y tuvo sus sospechas sobre la maternidad de la vizcondesa.

—Confío en tu discreción, Bedford, sobre este asunto.

—Por supuesto. No hago más que escuchar rumores porque la información es un privilegio, sea verdadera o falsa, aunque no me es grato participar de ellos y no lo hago. Sí te diré que me gustaría ayudar en esta cuestión. Una vez Raid y yo fuimos cercanos, tanto como lo somos nosotros dos, pero no es así ahora y dudo que vea con buenos ojos mi intromisión. —Lo conocía bien. Jayden Stirling era imprevisible.

—Tu ofrecimiento te honra, pero Jane no nos permite intervenir a ninguno. La hermana de mi esposa considera que debe arreglárselas por su cuenta y Daisy coincide en que debemos respetar su petición.

—¡Ah, mujeres! Es difícil vivir con ellas y solitario si decidimos no hacerlo.

—Eso me temo.

—Confío en que la situación se arregle de la mejor manera posible —añadió con sinceridad.

—De un modo u otro, todo tendrá que solucionarse, pues la próxima vez que Raid aparezca en mi puerta, no creo que se conforme con mentiras.

—¿Mentiras?

—Cuando el vizconde me visita le digo que Jane está con los Rawn, y cuando va

a pedir explicaciones allí, el duque le insiste en que está residiendo con nosotros. No sé durante cuánto tiempo podremos contener a Raid.

—No me gustaría estar en vuestro lugar. —Se imaginaba la incomodidad de lo que sucedía.

—Jane pronto habrá de decidir qué es lo mejor para ella, para el niño.

—En efecto —suspiró.

En honor a la verdad, lady Raid siempre le pareció una mujer muy especial y se lamentó de que su amigo se la robase. Haber sido testigo del nacimiento de aquella relación, le daba potestad para determinar que todo saldría bien, dado que los vio al uno muy interesado en el otro.

El destino era curioso y en pocos meses, todo se había desbaratado entre una pareja que parecía prometedora. Ella con título superior y belleza, él con dinero y posición…

A Bedford le gustaba la vizcondesa y esperaba que consiguiera lo que pretendiese, con o sin su esposo a su lado. Aunque conociendo a Raid, estaba seguro de que movería cielo y tierra hasta lograr lo que quisiera, si era que en verdad deseaba conservar a su vizcondesa junto a él, y por las aclaraciones de Jefferson todo apuntaba a que así era.

***

Era poco después de la hora de la comida. Jane había estado compartiendo más confidencias con Daisy sobre lo fantástico que sería ser madres, juntas, cuando los pequeños nacieran. Sabían que Lilyan no tardaría demasiado en darles una buena noticia a ese respecto también. Las tres hermanas tendrían a sus propios vástagos y todo sería genial… Aunque tal vez

no fuese de ese modo exactamente, pues ella no sabía qué sería de su futuro y sus dos hermanas sí estaban felizmente asentadas.

Después de conversar durante un buen rato con Daisy, decidió que era hora de dejar de esconderse y afrontar el presente con valentía.

Así, con esa férrea decisión, se encaminó hacia su casa. Usó el carruaje de Jefferson para llegar hasta los dominios del león. Entró y se dio cuenta de que estaba todo muy… tranquilo.

—¿Dónde está el vizconde? —le preguntó al lacayo que le había abierto la puerta de casa después de los saludos de cortesía.

—No sabría decirle, milady.

En ese momento se escuchó un sonido, como si un vidrío impactase contra el suelo. Provenía del lado izquierdo, lugar en el que estaba el despacho de Raid.

—Ya sabemos dónde está —se dijo a sí misma.

Se quitó la capa, se la tendió al sirviente y se dirigió hasta donde intuía que estaría el vizconde.

Abrió la puerta del despacho y lo vio de pie. Tenía el pelo totalmente despeinado, la camisa medio abotonada —mostrando parte de su torso desnudo— y los pantalones torcidos. Su aspecto era horrible.

Se dio cuenta de que el decantador reposaba en el suelo, roto en mil pedazos, junto con algún dedal de whisky derramado. El sonido que había escuchado sería porque él lo lanzó en un ataque de rabia, conjeturó.

Bebiendo… Típico de un hombre cuando no sabía cómo enfrentarse a una situación.

—Al menos hoy no hay dos mujeres contigo —musitó.

—Jane… —susurró el nombre de su esposa, al tiempo que se acercaba a ella a grandes zancadas.

La vizcondesa se mantuvo impasible, con la espalda erguida. No le temía. Se fijó en que tenía la camisa manchada de sangre.

—¿Qué te ha pasado? —Le cogió la mano derecha y vio un corte profundo ahí.

—No es nada.

Jane se sacó un pañuelo de un bolsillo oculto de su vestido y le taponó la herida. Él se dejó hacer.

—Te he buscado por todas partes. Los Rawn me mandaban a casa de los Jefferson y al revés.

—Lo sé. Fue idea mía. No quería verte.

—Lo siento —le dijo con la mirada triste y apagada.

—Ah, una disculpa por tu parte… Esto es nuevo.

Dejó de apretarle la herida, tomó la otra mano de él y se la colocó para que siguiese apretando el lugar donde mantenía el pañuelo.

Luego se alejó de su esposo con la intención de ir a buscar algún ungüento en la cocina para curarlo. Tal vez tuviera que llamar al médico para que lo cosiera.

Lady Raid no llegó demasiado lejos. Su marido la apresó por detrás y la encerró en la improvisada cárcel que supusieron sus brazos.

—Lo siento —repitió de nuevo junto a su oreja—. No me dejes, te lo suplico.

Jane no había esperado una reacción así.

—Estás ebrio. —Le parecía la explicación más razonable.

—No he bebido tanto como parece, aunque estoy ebrio de desesperación por ti —apuntó.

—Uhm, esto también es nuevo en nuestra relación. Recuerdo que era yo quien se abrazaba a ti y te pedía compasión y paciencia. ¿Eres consciente de lo que tu hacías cuando eso sucedía?

—Marcharme a Francia.

—Veo que tu memoria es excelente.

—Jane… he estado tan equivocado con respecto a todo. Te acusé de las traiciones más horribles.

—¿Soy inocente ahora? —preguntó con suavidad.

Él seguía sosteniéndola en su abrazo y ella se recostó sobre su pecho. Era la primera vez en mucho tiempo que su marido le ofrecía una muestra tan tierna de afecto y estaba seducida con el gesto. Estaba exhausta, falta de atención, de cariño, de un abrazo sincero.

—Estuve en el club de boxeo. Allí me encontré a Colman.

—¿Os peleasteis? —interrogó.

—Él no quiso.

—¿Tú sí? —preguntó con curiosidad.

—Celos, Jane. Quería matarlo con mis propias manos, hasta que me dijo que rechazaste todos sus avances.

—Ah, sí. Entonces soy inocente porque él corroboró lo que yo tantas veces te había dicho y no creíste. Una vez más siento tú desconfianza.

—Lo siento —dijo una vez más. Y pediría disculpas las veces que hiciera falta.

Las manos de su esposo, que habían estado sujetándola con suavidad, pero con firmeza en torno al torso femenino, bajaron para acunar su vientre. Su corazón se estremeció al percatarse de que él estaba aceptando a su hijo.

—No lo merezco, pero necesito que me des una oportunidad.

—Una más… —musitó ella—. ¿Y cuándo yo te las pedía a ti?

—Sabías bien el hombre con el que te casabas. En numerosas ocasiones lo dijiste —le recordó.

—Es cierto, pero la esperanza de un futuro prometedor no la perdí hasta que tú dejaste bien claro que no podías confiar en mí.

—No puedo, ni quiero vivir sin ti. Incluso cuando te planteé llevar vidas separadas, supe que no podría aceptar mi propia decisión. Mi hijo crece en tu seno y estos días en los que creí que te había perdido para siempre, he estado en el infierno más sangriento.

—¿Cuántas mujeres trajiste esta vez a casa para que te ayudasen a sobrellevar la pesada carga de mi marcha, esposo? —preguntó con cierta acritud.

—No te he sido infiel ni una sola vez. Dios sabe que los celos me devoraban, que cada vez que te veía en mi mente imaginaba cómo te rendías a los besos y caricias de un hombre

que te profesó su amor y que regresó para asediarte. Y pese a todo ello, no fui capaz de buscar venganza en otro lado. Solo estuvieron las dos pelirrojas que pusiste a remojo, Jane, y no las toqué más allá de lo que hice que vieras. Te lo juro por el hijo que pronto me darás —insistió con el corazón en la mano.

Ella se quedó callada unos instantes. El tiempo pareció detenerse. Valoró sus palabras. No sería justo pedirle confianza y no otorgarle la misma moneda. Creyó en sus palabras.

—Si me quedo…

—Quédate a mi lado, te lo suplico —No le gustó el tono condicional del inicio de su frase—. He renunciado a la labor que desempeñaba en Francia. —No le podía decir que era un espía para la Corona, era más seguro así—. No soy un hombre afectuoso que sepa recitar bonitas palabras…

—Eres duro, lo sé —señaló con aceptación.

—Enséñame a demostrarte cuánto me importas… cuanto te amo —le dijo en la oreja, en un susurro sentido que hizo que el corazón de la vizcondesa comenzase a palpitar con fuerza.

La primera palabra de amor en cinco meses. La primera vez que él decidía desnudar su alma. Lo tomó con precaución.

—¿Qué sucederá cuando vuelvas a desconfiar de mí, Raid?

—No. No uses el título. Quiero ser Jayden para ti. Solo el hombre. Y te prometo que no cometeré el mismo error dos veces. Sé que me amas. No quería creerlo porque desde pequeño todos los que estaban a mi lado me fallaban, pero lo sé. Lo siento en mi interior. Tu amor está ahí.

—Siempre lo ha estado. No confiaste en mí ni para hablar de tu pasado, de tu

infancia. Deseaba conocerte, que te abrieses a mí y me dejases entrar en tu vida.

—Es verdad. No te hablé del pasado porque era algo que deseaba olvidar. Mi padre hizo miserable a mi madre. Yo era una molestia para los dos. ¿Qué sabía yo de amor, de abrazos, de ternura, Jane? Me hice a mí mismo. No confío en nadie. Aprendí que era mejor ser solo yo. Cuando decidí casarme, no tenía la menor idea de que esto que siento ahora llegaría para desbordarme.

»Lo que tú has despertado y no lograré dormir jamás, es tan fuerte y poderoso… Amor, esposa. Al fin sé lo que es el amor. No la lujuria, no el deseo. Yo te amo. Entiendo de lo que hablo porque creí que moría sin ti. Me faltaba el aire al pensar en mi hijo y en ti viviendo lejos de mí. Ardía, Jane. El dolor era incesante hasta que has entrado por esa puerta para salvarme.

»Deseaba registrar las casas de tus hermanas, ponerme de rodillas y pedirte una oportunidad más. Me contuve de asaltar sus mansiones. Sabes cómo es mi temperamento y me contuve porque no quería ponerte las cosas más difíciles de lo que ya estaban. Al fin estás aquí, en nuestro hogar, en mis brazos, y no creo que pueda dejarte escapar.

—Estoy cansada. Siento que mi vida es un juego en el que siempre voy perdiendo. Te amo, pero…

—Lo sé —cortó porque no quería escuchar lo que venía a continuación—. Y por favor, no dudes de mi amor por ti. Me ha costado verlo, me ha costado más aceptarlo y he aprendido por las malas, pero te juro que tengo toda la vida para resarcirte. Necesito que te quedes para demostrarte que puedo ser un hombre mejor. El que Lily dice que mereces.

—¿Te dio un buen sermón mi hermana pequeña? —Trató de averiguar qué le había dicho la duquesa. Lily no era diplomática, así que seguro que debió ser algo memorable.

—Rawn me recibió con las pistolas en la mano. Su mujer sostenía otras dos más. Y mientras sabía que tu hermana pequeña deseaba mi cabeza servida en una bandeja de plata, solo era capaz de pensar en ti. Tenía que pedirte perdón por lo que había sucedido entre nosotros, explicarte que soy tremendamente feliz al saber que mi hijo pronto llegará a este mundo. Podía

morir en paz si ponía mis asuntos en orden. Solo importabais tú y el niño.

—Lily sabe que te quiero, aunque no entiende el motivo —le explicó.

—Eso dijo antes de hacer que dos de sus lacayos más fornidos me echasen de su casa. —La situación fue bochornosa, pero no importaba. Nada importaba salvo Jane.

—¿Qué vamos a hacer, Jayden? —preguntó en un susurró temeroso .

—Comprar esa bonita casa en el campo y retirarnos un tiempo. Quiero que nos amemos, quiero estar solo contigo. Tus hermanas ya están a salvo y al fin te tengo solo para mí.

—Te lo expliqué en su momento. Eras mi esposo, pero mis hermanas me necesitaban.

—Tremendamente celoso incluso de Daisy y de Lily, lo admito. Te prometo que seré mejor. Solo tienes que tener paciencia y enseñarme. ¿Puedes hacerlo, querida mía?

—Llevo tiempo soñando con el día que abrieses los ojos y descubrieses la verdad por ti mismo. Colman te ha debido echar una buena mano y se lo agradezco. Tenemos muchas cosas que solventar. Yo tampoco soy una mujer fácil y…

—Por ello te quise más —la interrumpió. —

—Por ello ahuyentaste a todos mis pretendientes —le recriminó con cierta suavidad.

Si se sorprendió ante la acusación velada, Jane no se dio cuenta.

—No lo niego —admitió con naturalidad—. Ninguno te merecía más que yo.

—Curiosa forma de demostrar esa teoría has tenido, esposo.

—Terriblemente imperfecto, además de celoso —sugirió.

—Estoy de acuerdo.

—Dime que no te irás a Boston.

—¿Sigues pensando que iba a marcharme? —preguntó con extrañeza.

—Lily dijo que esta vez, ella misma te metería en el barco aunque tú te negaras. Fue fácil imaginarla apuntándote con las pistolas de su esposo mientras te obligaba a marcharte de mi lado.

Ella sonrió al imaginar a su hermana en la tesitura que Raid la acababa de poner.

—No, Jayden. Le prometí a nuestro hijo que lucharía y por eso mismo había venido a verte.

—A Dios gracias por tu determinación, mi amor.

—Ah, eso es nuevo.

—¿Qué te dé la razón? —indagó.

—Eso también. Pero me refería al apelativo que has usado para referirte a mí. Podría acostumbrarme con facilidad a que susurrases esa palabra en mi oído.

—La diré a todas horas, en público o en privado.

—¿En público?

Raid era el hombre más discreto en asuntos afectuosos que conocía. Ni una sola vez le dijo algo cariñoso en voz alta. Le daba igual comportarse como un demonio en público,

pero en lo referente al afecto…

—¡Mi amor! —gritó con todas sus fuerzas, en cuanto separó la cabeza del oído de su dama—. ¡Jane, eres mi amor! ¡Te amo! —chilló varias veces más, para que el servicio lo escuchara y demostrarle así que hablaba completamente en serio.

—Dios mío, Jayden. Ciertamente te encuentro cambiado y desconocido. ¿Será esto obra de la bebida o hablas de verdad?

—Pienso cumplir cada promesa que te he hecho. Sé mi esposa, la madre de mi hijo junto a mí. Quédate —le rogó una vez más, dado que ella todavía no había aceptado ninguna de sus ofertas.

Jane suspiró.

—Creo que un inicio en una casita en el campo nos vendría muy bien para empezar de nuevo.

—Me haces muy feliz con tus palabras, mi amor.

Sintió que él la abrazaba todavía más fuerte. Percibió además una humedad extraña cuando él se movió para dejar de acariciar su vientre y volver a abrazarla por arriba de los pechos.

—Estás sangrando Jayden. —La humedad era sangre.

—No, ahora ya no —le dijo él, en clara alusión a que su corazón parecía haber cicatrizado con su regreso.

La giró y se quedaron mirándose el uno al otro con devoción. Aunque Jane cerró los ojos en cuanto se percató de que su esposo iba a besarla.

Jayden no se lo pensó ni un instante, se abalanzó sobre la boca de su esposa con

avidez, como un hombre que había naufragado largos años y al fin veía tierra firme.

Jane suspiró y gimió de puro gozo. Se abandonó a sus impulsos y le devolvió el beso con la misma intensidad que su esposo la devoraba.

Él sabía a whisky, ella a té de limón.

Se degustaron el uno al otro durante lo que pareció una larga eternidad. Los besos se sucedían sin control, con ansiedad.

—Te necesito, mi amor —le suplicó, mientras lamia el lóbulo de su oreja.

—Yo más, Jayden —le confesó, en su estado febril.

Su esposo la alzó en brazos y ella se acomodó, muy dispuesta a seguir lo que la reconciliación había iniciado.

En pocos minutos, el vizconde llegó hasta sus aposentos y dejó en pie a su mujer.

—Tu mano… —comenzó a decir cuando se dio cuenta de que el pañuelo seguía ensangrentado.

—Estoy bien. Ya no sangro y la necesidad de colmarte de atenciones y recibir las tuyas es apremiante.

Ella afirmó. Estaba en el mismo estado febril.

Lo vio despojarse de su ropa e ir hacia la jofaina para echarse agua sobre el rostro y adecentarse un poco. Cuando el vizconde se dio la vuelta, su mujer lo aguardaba sobre la cama… desnuda.

—Te he echado de menos, Jayden.

—Yo también a ti —le aseguró, mientras se disponía a ir hacia su posición a paso lento.

Jane contempló a su esposo en toda su gloria.

No había olvidado cómo era su perfecto cuerpo musculoso. Estaba deseando sostenerse de su espalda mientras él la llenaba con su carne, sin embargo su mente le gritaba otra cosa que…

—Túmbate, mi amor —le sugirió.

Ella lo hizo.

Sintió el peso del cuerpo de su esposo sobre el suyo y lo abrazó.

—Siempre te he querido —se vio en la obligación de explicarle.

—Hoy te haré el amor sin reservas, dormirás a mi lado, lady Raid, hasta que el sol nos despierte. Tu lugar está junto a mí. Allá donde yo esté, tú vendrás conmigo —le aseguró, antes de besarla con ternura.

No deseaba apresurar la situación, aunque estaba a punto de explotar.

Besó sus labios paladeando la dulzura inmensa de su esposa. Siguió besando sus mejillas, su frente, para luego comenzar a ir hacia abajo. Lamió el cuello tan apetecible de Jane, mientras ella se retorcía llena de necesidad bajo sus caricias.

—Jayden… —musitó, presa de anticipación, cuando percibió que la lengua de él se posaba sobre el primer pezón erecto.

La boca del vizconde se amamantaba de su seno izquierdo, mientras su mano acariciaba a su hermano gemelo. Jane tenía unos pechos preciosos, no demasiado grandes, porque su constitución no era gruesa, pero ideales para que él se sintiese en el paraíso cuando

jugaba con ellos.

Después de disfrutar del primer manjar, la boca masculina dejó de chupar para ir en busca del pecho derecho. Y mientras la hacía gemir con la lengua sobre su botón, su mano, buscó su sexo para ver si estaba tan húmeda como intuía. Apostaba su fortuna a que estaría empapada. Él estaba tan duro que le dolían incluso los sacos que componían sus partes privadas.

No consiguió su cometido. Su esposa lo pilló desprevenido, y le dio un empujón que lo dejó recostado sobre su espalda. Esto sí era nuevo. En sus encuentros, Jayden era quien siempre llevaba la batuta.

—¿Qué te propones, esposa?

—Cabalgar… esposo.

Definitivamente esto sí era una grata sorpresa.

Jane no había exigido que le cediese el mando jamás. Gimió en cuanto las finas y elegantes manos de su esposa tocaron su miembro para sujetarlo y apoyarlo en su entrada.

La valquiria no pidió permiso, no esperó indicación alguna, pues cuando Jane estuvo segura de haber colocado el instrumento varonil en la posición adecuada, se dejó caer para empalarse con gran deleite.

—Aaaaaaah —gimió Jayden ante lo inesperado y placentero del gesto.

—Síííí —gritó sin contención su mujer, al sentirse llena y poseída.

—Dios santo, mi amor, creí que me matarías de placer.

—Eso pretendo hacer.

—¿De dónde sacas tus ideas? —La Jane que tenía en su cama no era la misma a la que le mostró los secretos que escondía su cuerpo. La percibía audaz… perversa. ¡Le encantaba!

—¿Conoces el libro Fanny Holt?

—Fanny Hill —la rectificó.

—Eso. —No recordaba bien el nombre pero sí algunas e inquietantes obscenidades que allí leyó.

Después de tanto criticar a Lily por su infame obsesión, no podía consentir que se enterase de que había curioseado ese ejemplar cuando lo encontró, sin buscarlo, en la biblioteca de Rawn durante una de sus estancias allí. Oh, sí. Jane tenía la certeza de que esa lectura prohibida era una propiedad que la duquesa había aportado a su matrimonio.

—¿Lo has leído? —preguntó con los ojos como platos.

—¿Tú no?

—Por supuesto que sí. Soy un hombre.

—Y yo una mujer casada. Las intimidades no deberían ser un asunto secreto para mí —se defendió de lo que parecía una acusación.

—Adelante —no iba a discutir.

Si ella quería darle sorpresas como esa… las que quisiera, porque no iba a interponerse.

—¿Sabes que las mujeres lamen lo que tengo enterrado en mi cuerpo?

—Sí. —La boca se le hizo agua al imaginarse a su vizcondesa de rodillas, mientras él estaba sentado en una silla y ella…

—¿Por qué no me lo dijiste? —inquirió con preocupación.

—Porque no es algo que se le pida a una esposa.

—¿A una amante que jamás vas a tener? —lo sermoneó.

—Creo que no me va a hacer falta. —Jane estaba desconocida y él, encantado.

—¿Te gustaría que te lo hiciera? ¿Qué te engullese hasta el fondo de mi garganta?

—¿A ti te gusta cuando te chupo entre las piernas?

—Lo adoro.

—Ahí tienes mi contestación. Haz conmigo lo que quieras —le cedió el bastón de mando y ella le sonrió.

Jane dejó de estar en perpendicular a su esposo y se acomodó sobre su duro torso para besar sus labios.

Lo besó con lujuria. Él respondió en la misma medida.

Pronto una amazona comenzó a galopar.

Primero con un trote lento, burlón, pero luego la situación se complicó. El ritmo de su cabalgada sobre el semental se hizo más ansioso, más necesitado.

Ella se volvió a incorporar para sentir más adentro a su esposo y disfrutar con mayor plenitud del estupendo paseo.

Jayden estaba con los ojos completamente abiertos. Veía a su esposa brincar sobre él como si fuese una tejana en un rodeo. Los pechos subían… bajaban, volvían a subir y a bajar… El movimiento era del todo seductor.

La observaba moviéndose para buscar su placer y eso le hacía tener que echar mano de toda su contención. Las veces que hicieron el amor, ella había sido ardiente, pero no a este nivel. No se había atrevido más que a tumbarla sobre su espalda y darle placer con todo su cuerpo: labios, lengua, dedos y por supuesto su virilidad. No le había exigido nada más. Esto era mucho mejor. Más sublime.

—Jane… no puedo aguantar mucho. Eres una amazona exigente y hace tiempo que no… —No había usado ni su mano para complacerse a sí mismo.

—Ven… ven conmigo, mi amor… Ven… —lo urgió.

La respuesta de su esposo fue agarrar las posaderas de Jane, ayudarle con los movimientos exactos que sospechaba que necesitaba para surcar el cielo y ver las estrellas, el sol y la luna.

Pocos minutos después, los dos amantes sellaron la reconciliación con un grito sordo, que anunció que habían logrado alcanzar la tierra prometida en la danza de la seducción.

—¡Jaydeeeeen!

—Mi amooooor —correspondió él, en cuanto comenzó a verterse en el interior del cuerpo de su esposa.

Fantástico. Increíble. Excepcional. Un acto carnal que no había hecho más que comenzar. Pues una vez saciada la imperiosa necesidad, ambos empezarían de nuevo para disfrutar con mayor tranquilidad de la intimidad. Jayden Stirling necesitaba saber qué más había leído su mujer en ese infame manuscrito y era mejor que se lo mostrase.

Una pareja, que tuvo un inicio prometedor y un desarrollo tenebroso, se

encaminaba hacia un desenlace feliz.

¿Lo sería?

El tiempo lo diría, pero como esperanza, no había nada más alentador que una reconciliación sincera cargada de buenas intenciones y promesas que se pensaban cumplir.

Raid, como cualquier hombre, era imperfecto.

Su vizcondesa, como cualquier mujer, era una dama enamorada dispuesta a luchar contra viento y marea por lo que deseaba, por amor.

Sabía que él lo merecía y no dudó en quedarse hasta que la oscuridad se cerniera por completo sobre ambos. Sin abandonarlo.

Él sabía que ella había luchado lo indecible por abrirle los ojos y se juró, mientras la soledad le hacía comprender lo necio que fue estos interminables días pasados, que si tenía una nueva ocasión pelearía para que lo perdonase y lo creyese.

El amor era el sentimiento más puro y fuerte que existía. Solo una pareja tenía legitimidad para decir cómo sería su futuro, y mientras hubiese amor, había ilusión.

Jane y Jayden lograrían salir adelante, por su hijo y los que estaban por llegar.

Valía la pena intentarlo con todas sus fuerzas.

Epílogo

Brighton, un año más tarde.

Las indicaciones que le dio Lucian Jefferson a Jane sobre la lista de propiedades rurales —y que pensó que no tendría que usar jamás— fueron un gran acierto.

La pareja no tardó demasiado en mudarse y disfrutar de la tranquilidad del campo. Alejados de los rumores, de la alta sociedad, la felicidad era plena.

El pequeño Simon comenzó a llorar en su cuna. La propiedad era suficientemente grande para tener una guardería, pero los padres deseaban tener cerca a su vástago.

—Noooo —se quejó el vizconde, al ver que su mujer abandonaba su posición para ir a atender al pequeño que la reclamaba—. Estabas sublime arrodillada con tu boca llena de mi…

—El niño necesita atención —lo cortó—. Luego seguiré donde lo dejé —le dijo—. ¿Crees que mis hermanas se habrán levantado ya? —cambió el rumbo de la conversación.

Las fiestas de Navidad estaban próximas y las tres hermanas habían decidido

pasarlas, con sus familias, en la casa que había visto resurgir la felicidad de los vizcondes Raid.

—Posiblemente la duquesa esté paseando a su hijo ya por nuestros jardines, pero intuyo que Rawn estará deshecho.

Jane se rio.

—No seas malvado. —Había entendido perfectamente la broma de su marido.

—¿Yo? Ni tan siquiera tú eres tan escandalosa como la pequeña Lily cuando practicas la seducción.

La noche anterior, probablemente toda la casa habría escuchado la sesión de amor de los duques, y por las exigencias de Lilyan, Jayden consideró que su esposo necesitaría un buen descanso durante todo el día.

Jane se colocó una bata para cubrir su desnudez y tomó en sus brazos a Simon para calmarlo.

Su esposo seguía sentado en la silla, sabía que esperaba a que el bebé se serenase y ella pudiera seguir con su… pecaminosa labor.

—Daisy no se queda atrás. No fue tan evidente como Lily, pero también la escuché gritar.

—Esto parecía un coro. Solo tú te negaste a ser tan ruidosa como ellas.

—Ah, pero es que mis hermanas menores siempre han sido muy competitivas entre ellas.

—¿Y tú no?

—No. Mi misión era mediar entre ambas, no competir.

—Me hubiera gustado que gimieras más. Los esposos de tus hermanas pensarán que no estuve a su misma altura.

—Nuestro hijo nació el primero. Creo que tu valía ha quedado sobradamente demostrada —le dijo, alzando una ceja.

—Supongo que tienes razón —dijo, no muy convencido de la aseveración de Jane.

Lady Raid se acercó a la ventana con el bebé en brazos. Divisó a los duques de Rawn portando un carrito, con el pequeño Nicholas en su interior. Junto a ellos estaban Daisy y Lucian. El señor Jefferson sostenía en sus brazos a Samantha.

—Están todos disfrutando de la preciosa mañana de sol. Creo que deberíamos unirnos a ellos.

—¿Se ha dormido Simon?

Jane bajó la mirada y vio al niño con los ojos cerrados.

—Sí.

—Deja que duerma en su lugar. Acaba lo que has empezado y entonces nos uniremos, como has sugerido, a tus hermanas, sus esposos y sus hijos.

—¿Te molesta tenerlos a todos aquí? —preguntó, al ver que había enumerado a todos los que habitaban esos días bajo su techo.

—No. Lily parece que me ha perdonado y Daisy me trató siempre con la misma corrección que ahora. No tengo quejas. Creo que saben que me has convertido en un hombre mejor del que era.

—Es así. Lily me lo ha dicho.

—¿El qué?

—Que no pareces tú.

—Es algo bueno… ¿no?

—Sí, porque yo lo he interpretado como que eres cariñoso, tranquilo, no frunces el ceño, no gritas y…

—Deja al bebé en su cuna. No vas a escapar —le aseguró, en cuanto se dio cuenta de que trataba de entretenerlo para no seguir con la… diversión.

—Está bien.

La orgullosa madre colocó a su retoño en el sitio indicado y regresó junto a su esposo. Se quitó la bata y se dispuso a ponerse de rodillas para complacer a Raid.

Dos segundos fue lo que tardó el pequeño Simon en volver a llorar para pedir la atención de su madre.

Jane se rio ante el grandioso gruñido que dio su esposo.

—Bueno… casi no gruñes ya. Así que hay algo de tu yo interior debajo de ese estupendo marido al que amo cada día más.

—Zalamera… Si no lo terminas esta mañana, lo concluirás a la noche.

—Confío en ello —le dijo con picardía.

El vizconde dio por perdida la sesión de placer, y tanto él como su esposa se

dispusieron a vestirse para reunirse en los jardines con el resto de las felices familias.

El destino era justo. Las tres hermanas Alcott habían recibido lo que se les debía: la protección y amor de tres hombres que morirían por ellas.

Fin.

Nota sobre la serie

Estas tres hermanas Alcott pretendían ser unas historias cortas, refrescantes, directas, pero sin olvidar la ambientación de la época, ni las necesidades de las mujeres, aunque sus derechos estuviesen muy retrasados comparados con la actualidad.

Si te han gustado, querida amiga, prometo traer más novelas que muestren un poco de picardía, mucho amor, algo de drama, pero sobre todo mucho entretenimiento.

Permaneced atentas porque muy pronto habrá novedades, puesto que veo en el horizonte un trío de amigos que tal vez necesiten la mano firme y dulce de una bella dama para enderezarse. O tal vez sean tres libertinos sin escrúpulos. O mejor tres solteros muy mojigatos…

Veremos lo que se me ocurre y que nacerá en mi mente con la única finalidad de que paséis un buen rato.

¡Mil gracias, queridas!

Aclaración sobre comportamientos

La sociedad es muy estricta en conductas morales, pero sus miembros son susceptibles de saltarse las normas y asumir las consecuencias, independientemente del periodo histórico en el que se encuentren, dependiendo de su valentía.

Este será el caso de la hermana menor Alcott. Y con relación al luto que guardaron las hermanas por su padre, mis investigaciones me han llevado hasta averiguar que el luto por un padre era de un mes riguroso. Sin embargo, por un esposo es de un año como poco. Me quedo con la valoración que hace la autora Grace Burrowes en uno de sus brillantes libros:

"¿Debe una mujer llorar a un hombre con quien ha estado casada solo unos pocos años doce veces más que a los padres que le dieron la vida, la criaron y la amaron todos sus días?"

Por otro lado, me gusta leer sobre hombres toscos, duros, celosos, y por descontado adoro vislumbrar sus historias. Imaginar y vivir son dos cosas diferentes. Lo que nos encanta leer no siempre queremos vivirlo, aunque, ¿quién no ha soñado alguna vez ponerse en la piel de Scarlett O'Hara mientras Rhett Butler la subía por aquellas escaleras, que horas más tarde serían la perdición de ambos, mientras ella trataba de huir de su agarre con poco entusiasmo?

No importa lo “políticamente” correcto en una obra pensada y creada para mentes fuertes, con una educación detrás, que saben distinguir entre la ficción y la realidad.

Recordad que solo pretendo entretener, no educar, ni sermonear, no soy vuestra madre y solo escribo aquello que me inspira, por simple o pueril que pueda parecer. Entretener y solo entretener con mis ocurrencias.

Las segundas oportunidades para un hombre “perversamente malvado” son lo mejor. Apuesto, rico, con título… Por pedir, lo pedimos todo.

¡Ay, cómo amo a esos hombres fuertes que terminan de rodillas y suplicando el perdón! Vosotras… ¿no?

Dicho lo cual, espero que hayáis disfrutado.

Sobre la autora

Liz Davis, antes de convertirse en autora, ha sido una lectora incansable del género romántico histórico, su preferido, el que la hace suspirar y amar a esos condes traviesos, duques malvados y damas de fuerte carácter que no se conforman con su papel social y no son perfectas.

Nacida en 1989 en España, esta escritora desea contar sus propias historias atendiendo a las reglas de este maravilloso, pero en realidad duro, periodo de la época que supone la Regencia Inglesa.

La vida está llena de bastantes cosas desagradables y hace falta divertirse o evadirse con un libro en las manos. Estas historias están pensadas para eso. Solo entretener y disfrutarlas.

Querida lectora, espero haber logrado mi aspiración y deseo contar contigo para seguir apoyando mi imaginación.

¡Besos, bellas!